





Volumen 1

LOS CÍRCULOS DEL CUADRANTE

Roberto López Moreno



Los círculos del cuadrante

Archivo Narrativa Roberto López Moreno

Volumen 1

1ra. Edición, septiembre 2024.

D.R.© 2024, Roberto López Moreno.

D.R.© 2024, Dogma Editorial

Barracuda #20, Del Mar,

13270, Tláhuac, Ciudad de México.

Diseño de portada e interiores: ICO.

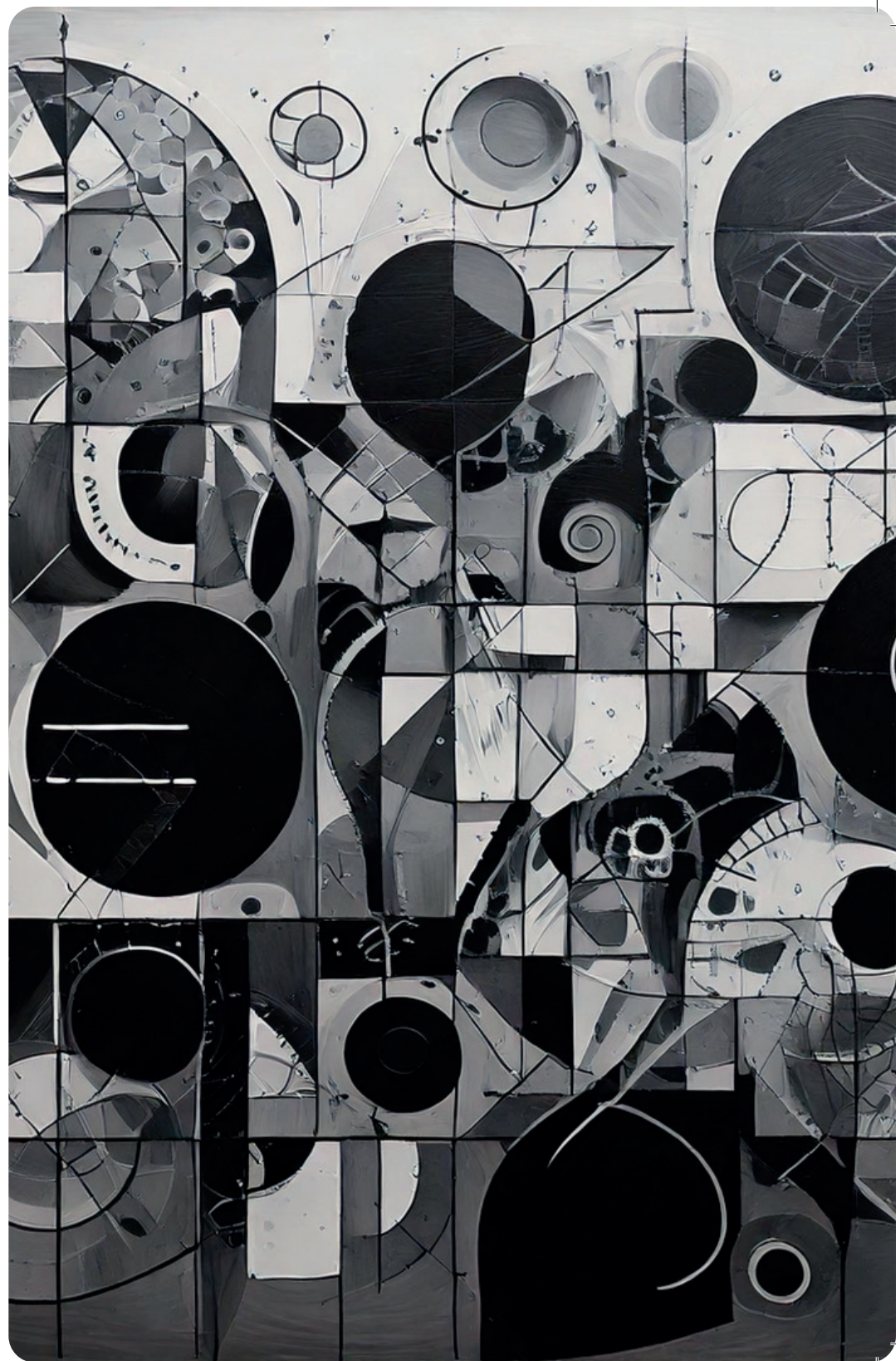
Retrato del autor: Aurora Reyes.

ISBN: 978-607-9064-48-8

Impreso en México.

dogmaeditorial@gmail.com

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este volumen, salvo para fines educativos, de otra manera será necesaria la autorización escrita del editor y/o autor de la obra. Las características de composición, diseño y formato son propiedad de la editorial.





An abstract geometric composition featuring a dense arrangement of overlapping circles and squares in various shades of black, white, and gray. The shapes are scattered across the frame, creating a complex, layered visual effect. The text is centered over this composition.

LOS CÍRCULOS DEL CUADRANTE



I

Lentamente.

La vida se fue haciendo.

Muerte y luego vida.

Lentamente, como se acumulan las horas de los siglos. Y la niebla se fue desprendiendo. Y la niebla se fue desprendiendo de las noches que eran la noche para dar la línea de las cosas, de los hechos. La araña tejía su hilo desde antes, los cuerpos desde ahora, compartiendo sus instantes, su sitio. Antes y después, adentro y afuera del cuadrante los círculos en labor concéntrica, en acción expansiva distribuyeron los espacios sobre entre desde por para cuando la luz vibrando. En la luz. La niebla se fue desprendiendo de las noches que eran la noche, como las noches se habían desprendido de los días que eran el día y la noche con su telar hacia adelante. Cadena, hilván de figuras palpitando. En cada cuadrado está latente un círculo, un círculo contenido por y conteniendo sus cuadrantes y en torno de estos y adentro de estos haciéndose del juego y la lucha, ejes en movimiento entre el día y la noche, los círculos del cuadrante en el triunfo de la armonía que ha de romperse a saltos hacia nuevos círculos siempre en movimiento. Lentamente, la vida se fue haciendo muerte y luego vida; lentamente como se acumulan las horas de los siglos. Todo en el vacío encuentra acomodo y es, mientras en el cielo cintila una serpiente de plumas luminosas, madre de los eneidas que la mar velera. En las aguas del infinito levigan las partículas de los cuerpos para rehacerse, cuerpos de cuerpos en desplazamientos conformadores, versos de las sustancias acumuladas y activas. En el centro de la burbuja se desplazan las cosas y los seres y en cada partícula, cuadrante dentro y fuera de sus círculos, los árboles crecen en el éter, mientras el mar se puebla con barcos de nubes y en los surcos tirita un conglomerado de peces; en torno se sacuden bosques de sangre y peñas inundadas por la savia. Gajo, átomo

del gran círculo, el cuadrante, la cuarta parte del todo detalla el espejo de vida. La muerte. La vida. Y la espuma amarga que se extiende sobre las superficies, desde las penumbras, desde las mareas de bruma que velan los contornos trabajando su concreción sobre el tiempo y su sonido. El grano de sal dará el azúcar, así como lo que se arrastraba dio el vuelo primero de los pájaros, gris, como la carne primigenia del día. Lentamente. Las sombras, las columnas de sombras se desplazan desde el antes en su ahora de siempre, caravanas en un fluir incesante sobre montes, sobre yermos interminables y pantanos llenos de sorpresas movedizas como el canto opaco de los que caminan y van acumulando sobre sus espaldas dioses y calendarios, memorias relatadas de generaciones a generaciones sobre el camino. Venían desde lejos, desde quién sabe cuánto lejos con los pies formados en las distancias, doctos en los abecedarios de los kilómetros, porque ya habían aprendido a medir las noches sobre las sombras de sus pasos. Habían salido de sus siete lugares hacia un destino imprevisto señalado por el dedo de tierra de Itzéhúatl y así las siete familias unidas en una sola, larga, interminable sombra inició su caminata. Era una sola, larga, interminable masa formada de mitos, anhelos, de terribles almanaques diezmadores, siempre hacia delante por el efecto de la reproducción en las penumbras. Así nacieron los padres de los padres, los padres, los hijos, los hijos de los hijos y la historia de la caravana fue creciendo como crecían los espacios caminados. Ahora transitaban el tiempo presente con una voluntad imperturbable lindante en la insistencia de lo estoico. Habían sembrado el camino con sus muertos y por lo mismo el camino había sido arado con nacimientos que ahora continuaban la marcha en medio de aquella soledad que les rodeaba. Porque los pájaros, las bestias, las lluvias y las sequías pertenecían al ámbito mismo de las siete casas caminando; el conjunto era una larga atmósfera en movimiento y en torno lo innumerable por desconocido; el infinito oprimiendo desde afuera con su silencio; con su silencio haciendo apenas una débil llama los himnos de los peregrinos; haciendo débiles hilos

de esperanza los estandartes polvorientos; haciendo débil y angustiado rumor el puñado de tradiciones orales que les fue fabricando el camino. Afuera la inmensa inmensidad de afuera cercando, oprimiendo, a la pequeña inmensidad de adentro. Así las siete tribus atravesaron la época de los perros flacos, animales trasijados que se quedaban parados a la orilla de los tránsitos, con los costillares resecos, empellejados, y la rabia enredándoseles en los colmillos, amenazando la marcha de los hombres. Así atravesaban la época de los perros gordos, reflejo de los escasos momentos de bonanza que les otorgaban los itinerarios a los trashumantes. Había transcurrido ya tanto tiempo en el trayecto que en aquella fila formada por siete pueblos habían nacido y muerto ya muchas religiones provocando confusión y actitudes secretarias en ocasiones resueltas en violencias llenando de odios e iras los campamentos. El conductor Itzéhualt, pétreo, por encima de las vicisitudes disponía las rutas y por ello aquel mundo continuaba su desplazamiento sometándose a las ordenanzas de su guía primordial. Las familias continuaban con su carga de ideas y utensilios. Cruzaban los valles y los arroyos vehículos fatigados de jaulas con loros en el interior, con pájaros de los colores más variados, con serpientes domesticadas. Algunas familias cargaban con dioses de piedra que ya habían empezado a desmoronarse a fuerza de distancias. Formaban parte del desfile polvoriento enormes montículos zarandeándose, sonajeando algunas estufas de petróleo, estufas de gas habitadas por el cochambre, viejos lavaderos de cemento, aparatos de televisión de diversos tipos, computadoras de diversas propuestas, aparatos metálicos oxidados, aferrados al destino de sus dueños, kilos y kilos de periódicos, grandes atados de ropas en proceso de desintegración, hilachos sin ningún fin práctico, recipientes de peltre: jarros, bacinicas, irrigadores, hervidores u ollas desportilladas haciendo las veces de maceteros. Amarradas a la carga multiforme iban imágenes religiosas preservadas por algún cristal estrellado, cagado por moscas irreverentes o mancillado por huellas de grasa en dibujo de dedos despreocupados. A los ruidos

producidos por la multitud colaboraban crujidos de roperos con sus lunas —la mayoría— hendidas, centros de reflejos cegadores cuando la intemperie imprimía en ellos las alucinaciones del balanceo. La mano de Itzéhuatl había sido dura y por ello los transterrados habían podido superar epidemias y los contratiempos que imponía el paso sobre terrenos extraños, propiciadores del sacudimiento que produce lo desconocido. Los hombres y sus mitologías en marcha arrastraban con ellos todo lo que vivía dentro de su medio ambiente, tormentas y tolvaneras, águilas, jaguares y serpientes que a veces desconocían al hombre y sin embargo, la suma de voluntades estaba regida por una sola, todopoderosa que establecía el orden y disponía el movimiento, en esa forma bajo la dirección de Izéhuatl cruzaron paisajes áridos, espantables por aquellas sequedades ignotas; cruzaron ríos asustables por el desconocimiento del origen mágico de las corrientes; caminaron por montañas oscuras y llanos interminables con ayudas aleatorias como la del mago Charifas conjurando acechanzas, inventando puentes en donde no había; obligando vados en medio de turbulencias; curando enfermos mediante invocaciones herméticas. El Charifas también curaba penas de amor mediante ciertos pases que hacía sobre el cuerpo de la paciente que requería sus servicios; paseaba los dedos sobre montañas turgentes, sobre valles vellosos, ensedados oscuros, y con ello lograba el bien de la urgida. El poder de su magia era tal que con un profundo acto de concentración en unas cuantas horas hacía del sol luna y viceversa. Práctica menos social era la del quiromántico, quien había extendido su oficio al manejo de las cartas para no tener necesidad de un mayor contacto con los demás, para no tener que leerles la mano y así quedar dependiente de otros sujetos en su afán de deletrear los destinos. El Quiro se encerraba en sí mismo para arrancarle a las cartas la fecha en la que habrían de llegar por fin a su destino. Nunca le revelaron las cartas ciertos significados clave, como el de del día en que cayó un diluvio de pájaros sobre las cabezas de los siete pueblos. “que no —decían algunos—, que no fue un diluvio de pájaros;

fue un arco-iris de pájaros que se tendió de norte a sur (“que no —decían otros—, fue de oriente a poniente”) para anunciar el día de la salida”. No fue una sola vez que apareció aquel arco-iris de plumas. Fueron varias dejando caer en cada uno de los casos un pájaro de distinto color. Y el Quiro, siempre encerrado en sí mismo, en los preceptos de su propia filosofía nunca supo si fue diluvio, si fue un arco-iris de norte a sur o de este a oeste o si fue un desplome de aves provocado por lo gritos de angustia emitidos por las gargantas ardidadas de las siete familias solitarias. El caso era que se había iniciado, en un día perdido en la oscuridad del tiempo, la gran marcha y hasta ahora el fin de la procesión había estado muy lejos del área concreta en donde ejercían su poder las cartas de El Quiro,... quizá, si su filosofía le permitiera tomar entre sus manos las manos de la gente... mientras el Quiro pretendía apropiarse del destino de aquella caravana, ésta había logrado cruzar un río colorado, generador de muchos naufragios individuales, después otro verdoso en donde las facultades del mago Charifas habían jugado brillante papel arrancando con sus artes ruedas y zapatos de las arenas pantanosas. Entonces aquella larga peregrinación logró internarse en la sierra, domeñando breñales y ponzoñas, durmiendo junto al rugido del jaguar y los cascabeleos de la amenaza desenroscándose, tendiendo la piel indefensa a horadaciones de zancudos y sanguijuelas, a erupciones provocadas por las malas hierbas. Todo un clamor formaban las montañas con sus expresiones de orígenes secretos mientras chamacos y ancianos afrontaban el ahogo de vómitos interminables, de diarreas hacia la deshidratación de los cuerpos. Así cruzaron las serranías y descendieron a las costas incrementados los zumbidos del aire denso y los climas sofocantes. Ahí vieron con ojos absortos alargarse como una culebra sobre el agua la estrella de la tarde. Nuevamente tierra adentro, las siete familias sorteando cactus y huizachales se acogieron a la tibieza de siete enormes cuevas y ahí permanecieron por espacio de nueve años, tiempo en que reajustaron la cuenta de los tiempos. Los senderos les habían enseñado muchas cosas y a ellas vino el

discernimiento acerca de que cada 52 años un nuevo fuego se encendía en las venas y en el cielo para lanzarlos hacia delante a cumplir con las etapas trazadas. Izéhuatl había determinado un alto temporal en torno de un inmenso árbol cuyas ramas llegaban hasta las nubes. Se robustecieron las tramas del conocimiento colectivo, se perfeccionaron las brújulas y con ellas se leyeron con mayor precisión las formas de los cuatro puntos cardinales. Pero un buen día ante el azoro de los peregrinos el árbol se empezó a desgajar entre ruidos misteriosos y terminó por derrumbarse estrepitosamente. Esa fue la señal para reiniciar la marcha. Cada quien volvió a amarrar sus pertenencias a su destino; las jaulas, los muebles, lavaderos y lavadoras automáticas, kilos y kilos de periódicos viejos, recuerdos y cosas fueron ordenados en cuidadoso desorden. El Quiro acudió desesperado a sus cartas y a nuevos métodos de adivinanza en su angustia por desentrañar los porvenires y todo entró nuevamente en el barullo preparativo de la partida. Nuevos nacimientos habían aumentado la extensión de la caravana, nuevas pertenencias crecían ahora los atados y nuevas ansiedades volteaban inquietas hacia los horizontes. Atrás dejaban construcciones endebles repletas de rumores, de quehaceres abandonados a medias, de palpitaciones de utensilios para sobrellevar las cotidianidades; dejaban códigos pictóricos, gajos de la memoria, para entrar otra vez al discurso de los itinerarios. Y se inició la excursión con un enjambre de latidos por delante. Muchas voluntades trataron de aligerar las rutas y así surgieron famas en el ánimo colectivo, como la de aquel hombre atlético que se adelantaba al trazo marcado por Izéhuatl para limpiar los pasos de acechanzas. Fueron fama sus diversos trabajos como la vez que enfrentó a un león forrado con una piel a prueba de todo hierro que después le sirvió para volverse invencible en sus empeños. Así luchó en un paraje solitario con un extraño monstruo, cuerpo de perro con nueve cabezas de serpiente, una de las cuales se presumía era inmortal. También desvió con su enorme fuerza el cauce de dos ríos para limpiar unos establos con 600 toros. Muchos decían haber visto cómo derrotó

a una descomunal ave armada con pico, alas y garras de bronce con los que daba cuenta de hombres y animales. Primero las flechas del empeñoso se rompieron ante la impenetrabilidad de bronce pero finalmente pudo derribar al engendro con el ruido que produjo a base de castañuelas y un gran cascabel. Las mujeres murmuraban entre ellas murmuraban entre ellas murmuraban entre ellas que este hombre había embarazado a una bruja mitad mujer, mitad serpiente. El Charifas entonces las miraba con desprecio. Entre las hazañas que se le adjudicaban estaba el haber derrotado a un dragón de cien cabezas enroscado a un árbol que daba manzanas de oro o bien haber exterminado a un descomunal ser con cola de púas y rabia sacudiendo tres razones. El pueblo repetía estas cosas desde la primera hasta la séptima columnas que era una columna de ansiedades. Hablaba de aquel otro hombre que se hizo a la exploración con un grupo de acompañantes forjados en las disciplinas más rudas, capaces de superar los contratiempos más sañudos. En el afán de reconocimientos prediales el explorador fue sorprendido por una tormenta que desvió su impulso hacia sitios imprevistos, hacia sitios de los que hablaban mucho los caminantes pero que en realidad nadie había visto jamás. El caso es que a este nuevo héroe se le atribuía la lucha con un gigante que amenazaba los caminos. Las solas pisadas del descomunal sujeto hacían que la tierra temblara algunos kilómetros a la redonda; cuando él se movía sobre el piso las cosas y los seres eran invadidos por el estremecimiento. Con asombro se hablaba cómo el héroe tuvo que enfrentarse, valor en punta de lanza, con aquel ser extraordinario, músculos de acero, cubiertos por denso vello y tan solo un ojo a la mitad de la frente. Y en ese ojo radicó el triunfo del explorador, más bien en la ausencia de ese ojo, provocada por la mano certera del valeroso. Las mujeres, participando siempre en su correspondiente otra parte del todo hablaban de que el hombre había caído en los terrenos de una temible bruja lacerada por urgencias sexuales, a quienes ellas llamaban la Bruja de Eea quien para apoderarse

del hombre convirtió en cerdos a los acompañantes de éste. El hombre cubrió días y noches, orificios y cavidades de la Bruja de Eea. Fue el tiempo en el que los montes y las selvas se sacudían sobre la corteza terrestre y las aves volaban pares, y los peces nadaban pares y el viento mismo era hombre y mujer, vaho caliente. Otros hablaban del retorno del héroe refiriendo la vez que tuvo que ser amarrado a un árbol por sus propios acompañantes con el fin de que no lo perdieran los cantos de unos seres míticos que tenían la particularidad de hechizar todo lo que palpita en las montañas con las sugerencias de su música. Si alguien era escogido por aquellas bellezas etéreas, ese alguien estaba perdido; el señalado seguía los ecos del canto encantado y no volvía más al territorio de los vivos. Por eso el héroe se hizo amarrar por sus acompañantes, por eso el tronco al que fue atado permaneció mucho tiempo con las marcas que las sogas dejaron en su carne de madera. La mujer del héroe, mientras habían pasado los años en espera de su marido, promesa esforzándose en el retorno, creció en sus manos una trama de habilidades para engañar la pretencia de la lujuria. Los pretendientes la asediaban, ella tejía pretendiendo decidirse por alguno hasta que hubiese terminado con su trabajo. Y aquí intervenían nuevamente las mujeres para asegurar que lo que tramaba eran escozores de amor que durante las mañanas se desvanecían. Fueron muchas las penalidades por las que pasó el héroe antes del regreso que le enfrentó a los pretendientes a quienes finalmente dio fin después de haber fortalecido su espíritu en sumas de contratiempos. Las hazañas del héroe eran aliento para aquellos que cruzaban las distancias solitarias, eran generadores de energía y decisión, por ello se formó un grupo de poetas ciegos que veían más que los ciegos que no lo estaban, para que fueran ordenadas las diferentes versiones que la gente repetía con verdadera necesidad de hacerlo. Los poetas ciegos realizaron minuciosa labor y durante noches y noches, mientras la esposa del héroe tejía y destejía, ellos avanzaron en su escritura alumbrando con la vista de adentro las páginas

extendidas sobre las oscuridades. Estas historias eran alimento de los caminantes, eran su sostén sobre la marcha, combustible para los motores del desfile. Eran leyendas, iban y venían, rumores de boca en boca, de boca a oído, trascendían el deslimitado juego de consulta de el Quiro, su flor de cartas policromas diciendo la verdad a medias; trascendían también las concreciones mágicas del Charifas, quien dentro de su mundo real no podía, por mucha espuma que echara por la boca, combatir contra lo inasible, contra lo que sólo era rumor y nada más vano que ello. Ningún esfuerzo del Charifas siempre encaminado a hacer y deshacer a la realidad parches concretos podía superar las estructuras que formaban el ánimo de la gente lo que en momentos el irascible mago llamaba ronda de imaginerías. Pero los peregrinos, más allá de las rabetas del Charifas, seguían conservando y robusteciendo ese cúmulo de historias ordenadas por los poetas ciegos. Nuevas versiones surgían sobre los asuntos más variados mientras los caminantes avanzaban el paso sobre su tiempo. Entre las cosas que se decían como ciertas estaba el que una noche Izéhuatl decidió reunirse con once de los mejores guardadores de la expedición; los hombres compartían las experiencias que cada quien había ido recogiendo de las veredas recorridas, de los paisajes tramontados, de los partos y los decesos en los que habían estado presentes. En la reunión estaban cuando en el centro de su asamblea ardió un resplandor intenso deslumbrando pupilas y conciencias. Esto había trascendido y se contaba tanto en las esferas rectoras como en los campamentos paupérrimos de la peregrinación. Los rumores, como siempre, viajaban con mayor rapidez que los pies de los peregrinos, hartados con el polvo de las distancias. En el centro del círculo de asistentes brillaban palpitando las formas de un recipiente envuelto en fucilaciones cegadoras. La sorpresa dominó a los hombres, los atrajo, los centró en aquel punto cintilante. Era un poderoso imán aquel destello surgido repentino. Era un vaso sagrado venido de los tiempos a presidir la reunión de los guardadores. La aparición luminosa se desiluminó

repentina, se tomó como una nueva señal dentro del ciclo de los caminantes y los guardadores de la caravana partieron por diferentes rumbos en busca del vaso santo, del vaso sagrado en el que siglos atrás se recogió la sangre del muerto en una cruz. Rumores y más rumores. Once voluntades abiertas hacia los cuatro puntos cardinales para gozar el resto de la caminata con protecciones divinas. Se decía que uno de ellos, el que empuñaba la espada del Rey David, logró encontrar el recipiente santo e intentó regresar con él para bendecir la ruta de las siete familias. Cuando retornaba a la atmósfera de los peregrinos, el vaso sagrado empezó a desaparecer paulatinamente de su presencia; después sus propias manos se fueron tornando transparentes, hasta que finalmente su cuerpo entero desapareció en el aire. Así surgieron y se esfumaron héroes concebidos en el seno de los transcampados, como aquel hombre largo, largo y encorvado, ojos de fiebre y vestimenta rara, asimilado también a la previsión de los caminos en compañía de escudero rechoncho y cabalgadura trasijada. En una de sus salidas el hombre dio con unos gigantes que habían enloquecido a la orilla del camino. Eran monstruosos seres que en su delirio imaginaban ser molinos de viento. Furiosos levantaban los brazos y en signos de amenaza los giraban en las espirales del viento. El hombre de mirada enfebrecida, sólo, dueño nada más de su escuálida figura se dispuso a enfrentar aquella demencia en movimiento, un viento ligero le alteraba apenas la cabellera mientras el campo se abría expectativa. El hombre, pellejos y huesos espiritualizados atacó una y otra vez. Su decisión, la fuerza de su ser resultaron ser tantos, que aquellos temibles gigantes quedaron convertidos para siempre en auténticos molinos moviendo incansables sus aspas para no detenerse, mientras no se detenga la rueda del tiempo. Así andando fue como el de la larga figura descendió a una cueva encantada. Su presencia de ánimo lo fue introduciendo hasta las entrañas de la tierra sin que nada pudiera hacer que marcara paso hacia atrás. Las sombras que en primera instancia le daban sensación de

profundidad de pronto le acortaban el espacio al dibujarle casi encima de su cuerpo, las formas que la costumbre visual se empeñaba en fabricarle a tientas. El hombre avanzó sin que el más mínimo hilo de miedo se enredara a sus pies. Su determinación era mucha. La boca oscura, mineral, lo envolvía con un vaho de encierro, pero el hombre caminó hacia adentro. De pronto el centro de la cueva se iluminó con una luz bellísima y paulatinamente fueron dibujándose ante sus ojos formas, como las formas que eran en el exterior, sólo que aquí revestidas de ciertos rasgos de irrealidad. Oyó voces, vislumbró cuerpos humanos y posteriormente supo, por las bocas de los mismos aparecidos —dos hileras de mujeres atribuladas, vestidas de luto, tocadas con turbantes blancos, y otros personajes varones, que se encontraban ahí desde hacía mucho, y para siempre por malas artes del mago Charifas. El de la larga figura recorrió con la vista aquellas filas de espectros y al término de su inquisición creyó haber reconocido los rostros de muchas mujeres que formaban parte de la caravana. Una vez que ellas supieron de tal visión se quejaron con Izéhuatl imputándole al mago, entre otros cargos, que aunque caminaran aparentemente con el resto en la peregrinación, sus almas habían quedado encarceladas en el interior de la tierra, solo porque sus cuerpos se habían negado a ayuntarse con el malvado mago. Los transterrados se fueron viendo en la necesidad de crear diversas formas de justicia para ir normando las condiciones de su marcha. Así se establecieron juicios y sentencias que ejecutaban mientras proseguía el multitudinario desplazamiento. Los rodeznos de la fe y los preceptos para el bien vivir comunitario molinaban existencias fallidas que pagaban con su desmembramiento las faltas en las que habían incurrido o las que podían cometer sus mal formadas condiciones. Los estatutos y después el celo ejecutorio habían dado cuenta —por ejemplo— de un viejo loco que andaba por ahí, entre la gente, diciendo que él era Santo Tomás y bendiciendo casas y frentes transcurría deformando los ritos originales de sectas mayoritarias. Habían sido llevados a la

horca y después sus cuerpos ya sin vida consumidos en la hoguera unos judíos a los que se les acusaba de haber robado del sitio construido para la oración, un cristo de cobre; se decía que en clamor de burla hacia la imagen, los judíos habían arrastrado dicho cristo y después lo habían azotado contra el suelo en tan repetidas ocasiones que el cristo volvió a sangrar, pero ahora no desde la carne sino desde el bronce mismo salpicando manos y caras de sus depredadores. Los judíos arrepentidos de ese acto irreverente trataron de huir, pero en cualquier parte que iban eran fácilmente reconocidos por las manchas de sangre que llevaban a donde los pies ponían. Otra ajusticiada fue la beata Sabineta Gargía, quien en arrebatos de lujuria montaba por las noches en un negro macho cabrío, sobre el que retozaba hasta las primeras horas de la mañana. Las mujeres escandalizadas exigían justicia ejemplar en el cuerpo de la desordenada fema y tanta fue la insistencia ante los encargados del fallo que el mago Gandalla llegó a decir que lo que querían estas mujeres era tener manos libres para entrar a la rebatinga por la posesión del cabro desquiciador. Pero llegó a haber quienes se escaparan del quemadero de San Diego, a donde incluso llevaban restos óseos de quienes en vida cometieron algún delito sin haber por ello recibido completos los rigores del castigo correspondiente. Una de esas almas que se escaparon de la justicia ambulante fue la de una mujer a la que conocían como la “Mulata”, quien enfrente de sus carceleros dibujó un barco sobre la pared, después saludó llena de gracia y cortesía y tomando con delicadeza las faldas de su vestido subió al barco que había dibujado, partiendo hacia no se sabe donde ante ojos daltónicos de atónitos. Mientras tanto la caminata proseguía y los caminantes continuaban devorando paisajes y distancias hasta que llegaron a la región de los valles helados, en el cauce fueron dejando abandonados a los enfermos, a los viejos y a los cansados; era un desprenderse humano, un desgajarse partes de un mismo trashumante cuerpo. Fueron dejando a su suerte a los menos aptos para el camino hasta que se presentó la rebelión de los baldados,

extendidas sobre las oscuridades. Estas historias eran alimento de los caminantes, eran su sostén sobre la marcha, combustible para los motores del desfile. Eran leyendas, iban y venían, rumores de boca en boca, de boca a oído, trascendían el deslimitado juego de consulta de el Quiro, su flor de cartas policromas diciendo la verdad a medias; trascendían también las concreciones mágicas del Charifas, quien dentro de su mundo real no podía, por mucha espuma que echara por la boca, combatir contra lo inasible, contra lo que sólo era rumor y nada más vano que ello. Ningún esfuerzo del Charifas siempre encaminado a hacer y deshacer a la realidad parches concretos podía superar las estructuras que formaban el ánimo de la gente lo que en momentos el irascible mago llamaba ronda de imaginerías. Pero los peregrinos, más allá de las rabetas del Charifas, seguían conservando y robusteciendo ese cúmulo de historias ordenadas por los poetas ciegos. Nuevas versiones surgían sobre los asuntos más variados mientras los caminantes avanzaban el paso sobre su tiempo. Entre las cosas que se decían como ciertas estaba el que una noche Izéhuatl decidió reunirse con once de los mejores guardadores de la expedición; los hombres compartían las experiencias que cada quien había ido recogiendo de las veredas recorridas, de los paisajes tramontados, de los partos y los decesos en los que habían estado presentes. En la reunión estaban cuando en el centro de su asamblea ardió un resplandor intenso deslumbrando pupilas y conciencias. Esto había trascendido y se contaba tanto en las esferas rectoras como en los campamentos paupérrimos de la peregrinación. Los rumores, como siempre, viajaban con mayor rapidez que los pies de los peregrinos, hartados con el polvo de las distancias. En el centro del círculo de asistentes brillaban palpitando las formas de un recipiente envuelto en fucilaciones cegadoras. La sorpresa dominó a los hombres, los atrajo, los centró en aquel punto cintilante. Era un poderoso imán aquel destello surgido repentino. Era un vaso sagrado venido de los tiempos a presidir la reunión de los guardadores. La aparición luminosa se desiluminó

encabezados por un sujeto sin piernas que se movía encima de una tabla con ruedas. El Chevrolito encabezó el desacuerdo y así después de meses de enfrentamiento, a costa de hacer la marcha más lenta se reincorporaron a la masa deambulante los cojos y los mancos, los tullidos, los sacudidos por el mal de San Vito, los detenidos en la desesperación de la sarna. Caminaron todos juntos. Y así llegaron a las orillas de una laguna salada en donde vivieron otros siete años preparándose para tocar nuevos puntos establecidos sobre los litorales de la extensa masa lacustre. Como habían nacido nuevas generaciones en las siete tribus, Izéhuatl mandó una paloma a repartir las palabras para que los peregrinos se comprendieran entre sí. Al paso de los agremiados los pájaros decían “tihuitchan”, “tihuitchan”, palabra que los nuevos códigos lingüísticos mandados a entregar por Izéhuatl repetían: “vamos a nuestra casa”. Chimalma, la mujer de las largas naguas aseguraba que todos provenían de “un lugar de garzas blancas” pero que nunca alcanzarían el asiento final porque el hombre que los guiaba había conocido los senos de su propia hija y por lo tanto la caminata de todos estaba planteada en círculos que se romperían sólo con la muerte de Izéhuatl, el inmortal. A los años de desplazarse por el litoral de la laguna decidieron establecerse en el Cerro de los Chapulines. Ahí, en noches de cónclave, Izéhuatl hablaba con sus auxiliares espirituales. En sus palabras recordaba los nombres de los veinte señores que según lejano eco de la memoria habían venido fungiendo en la caravana hasta encarnar finalmente en él. Los veinte señores eran: Tenoch, Acacitli, Ahuexotl, Ocelopan, Xomimitl, Atzin, Xiuhlac, Axolohua, Nanacatzin, Quentzin, Tlatala, Tzontliyayahua, Cozcatl, Tezcatl, Tochpan, Mimich, Tetepan, Tezacatl, Acohuatl y Achitomecatl. Por fin, a la mitad de un día del viaje sus pasos los llevaron a un lugar en donde todo era bruma, visión densa. Habían llegado a la región menos transparente del aire hasta entonces conocida por ellos. Se dirigieron a su acomodo. Y las cosas y los seres empezaron a despertar dentro del brumoso sueño de Izéhuatl.

II

Desde sus penumbras se fueron acomodando en las penumbras. Los patios se encontraban oscuros. Las formas eran apenas como líneas de humo empezando a dibujarse de lo volátil. Eran las cosas como un sueño que se desvanecía paulatinamente, conjuntos que iban ganando luz materializándose en la mirada. Era el lento concierto de las definiciones. Las sombras de la caminata también fueron tomando concreciones humanas. Las columnas de gente fueron llegando en orden a poblar sus sitios; sombras que venían de una larga peregrinación arrastrando su cultura para establecerla sobre la nueva acumulación de hechos. Sobre el pardo discurrir flotaba el polvo de muchos años de camino. Ellos, mecánica, silenciosamente, como si ya conocieran y manejaran a la perfección su próximo destino arribaban disciplinadamente y fatalmente se iban acomodando en el lugar que sabían les correspondía. Ya la atmósfera era mayor precisión. Algo de neblina rodeaba aún los cuerpos, flotaba entre tinacos y tendederos, entre antenas de televisión y barandales oxidados de antiguas escaleras de lozas desajustadas. Los ruidos iban siendo más planetarios, las expresiones cada vez más humanas, los gatos y los perros sarnosos más gatos y más perros sarnosos. Lo que era empezaba a ser con la fuerza de su realidad. Todo trata el polvo y la verdad del canto, de un largo camino que había conformado voluntades y enterezas, desesperanzas y anhelos que mantenían vivo el trayecto. Venían de conocer las grandes planicies reverberadas por soles puntuales, de calcinantes insistencias; traían en el caracol auditivo de los viejos el golpe de las olas sobre la arena, sal bramando, tumbo de yodo resuelto en espuma llena de rumores; venían de conocer el aire rasposo sobre los predios yermos, donde se enrosca la víbora y el arácnido explora a ocho tactos las opciones calizas. Traían sobre las células la humedad de todas las tormentas que los diversos rumbos soplaron sobre sus espaldas, el relámpago y la soledad eran su carne, la fatiga también, la desazón

ante los horizontes abiertos, inabarcables, rojizos como una llama imaginaria que siempre estaba más allá después de cada paso. Venían de los vértigos asomados desde las cimas más altas, cuando los estómagos y los sexos se unen incapaces de asumir las posibilidades planteadas por el vacío, y el cuerpo, el humilde granito de arena, se revuelve rebelde indefenso en su centro de náusea. Traían la enfermedad trenzada con la salud. Los insomnios producidos por los ayes se confundían con los desvelos del festejo, del multitudinario bullicio que imponían de vez en vez los calendarios. En el camino recogieron ortigas que florecieron en sedocidades y floraciones que terminaron ortigando los senderos. Todo un mecanismo de creencias se había venido conformando en los transcurros y las mínimas señales del paisaje eran símbolos que arrastraban a siete casas, a siete familias hacia los destinos más sorprendivos. Se trataba de una infinita suma de vidas y muertes y de nuevo vidas. Y así llegaron una tras otra las columnas a habitar sus espacios correspondientes. Era como si un imán sabio dispusiera en ese largo y lento espacio temporal lo que ya estaba dispuesto, destinado, desde los orígenes innombrables del tiempo. Las paredes ya no eran bruma, ya eran paredes, y el aire y los hombres, todo en historia conjunta, eran, en cita de volúmenes y expresiones reales. La gente caminaba a su ubicación final, con plena seguridad de los lugares que le eran. Ellas eran las que llegaban a su sitio.

—Estoy seguro de que no me creerías si te dijera que cada uno

de estos rincones los he soñado no sé cuánto ni cuántas veces

—comentó el joven con la mirada perdida en el asombro.

—¿También tú? —respondió la joven con cierta sorpresa.

—¿También tú? —repuso el joven mayormente sorprendido.

—Es que yo también siento haber estado antes en este sitio

—dijo la joven escudriñando en torno suyo.

—Sí, es una sensación rara. Qué extraño es todo esto.

La joven se separó varios pasos, siempre en actitud exploradora.

—Mira —llamó la joven—. Mira las paredes de enfrente.

El joven se acercó curioso al punto donde ella señalaba.
—No sé si entre tus recuerdos también existe la noche de los dragones —dijo señalando las paredes ahumadas.
El joven sintió que un inexplicable sacudimiento recorría su cuerpo.
—Sí, la noche de los dragones— insistió ella señalando hacia el sitio descubierto.
El joven no dijo nada, solamente caminó hacia aquellas manchas de humo y empezó a recorrerlas con la mirada, parecía como si en esos momentos su pensamiento estuviera en un punto lejano. La joven se acercó a él y le abrazó la cintura.
—Como si viviéramos la realidad de un sueño pasado— Él volvió de pronto a la conversación.
—O como si fuera éste el sueño.
—Lo curioso es que los dos hayamos estado en el mismo sueño.
—O que estemos ahora en el mismo sueño —insistió la voz del joven.
—¿Tú supiste de mí en tu sueño?
—Los dos sabemos de los dos en nuestro mismo sueño— replicó él.
—Sí, yo también te sentí —dijo ella.
Él se desató de su abrazo pero en la acción quedaron unidos de las manos, así caminaron por aquel mundo de cosas que estaban reconociendo, retomando de una lejanía misteriosa. A cada nuevo paso una revelación les asaltaba, despertaba de la memoria adormecida para tomar vigencia de una nueva cuenta, para volver a ser objeto de una historia por quién sabe que causas abandonada, pero latente, como los hechos lo estaban demostrando.
—Allá a la derecha —dijo ella alterada, queriendo comprobar la certidumbre de sus palabras—, estaban los lavadores

colectivos, en donde el mago Charifas se divertía haciéndole agujeros a los vestidos de las mujeres.

El joven le siguió el desplazamiento nervioso y efectivamente, unos pasos adelante estaban los lavaderos. El también los recordaba en ese mismo sitio.

—Cuántas historias se cruzaron aquí, se entretejieron de boca en boca —pensó él en voz alta.

—Para eso de las historias, del chismerío, no había nadie que se igualara a Doña Chon —complementó la joven.

—¡Doña Chon! —expresó el joven, repentino.

—¡El cuarto de Doña Chon! —dijo ella.

—Al principio del primer patio —recordó el joven con ansiedad.

—Sí —dijo ella cuando ya dirigía sus pasos hacia allá seguida de cerca por el joven.

Ahí en donde lo habían previsto estaba el cuarto de Doña Chon como ellos lo recordaban, con aquellos botes viejos pegados a la pared, desde donde colgaban menesterosos hilos vegetales. Enfrente estaba un enorme cuadro con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Las cosas permanecían igual, como si hubieran estado en letargo hasta que ahora, a la luz del nuevo día, volvían a despertar, se volvían a poner al alcance de la vista y de las manos.

—Aquí está, donde ya sabíamos que iba a estar el cuarto de Doña Chon, aquí era el cuarto donde vivía...

—Aquí vive —completó el joven con un rostro de ausencia—, aquí están los cimientos de su imperio; desde aquí decide quienes son los que deben ingresar a este mundo nuestro.

—Cuántos enredos creó Doña Chon desde este cuartucho.

—Cuántos enredos crea, desde esta pocilga en donde reconstruye nuestras vidas a su antojo.

—Siempre procurando tener bien informados a los demás

—dijo ella.

Al pie de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús estaba la repisa desteñida, como siempre, sosteniendo una hilera de veladoras a medio consumir.

—Y ahí está la mancha oscura— observó ella. Señalando hacia el piso.

—Sí —dijo el joven continuando en su reconocimiento—, fue lo que quedó de la mujer que terminó convertida en una hoguera.

—Las pasiones acabaron encendiéndola ¿te acuerdas?

—La lujuria —dijo él con voz cortante.

—Eres duro cuando hablas.

—Es la verdad, mucho más allá de las malas referencias que tanto le gustan a Doña Chon.

—La pobre mujer era un angustioso alarido que duró meses enteros, mucho después de que sus cenizas habían volado por el aire.

—Repartiendo la lujuria entre las demás casas —insistió el joven con la misma voz tajante.

—Allá al fondo, a la derecha —señaló ella, debe estar la cuarteadura que dejó uno de los temblores en la pared que sostenía los tinacos.

Caminaron hacia allá para comprobar una vez más la exactitud de los recuerdos. La hendidura amenazante sobre el muro de hormigón apareció ante sus ojos. El joven ratificó:

—Esa es la cuarteadura que dejó uno de los temblores en la pared que sostiene los tinacos.

—¿Cuál es el misterio que nos mueve en estos momentos?

—interrogó ella ansiosa.

—Somos nosotros los que estamos moviendo el hecho del misterio —respondió con seguridad el joven.

Mientras tanto los demás patios se iban poblando paulatinamente. No había duda alguna respecto al sitio que a cada quien correspondía, era algo así como un oscuro mandato que cada

quien traía dentro de sí mismo, distribuyendo, disponiendo los pormenores del asentamiento. Las enormes, interminables filas de sombras dirigían el paso sabio hacia su meta, hacia el techo que sabían designado para cada quien. El movimiento era manejado por la precisión más asombrosa. Un extraño dictado movía a las masas y les daba su habitación. La docilidad se dirigía a su nuevo asiento que al parecer era el mismo que ya había sido ocupado en alguna otra dimensión del tiempo. Era el cumplimiento de un destino inconscientemente sabido por todos, el acomodo de lo predispuesto; el ejercicio del orden distribuyéndose en la acción múltiple, buscando su área, su casa. Lo vertical dirigiéndose a su centro de gravedad, eso era lo que determinaba el paso colectivo. En su paso consuetudinario cada quien iba reconociendo su lugar de arribo como que si ya hubieran vivido en un misterioso antes ahí, como si cada sitio formara parte de un viejo sueño común de la caravana. En donde creían recordar que estaban las cosas, ahí estaban, las tomas de agua, el altar del Sagrado Corazón de Jesús, los excusados públicos con su envolvente olor a excremento y tierra profunda. La caravana se fue ubicando lentamente en las diferentes habitaciones a lo largo de los siete patios de aquella inmensa vecindad. La sorpresa que a todos embargaba era la no sorpresa. La no sorpresa que a todos embargaba era la sorpresa de ir reconociendo a cada metro cada una de las cosas con las que se tropezaban, como si volvieran a posesionarse de lo antes misteriosamente poseído, como si estuvieran otra vez en el cierre y culminación de un gran círculo. “Es que el que nos guía —llegaron a decir algunos en voz baja— conoció los senos de su hija y así estableció este círculo que sólo ha de romperse con su muerte”. “Pero Izéhuatl es inmortal”, “no hablo de Izéhuatl, me refiero al otro”, decían otros. Mientras tanto seguían en su asombrada labor de reconocimiento. Allá, en uno de los fondos se encontraba el conjunto de habitaciones que servían de hospital y a un lado el inmenso tiradero en donde se descomponían entre moscas y activas gusaneras, brazos y piernas

podridos por la gangrena, vísceras desechadas por ineptas, algodones con pus y sangres malolientes. En otra parte estaba, precisamente ahí, donde debería estar, la capilla que habían levantado las beatas para cumplir con sus rosarios vespertinos y sus misas domingueras. Las devociones estaban impresas en el piso, en las múltiples manchas de sangre, rojos en todos los tonos, que dejaban las rodillas de los creyentes después de trascendidas las ardorosas etapas de las ampollas conjuradoras de pecados veniales, de mortales. Así llegaron a habitar de nuevo aquel mundo. A lo lejos se veían las marquesinas somnolientas del “Atzimba” y junto a ellas las de los otros jacalones que hacían las veces de cabaret y “enganchadero” con su nocturno ajeteo. Ahí estaban, esperando el jaloneo de la noche “La Camelia”, “El Golpe”, “Las Tapatías”, “El Olímpico”, “El Jardín”, “El XXX”, eran el reino de las faldas ajustadas, de maracas y bongoes, de trompetas danzonerías, descubriendo las turbias verdades nocturnas, el puñal pronto, la venganza bajuna, las disputas por primacías varoniles en el oficio de regentear la comercialización de la carne sudorosa, maquillada con tonos excesivos. Eran noches fuertes las que ahí se vivían, difuminadas entre el humo del alcohol y los sabores del cigarrillo canalla, compañeros inseparables de los largos desvelos. Eran los rumbos de la violencia con coreografías afroantillanas, donde la mujer era golpeada a media pista, a media calle, a veces por su hombre, a veces por las otras mujeres en competencia. Alguna vez llegó por ahí el viejo Arles. Hasta ahí lo llevó un grupo de amigos para celebrar la aparición de una novela que acababa de escribir, “Ojalá te mueras”, en donde se describía esa vida difícil entre estridencias musicales y chocar de vasos. Una mujer tatuada de noche acompañó al viejo Arles en aquella extensa jornada, divertida con las historias que el viejo le platicaba. Al retirarse Arles dejó olvidado en uno de los gabinetes el único ejemplar que tenía de su novela. Una semana después Arles volvió al sitio con la intención de recuperar su libro; buscó afanosamente, entre la densidad del humo, a la mujer con la que había compartido la sesión pasada. De pronto de entre las penumbras, una mujer ebria, con los ojos desorbitados,

como si hubiera visto un fantasma, se le fue encima. El viejo Arles, aterrorizado y ya sujeto por los meseros que le llevaban a la puerta escuchaba a la mujer gritando, totalmente fuera de sí: “sáquenlo, sáquenlo de aquí; ese viejo es el diablo, sáquenlo de aquí, ese viejo no nos ve con los ojos de afuera; nos ve con los ojos de adentro, con los de muy adentro y lo escribe, lo escribe todo; ese viejo es el diablo; ese viejo nos viene a ver el alma”. Por el mismo rumbo estaban los Baños San José, en donde entrenaban boxeadores famosos como Memo Valero, el caballero del ring, el estilista que llenaba el gimnasio con la elasticidad de su figura reflejada en todos los espejos haciendo la pera, el costal, la cuerda traqueteando sobre la duela tras tras tras tras la “sombra”, derribando a los enemigos imaginarios más enconados. Y Memo Valero, campeón nacional de peso gallo, en la imaginación de todos, en la discusión durante las horas de la factoría, en la mesa de la comida, en los rincones de la cena... cuando... y Memo Valero, el caballero del ring, el estilista, el “científico”, el fino... noqueando en contra de todos los pronósticos al “Negro” Sandoval, el ídolo de “La Lagunilla”, el ponchador, el toro salvaje, el que debería derrumbar, derrumbándose. En el décimo round, en el maldito décimo round, cuando el “Negro” Sandoval se quedó detenido en la ausencia, parado con las cuerdas a la espalda, con la vista perdida hacia el público, sin conciencia de lo que estaba ocurriendo. Y luego Memo Valero, el caballero del ring, el caballero en la calle, el caballero en su casa, desmoronándose ante los puñetazos del pocho Manuel Ortiz, campeón mundial, culpa de las lágrimas de todos. Ahí mismo, en los Baños San José, los entrenamientos de “Kid Azteca”, el otro esteta, el “nadie hay otro como él para el gancho izquierdo”. Y “Kid Azteca” se subía al encordado y había que cuidarle el puño izquierdo, porque cuando menos lo esperaba el contrario... y el público, se colaba como cuchillo recién afilado en el abdomen del oponente sin que nadie pudiera detener la caída irremediable del golpeado. “Kid Azteca” el estilista; “Kid Azteca” el rey del gancho izquierdo; “Kid Azteca” el retador al campeonato del mundo. Y después el héroe sobre la lona, esperando

la cuenta del referee que lo habría de poner fuera de combate, uno, dos, tres, cuatro, y otra vez el campeonato perdido después de kilos y kilos de papel periódico trabajando por meses enteros la esperanza del público. En el otro “establo”, en el Gimnasio Islas, entrenaba el “Chango” Casanova, el clásico de los boxeadores, “la biblia”, decían los fanáticos. Nevero de profesión original, se hizo al box por la efectividad de sus puños en las riñas callejeras. Después fue omnímodo en la materia. Todo lo sabía y todo lo era “El Chango”, el que entregaba la piel y el alma sobre el cuadrilátero para arrebatarse la piel y el alma del enemigo, lo que siempre conseguía entre el griterío de la gente: “mátalo Chango, mátalo”. Y el “Chango” Casanova levantándose en triunfo con la cabeza de su oponente colgando de sus guantes demolidores agitándose en lo alto. Entonces se formó el famoso triángulo, el “Chango”, el casi santificado “Chango” Casanova noqueaba a Juan Zurita, Juan Zurita, otro de los grandes, daba cuenta de Joe Conde, y cuando todos esperaban que el “Chango”, el invencible, la rabia vengadora del populacho acabara con el pocho Joe Conde, éste le hablaba en plena pelea al vengador de la raza con los acentos de un idioma extraño y a partir de ese momento todo era encogerse por parte de Casanova; todo era dejarse golpear; todo era perder una pelea que el populacho creía y deseaba ganada. Y luego el “Chango” Casanova va financiando los desmanes de sus amigos; y luego el “Chango” Casanova endeudado con quienes ya le empezaban a pagar una miseria por cada pleito en el que todavía explotaban su nombre; y luego el “Chango” Casanova en el centro de su alcoholismo incontrolable; y luego en el centro de la miseria; y luego en el centro de los reportajes morbosos en los periódicos; y luego en el manicomio; y luego el “Chango” Casanova en la tumba de los boxeadores que lo fueron todo sin alcanzar a serlo, en las páginas del recuerdo, en el tema central de rollos y rollos de material fílmico, y un público aplaudiendo y llorando al “ídolo”, a su recuerdo, a la ausencia que había dejado en los hogares. Posteriormente el “Chango” Casanova, “el campeón sin corona”, el nevero de “La Lagunilla”, iba a revivir con tantos diferentes nombres:

“Toluco”, “Pajarito”, “Púas”... Narices de parche, orejas de coliflor, el mundillo de los Baños San José, del gimnasio Islas los que después se iban a llamar “Los Jordán”, “Los Avenida”. Así fueron reconociendo los puntos clave de su arribo; así fueron encontrando su sitio nuevamente. Los años gimnasios, los cabarets sonámbulos, las mismas prostitutas desvelando su tos en las mismas esquinas, todo era nuevamente recobrado por los peregrinos que sin saber en qué momento habían llegado al paraíso, así como no sabían en qué momento lo iban a tener que abandonar en nueva cuenta. El “Atzimba” a lo lejos, y a lo cerca las láminas de cartón empetroado con el que se mediotapaban los excusados; la capilla de las beatas hasta el fondo y Doña Chon en el principio, inventando sus historias malas.

—Como si viniéramos de un sueño —dijo la joven.

—En él estamos y es nuestra realidad —dijo el joven.

—Allá atrás había una parte de los tendedores, —señaló ella con intención de desplazarse hacia ese lugar.

El joven la detuvo con firmeza.

—No tiene caso —le dijo—, ya sabemos lo que hay, lo que encontraremos, porque estamos en todo esto, porque somos esto, como si nunca hubiéramos salido de aquí.

—¿Somos el sueño o los soñadores?

—Las dos cosas —respondió el joven—, y no tenemos más remedio que asumir el presente en el que nos encontramos.

—Abrázame, siento frío —pidió ella.

—Y así debemos estar ante todos —respondió él pasándole el brazo sobre los hombros, siempre juntos porque tú y yo somos nuestra única defensa.

—Todos empiezan a reconocer sus cosas, sus lugares.

—Sólo a nosotros nos queda reconocernos a nosotros mismos porque frente a todos somos nuestro único lugar —dijo el joven.

—¿Huérfanos nuevamente aún en este reencontrar las cosas? —preguntó la joven como esperando una respuesta

contraria a sus palabras.

—Como lo fuimos siempre —respondió el joven sin dar oportunidad a ninguna ilusión mal fundada.

—Pero tú y yo...

—Pero tú y yo tenemos que seguir siendo uno para fortalecernos contra las amenazas exteriores.

—Hermana y hermano...

—Uno solo —dijo él, en contra de toda asechanza; en donde pisamos no debe pisar el pecado; debemos ser más fuerte que lo que nos rodea.

—¿Y tú me ayudarías? —preguntó ella con ansiedad.

—Nos debemos ayudar los dos —dijo él.

—Tengo miedo— confesó ella recostando el rostro moreno sobre el pecho del joven.

—No hay porque tenerlo —dijo él con voz firme aceptando la cabeza de ella sobre sus latidos.

—Es que siento que todo nos cerca.

—Pero nosotros somos más poderosos

—No lo sé.

—Lo sabes, sabes que todo esto se derrumba lentamente, lo sabemos aunque no sepamos desde qué sueño viene pasando, pero sé que lo sabes, que sabes que nosotros no tenemos derecho a derrumbarnos junto con lo demás.

—Es que si todo se derrumbara nosotros...

—Nosotros estaremos en pie —atajó él.

—La mujer empezó a sollozar.

—Nada te tocará, hermana —dijo el joven—, ni la deslealtad ni la mentira; no te alcanzarán ni la apatía que todo lo pierde ni la lujuria con su mano sucia, jamás te manchará la lujuria de los hombres, no ensuciará tu cuerpo.

—Tengo miedo —insistió ella.

—Tu cuerpo no será manchado —contestó él—, tampoco tu alma será mordisqueada por el morbo de los demás, aunque

estemos rodeados por estas sombras que llegan ahora y por las que nos rodearán en nuestro próximo acomodo.

—Tengo miedo —volvió a decir ella.

Las sombras seguían reencontrando sus estadios. Enfrente una hilera de habitaciones oliendo a cuerpos sin aseo entre otras aromadas a “no-meolvides”; en una callejuela de uno de los patios, la arena de lucha libre, en donde el enmascarado de plata continuaba disponiendo de las frondosas cabelleras de sus rivales entre el griterío de los aficionados; en otra el frontal del Teatro Iris, en donde se celebraban aquellos sudorosos maratones de baile cuando no las revistas musicales llenas de picardía, explotando el hecho político y las alusiones sexuales.

—Pura serás —dijo el joven—, y esa será tu fuerza.

—Pura seré —dijo ella.

—No permitiré que seas el blanco de los sucios deseos de los promiscuos. —dijo el joven

—No lo permitirás —dijo ella.

—Mi cuerpo será tu escudo, hermana —dijo el joven.

—Tu cuerpo será mi escudo —dijo ella.

—Tu carne no será jamás para la baba lujuriosa de los hombres —dijo el joven.

—Mi carne no será para la baba lujuriosa de los hombres

—dijo la joven.

III

Picaba y picaba, la oscuridad latía mientras picaba, era como un silencio con cosas por adentro, con muchas cosas recargadas sobre la imaginación, atendiendo a quién sabe qué dictados que desde muy lejos venían, mientras picaba y picaba en medio de un olor a encerrado revuelto con golpecitos de naftalina en las narices mientras la oscuridad dibujaba ondas como de humo blanco que después desaparecerían para dar paso a otras nuevas así y así mientras picaba y picaba, y la salsa que se le pone a la imaginación iba creciendo con ese ardorcito muy propio de ella cuando se hace con chile pasilla y buenos deseos de que pique bien. En la sombra se podían oír los latidos, se afinaban bien las orejas, eran como golpes de sombra que hacían tam tam, y en las venas y en el cuerpo completo empezaba a correr el tam tam, con tanta fuerza que entonces crecía el miedo de que lo fueran a oír los otros, los que no debían enterarse. Quién sabe si el olor del cuerpo tenía ya el olor del encierro o al revés o las dos cosas, quién sabe, pero que las dos cosas palpitaban junto con los ojos que no se sabía si estaban abiertos o cerrados, eso si que sí, mientras picaba y picaba haciendo crecer la desesperación por adentro, desde adentro, en el adentro, adentro, pues, hasta adentro. Picaba y picaba. Las sombras por muy calladas zumban, hacen su música, pesada, espesa como humo cerrado y ahí se pueden acomodar muy bien las cosas si se quiere, las prevenciones y los recuerdos, envolver esas cosas con el velo negro del zumbido después de haberlas ordenado en el pensamiento, después de haberles dado la dimensión en la cabeza que es como una enorme bodega en donde caben las cosas entre las que vivimos y luego las voces de la tierra sobre la que se patalea y luego los asuntos del cielo que por muchos que sean y por mucho vuelo que tengan, bien caben, y hasta las cosas de más allá en esa abertura de la que no se sabe mucho, amplia, interminable y oscura, oscura como el encierro. Y en el vientre de esa música nuevamente las imágenes

de todo lo que se ha vivido, los miedos, las angustias, los ratos de la risa, del gozo, siempre tan menguados, tan espaciados, tan no queriéndole llegar a uno, y aquellos dolores amargos que le arrancan al cuerpo pedazos enteros desde los sacudimientos del alma y que el cuerpo soporta para volver a rehacerse, para estar finito para el nuevo entre en una cadena de contratiempos que parece que no fuera a terminar nunca, como si nos tuviera atados a las desgracias para los siempres. Las sombras picaban las orejas por adentro y se apagaban hormigueantes por las curvitas de las corvas haciendo un escarbar en los hoyuelos para provocar la sensación de querer patear aunque fuera lo que fuera, era como un deslizadero que ha de ser lo que la gente llama ansiedad. El espacio reducido acercaba a la conciencia las verdades del cuerpo, sus palpitaciones, el sudor frío que empezaba a mojar hasta los pensamientos. Los ruidos de afuera eran como círculos que giraban hinchándose con la claridad, su música era imaginada como lenguaje de la luz gritando desde afuera que estaba libre, no constreñido como el de adentro oliendo cada vez más al cuerpo y el cuerpo oliendo a él. El acomodo de las partes permanecía con una fuerza impuesta por la conveniencia, así debería de ser, como estaba siendo, como el sometimiento lo acataba, sin caer en el malestar de los entumecimientos porque la cabeza estaba atenta concentrada en otras importancias mayores, que de no atenderse enviaría las horas empeñadas por un desfiladero sin forma ni fondo, más oscuro que el encierro que desde hacía un buen rato estaba oliendo a eso. El tam tam ya tamborileaba en la nuca, ya en el pecho, a veces se corría hasta el túnel de velocidades secas y volvía a repartir por los terrenos de la espalda y del vientre, en los muslos, también vibraba en el cerebro y en las reducidas pero profundas sombras del rededor. El ansia era como un feto paciente, esperando la hora de desenroscarse en un aire más amplio, más ancho, más hecho para los suspiros y los sollozos que ya no estaban dejando lugar para la respiración. Picaba y picaba y parecía como si estuviera tocando a las puertas del alma angustiada. Después de

eso lo demás era silencio menos el tam tam que en el interior del cuerpo golpeaba más fuerte.

Allá afuera quién sabe con qué velocidad transcurrían los minutos. Eran tan diferentes las realidades, tan otra cosa el tiempo de adentro y el de afuera; pensar en eso era inquietante, aunque más bien todo lo que se pensara tenía el mismo sabor de la inquietud, de una inquietud que iba creciendo y que quién sabe hasta cuándo iba a poder resistir el encierro. Al revés: quién sabe hasta cuando las reducidas paredes sin luz iban a poder albergar la inquietud creciendo creciendo creciendo a cada golpe del tam tam. Con el encierro el cuerpo crecía, se hinchaba, y su historia se volvía otro elemento en pugna por ocupar el espacio cada vez más chico. Así iban creciendo los antes pequeños hechos que el cuerpo había vivido desde su principio, poco después de que hubiera dejado de ser feto por primera ocasión. Ahora las historias tenían vasta importancia, eran grandes historias, hechos en los que el pensamiento jamás se había detenido por insignificantes. Lo que había valido pequeñas consideraciones añejas, los insignificantes momentos de vidas insignificantes estaban convertidos en el centro de las consideraciones, de los análisis, de la nostalgia revaloradora. Ahora tenían nuevos significados los minutos distribuidos a lo largo de largas horas que habían hecho días largos y largos hastíos. Ahora sí había una minuciosa recuperación del cuerpo ahí encogido concentrándose en el sudor y en las ideas. La niñez, la adolescencia, la edad adulta ahora eran una sola suma de palpitaciones, el despertar del deseo carnal tan vulgar en las existencias cercanas y en la propia y el despertar de las desilusiones, de las angustias, de los sentimientos de frustración. Ahora el miedo estaba enroscado al cuerpo y en él triunfaba el hormigueo del ansia matizando las corvas y las plantas de los pies. El miedo se fincaba en el no saber cuánto iba a poder sostenerse la situación, hasta cuándo la docilidad de los nervios evitarían la explosión con la que todo se derrumbaría haciendo inútil la resistencia hasta el momento sostenida por el ánimo doblegándose

a cada instante que pasaba. El terror era preguntar y encontrar la pronta respuesta respecto a cuál es el límite de un cuerpo y su pensamiento en esas condiciones, ovillado en un hueco del tiempo, con las venas hinchadas por los latidos incontenibles. La amenaza era ese límite, quizá próximo, en el que esperaba acurrucada la desgracia pronta a dar el salto hacia un aire más abierto. Mientras, picaba y picaba con una turbadora insistencia que invitaba a gritar desde el fondo del ansia reprimida ¡Basta! Y dejar que a partir de ese momento se desencadenaran las cosas que durante un buen tiempo habían evitado el estoicismo en su forma silenciosa. Ya había logrado hacer un hoyito en el alma, un agujero que iba creciendo paulatinamente. Picaba mientras que en el fondo de la oscuridad un nudo de nervios y emociones se estremecía, buscando ciego una salida a tanto ser contenido. En el centro del reducido espacio un chorro de sangre que no urgía desde los entresijos de ese momento de clausura, que venía desde siglos y siglos de una peregrinación interminable venciendo montes y hondonadas, rompiendo el campo a pulso firme y nadando sobre aguas dulces y saladas. Mientras picaba las sombras eran manos que acariciaban el cuerpo y limpiaban a medias el sudor constantemente renovado. La respiración era un poderoso fuelle luchando con la mordaza del miedo mientras el silencio de afuera sabía a pedacitos de sed y el de adentro a lengua mordida deteniendo el grito. Las sombras giraban como danzas densas, como un mal sueño con ojos abiertos que se repite entre las mismas sombras. Los músculos no respondían de tanta inmovilidad a que habían sido sometidos, ya sólo era el pensamiento el que se movía, los miembros se negaban a responder a las órdenes del cerebro; así parecía que era, pero también era cierto que tal idea no se podía verificar sino hasta que hubiera el espacio en el que se ejerciera el movimiento; mientras, todo eran conjeturas y desesperación. Hasta aquel encierro incómodo habían llegado los hechos, los que empezaron así, de la nada, dentro de un supuesto día cotidiano en el que todo estaba siendo igual a los demás días.

Nadie había presentido nada, ningún indicio se configuraba en el ambiente, los acontecimientos eran los mismos que se habían venido repitiendo como en una película proyectada hasta el cansancio; ninguna señal previsor, algo que anunciara la aproximación de hechos innumbrables. La mañana había sido igual a todas; las actividades se desarrollaban ajenas a lo que iba a suceder tan sólo unas cuantas horas después. Durante el mediodía, todavía minutos antes de los hechos, nadie hubiera podido hablar de presagios en el aire, de signos previsores, de algún movimiento fuera de lo rutinario. Después de las doce horas empezó aquello que iba a trastornar para siempre nuestros corazones; empezó como un movimiento que fue creciendo desde la zona de lo incierto en donde estaba agazapado; fue algo así como una marea haciéndose cada vez más verdad, con su volumen creciendo incontrolable. La sorpresa de pronto sacudía las conciencias y las paralizaba. En los seres habitaba repentino el terror de encontrarse de frente con lo insospechado, con la acción surgida quién sabe desde qué punto del desconcierto para destruir lo que en años se había construido, las ligas familiares, los afectos filiales, el amor de padres a hijos. La vesania lanzada contra la vida cotidiana avanzaba destruyendo lo que encontraba a su paso, no había nada que la detuviera, ni las mujeres armadas con garrotes, resorteras de sus hijos, cacerolas de peltre y cuchillos oxidados, ni los hombres corriendo por todos los patios buscando desesperados la escapatoria o escondiéndose en las cocinas y en los excusados, atrás de los lavaderos o debajo de las camas. Fue como si de pronto la tierra pariera la maldad desde sus vientres más oscuros para desorganizar la vida que se había extendido sobre ella. Y el terror paralizador del principio, de pronto se convirtió en agitación, en bullicio, en escándalo, en el bronco grito del ataque, en el agudo chillido del miedo. Se vino la desgracia encima, rápida como un relámpago, fue como una oleada que empezó así como que de la nada y luego tomó fuerza total, a lo descarado, sin contención posible porque la violencia fue creciendo en violencia

hasta ser la violencia sólo, en su reino, en poderío sin disimulos. Ese momento estaba escrito para la desgracia y así fue, así empezó su furia. Empezaron a penetrar ante las vistas absortas, nadie lo podía creer, porque desde siempre se sabía que el mal ahí estaba pero nunca se creyó que alguna vez prorrumiera con tal fuerza en las vidas tranquilas, que se llegara a salir del ámbito en donde permanecía confinado quien sabe desde cuando. Ellos se empezaron a deslizar pegados a las paredes; eso fue en un principio, después su odio tomó cínicamente los espacios abiertos y ya nadie los pudo detener, en un momento desdichado rompieron los diques que durante tanto tiempo los había contenido en su medio. Eran verdaderas bestias bramando profundos rencores. El escándalo que hacían y la sorpresa que despertaban en los demás fue creciendo al grado de provocar la confusión absoluta. Algunos se descolgaban desde los tinacos como una maldición que caía desde el cielo para embarrar el piso con baba maldita. Gritaban frenéticos, se carcajeaban y muchos de ellos se agarraban el montón entre las piernas con gestos y desplantes cínicos. Los que no se dejaban caer desde las azoteas penetraban por el espacio abierto que comunica el cuarto patio con el otro y al principio se fueron apoderando del lugar irrumpiendo en columnas, se desintegraron cuando cada quien empezó a actuar por sí mismo, bajo los dictados de su propia violencia interna. Eran muchos los que traían las manos armadas con puñales, picahielos y cuchillos de toda clase, algunos portaban incluso armas de fuego. Sí hubo disparos, uno de ellos atravesó todo el cuarto patio, luego los demás, hasta llegar a hacer un agujero en la mismísima puerta de lámina del cuarto de Doña Chon, la portera. Los cuchillos iniciaron su trabajo y empezaron a teñir el piso con las primeras manchas de sangre que luego se iban a convertir en charcos de diferentes rojos. Se vino la desgracia encima. Después del momento de la sorpresa, después de que cada quien empezó a aceptar que se encontraba profundamente solo, desamparado ante la violencia y que no era cosa de dejarse morir con los brazos cruzados, los músculos empezaron

a accionar en su defensa. Algunas mujeres se armaron con las resorteras de sus hijos, otras muchas sacaron de las cocinas cuchillos que no sabían emplear en asuntos de guerra, mientras, los hombres corrían a buscar refugio seguro debajo de las camas o quién sabe en dónde. Pero no todos... algunos se quedaron a detener aquel abuso que como una maldición les había caído de improviso llenando el aire de zozobra. Los del quinto patio se agarraban el montón y se reían mientras las mujeres le daban de cuchilladas al puro viento. El viento puro hasta apenas unos minutos se fue llenando de gritos y de ayes pero el sol seguía bravo allá arriba como si no viera lo que estaba pasando y así bajaba a quemar con su lumbre la sangre que ya crecía sobre el piso. Se sabía que el mal habitaba en el quinto patio, pero hasta ahora se podían ver de frente aquellas caras deformadas por todos los infortunios y los odios; eran caras rasposas, cuadrículadas por cicatrices, muchas de ellas no hechas por navajas, sino por cosas más profundas que se vienen cargando en el alma. Por primera vez se convertían en realidad aquellas caras que la gente se había imaginado tantas veces, pero esta realidad era tan fuerte que los dibujos de la imaginación se habían roto como papelitos de estraza. Los rostros más torvos surgiendo de lo imprevisto se acababan de adueñar del cuarto patio despertando el pavor por todas partes. Más rápido que lento fueron ganando terreno, se fueron adueñando de nuestro espacio y de nuestro aire. No se podía hacer más ante tanta bestialidad, ellos eran hábiles, impresionantemente hábiles en el manejo de las navajas y los picahielos, lo sabían y por eso se hinchaban con satisfacción mientras se carcajaban y se agarraban el montón entre las piernas en actitud de reto. Ya estaba el patio casi lleno de todos ellos y sin embargo seguían bajando de los tinacos, a los techos, de los techos al suelo, del suelo a nuestro terror que ya empezaba a correr por donde podía. Otros muchos utilizaban las escaleras, y los endeble barandales ahora sí parecía que se vendrían al suelo. En esas condiciones ni siquiera las escaleras proporcionaban recursos para la fuga. Todos nos sentíamos

solos, abandonados ante la maldición desatada tan de pronto. Cómo puede haber tanto odio en un ser humano, nos preguntábamos en medio de nuestros intentos de fuga y ellos respondían con la contundencia de sus acciones; tuertos, mancos, cuando no odios completos, con los brazos y las piernas en su sitio se solazaban esgrimiendo sus filos amenazantes. En medio de la batahola alguien llegó a pensar en el mago Charifas como una posible solución. Los poderes del mago podrían quizá enfrentar el agravio, acabar, desaparecer aquel mal sueño; ya en otras ocasiones había demostrado las verdades de su poder, tanto en cuestiones personales como en las diversas calamidades afrontadas por la comunidad. Pero el desaguado continuaba irrefrenable y el mago Charifas no aparecía por ningún lado. Ante su ausencia crecía el encono, la ofensa. Izéhuatl, pensaban otros, en donde está Izéhuatl, por qué ha permitido esto, por qué nos ha abandonado. De qué carne está hecho que no le importa la suerte de nuestra carne. Pero Izéhuatl tampoco estaba mientras los disparos se repetían y las mujeres y los pocos hombres que habían hecho frente a los intrusos se replegaban ante la ira de aquellos enfermos. Muchos decidieron buscar refugio en sus cuartos, con lo que se definía la batalla desigual, todo estaba perdido; ahora solamente quedaba atrancar las puertas y esperar, amparados nada más en el pavor enorme, el impreciso final de aquel agravio inexplicable. Los del quinto patio gritaban furibundos, sintiéndose dueños de la situación. El aire adentro de los cuartos ya olía a miedo intenso que acababa de complementarse con el llanto sin freno de los chamacos quienes sin darse cuenta cabal de lo que estaba ocurriendo percibían el pánico de los mayores y terminaban asumiendo el mismo estado de angustia. Unos cuantos quedaron afuera, sin defensa, quién sabe que habrá pasado con ellos. Los del quinto patio rugían victoriosos, se ensañaban con los rezagados, eran los triunfadores del primer momento de la lucha injusta, de esta lucha que cayó del cielo, de los tinacos en forma incomprensible. Los gritos y las carcajadas. Los gritos y las carcajadas ya eran dueños absolutos del patio y ahora

se estrellaban sobre las puertas de las habitaciones, mientras adentro agonizábamos entre palpitaciones y sudores fríos. El siguiente paso fue forzar las puertas. Nada los podía detener y el Charifas y el ca... de Izéhuatl no habían aparecido por ninguna parte; ahora ya en el encierro, temblando por adentro y por afuera no sabíamos si estaban ambos en el lugar de los hechos, lo más probable era que no, porque aquellos gritos horribles seguían abalanzándose sobre las puertas como una amenaza que pronto dejaría de serlo para convertirse en una nueva forma de devastación, en la muerte quizá. Entonces las puertas de lámina se fueron doblando hacia adentro, en el espacio se confundían el estrépito de metal venciendo a cada nuevo golpe y el griterío de los chamacos haciendo más áspero el arribo de la tragedia. Por el largo pasillo que da acceso al tercer patio se empezaron a derrumbar las primeras puertas. Los gritos que salían del interior de esas habitaciones eran auténticos alaridos de muerte. Las demás puertas aún resistían débilmente, pero en las cabezas estaba que esto no iba a durar mucho. Prácticamente no había cómo detener aquella avalancha criminal. Estaba claro que era ya la hora del fin. El escándalo en el patio se metía hasta los huesos de los de adentro y los mordisqueaba junto con los aullidos de los chamacos. Era ya el reino del estrépito y de las malas palabras sin que existiera otra razón que rigiera las cosas. Así fueron cayendo una a una todas las puertas y los que habían buscado refugio en el interior de las habitaciones ahora desesperados buscaban la salida como único medio de salvación; preferían el logro de una mayor libertad de movimientos a quedar capturados entre las paredes y la fuerza desatada de la infamia; al fin la intimidad de los cuartos, el supuesto último refugio, había sido ya mancillado por los agresores. Era como si los agredidos hubieran quedado desnudos frente al infinito, sin la protección de los cuartos familiares violados monstruosamente por aquellos rostros abominables. Pero los del quinto patio ya no estaban poseídos por la fiebre que les llevaba a aniquilar; de momento quedó claro que era otro el fin concreto que los

lanzaba a demoler la oposición que aún resistía tan sólo por la fuerza del miedo. Mientras los hombres huían y los chamacos gritaban, aquellas bestias incontrolables se dieron a capturar a las mujeres que se encontraban a su paso. Las mujeres habían sido en realidad el motivo de aquel ataque despiadado que estaba ensuciando el aire de un día tan infausto. Toda la fuerza del empeño criminal estaba dirigida a la consumación del rapto, el rapto de las mujeres. Entonces las que empezaron a chillar con unas grandes ganas de que las oyera el diablo, si fuera preciso, o por lo menos el invisible Izéhuatl, fueron las mujeres. Corrían, gritaban, blasfemaban fuera de sí, mientras los hombres seguían carcajeándose y agarrándose el montón entre las piernas, desvergonzados y absolutamente corrompidos. Por eso dejaron escapar a los demás, por que una vez que estaban vencidas las puertas de las habitaciones los hombres se dedicaron únicamente a perseguir a aquellas pobres asustadas que pretendían defenderse con lo agudo de sus gritos histéricos y con el filo débil de sus uñas. Algunas corrían con el vestido desgarrado tropezándose con las carcajadas de los hombres. Muchas tenían ya los senos de fuera pero arrinconadas trataban aún de defenderse batiendo, asustadas, piernas y brazos. Varios hombres con la presa ya domeñada emprendían el regreso al maldito sitio de donde habían venido, pero otros todavía se encontraban en plena lucha por apropiarse de su hembra y llevársela hasta su patio de origen para seguir procreando criminales. Algunas mujeres eran cargadas en vilo, otras muchas eran arrastradas, jaladas por los brazos o los vestidos en jirones, pero a cada paso que daban los raptores con rumbo al quinto patio la mujer iba siendo cada vez más mujer de su hombre. En el reparto abrupto muchos estaban quedando igual que cuando llegaron, otros compañeros suyos habían corrido con mayor suerte en la acción y eso les provocaba ira ante el peligro de quedar nuevamente con las manos vacías, ocupadas tan sólo por la navaja cómplice. El griterío de muchas mujeres no cesaba aún por lo que su debilidad de ánimo terminaba delatándolas. Mayúsculo

reto el de las hembras asediadas por la brutalidad en todas direcciones, brutalidad a la que poco a poco fueron cediendo cogidas del brazo de sus hombres para no ser arrastradas sobre la sangre que se empezaba a secar en el piso. Los hombres se llevaban a las mujeres más jóvenes, porque las viejas con más experiencia encontraron diferentes formas de refugio mientras sus hijas eran llevadas hacia las hostilidades del quinto patio. Por eso creo yo, los demás roperos deben estar repletos de viejas gozando de la inmunidad con las que les favoreció su astucia. Todos los armarios y roperos deben estar llenos de viejas. No sé cuántas horas habían pasado desde los momentos más graves de la violencia y yo todavía escuchaba, ovillada aquí, como feto arrugado, que picaba y picaba mientras los sollozos hacían todo lo posible por taparme la respiración. El hombre picaba con su dedo sobre la puerta, con su uña mugrosa, yo creo que sí era una uña larga y mugrosa con la que picaba, como si me estuviera escarbando en el corazón a flor de piel. Y yo veía en ese momento los ojos de mi hija, aquel esfuerzo que le sacaba las pupilas de las orbitas, sin decir palabra, sólo gritos, sin decirme “por qué corres, por qué me dejas en esta impotencia, por qué me arrastran así, a no sé dónde, en qué minuto fue escrito este momento para mí”, le veía el rostro desfigurado, la veía decirme todo esto sin decirme nada. Nada pude hacer, mi terror fue más poderoso y acudí a la astucia de las otras viejas, esas que deben tener llenos los roperos a esta hora. No sé si se habrá ido el hombre que siguió haciendo guardia en este cuarto, en espera de más carne para su quinto patio. Hace rato no escucho ningún ruido allá afuera pero aún no me atrevo a salir, en cualquier forma creo que lo peor ha pasado. Desde hace horas se apagaron los gritos de las jóvenes y de los momentos del rapto sólo está quedando un recuerdo amargo. Desde hace horas que he estado aquí agazapada, esperando algún indicio para salir al aire, durante un rato que a mí me ha parecido una eternidad el dedo del hombre estuvo picando sobre la puerta del ropero como si sospechara que algo estaba latiendo adentro. Picaba y picaba mientras un

mundo de aflicciones se agitaba dentro de mi pecho. —Mi hija no conocía hombre, de eso estoy segura porque siempre estuve cerca de ella, era inocente de hombre como muchas de las jóvenes que fueron arrebatadas de sus días normales. Esto es un crimen, un verdadero crimen del que no sé quién es más responsable, si los protervos que lo cometieron o Izéhuatl que lo permitió sin ponerse en el corazón de ninguna de las madres que ahora lloramos aquí, encerradas en estas estrecheces. ¿No habrá perdón para semejante crimen? una conjura de entrañas despojadas tendrá que hacer pagar a los culpables. Cuando iniciemos la marcha, cuando la gran caravana se ponga en movimiento, junto con todo lo que se desplace irá el recuerdo de esta afrenta. Ya no se oyen ruidos afuera, tiene rato que no se escuchan los golpecitos que el hombre daba con sus toscas uñas sobre la puerta. En qué momento se nos vino encima esta desgracia, en qué maldito minuto se dio el inicio de nuestra tragedia. El día en que la gente amaneció con el escándalo de que en el cielo había un arco-iris de pájaros, aquel inmenso arco amarillo que estuvo vibrando arriba hasta que entró la noche, no faltó quien asegurara que ese era un aviso del cielo de que pronto iniciaríamos la marcha de la que todos hablan sin saber por qué, sin saber cuál es el inicio de la idea de esa marcha que todos esperamos porque sí, porque así lo hemos venido repitiendo desde siempre. Pero ahora pienso que esa no era la advertencia, el arcoíris de pájaros que apareció sobre nuestras cabezas aquella mañana, no nos estaba anunciando la próxima marcha, no estoy segura de que era esto lo que nos presagiaba y nosotros, necios, tribu de ciegos, no supimos descifrar los verdaderos significados. En dónde estaba la sabiduría de Izéhuatl, me pregunto ahora, los héroes que derrotaron gigantes arrancándoles la vista o convirtiéndoles en molinos de viento; en dónde estaba la magia del Charifas o las predicciones del Quiro perdido en la inutilidad de sus cartas, porque le da asco agarrar las manos de sus semejantes. Por qué estos momentos de muerte lenta. Por qué tenía que ser así. El hombre que picaba y

picaba la puerta con la tosquedad de sus dedos ya se habrá ido, quizá ya se fue. Seguro que se fue. Se fueron ya todos. Se fueron con las mujeres. Con nuestras hijas. Se fueron con mi hija, la que todavía no conocía hombre. Se llevaron a mi hija. A mi hija. Hija. Hija soy del dolor más profundo que nos vinieron a dar en esta hora. Hija por nacer en el dolor de este parto de vergüenzas. Los armarios y los roperos han de estar llenos de viejas encogidas en las sombras estrechas. Cada muerte repone un nacimiento y hay que nacer de nuevo para la venganza. El hombre que picaba, picaba, se fue, quizá ya no esté nadie afuera, quizá sea ya la hora de romper el vientre de este encierro.

IV

El hombre aquel picaba y picaba con su dedo tosco, con su uña mugrosa, encima de la luna del espejo y yo adentro del ropero sentía que el susto iba a terminar por paralizarme el corazón, sólo que mientras el tam tam de adentro del pecho me crecía, me crecía y a veces me parecía como una inmensa bola de fuego que se azotaba contra las paredes de mi cuerpo, el mío era entonces un cuerpo que se me iba haciendo chiquito ante la inmensidad del miedo que se me metía por todos los poros y que por los mismos poros se me salía en forma de sudor frío. Mi cuerpo era un ovillito, anudado indefenso en aquella reducida oscuridad olorosa a naftalina. Picaba y picaba aquella bestia que mugía afuera mientras seguramente el montón se le derretía entre las piernas, ¿o que no fue la calentura, la que los llevó a todos ellos a cometer el tremendo crimen de ese día? Yo en la oscuridad, encogida toda, sentía que también a mí se me hacía agua el éjele, pero a mí de puritito miedo, verdad de diosito lindo que nomás de puritito miedo, no vaya a ser mal pensada. Yo no sé qué habrán estado pensando las demás viejas metidas en los armarios y roperos en esos momentos, no lo sé; a lo mejor más de alguna cayó en la tentación de los malos pensamientos; a lo mejor más de alguna se pensó descubierta, arrancada de su escondite, arrastrada por el piso y montada por tanta bestialidad en los impunes rincones del quinto patio. No hubiera sido nada raro que alguna vieja morbosa haya pensado en esa hora en la posibilidad de haber sido violada ahí mismo, en su escondite, con el cuerpo doblado hacia delante, sin ninguna defensa que oponer por lo mismo incómodo de la situación. Usted lo sabe bien, a la mera hora no faltan, viejas morbosas, insatisfechas que se dejan violar por pensamientos sucios. ¡Qué horror que haya habido viejas que hubieran podido pensar esas cosas en tales momentos!, el mundo anda muy mal y no es nada raro que hubiera sucedido eso que le digo. Pues así fue como me pasé no sé ni cuántas horas hasta que me di cuenta

que el hombre había dejado de picar sobre el espejo quién sabe desde cuándo, como se lo digo. Yo también estaba doblada hacia delante en aquella oscuridad, con el trasero recargado sobre la puerta, pero en ningún momento pasó por mi mente eso que le digo... bueno sí pasó, pero pensando en lo que podían estar pensando las otras viejas que se encontraban en la misma posición que la mía. Ya ve usted que la carne es tan débil y que hay tanta gente morbosa en este mundo, gente que nada más se la pasa pensando en esas cosas. No, si el mundo anda mal, eso que ni qué. Yo no se en dónde estaba usted en esos malos momentos Doña Chon, no sé si usted también estaba adentro de un ropero con las asentaderas recargadas sobre la puerta, con el susto enredado en la garganta mientras alguien picaba con su dedo mugroso sobre la luna del espejo. Mire que haber sucedido todo esto en una mala hora, quién lo iba a pensar, quién lo hubiera imaginado durante la mañana de aquel día, uno de los pocos días en que el cielo había amanecido crístico, sin el menor signo de la tragedia que se nos venía encima. Ay Doña Chon, por lo que tiene que pasar el ser humano.

—Cuánto habrá sufrido, pobre de usted —expresó doña Chon— extendiendo por el rostro un gesto de mujer compadecida.

—Se sufre Doña Chon, se sufre —respondió la mujer con un suspiro largo, entornando los ojos hacia arriba.

Doña Chon cruzaba sobre su pecho un rebozo que dócil a una serie de evoluciones sabias le envolvía el tórax, subía a la cabeza de la portera y bajaba nuevamente a enredarse al tronco del cuerpo, con el extremo visible cruzando sobre uno de los hombros. La mujer había detenido su paso lento ante el saludo de Doña Chon. Las dos se encontraban a la mitad del patio, con un barullo de chamacos en torno.

—Estos escuincles que no se pueden estar quietos ni un segundo —dijo molesta Doña Chon mirando en torno suyo.

—Déjelos Doña Chon, déjelos estar —respondió la mujer—, ellos son felices así; finalmente no se meten con nadie. —¡Mejor que no se metan con nadie estos escuincles desgraciados; si no sé como no viene una plaga que acabe con todos ellos! —repuso la portera malhumorada.

—Paciencia Doña Chon, paciencia —dijo la mujer aparentando tranquilidad.

—Sí, claro, se me olvidaba que usted vive aquí en el cuarto patio, en donde están los buenos, los que nunca se meten con nadie —comentó Doña Chon acomodándose nerviosamente la punta del rebozo sobre el hombro.

—Yo diría...

—No, usted no puede decir nada —cortó violenta la portera—, porque me podría herir con lo que dijera, y ustedes, los de este patio no pueden hacer eso con nadie.

—Yo sólo le decía que los chamacos...

—¡Escuincles malditos! Con qué ganas los agarraría a escobazos para que se fueran a dar lata a otro lado.

La mujer miró a la portera con ojos de asombro mientras ésta se acomodaba nuevamente el rebozo sobre el hombro.

—Ya sé —dijo Doña Chon— finalmente todo lo que diga yo tendrá el perdón de usted, al fin que yo no soy más que la vetarra cascarrabias y ustedes, son los que nunca tienen un sí ni un no con nadie.

—Sólo se trata de no hacernos la vida más difícil, ya con todo lo que nos pasa deberíamos tener más que suficiente —aventuró la mujer perdiendo la mirada en el aire gris del patio.

Doña Chon cambió repentina del enojo a un ficticio acento de ternura: Es cierto que estamos rodeados de eso que usted llama penas, pero yo creo que debemos ser lo suficientemente fuertes para no dejarnos vencer por ellas.

—Usted sabe lo que he sufrido desde aquello, Doña Chon.

—Pero usted debe ser más fuerte para superar eso, ¡qué carajos! Eso ya pasó hace mucho tiempo y usted sigue caminando por los patios como alma en pena, meramente cómo alguien que está ido, y eso no debe ser, a lo macho que no debe ser —expuso la portera acomodándose la punta del rebozo sobre el hombro.

—Si usted supiera todo lo que se me remueve adentro.

—Si lo sabemos criatura del señor, lo sabemos, pero usted no fue la única que salió atropellada con aquello, y ya ve todos han vuelto a su vida normal, a olvidar lo más que puedan lo que pasó aquel maldito día.

—Aquel maldito día —repitió la mujer como lejana—, el día en que me convirtieron en el ser más sólo de este mundo.

—Pobrecita —dijo compadecida Doña Chon siempre en lucha con la punta de su rebozo—, en eso sí tiene toda la razón; usted siempre tan sola, ya ve que ni al padre de la chamaca conoció.

—Fue en el círculo anterior.

—Qué círculo ni que ojo de hacha, ¿qué no fue adentro de un ropero? Si por eso fue que no pudo verle ni la cara al que empezaba en ese momento a ser el papá de la chamaca.

La mujer no pudo ahogar un aullido lastimero al mismo tiempo que apoyó la cabeza sobre el hombro enrebozado de la portera.

—Cálmese chulita, no se ponga así mi alma, nada gana con sacar las entrañas a mosquearse entre la mugre de este rechino patio.

—La soledad Doña Chon, es algo que no le deseo a nadie; si usted conociera Doña Chon la verdadera cara de la tristeza.

—Pero nada gana mi reina con andar por los patios como sonámbula, ¡aligérese!, ¡aliviánesse! Póngase viva a ver a quien jode. Ah, perdone, se me olvidaba que ustedes los del cuarto patio no joden a nadie, porque son tan decentitos, pues.

—Si usted supiera lo que es que le arranquen de su lado a su

única hija, que se la lleven a la fuerza para despatarrarla en quién sabe dónde, si usted, supiera lo que es perder una hija en esas condiciones, perder para siempre la única compañía.

—No chulita, eso sí que no, a otro perro con otro hueso, yo jamás quise tener chamacos, nunca quise tener a nadie que me anduviera jodiendo todo el santo día... pues qué se cree mi alma...

—¡Fue una tragedia! ¡Una verdadera tragedia!

—Hace tanto tiempo de eso, era para que usted ya se hubiera repuesto en vez de andar por los patios como verdadera alma en pena.

—Es que... ¿qué otra cosa soy si no una alma en pena?

—Aliviánese mi reina, aliviánese no gana nada con andarle haciendo al monje loco.

La mujer había levantado nuevamente la cabeza, sobre las mejillas blancas se extendía la humedad de sus lágrimas resbalando sobre la piel.

—Por eso compadezco a la mujer esa que sale aullando por las noches en busca de sus hijos —agregó la mujer—

—De quién me habla chulita

—De esa, a la que le dicen “La Llorona” y que le anda metiendo susto a los chamacos.

— (-)

—Sí, ya sabe usted Doña Chon de quién le estoy hablando, de esa mujer que anda de patio en patio todas las noches gritando, desgarrándose, buscando a sus hijos; no se imagine usted como me parte el alma, cómo se mete su grito como un cuchillo que me va rebanando pedacitos del alma, es algo así como un ...

—Ya cálmese mi alma, no se ponga así, que va a asustar a los chamacos (“escuincles jijos de toda su...”) qué caso tiene que se angustie tanto —dijo solícita la portera acomodándose el rebozo.

—Son calamidades, las calamidades que nos rodean Doña

Chon, la mujer esa gritando toda la noche por los patios sin que nadie la pueda callar; los recuerdos que se le remueven a una muy en el fondo del pecho; la soledad que la agarra a una por todos lados; y más y más calamidades Doña Chon, usted sabe... lo que nos pasó con las bestias esas del quinto patio...

—Y vuelta con la cancioncita.

—Son calamidades Doña Chon, y ahora, como si fuera poco, con la soledad en todas partes, con los recuerdos de la infamia de la que fuimos víctimas, con “La Llorona” esa gritando por todas partes poniéndose la carne de gallina, se nos viene el asunto ese de la lluvia de pájaros que quién sabe qué otras desgracias vienen a anunciarnos.

—Ay mi vida —respondió la portera moviendo la cabeza como queriendo demostrar conmiseración—, si no fue una lluvia de pájaros, nunca hubo una lluvia de pájaros, como algunos se soltaron diciendo por ahí, ¿pues por dónde anda usted mi alma, que no vio nada? A ver, de qué le sirve andarse por todos los lados como sonámbula si a la mera hora no se da cuenta de nada de lo que está pasando a su lado.

—Fue una lluvia de pájaros negros.

—‘Ora negros.

—Sí una lluvia de pájaros negros que debe ser presagio de alguna otra desgracia que se nos avecina.

—Qué lluvia de pájaros ni qué la chilindrina de la panzona; lo que apareció en el cielo fue un arco-iris y no de pájaros negros eran pájaros azules, amarillos, negros, blancos, rojos, verdes, sepa la bola que tanto más y ‘ora me viene usted con el cuento ese de una lluvia de pájaros negros; si nada más las ganas de quererle estar viendo más cola a las cosas; no mi chulita, eso no está bien porque así es como se van haciendo los chismes y las malas razones —se acomodó el rebozo sobre el hombro—, así es como se van deformando las cosas y empiezan los malos entendidos (“pinche vieja, venir a mí

con esos cuentos”) no, no está bien mi reinita, maldita la hora en la que se empiezan a inventar cosas que no han pasado. —la mujer había regresado de su aparente ausencia y ahora miraba con ojos de asombro a la portera—, pájaros negros ni que mis calzones.

—Pero si todos saben que hubo una lluvia de pájaros negros —insistió la mujer.

—Qué necia la mula en el trigo; le digo que no, que fue un arco-iris y solamente un cenzone se desprendió de aquella enorme curva de animales y vino a caer al centro de este cuarto patio.

—Qué me dice Doña Chon...

—La neta mi chulita, un cenzone, uno, nada más uno, qué lluvia de pájaros negros ni que nada, un cenzone, ¿lo oyó? ¿lo oyó bien? Nada más un cenzone y vino a caer ahí, exactamente en el lugar donde usted está parada en estos momentos.

La mujer dio un salto instintivo para poner los pies fuera del sitio que le señalaba la portera.

—Como usted quiera Doña Chon, pero...

—No como yo quiera carajo, como son las cosas y nada más.

—Como usted quiera Doña Chon —insistió la mujer—, pero no me va a negar que se trata de un presagio maligno.

—Yo recuerdo como entre sueños haber visto algún arco-iris parecido pero no sé cuándo sería, no sé en qué momento de la memoria tengo el recuerdo dormido.

—¿No será el aviso del fin del mundo?

—¿Del fin del mundo?

—Quiero decir Doña Chon que a lo mejor probablemente emprendemos esa gran marcha de la que todos hablan, de la que he venido oyendo decir desde cuando era niña.

—Pero eso no será el fin del mundo mi alma —comentó Doña Chon colocándose la punta del rebozo sobre el hombro— por qué habría de serlo.

—Sería el fin de lo que somos Doña Chon, sería el momento

en el que tendríamos que abandonar nuestras habitaciones, nuestras pertenencias, nuestros recuerdos, los sitios en donde tuvimos momentos de alegría, los rincones en donde tantas veces lloramos...

—En donde llora usted, chulita.

—Sería abandonar todo esto, acabar con lo que hemos sido para ir a parar quién sabe dónde, ¿no es eso acabarse el mundo Doña Chon?

—Mientras nosotros sigamos caminando siempre habrá manera de encontrar otras casas, mi reina, y seguiríamos siendo nosotros mismos.

—Pero sería la construcción de otros mundos —trató de explicar la mujer—, sería entrar a otro círculo, después de haberse destruido nuestro mundo actual.

—No se la jalonee chulita (“pinche vieja chiflada”) no se columpie tan macizo. Esas imaginerías suyas...

—Es que estamos rodeados por la desgracia, Doña Chon, es nuestro pan de todos los días y no lo queremos ver así.

—Usted siempre tan metida en esas ideas.

—Es la puritita verdad pero nadie la quiere ver. Todos se refugian en las mentiras que les dice el vago ese al que le nombran Charifas.

—¿Dijo usted vago o mago mi reinita?

—Dije vago Doña Chon, y digo más, tramposo, charlatán, méndi...

—Qué pasó mi alma, qué palabras son esas para una hija del cuarto patio. No se salga del huacal, reina; cómo usted diciendo lo que acabo de oír; desde cuándo la gente del cuarto patio insulta o habla mal de alguien; si ustedes son los buenos (“hipócritas cabrones”) los que nunca se meten con nadie.

—No es un acto de maldad decir que estamos solos, desprotegidos ante la desgracia y que algunos vivales se han pasado la vida engañándonos, hablándonos de sus poderes pero cuando

se les necesita de verdad no aparecen por ningún lado, como sucedió aquella vez, cuando el rapto.

—Entonces según usted mi alma, el Charifas es un puro jijo de...

—¿Dónde estaba el Charifas el día del rapto? —preguntó nerviosa la mujer.

—Yo qué sé —dijo la portera esperando más palabras de la mujer parada enfrente, observando en forma fija las arrugas marcadas profundamente en el rostro de la portera.

—El Charifas no es más que eso que le dije hace un rato, no es más que un embustero, un charlatán que tiene embobada a toda la gente con el cuento de su magia.

—Si usted lo dice reina —dijo la portera en el momento en el que desenvolvía su rebozo, quedando por unos momentos su cuerpo libre de la estrecha celda de tela para volverlo a envolver más ceñido que antes.

—Pero no se crea Doña Chon, el Charifas no es el principal responsable de estas cosas, mucho menos el vejete ese que se pasa todos los días adivinando los futuros con su baraja mugrosa, ese bueno para nada al que le dicen el Quiro.

—No me diga, chatita —repuso Doña Chon aparentando demasiado interés por las expresiones de la mujer.

—No Doña Chon y usted lo sabe muy bien.

—¿Yo reinita?

—Sí, usted lo sabe muy bien. Usted bien que sabe que el principal responsable de todo lo que nos puede pasar es el viejo ese...

—A quién se refiere, mi alma.

—A quién Doña Chon, no se haga, el Plotino ese.

—No me diga...

—Al Plotino ese, y usted lo sabe muy bien; a él le debemos todo lo que nos ha pasado y esa constante amenaza de que algún día tendremos que cargar con nuestras chivas para ir a echar pulgas a otro lado.

—Por Dios chulita, qué palabras son esas. Acuérdesse que usted es hija del cuarto patio, usted no puede hablar de esa manera ni ofender a nadie.

—El Plotino es Doña Chon, el Plotino, que mal rayo lo parta.

—Cuide sus palabras mi alma, es todo lo que le puedo decir, cuide sus palabras —le respondió la portera en forma de advertencia mientras se jalaba con furia el extremo del rebozo con dirección a su hombro—, yo que usted me fijaría más en lo que dijera, no es cosa de abrir la trompa así nada más porque sí (“estos pinches escuincles que no se callan”). Yo creo que más le vale se meta cerrojo, bonita, y no siga hablando cosas que no le convienen. Mire, sígase por ahí, por donde anda, de patio en patio papando moscas (“pinche vieja, si de que le patina le patina”) —Doña Chon dio media vuelta, jalándose atrabancada la punta del rebozo. La mujer mientras tanto no dio mayor importancia a la reacción violenta de la portera y reinició su paso lento, casi levítico, con la mirada perdida en algún rincón del patio.

—La soledad, siempre la soledad —pensó la mujer—, y no se sabe siquiera si habremos de abandonarlo todo para hacernos al camino; esos pájaros negros, la aparición de esos pájaros querían decir algo, claro que sí, lo más seguro que eran los signos de un mal augurio, pero los necios no han querido darle al hecho mayor importancia. Aquí nadie se salva de las garras de la indiferencia. Se nos vino encima el rapto de las vírgenes y no pasó nada, primero todos quedaron callados, sumisos, con los ojos metidos en las rendijas del piso, después vino el olvido lentamente, todo empezó a ser igual que siempre, el mismo aire, el mismo sol, la misma noche con su silbido atroz, sobre las ventanas y los aullidos de la vieja esa, “La Llorona” que quién sabe por qué la dejan arrastrar el alma en pena por todos los patios, menos por el quinto, claro, en donde no entra ni el viejo Plotino. Ah ese Plotino, cuantas

desgracias le debemos, cuánto que cobrarle, deudas que no nos alcanzó a pagar ni siquiera por medio de todos los sufrimientos que habrá soportado la noche de los dragones, aquella noche llena de alegrías ficticias entre los fogonazos que dejaron ahumadas las paredes. No, ni siquiera con lo que sufrió Plotino aquella noche alcanza para pagar todas las deudas que tiene con nosotros, pero que nadie se atreve a cobrarle. Y por si fuera poco la constante amenaza de que un día amaneceremos con los pies sobre el camino y mientras, la angustia de no saber cuándo será ese día, la hora, el desdichado minuto en que iniciemos la marcha hacia no sabemos dónde, hacia el fin absoluto, quizá. En esa forma Plotino nos ha convertido en los hijos de la zozobra, de la que apenas unos cuantos tenemos plena conciencia. No sé por qué razón nuestro destino debe de estar en manos de un ciego, del que yo me atrevería a pensar que no únicamente es ciego de los ojos, que su invidencia viene de más adentro. Eso pienso de Plotino aun sabiendo que la gran mayoría opina de él todo lo contrario y que gustosos se incorporarían a la gran peregrinación en el momento mismo en que Plotino lo decidiera como si solo su palabra fuera la única verdad. Yo me pregunto, ¿Plotino, el que todo lo sabe, estaba en antecedentes de que los del quinto patio preparaban el rapto de las vírgenes? Si Plotino no lo sabía no son tan amplias las virtudes que se le atribuyen y si por el contrario, lo sabía, por qué no lo evitó, por qué no detuvo en alguna forma aquellas bestias desaforadas, prontas para el crimen sobre el pellejo de la gente indefensa. En dónde está la bondad de Plotino, me pregunto, en dónde está el sentido de la justicia que tanto le alaban hasta colocarlo en la fuente de todo pensamiento y en el dedo de todas las decisiones. Jamás podré perdonar el haber sido arrebatada en forma tan brutal de mi única hija, la que alegraba el puñado de días grises que me tocó vivir. Pero no sólo es eso, por qué permitió la existencia, si todo lo sabe y

todo lo puede, del quinto patio, de ese abominable sitio que nadie puede pisar ni el propio Plotino. Por qué él que todo lo sabe y todo lo puede, no ha podido con tanto crimen que guarda cada habitación del quinto patio. Y como si fuera poco, ahí está la otra mancha, el otro patio poblado por las mujeres que alquilan su carne, que todos los días y todas las noches se acuestan en las camas del pecado. Y mi hija, mi niña ¡qué dolor!, su cuerpo, sangre de mi sangre, perdida en todo esto. ¡Por qué! ¡Por qué!, por qué me pregunto yo, por qué, Plotino, te lo pregunto en donde quiera que te encuentres, aunque sé muy bien que jamás te atreverías a darme una respuesta.

La mujer se acercó a una de las paredes. De momento no se percató de un resplandor que crecía atrás de los lavaderos. Al principio fue como una chispita parpadeante, como un pequeño punto luminoso de fantasía que fucilaba en el vientre de una tarde que ya empezaba a parpadear. Después de la minúscula cintilación fue creciendo hasta convertirse en una intensa luz en que iluminaba fantasmagóricamente las superficies corrugadas de los fregaderos a esa hora desiertos. El resplandor siguió creciendo hasta alcanzar las dimensiones de un cuerpo humano. Para entonces la mujer ya se había percatado del fenómeno y miraba atenta aquel brillo vibrante. Los chamacos ya habían dejado de hacer escándalo y el patio era como un abandonado campo de batalla. La masa en combustión tenía ya el tamaño de un hombre y lentamente fue dibujando su contorno, al mismo tiempo que se apagaba y el Charifas surgía sonriente. La mujer reconoció de inmediato al personaje que en tal forma había llegado a ella, inundando por un momento de luz ficticia los lavaderos, y le dedicó una mirada de desprecio.

—A qué viene, Charifas —dijo la mujer violenta—, quién necesita de sus servicios, ¿acaso yo le he llamado?

—Mujer... mujer —dijo Charifas en tono conciliador—, estoy aquí porque sé que me necesitas.

—Cómo puede creer que lo necesito, a usted, precisamente a usted; sería lo último que requeriría en esta vida

—Sé que me necesitas, lo sé porque me lo fue a contar un pajarito.

—Algún zopilote habrá sido...

—No seas violenta mujer, nada ganas con eso —se acercó cauteloso Charifas resbalando sus zapatos tenis sobre el piso.

—Es que su presencia me molesta, dese cuenta, yo no necesito absolutamente nada de usted.

—Eso crees, pero sé que estás inmersa en un mundo de tinieblas.

—Al diablo con lo que sabe.

—Me han hablado de ti, hace apenas un momento supe de tus extravíos —dijo Charifas queriendo ser amable—, qué andas hablando mujer cuando te encuentras sola, qué es lo que dices... sé más prudente.

—Déjeme en paz. No quiero saber nada de usted ni de nadie. ¡Lárguese! Qué caso tiene que venga a removerme el desprecio que siento por todos ustedes.

—¡Mujer, mide tus palabras!

—Qué quiere -respondió la mujer airada, ¿que le diga mentiras?, ¿eso es lo que quiere para que no se sienta ofendido?

—Solamente quiero que guardes compostura, que no pierdas la serenidad para que tus pensamientos sean claros como el aire que respiras.

—¿Cómo el aire que respiro?, pero si es pura mugre lo que respiramos en estos patios. ¿Qué no se ha dado cuenta que cada uno de ellos es como si fuera un círculo del infierno?

—Cuánta soberbia mujer.

—No va a pretender que este sea el paraíso —insistió la mujer con su actitud agresiva.

—Hablas como una renegada —dijo Charifas metiendo las manos a los bolsillos de su pantalón a cuadros rojos y blancos, de amplios pernils rematados en dos estrechos tubos a la altura de los tobillos.

—Ahora sólo falta que después de que la cargan a una de desgracias tenga uno que reírse como idiota y agradecerles tanto sufrimiento.

—Nada es lo suficientemente intenso que no se pueda sobrellevar con dignidad —respondió Charifas.

—¡Claro! dijo la mujer mayormente exaltada —es muy fácil decir palabras huecas, cuando no se ha sufrido en propia carne lo que yo, por ejemplo, he pasado.

—Yo, yo, yo, yo, —dijo Charifas con cierta desesperación.

—Sí, yo, —contestó firme la mujer —quién más si no yo, un ser de carne y sentimientos, sobre la que han caído verdaderas aflicciones a las que he sido sometida por el capricho de los que nos hacen el destino.

—Qué pena más grande que la de los demás podrás haber sufrido para que seas la única montada en tanta altanería.

—Le digo que no me importa la indiferencia de los demás; conozco bien mi pena y por eso la grito, y por eso...

—¡Basta mujer!

—¡Cómo no!, es muy fácil decir basta porque usted no tiene hijas Charifas, porque no sabe lo que se siente no poder defender a una pobre muchacha, a una casi niña, mientras la llevan arrastrando al trance de la violación. Mi hija, Charifas, mi botoncito de seda entre las manos de los criminales más siniestros, estrujada por la crueldad, desgarrada bestialmente en su intimidades, gritando, pidiendo ayuda que nunca tendrá. ¿Se da cuenta Charifas?, mi hija, mi casi niña en matrimonio con el crimen.

El Charifas se mostró pensativo por algunos segundos apenas y luego repuso:

—Mujer, eres demasiado aprensiva, como si no supieras que del bien nace el mal y a la inversa, que nada es totalmente malo y al revés, que si junto a la vida está la muerte también junto al mal se encuentra la bondad, que finalmente eso es lo que somos en la vida la conjunción de lo oscuro y lo nítido.

—Más palabras, Charifas —dijo la mujer—, más palabras como siempre, palabras, palabras...

—Qué es lo que te preocupa de tu hija, mujer, si fuera cierto lo de su rapto...

—Lo es.

—Si ella estuviera a disgusto con su nueva situación ya hubiera encontrado la forma de estar a tu lado, no permanecería atendida a los poderes de mi magia, te lo aseguro.

—¡Miserable!

—Detén tu lengua, mujer, mira la verdad de lo que te digo y no te ofusques —dijo Charifas pretendiendo ser convincente—, además todo puede suceder, podrías llegar a ser la abuela de un nuevo Plotino, una vez que haya nacido el producto del bien y del mal.

—Calle Charifas —dijo la mujer sumamente alterada.

—¿No le inquieta pensar que podría ser la abuela de un nuevo Plotino?

—Para qué —respondió la mujer tratándose de controlar—, Plotino está ciego; no ve lo que nosotros humanamente vemos porque presume ver más allá pero no deja de estar ciego así pretende encabezar cientos de peregrinaciones dirigiendo los pasos de la muchedumbre.

—Eres una renegada, mujer —observó Charifas con gesto de impaciencia.

—Ser la abuela de otro Plotino ¡para qué! Le pregunto Charifas, para qué ser la abuela de un ciego que todos ustedes dicen que hace el bien, pero que sí es cierto que hace el bien lo hace haciendo la maldad. Yo no creo en las bondades de

Plotino, Charifas, yo no creo en él ¿y sabe por qué?, porque su benefacción es ciega, porque es hija de las sombras.

—Pero tu nieto sería inmortal —respondió Charifas ya sin mucha convicción.

—¡Guárdese su inmortalidad y la de Plotino en caso de que sea cierta! —dijo la mujer alterada.

—Algún día te arrepentirás de tus palabras (“Vieja culera”).

—¡Cállese malvado! ¡Mentiroso! Usted y su magia inútil son nada para venir a amenazarme. Déjeme con mi dolor, con mis recuerdos, ¡lárguese de una vez por todas!

—No se comprometa más, fíjese en lo que dice (“pinche vieja loca ahora si se encabronó”).

La mujer empezó a emitir largos lamentos, como aullidos que penetraban agudos en los oídos de Charifas quien por unos instantes se vio descontrolado.

—¡Cállese pinche vieja! —dijo en pleno desequilibrio, pero la mujer seguía aullando.

—Mentiroso, tramposo, embustero —sollozaba la mujer en los espacios que se permitía entre sus propios aullidos: Aaaaaayyyy mi hijaaaaa.

—Me está obligando a llegar a donde no quiero (“y no se calla esta destornillada de mierda”).

—Mago de risa, tracalero, nada más que vil tracalero —insistió la mujer desahogada.

—¡Que se calle! (“vieja jija de la chingada”).

—¡Quítese de mi vista, miserable! —ordenó la mujer.

—Usted se lo buscó —dijo amenazador el Charifas.

La mujer era un nudo de gemidos, lloriqueos e invectivas. El Charifas se puso en pose. Hizo varios pases mágicos abriendo y cerrando las manos nerviosamente en un esfuerzo de concentración con el fin de desaparecerla, pero ella no quiso desaparecer y hecho a caminar hacia uno de los rincones de su patio para ovillarse en él y abrazarse en cuclillas.

V

La enfrentación con los caminos había concluido. Terminado había la espeluznancia que horada los ánimos mientras se transitan los itinerarios de lo desconocido, las extensiones de la incertidumbre. Cada recodo, cada ondulación, cada corriente por tramontar, cada peñasco aparecido de repente se asían en la significación del misterio, y los hombres, solitarios, no contaban con otro recurso que el de avanzar el paso hacia lo impreciso, caminar en la bastedad de las llanuras, plétoras de cargas extrañas. La soledad del ser ante lo inmenso desconocido. El paisaje por pisar, y hacia atrás el paisaje que se va alejando después de vencido por la osadía, con su planteamiento de dudas conjurado. Había sido un enfrentamiento quizá de siglos (los datos precisos se perdían en la bruma de los tiempos), un enfrentón rudo con los caminos, lleno de fatigas, miedos, contratiempos, lleno de ansiedades con la vista siempre hacia adelante, puesto en promesas y amenazas de horizontes.

Izéhuatl siguió atento a la llegada de su gente, carne de su carne; la enorme caravana integrada por la ansiedad de siete extensas familias que habían cruzado el desierto y la selva, la montaña, unidas en un as de ansiedades, apretando angustias en una sola, larga cadena de hombres condenados a las más insospechadas distancias. Poco a poco fueron llegando las columnas a ocupar su sitio, los lugares que ya sabían sin saber por qué; los siete conglomerados caminaron sabios en su llegada ante la vista atenta de Izéhuatl quien no obstante, dictaba ciertas disposiciones para hacer más expedito el advenimiento. En algunos momentos el hecho adquiriría expresiones mecánicas. Las interminables hileras de sombras fatigadas, perdidas en algo que ni siquiera podía llamarse desesperanza, sino indiferencia fraguada en el discurso límite de los siglos. Del camino traían el polvo y el cansancio, las enfermedades y junto con ellas los secretos herbolarios, la experiencia que a fuerza dan los largos desplazamientos. La hora por fin había sonado y todos procedían

a ocupar sus espacios, sus sitios que les estaban reservados por obscuras fuerzas que en esa forma terminaban de imponer su misterioso mandato. Culminación de los estoicismos era el arribo multitudinario.

Algunas columnas entraron entonando alabados, cantos que eran verdaderos desgarramientos, arrancados desde lo más profundo de los seres. Las agudas entonaciones entraban por los oídos y se filtraban hasta los huesos en recuerdo de enteras soledades, de pasos parias inaugurando parajes en donde se encontraban agazapadas las sorpresas. Los alabados en las bocas de los peregrinos eran algo así como una memoria lastimera, llena de una resignación lánguida como las notas que se alargaban en el ambiente, cargadas de misticismo y de un profundo terror colectivo convertido en música.

Los que cantaban portaban estandartes; eran los hombres de la fe y así lo pregonaban remolinando sus banderas con el viento. En los estandartes, con colores intensos, traían bordadas imágenes religiosas encuadradas en marcos floridos constantemente revitalizados, aunque en algunos casos se veían flores secas, arrugadas, que habían alcanzado a marchitarse antes de ser cambiadas por las nuevas ofrendas. Los que cantaban aquellos tonos de la desolación en busca de los beneficios celestiales también portaban en las manos objetos de cera con pequeñas flamas que constantemente amenazaban con apagarse frente a la insistencia del aire. Eran hombres y mujeres con las manos ocupadas en mantener aquellas mínimas luces, con las manos inutilizadas en esa forma, dentro de una caravana en la que los demás seres enfrentaban al camino con las manos dispuestas a los diferentes usos.

En el parsimonioso movimiento participaban otras columnas que en contraste con los que elevaban sus alabados lastimeros, permanecían en un silencio absoluto. Ellos no reclamaban con sus cantos, no se lamentaban por las heridas acumuladas en el largo trajín, no habían exigido nunca ni la interrupción de la marcha ni el pronto arribo a la meta definitiva. Eran los que no se metían con

nadie. Los que jamás presentaban una reclamación ni sostenían altercado alguno; nunca habían sido actores de algún hecho de violencia; pero en vez de que todo ello los hiciera acreedores de consideraciones especiales, Izéhuatl, los veía con recelo y nunca tuvo un trato franco y abierto con esta fracción de peregrinos.

Curiosamente, justo después de los que no se meten con nadie, venían hombres de rostros torvos, con gestos en donde se dibujaban todas las culpas de aquel mundo. En los destellos de sus ojos chisporroteaba la angustia del mal, del daño a los demás... el caos de la marginalidad. Estos hombres traían sujetos a la cintura sus instrumentos de trabajo: el puñal diligente, la pistola pronta, el tubo rompedor de huesos. Eran algo así como una raza desprendida de las sombras mismas, no de las sombras donde venían caminando las siete familias, al fin sombras todas ellas en movimiento, sino de unas sombras más profundas todavía ignotas, indescifrables. El río humano había mezclado todas esas formas tan distintas de la vida y todas habían caminado unidas tras un destino común.

Los que cantaban los alabados alumbraban la llegada con sus precarios cirios mientras los demás —incluyendo a los del rostro torvo— la aceptaban sumisos. Los estandartes daban la impresión de que erguían manifestaciones de cierta agresividad, pero el canto que hombres y mujeres alzaban entraba en marcado contraste, eran cantos pasivos que estaban muy cercanos a la muerte misma. Entonces la primera idea acerca de las banderas y estandartes cambiaba radicalmente y convertía a estos en una visión enferma, con enfermedad del alma, balanceándose tétricamente con el movimiento humano. Los hombres esos no solo iban cargados de escapularios sobre el pecho, también cargaban a su espalda a sus lisiados, los chuecos, los torcidos, los sin alguna parte de su cuerpo, lo idiotas, los reumáticos, todos ellos cantaban, alababan, agitaban sus banderas, daban gracias al cielo.

Izéhuatl vio a la carne de su carne acomodarse cada quién en su sitio, con vista acuciosa supervisó hasta los más pequeños

detalles de la llegada de aquellos contingentes hartados de distancias. Los hechos se estaban sucediendo con la exactitud prevista por quién sabe qué intangible voz interna que no solo accionaba en el ánimo de Izéhuatl, sino en el interior de cada uno de los caminantes. Cada quien estaba cumpliendo con lo que tenía que cumplir. Cada uno estaba respondiendo a lo que tenía designado. Y así se fueron poblando los diferentes patios mientras la mirada de Izéhuatl seguía atento los pormenores de la acción con el fin de evitar cualquier contratiempo que pudiera entorpecerla. Los hombres y sus mujeres, los chamacos, se empezaron a distribuir sabiamente como si antes ya lo hubieran hecho y supieran con exactitud lo que tenían que hacer ahora, como si solo se estuviera viviendo una vez más dentro de un círculo accionando su poder concéntrico.

Izéhuatl los veía llegar ordenadamente y por su memoria empezaba a reconstruir como si fuera apenas un mal sueño el cúmulo de vicisitudes por el que habían tenido que pasar a lo largo de tantos años de caminata. Los hombres tan andados por las rutas habían adquirido religiones y enfermedades de toda índole, los hechos se les habían marcado de alguna forma en el cuerpo y en el rostro. Predominaba un ambiente de fatiga. Tantas cosas habían pasado. Tantas. Recordó los trabajos subiendo las montañas más difíciles con aquella gran mole pétrea a la que llamaban Ometeotl y que según las palabras del ciego desvergonzado, ese que siempre estaba metido en donde no lo llamaban, era quien regía en todo acontecer cósmico, In Nelly Teotl, le decían, nada menos que el “verdadero”, “el Dios de los Dioses”; entonces había que ver la fatiga de los hombres moviendo al Dios de Dioses en cada etapa del camino. Muchas veces las sogas con que se ayudaban para transportarlo no eran tan poderosas como los músculos adoloridos de aquellos grupos de hambrientos movidos por la fe. La enorme piedra labrada era un “pero” más para la caminata, pero los hombres no la podían abandonar a la mitad de las planicies porque bien sabían que de hacerlo así, Ometeotl moriría irremediablemente, que sería devorado por el polvo, que se lo tragaría la tierra,

que se convertiría en olvido y entonces los hombres estarían perdidos irremediablemente con tan solo el paso huérfano, sin dirección, sin nadie capaz de entender y domeñar el cosmos que todo lo cubría con su manto obscuro.

Ometeotl, quién también era conocido como Tloque Nahuaque, el que todo lo domina, era pues una carga necesaria y sus muchas toneladas constituían una obligación en medio de tanta fatiga. Cada vez que la caravana volvía a emprender el desplazamiento se formaba un lío en torno de la gran piedra. Entraban en juego astucias, cálculos, sogas y rodillos para mover las muchas toneladas de Dios que iban a proteger la caminata. Una vez puesta la piedra encima las siete tribus se hacían a conformar los nuevos itinerarios.

El ciego metiche estaba en todo esto y buscaba siempre ponerse a la sombra del que decía gobernaba los infinitos. Esa fue siempre en este caso y en los demás que formaban los días de la caravana, la actitud del ciego oportunista, a quien no pocos conocían con el sobre nombre de “El Poca Luz”. Los hombres tiraban de la descomunal piedra y el ciego caminaba al parejo de su desplazamiento. Quizá por ello la gente creía a ciegas lo que el ciego les decía valiéndose de su cercanía al ídolo, como cuando empezó a correr la versión de que Ometeotl estaba ya harto de tanto camino y requería de compañera. En los diferentes círculos se hablaba de que el Dios se encontraba aburrido, de que necesitaba una Diosa para seguir acompañando a los hombres en su desplazamiento. Alguna vez los labradores de la caravana se hicieron a la tarea de construir una nueva figura de piedra, pero tardaron tanto en hacerla que en un momento dado, la caravana tuvo que ponerse en marcha de nueva cuenta y la obra quedó inconclusa. Pero los corrillos seguían en aumento y cada día los hombres estaban convencidos de que Ometeotl requería de una Diosa que lo acompañara. Así fue como los labradores volvieron a la tarea y tornaron a dar utilidad a sus cinceles, volvieron a movilizar sus martillos, pero esta segunda vez,

cuando solo faltaba ser labrada la cabeza de la Diosa, en un día parecido a toda la larga cadena de los días vividos, se abrió la tierra tragándose voraz a la imponente piedra y a los trabajadores que laboraban en ella.

Empezaron a decir que Omēteotl no estaba a gusto con la Diosa que los hombres le estaban haciendo, que la Diosa debería de ser obra de dioses y nada más. Izéhuatl los dejaba hacer como un medio de preservar la unidad de la carne de su carne.

En esa forma se vivieron años de zozobra y fue el ciego quien de pronto informó del prodigio; el ciego dijo haber visto lo que después contó y lo que después contaron los demás de boca en boca haciendo la creencia de la gente. En alguna forma el hecho libraba a la caravana de un peso moral; posteriormente iban a encontrar la forma de liberarse del peso físico. El ciego “Poca Luz” lo vio, luego lo contó a quienes quisieron oír, que fueron muchos.

Un día que el ciego estaba cerca Omēteotl habló, se quejó de su falta de compañía y entonces decidió hacer una Diosa de su propio cuerpo. Según el testimonio de quien a su sombra vivía, el Dios no pudo más con aquella soledad y decidió desprenderse una parte de él mismo y crear a su compañera. Y así lo hizo —decía el ciego, primero— y luego lo dijeron los demás. “Ahora seré dos veces de la misma sustancia” dijo Omēteotl y empezó a proceder. “La Diosa será la compañera del Dios”, eso dijo Omēteotl, eso dijo el ciego que dijo y en ese momento del cuerpo de Dios se empezó a desprender una densa nube que se extendió por toda la circundancia y posteriormente su fue concentrando en un punto en donde las volutas en movimiento empezaron a integrar el cuerpo inasible, etéreo. Momentos después, en el aire latía ya la sustancia de Omēcihuatl, la Diosa, la compañera. Omēteotl estaba contento porque ya tenía a su mujer, su mujer Diosa.

Así contaba que lo había visto el ciego metiche y así contaban los demás que lo contaba el ciego, entonces se prepararon los hombres para cumplir con una etapa de su caminata; empezaron a

disponer lo necesario para cargar a su pesado Dios ahora acompañado por aquella nube en forma de Diosa. Pero resultó que para entonces los hombres que habían venido cargando con Omoteotl se habían hecho viejos. Ahora el peso para ellos se había triplicado y cada vez la fatiga los vencía más. Los jóvenes de las siete tribus por otra parte, se habían rebelado y no estaban dispuestos a ayudar en el traslado de la gran carga. Las nuevas generaciones no estaban tan convencidas de la necesidad de cargar por todos lados con el peso de Omoteotl, es más, muchos de los jóvenes ya ni siquiera creían en él. Fue cuando los hombres ya viejos se encontraron ante la urgencia de encontrar nuevas formas de transportar a su Dios y la solución fue que cada uno de ellos cargara con un pequeño pedazo de piedra divina. Así se fueron repartiendo a Dios entre sus bolsas. Izéhuatl mismo portó durante mucho tiempo un pedazo de piedra perteneciente al corazón.

Con la piel bruñida por las intemperies Izéhuatl contemplaba la llegada y su acomodo; sus ojos eran una orden, no había necesidad de pronunciar palabra alguna, su mirada era un poderoso imán que atararía hacia él las voluntades y después ya controladas éstas, con igual hermetismo disponía su ubicación. Por esa disposición sin palabras y por un conocimiento de su propio destino venido desde lo innumerable en el primer patio se empezaron a concentrar los chismosos y argüenderos. Ahí, en el imperio de Doña Chon, se inició el primer acomodo. La vieja portera jalándose un descolorido rebozo sobre los hombros ayudaba a las necesidades inmediatas de los primeros pobladores. Ella sí hablaba en contraste con la actitud de Izéhuatl, ella sí disponía en las cuestiones inmediatas de la ubicación al mismo tiempo que comentaba con los recién llegados las peripecias del viaje; por su boca se sabía cuántos niños habían nacido la noche anterior, quiénes eran hijos naturales y quiénes no, por su boca se conocían los enredos y desenredos protagonizados por los peregrinos; las debilidades humanas eran su alimento y las convertía en el alimento de los demás. Los demás se hablaban al oído mientras ocupaban sus habitaciones.

La mirada de Izéhuatl, imperiosa, dirigió al nuevo contingente. Así fue como los que se dedicaban al robo, al asalto a mano armada, pasaron junto con sus familias a formar parte del segundo círculo de aquel mundo gris. En las caras de todos ellos brillaban los ojos de la astucia. Se trataba de rostros formados en la zozobra, amasados en los vericuetos del sobresalto, en las sombras que en el momento preciso se convierten en la mano del puñal, que amaga, que oficia entre las entretelas del miedo. Ellos conocían los secretos de los candados, de las trancas, de los cerrojos, de los pasadores preservando las puertas. Su oficio era una especie de prestidigitación que les llenaba de orgullo a mayor depuración de su técnica. Las especialidades eran de abanica variedad; entre ellos había el que asaltaba con el arma en filo, los llamados “zorreros”, los que despojan por medio del timo, los carteristas con dedos de seda, toda una familia en el regocijo de su habilidad.

Izéhuatl supervisó desde su silencio el acomodo del tercer patio eran caras pintarrajeadas, disfrazadas de bullicio. Todos los desvelos se arqueaban en las ojeras de aquellos rostros pálidos por encima de la pintura, oliendo a fatiga por encima de la perfumería. Este era el mundo de los que vivían en la comercialización de la carne que era parte de la misma carne de Izéhuatl. Cada comercio era una mancha más en la piel de Izéhuatl que los otros no veían, pero que Izéhuatl sabía sabiendo también su incapacidad para evitarlo. Las prostitutas de suelas gastadas, sus madrotas, sus padrotes ya empezaban a reconocer su medio, lo habían vivido desde los antes sin la conciencia exacta de esa fecha remota. Los olores penetrantes del sudor, del alcohol, del humo, de los sexos en los trabajos del alquiler, volvían a tomar vigencia. Ahí junto estaban también los homosexuales actores por la paga, los alcahuetes y todos los que en alguna forma capitalizaban las debilidades humanas.

Los contingentes seguían llegando y así se empezó a poblar el patio de los buenos; a ellos les correspondía el círculo de tal mundo. Eran los que no se metían con nadie ni para bien ni para mal;

eran los seres aquellos a quienes Izéhuatl miraba con mayor recelo. El imperio de los hombres a los que correspondía el cuarto patio, era una especie de imperio del silencio; mundo mustio el de ellos en que si acaso solamente un rumor sordo corría cuando los grandes acontecimientos. Los del cuarto patio nunca hablaban mal de nadie (o por lo menos siempre se supuso eso), procuraban nunca hacer el mal a sus semejantes en la misma medida en que nunca habían hecho el bien, con el fin de no meterse con nadie, de no estar propensos al pecado.

Izéhuatl no pudo disimular un escalofrío que le recorrió el cuerpo, quizá fue poseído por un repentino sacudimiento premonitorio. Se trataba de dar ubicación a quienes iban a poblar el quinto círculo de aquel mundo. Así fueron desfilando frente a él los seres de naturaleza más turbia según los ojos de los demás. El quinto patio iba a ser, era ya, quizá había sido quién sabe cuándo, el patio de los asesinos. Todo aquel que había segado una vida humana formaba parte de este conglomerado de miserias. Los de todos ellos eran rostros desajustados, hendidos por la cuchilla feroz, deformados por turbulencias síquicas. Se trataba de gente dispuesta a aniquilar. Su hilera era una especie de desfile del horror en donde las bajezas de los seres triunfaban haciendo carga en unos en pago quizá de las culpas de todos. Eran gente sin revancha porque ya no tenían la oportunidad de nada; su misión era solo vivir, vivir para ser ellos los asesinos en beneficio de los demás. Y eran los asesinos y cumplían, no más, con su parte.

Pero había un círculo más; casi en el fondo estaba el patio de los traidores, aquellos que no tenían voluntad, los que eran capaces de infamias tan repugnantes como el asesinato mismo. Los delatores, los traidores, formaban una familia de ascos y por ellos su mundo era uno de los más alejados en la extensa vecindad. Se trataba de gente sin nada digno en sus vidas, sin amor por causa alguna, despreciables seres que hacían su existencia ejercitando la entrega de los demás. Ellos eran los que juraban amor

sin conocerlo, los que juraban lealtad al mismo tiempo que se entregaban a escarceos con el enemigo más canalla. Eran los sin escrúpulos.

El último patio lo había destinado Izéhuatl a los hombres que vivían más cerca de Dios, a los que rezaban cubiertos los pechos de escapularios; a los que durante la procesión hacían largos trechos deshaciendo las rodillas sobre las piedras, dejando su huella de sangre oscura como prueba de su paso. Ellos eran portadores de otro Dios no surgido de la piedra labrada, este era un Dios que no habían tenido que cargar sobre la espalda, que habían tenido que cargar sobre las almas. Su mundo era un mundo de veladoras, de alabanzas cantadas con una voz aguda, chillona, destinada a llegar a todos los rincones del cielo. Junto con fanáticos y rezanderas compartían aquel espacio los limosneros, los que extienden la mano en nombre de Dios para recibir pequeñitos pedazos de existencia. Se trataba del mundo de la oración, el que está más cerca de la muerte por pretender la vida eterna. Izéhuatl dispuso el séptimo espacio para este mundo, con el fin de ser él quien estuviera tan lejos de tal influencia. El séptimo patio era en sí, el mundo de los beatos, en donde se rezaba por las propias y por las culpas ajenas. Era el séptimo patio, el último, el patio de las plegarias, en donde terminado había la espeluznancia que horada los ánimos mientras se transitan los itinerarios de lo desconocido.

Izéhuatl dio habitación a todos y después se puso a hacer las leyes, a dictar las medidas inmediatas para la supervivencia. Fue Doña Chon la designada para controlar el equilibrio demográfico. La vieja cascarrabias ataviada con su eterno rebozo descolorido fue señalada para llevar el control natal y las estadísticas de las defunciones. Nadie podía apropiarse de sus habitaciones si no era supervisado por el ojo crítico de Dona Chon puesto a censurar los nuevos ingresos. En caso de admisiones a ella también le correspondía hacer un estudio minucioso del solicitante para en esa forma determinar a cuál de los patios debería de ser enviado. Entre las leyes que ella tenía que acatar estaba la de que ningún solicitante podía ser aceptado en la comunidad

mientras no falleciera alguien de la misma.

Otro mandato prioritario de Izéhuatl fue el de apuntalar debidamente las habitaciones construidas con adobes y pintadas a cal revuelta con tierra y cemento. Se trataba de cuartos fatigados con los años que amenazaban con caerse en cualquier momento. Pero la preocupación principal de Izéhuatl en este caso era que la zona escogida para asiento de la caravana, se veía cada seis años sacudida por violentos temblores. Al cumplirse cada sexenio, la tierra se estremecía amenazadora y todo lo que sobre ella estaba, hombres, cosas y aire, flotaba sobre los ayes y los rezos del terror. Por ello Izéhuatl mandó de inmediato a resanar cuarteaduras, a colocar polines, a fortalecer traves y bóvedas a recubrir los muros con capas de cemento. Bajo la mirada de él la labor fue intensa para defender sus casas.

Siempre previsor, Izéhuatl citó a una reunión con los concedores de asuntos ingenieriles, los convocó y durante muchos días con sus respectivas noches estuvo discutiendo con ellos a cerca de la mejor forma para aislar a los moradores del quinto patio del resto de la población, ya que su alto grado de agresividad constituía un constante peligro para los demás. Los de la reunión después de agobiantes deliberaciones resolvieron que la forma eficaz para conseguir tal objetivo era levantar un muro que los rodeara al que desde ese momento se le denominó “la traza”. La construcción se inició un otoño y concluyó en el verano del año siguiente. La traza terminó en una estructura ligeramente trapezoidal con mil trecientos metros lineales en el eje norte sur y mil trecientos treinta y ocho en el eje oriente poniente. Las paredes que la componían estaban cercadas por acequias, las que según la memoria de Izéhuatl eran vestigios de lo que antes habían sido canales que cruzaban el lugar. Dos pequeños puentes de madera servían para cruzar la traza y establecer comunicación con los habitantes del cuarto y sexto patio, aunque los del cuarto patio en realidad no deseaban relaciones más que con ellos mismos.

Uno de los problemas que tuvieron que afrontar desde el principio fue el de la escasez de agua. El líquido que reposaba en las acequias era turbio y mal oliente; no servía para los usos domésticos, tan solo era un caldo verdoso con un hervidero de insectos. La necesidad del agua potable crecía y fue por lo que Izéhuatl decidió mandar a construir un acueducto desde el manantial de Acuecuexcatl. Los ingenieros de Izéhuatl unieron las aguas de Acuecuexcatl con las de Xochcaatl y Tlilatl y las hicieron llegar a los siete patios por medio de dos canales paralelos, esto último con la intensión de que en caso de reparación de cualquiera de ellos el agua no dejara de fluir hacia los moradores. La entrada del agua se celebró con música. La gente se abrazaba riendo-llorando. Algunos mataban codornices y las arrojaban al agua con ofrendas de copal. Izéhuatl después supo molesto que también se habían sacrificado a cuatro niños de seis años de edad.

Después del arrebató de ira Izéhuatl volvió a sus trabajos y ordenó que para una mayor comunicación en los seis patios (el quinto patio ya se encontraba cercado por la traza) se tendieran rieles en diferentes direcciones por donde circulaban tranvías dispuestos al servicio público. Faltaban algunos años para la instalación de la energía eléctrica, por lo tanto los tranvías fueron tirados por mulitas que eran cambiadas después de cada determinada etapa, para cumplir así con las rutas trazadas por Izéhuatl. Este fue otro acontecimiento celebrado también con música y cohetones que estremecían el espacio. El hecho sirvió para que los habitantes de los seis patios se conocieran mayormente entre sí, una vez que habían pasado los trajines de los largos años de peregrinaje.

Izéhuatl, que todo lo atisbaba, decidió realizar un acto más como preservación de sus encabezados y fue cuando mandó a construir las primeras pulquerías y piqueras que después se irían transformando en cantinas y cabaretes ruidosos, además de otros sitios de disipación. Así fueron proliferando estos sitios, como la viruela. Por donde quiera surgieron anuncios luminosos invitando,

jalandando la asiduoocidad de la clientela, entreteniéndola con el hueso sonoro de los dados y el dominó, aculándola por horas en las sillas, sembrándola a las mesas de la apuesta, tanda a tanda. Izéhuatl en todo pensaba y las mismas pulquerías tenían en una parte su “departamento para damas”, así nadie quedaba sin la atención debida y por el contrario se evitaban los estragos del hastío, en unos, y la desesperación en otros.

Por fin estaban los asuntos acondicionados para una nueva vida, fuera del ansia constante que produce el camino interminable. Los hombres, sus familias, ya tenían un asiento, un lugar en donde iniciar su verdadera historia ahora empezarán a ser hombres de verdad y no hijos de la zozobra. Tendían un punto de partida concreto, un lugar de origen, una casa colectiva bajo cuyo techo se empezarán a construir los nuevos días.

Izéhuatl se encontraba satisfecho. Las siete familias habían logrado vencer los horizontes con base en sacrificios, con una voluntad indomable que ahora les daba una recompensa, un sitio en donde edificar lo suyo, lo absoluta y enteramente suyo. Por la mente del guía pasaron cada minuto, cada hora, ¿acaso siglos?, que caminó la solitaria caravana. Los problemas, los contratiempos, las audacias, los miedos, todo eso pasaba por su mente. Veía caminar a las familias como autómatas, hacia adelante, siempre hacia adelante, así enfrentaron fríos, soles calcinando, subieron montañas, nadaron lagunas y atravesaron valles.

Recordó el momento. Venían acaso del mar, quizá del desierto; habían caminando hacia lo alto, hacia donde hay volcanes con nieve en los filos; habían llegado a la laguna de grandes dimensiones; habían bordeado por el litoral. El ciego metiche, el ciego mentiroso dice que eso pasó en el año de 1325. Izéhuatl no recuerda ninguna exactitud pero el caso es que bordeando la laguna, entre espadas de agua allá en la altura, de pronto, como una aparición fantástica dieron con el lugar, con el sitio, apenas percibido por los ojos. Era algo así como un sueño repentino, como una ciudad que

que de improvisto aparecía ante la vista de aquellas sombras deambulantes que habían salido del mar, de los desiertos tal vez y que desde ahí habían persistido en una lenta y fatigable caminata, habían ascendido más allá de los dos mil metros de altura desde el nivel del mar hasta aquella aparición de la que inexplicablemente un raro recuerdo tenían. Allí entre las nubes, entre un pesado sueño y el silbo frío del viento estaba esa existencia inexplicable, la que finalmente no era más que un nudo de laberintos que llevaba a siete diferentes patios carcomidos por el tiempo.

Las columnas formadas por caminantes solitarios se detuvieron por un momento a observar aquella aparición en lo alto, difuminada por una densa cortina de niebla, en medio de una atmósfera grisácea producida por las constantes emanaciones de pantanos y manglares; en torno triunfaba una neblina que procedía de los desprendimientos de la vegetación. El viento era densidad, evaporación constante por la basta concentración acuática y la lluvia cíclica que tales condiciones provocaba; a todo ello se sumaban las enormes tolveneras que se resolvían en las inacabables llanuras cercanas del noreste. Dos volcanes cubiertos de nieve y neblina eran visibles solo en determinados días del año. La aparición al centro y entorno una enorme laguna por fin habían llegado al reino de las brumas, a lo que nunca había sido la región más transparente del aire.

VI

De a juercín se ha de entrometer la desgraciada ruca en lo que no le importa. Que Mariquita por aquí, que Mariquita por allá, que si también hoy va a salir con este frío, que no lo haga mi alma porque se nos va a resfriar y dale que dale con su vocecita chillona cargada de puritas hipocresías. Cómo friega de verdad la cabrona, como si le interesaran mucho los guamazos que uno se va a dando en la vida. Si ya nada más la vicenteo toda envuelta como tamal y no encuentro pa donde jalar no más pa no topármela y tenerla que aguantar a que empiece con sus jodederas. A veces he llegado a pensar, verdad de Diosito lindo que cómo no le cae un rayo en la meritita azotea nada más para que se deje de andar metiendo en donde no la llaman. Pero la roñosa vieja se prende como sanguijuela y yo nomas a puro adentro de mí “yo no oigo soy de palo, tengo orejas de caballo” pero de plano que no se puede nadie salvar de que le entre a chingue y chingue y que sus palabras empiecen a meterse en las orejotas aunque se hagan todos los esfuerzos posibles porque así no sea. Y nada más porque aparte de todo lo que una carga no terminen diciendo que es uno broncudá, pero la neta que mientras una le dice sí Chonita, lo que usted diga Chonita, tiene toda la razón doña Chonita, buenas ganas está uno teniendo de darle un desgredadero por metiche y por hipócrita y dejarle toda la choya pelona como el piso del tercer patio. Y es que de verás hay que ser como las esas otras viejas mustias del cuarto patio pa no caer en la tentación de entrarle con una bola de mandarriazos a la doña Chon y enseñarle que no se ande metiendo en donde no debe. Una se calla pero la pinche vieja le deja a una metida un buti de rencor, verdad de Diosito lindo... vieja de toda su... si bien que me acuerdo cómo me hizo la vida pesada cuando me arrejunte con “El Rayo del Sureste”. Pa qué negar que durante algún tiempo aquel jue amor del bueno, de todorcio hubo entre el Rayo y yo, de todorcio; a veces el Rayo llegaba de buen humor y entonces todo era miel sobre

hojuelas. El Rayo sí que sabía de caricias, parecía mentira que con tan chicas manotas le hiciera a una cosquillas por adentro del que le conté. No más se resbalaban las manazas aquellas sobre la piel y todo me hormigueaba por adentro hasta que aquello se me empezaba a hacer agua y entonces a darle y a darle hasta la madrugada, que era lora en la que él se levantaba para ir a correr y luego meterse en el gimnasio. Ora que cuando llegaba enojado entonces sí que había que fletarse porque entonces llovían los cabronazos por todas partes, y eso porque yo no era ninguna perita en dulce tampoco y a puro piquete de ojo y trompón nos pasábamos toda la noche, hasta que el Rayo se cansaba y se quedaba dormido, pero no mucho rato, porque nomas cantaba el primer gallo se volvía a levantar para irse a correr. Yo creo que el de nosotros sí fue amor mero mero y que cuando llegaba enojado repartiendo los guamazos quesque pa ver si se me quitaba lo puta, era porque la pinche doña Chon de seguro que ya había metido su cucharota... pero palabra que nunca la falte al Rayo, jue la única vez que de a devis me porté como una vieja decentita, yo creo que hasta llegué a parecerme a las cabronas esas del cuarto patio. Me gustaba rete harto ir a ver al Rayo cuando luchaba con su máscara azulada que el maldito no se quitaba ni para coger. Eso fue lo que finalmente nos separó, pues yo le insistía siempre en que quería saber cómo era su cara y él necio con la mascarota puesta. Por eso un día que estaba profundamente dormido, con unas tijerotas ¡zaz! le corte las correas de la máscara y el muy guey se vino a dar cuenta hasta que tenía la cara de juea, pero qué digo cara, el Rayo ya no tenía cara, tenía las mismas marcas de la máscara azulada. Cuando reaccionó quiso agarrarla a guamazos conmigo, pero ya sin la máscara había perdido toda su jueza. Por eso lo dejé, para regocijo de la pinche doña Chon, porque ya no era el mismo, ya ni siquiera se le paralizaba la vista y además yo no iba a soportar toda la vida esa cara de máscara echándome resoplidos. Y entonces, ya así, pues había que buscar la papa, pues no tenía caso seguir al lado del Rayo, ya sin jueza... y

sin cara, a ver, pa qué quería cerquitita a un cuate con cara de mascara. Como ya no había salida posible lo tuve que dejar, así es la vida y de nuevo la María Cruz le tuvo que entrar a las noches enteritas consiguiendo pa los frijoles; la neta que a veces se gastan más la suelas de los zapatos que lo que se llega a sacar en toda una jornada. ¿Qué si a veces se me metían los recuerdos del Rayo del Sureste? Pues ni hablar, claro que sí, de repente se me llegaba a prender de la memoria y entonces tenía que andar cargando mi cuerpo y el del Rayo y eso no era por la añoranza de la vida desahogada que pasé con él sin necesidad de tener que asaltar a un cliente en cada esquina, no, juro que no era eso, era que simplemente cuando se ha querido a alguien pos ese alguien no se puede olvidar tan fácilmente, ni que juéramos de al tiro de piedra, pues claro que no. Ya la pinche vieja pudo haberse imaginado lo que quisiera de por qué nos habíamos separado el Rayo y yo, eso era lo que menos importaba, total, cuando uno trae su ondón mero adentro las pinches viejas chismosas como doña Chon salen sobrando de todas, todas. Pero luego ahí estaba la otra verdad, la de ese momento, ya sin el calorcito del Rayo, taloneándole en las esquinas pa conseguir la pastura. Y en eso sí hay que fletarse por que haiga frío o esté lloviendo o como dicen por ai, truene, llueve o relampaguee pues una le tiene que dar al oficio y ni modo, si no de qué se vive. Lo que pasa es que en esos momentos no deja uno de pensar, “orita le estaría calentando su lechita al Rayo, le estaría preparando sus frijolititos pa que estuviera contento y bien cenadito, y después le empezaría a poner sus ungüentos en los moretones provocados por las malas caídas o por alguna llave en la que se le hubiera pasado la mano al contrincante” y sigue uno esperando el clientazo, con el cuerpo expuesto a la intemperie mientras siguen al mismo tiempo los recuerdos del pasado, “ahorita ya estaríamos en la cachondeada, porque el Rayo lo que sea que sí era bien tierno, y ya estuviéramos acostados en el catre, calentito de puritito amor, mientras le agarraba los güevos y le decía de plano en el puro vacile “¿te das?”

“¿te das?”. Pero todos esos recuerdos no más sirven para martirizar a la gente porque luego el frío se mete por los huesos y entonces el cuerpo se vuelve a sentir solo, abandonado frente a la noche entera, llena de aigre obscuro. Pero no solo de los recuerdos güenos le vienen a una cuando anda caminando por las calle, también vienen los malos, y ¿Cuáles son los recuerdos malos?, pues la cara llena de burla de doña Chon, portera de mierda, “¿Ya va a salir otra vez a la calle Mariquita”, mire nada más como va desabrigada muchachita del demonio, no se nos valla a enfermar un día de estos no más por andar saliendo tan ligerita, ¿o qué, piensa conseguirse alguna cobija en la calle?, mire nada más qué faldita tan cortita mi María, póngase abusada que por ahí se le puede subir el frío, y a llegarle quién sabe hasta dónde, es peligroso Mariquita, es muy peligroso, sobre todo porque creo que usted ni seguro social tiene ¿o sí?, Dios me libre, si lo que se ve por estos tiempos, ver para creer mi Mariquita, ver para creer”. Y luego lo demás, “pero muchacha mala cabeza, qué necesidad tiene de todo esto, si con el Rayo del Sureste usted tenía lo que quería, pero está visto que nadie está contento con lo que posee ¿o qué, es mucho su gusto por trabajar a estas horas de la noche?, a lo mejor eso es lo que le pasa mi alma, que usted si le tiene verdadero amor a la chamba”. Así va uno rolando los recuerdos, de los güenos y de los malos, y cuando nos venimos a dar cuenta ya nos echamos la mitad de la noche nomás en puras pendejadas. El asunto es que no se puede vivir nomás de recuerdos y hay que atorarle a lo que venga que para eso se está en donde se está, y es cosa de que si se quiere una llevar el taco a la boca, primero hay que entrarle al otro taco, con la boca y con todo lo demás, que para eso nos dio Dios carne con hoyos. Así es como volvemos a recorrer todos los hoteles del mundo, acostarnos en camas pulguientas, sobre sábanas que no han sido cambiadas en semanas enteras y así nos revolcamos sobre los mocos que quién sabe cuántos padrotes y putas han ido dejando ahí. Y a todo esto hay que agregar que luego se encuentra una con clientes bastante

mandaditos; hay un montón de ojetes que a la juerza quieren estarle metiendo de pellizcos al pellejo y luego andan las pobres viejas con el montón de moretones por todo el cuerpo nomás por unos cuantos pinches pesos que no alcanzan ni pa las pomadas que a veces se tenía que poner el Rayo del Sureste. Como en la viña del señor hay de todorcio, nunca faltan los mandados que a la juerza quieren dejar ir el fierrazo por detroit y es cuando empiezan los forcejeos y los mandarrazos sobre la cabecera o el burocito de al lado. A veces, no más pa no estarle haciendo a las jaloneadas en las que de todas formas sale una perdiendo... pues mejor se aflojan... pa que lo que tenga que ser que sea, lo más rápido posible y sin exponerse a más chingaderas, y entonces sí se sabe lo que es amar a Dios en tierra de indios, como he oído que dice la ruca de la portería. ¡Carajo!, es de pensar si la vieja méndiga pudiera ver todo eso, se lo ha de imaginar, eso sí, pero como si lo viera con sus propios ojos la vieja cabrona. La neta que sí es dura esa vida de estar buscando todas las noches con quién acostarse no más pa tener asegurado el bisté del otro día. Porque hay que ver después de que se le entra a las torcidas y retorcidas en la cama, así como le hace en el ring el Rayo del Sureste con cuanto maldito le ponen enfrente, bueno, como le hacía, porque ahora ya nomás anda como si le hubieran dado toloache al pobrecito. Todo se acaba, eso ni hablar, y al Rayito se le jue acabando la juerza después de tan potente que era pa todo. No, si la verdad es que aquellas noches de gloria no las voy a olvidar nunca, y menos cuando el frío pega más juerte en las esquinas, porque es dialtiro cuando más me acuerdo de aquellas horas en la arena, toda iluminada y la María Cruz gritándole a su Rayo del Sureste “tú le das mi Rayo, la quebradora, la quebradora,” y el Rayo con su máscara color azul rajándose la madre allá arriba con una elegancia que hasta se me ponía la carne de gallina de la pura emoción; había que ver aquellas patadas voladoras con las que cruzaba el ring como un relámpago entre el griterío de los canijos de gayola. Era bonito ver al Rayo metiéndoles dizque el tirabuzón,

la quebradora, la tapatía, el nudo, la cerrajera, la Nelson, la llave a caballo y todas esas llaves que a veces me recordaban los momentos en los que la gente se pone a coger. Pero eran recuerdos fugaces, porque en ese entonces no había necesidad de andar caminando por las banquetas, son momentos de la vida que se tienen, momentos en los que nos desligamos de las agitaciones que parece que se hubieran hecho para una. Y se piensa en esos momentos que pa que acordarse de esas cosas, mejor gozar el rato entre la gente gritando y echándole porras a su luchador favorito, ya después la vida se encargará de volvernos a poner en nuestro sitio y ni modales, pero qué se le va a hacer. Mientras había que vivir lo bonito, los sobresaltos aquellos cuando salían los luchadores con sus batas brillosas, llenas de lentejuelas, los enmascarados y los otros, los “limpios”, los que aguantaban los piquetes de ojos, las jaladas de greña, los golpes en los güevos y todas esas cosas que les hacían los “rudos” nomás en tantito en que se descuidaba el réferi. Claro que la gente estaba con los “limpios”, bueno, la mayoría, porque también hay cabrones entre el público. Palabra que sí, fueron noches inolvidables; eran las noches del Tarzán López, del Cavernario Galindo, Black Shadow, Blue Demon, de Enrique Llanes, Charro Aguayo, y un chinga madral más de luchadores que traigo aquí en el coco, como si los estuviera viendo en estos momentos, el Médico Asesino, Gardenia Davis, el Verdugo, Sugi Sito, Bobby Bonales, Henry Pilusso, el Murciélagu Velázquez, Lalo “El Exótico”, ese que parecía medio puto y que subía al ring acompañado de un cuate que lo perfumaba en los minutos del descanso, Gori Guerrero, Wolf Rubinski, el que después se hizo artista de cine, Fernando Hoces y un chinguero más. Pero eso sí, el Rayo del Sureste era el más verga de todos, bueno el Rayito y el Santo, eso sí que ni hablar, porque además ni qué decir del montón de gente que arrastraba el Santo, el Enmascarado de Plata. Si nomás se trataba de que luchara él y no cabía un pinche alfiler en la arena. Cómo lo quería la gente, y eso que en el ring era “rudo” de los malos, pues, pero también hacía películas y ahí era muy

otra cosa, ahí perseguía a los ojetes, y les daba su merecido, yo, la neta, nunca me perdí ni una sola de sus películas, “El Santo contra las mujeres vampiro”, “El Santo contra las momias de Guanajuato”, y pa qué le sigo. De veras que era un chingón ese Santo, nunca le llegaron a quitar la máscara y en cambio él sí dejó pelones o sin máscara a un buti de contrincantes. Donde quiera que se aparecía el canijo Santo iba con su máscara plateada, nadie lo conocía, aunque la gente decía que era un luchador antiguo que se llamaba Rudi Guzmán. Pero pa todos nosotros su cara fue un misterio. Yo creo que como él nunca hubo quien le quitara la máscara, por eso no perdió su fuerza como el Rayito, pero a lo mejor igual que el Rayo ya no traía máscara y era su cara verdadera la que llevaba pa todos lados, qué va a saber la gente esas cosas, porque yo me acuerdo que cuando se murió lo sacaron muy grave del teatro en donde estaba trabajando y se les petateó en el hospital, lo enterraron con todo y máscara, como había andado siempre, qué se me hace que era así su cara... qué se me hace... Y cuando se está más metida en los recuerdos bonitos, pues resulta que el que está en la esquina no es el Rayo del Sureste sino el bato al que hay que bajarle la laniza, pero pa eso hay que bajarse los calzones primero porque en esta vidurria nada es de gratis. La bronca empieza desde que hay que ponerse con el precio y termina cuando hay que ponerse de a perrito con el camote adentro. Andan por la calle retacados de alcohol porque ya se chuparon la mitad de la raya y luego quieren montar a la mula casi de regalado, así son de ojetes en la mayoría de los casos, por eso es que también nos ponemos cabronas y les decimos sin más palabrerío tanto o nada y solo cuando la ven en serio se deciden a aflojar la fierriza, pero cómo son duros los malditos, si pa ellos lo bueno fuera que les saliera gratis el trabajito, como si una estuviera en esas nada más por el puro gusto. Eso es lo que más me reencanija, que le den con más complacencia la lana al cantinero que al fundillito que se quieren echar. Pa gastar en el alcohol no se ponen perrosos pero a las pobres viejas sí se las quisieran coger de a

puritito gorrión. No, si la vida que aquí se lleva es bastante durazna aunque no lo parezca. Claro que no voy a negar que en todo ese rol se topa una a veces con cuates descentitos, hay algunos que ni siquiera hablan, parecen como si las palabras les salieran desde muy adentro y que todo les diera miedo, hasta mirar a la gente. Esos caminan agachados y encogidos, como si la noche se les fuera a venir encima, algunos ni las manos sacan de las bolsas y cuando ya están encamados hay que hacer mil maromas pa que se les pare el pizarrín; de algún modo también son una latita, porque se pierde un montón de tiempo con ellos, hay que estarlos contemplando porque parece que no se fueran a calentar nunca, y cuando después de muchos dengues ya parece que la cosa va por buen camino, basta cualquier pinche palabra, la cosa más insignificante, pa que se les vuelva a desinflar la juerza. Pero esos son algunos, la mayoría son una punta de cabrones que con una botella de alcohol dentro se sienten muy machos y después de que se les aguanta un rato dan ganas de mandarlos a que los acabe de aguantar su chingada madre. Algunos ya andan demasiado pasados y esos también son otro broncón porque a lora de lora tampoco a ellos se les paraliza la vista, ah pero eso sí, se ponen de pesados y cuando menos responden es cuando más machos se quieren sentir, como si así se emparejaran los muy cabrones. Y entonces es cosa de estarles aguantando insultos y malas razones y de tener que bajarse a tocar la corneta pa desquitar los centavos. No más que con ellos el asunto no termina ahí porque luego se les paraliza la vista y así se quedan los canijos como pito de momia, y nomás quieren pasarse la noche entera al lime y lime sin venirse nunca. Ah pero no se les valla a decir algo porque se ponen como agua pa chocolate. Por eso es que también nosotras nos ponemos cabronas y entonces sí nos aguantan, como que no es lo mismo de allá pa acá que de acá pa allá, porque entonces sí que lo resienten los hojaldras. Por eso, por todo eso, es que vemos como una bendición que todavía nos viva la “Mamita”, por ella sabemos cómo eran las putas antes y comparamos lo que somos

ahora; por ella sabemos cómo debemos actuar en algunas circunstancias; por eso a la “Mamita” la tenemos como en un altar, ni la dejamos que se mueva y ahí estamos toda la bola de pirujas cuidándole sus 96 años y cooperándonos para su atolito, la “Mamita” nos platica así como silbando porque el aire de las palabras se le escapa por la boca sin dientes, que hace tiempo a los batos no se les tocaba corneta para enderezarles la vista pero si ellos querían, pues se les cobraba un precio extra, porque era una gracia que se cobraba aparte. Ora no es así, ora eso de usar la boca es lo primero que se hace pa hacer la cosa más efectiva y terminar lo más rápido que se pueda con el cliente. El asunto es enchufarse al fierro mientras en una de las baisas se sostiene una bola de papel sanitario, del royo que ponen en el buró, y después de cada chupada se escupe sobre el papel, así la parada es más fácil y hay manera de deshacerse lo más rápido del cristiano. Pero esos son los modos de ahora y la “Mamita” como que no agarra la onda. De cualquier manera la escuchamos con atención porque sí son buenas muchas de sus enseñanzas, aunque nos hable de otros tiempos, de cuando existía la calle del “Órgano”, la calle chueca como la llamaban todos, llena de estudiantes en el día y de borrachos en la noche y según la “Mamita” trabajar en esa calle era bueno porque el negocio se hacía en las mismas habitaciones de la pirujada y eso daba chance a que después de coger se pudiera rezas frente a los santitos pegados a la pared, para que Martín Caballero o San Gabriel Arcángel terminaran perdonando los pecados del mundo. Además había más formas de defensa, según nos cuenta, porque como todas vivían en la calle chueca se unían con mayor facilidad cuando alguno se quería pasar de vivo. Todos los cuartos estaban pegados y en esos no era que no tuvieran servicio de cañería, sino que después de estar con cada cliente se lavaban las nalgas con agua que guardaban en palanganas, pa’ que si alguien se quería ir sin pagar lo bañaran de pies a cabeza con puritita agua de mono. Cómo habrán cambiado las cosas de los tiempos de la “Mamita” pa’ acá; antes, según nos cuenta,

las viejas no más abrían las patas mientras leían alguna revista de monitos hasta que el cliente terminaba, ora no, es diferente, ora se puja, se les dice “qué bueno estás papacito”, se gime y se les hace creer que lo están haciendo a todo dar pa’ que acaben pronto y a otra cosa mariposa; sí que han cambiado los tiempos. Ora que al final de cuentas, muy en el fondo, el asunto viene siendo la misma gata no más que revolcadita, porque muchas veces, cuando oigo a la “Mamita”, pienso que el cuate que se las camoteó hace cuarenta años es el mismo cuate que nos camotea por estos tiempos, a veces con otro nombre, con pantalones de diferentes modos, pero finalmente es lo mismito, de a devis, porque cuando nos empinan enfrente del espejote que está pegado en cualquiera de las paredes del cuarto nos hemos de ver igualitas a las que empinaban hace cuarenta años, me cae que sí. Tan es el mismo este asunto que cuando nos toca la de malas ahí andamos cargando la purgación pa’ todos lados y ni modo, qué se le va a hacer cuando la moneda cae volteada y trae al santo de espaldas; y eso que andan diciendo que ora no es como antes, que ora hay muchas medicinas y que las infecciones cada vez son menos, que los médicos, que las atenciones y un montón de mamadas más, pero la neta que nada de eso es cierto porque cuando se trata de putas pobres, se las carga de todos modos patas de cabra, igualito que a las de antes; si la maldición es que llegue una a agarrar una cosa de esas porque se va siguiendo, siguiendo, hasta que se mete por adentro de la carne. Lo cabrón es que nadie está libre de ese tipo de fregaderas; una la puede estar girando bien, durante años enteros, pero cuando menos se la espera se sale premiada y entonces sí a joderse. Muchas veces no se sabe ni cómo se pescan esas cosas porque de cajón, antes de darse el colchonazo con el cliente, primero se les revisa el pito pa’ ver si no traen alguna enfermedad, y con todo, luego se sale con la “ganancia” y entonces sí, a parir chayotes empezando por hacerse taruga tratando de disimular los escozores; es toda una bronca andar caminando con el montón de comezones y ni modo

de andarse rascando el mono en plena calle. Y así sigue la cosa hasta que se pasa de las comezons a los ardores y entonces la que se espulga se encuentra con manchas rojas en la carne blandita y es cuando le entra a untarse el chingo de pomadas que las demás le recomiendan. Así es como luego se anda por la calle muy arregladita pero con el ése pegostoso, y si el asunto sigue así no queda de otra que quitarse de trabajar mientras se compone, lo malo es que a veces no se compone y sólo cuando de plano ya no hay remedio a alguien se le ocurre que existen los hospitales... y caray, que yo sé de quienes ya no han logrado salir de ahí. Si cuando empiezan a caer las desgracias sobre la gente se sigue en cadenita, así es esto, y no es nomás el andar toreado las enfermedades, a veces también hay que torear a cabrones como el ciego ese libidinoso que se la pasa fregando pa' ver si puede coger gratis; la verdad es que no solamente se trata de aguantarlo en esa onda sino que el tipo de al tiro que da ganas de vomitar; no creo que haya nadie capaz de aguantarlo; pero valla que sí es un pedo quitárselo de encima. Como es un pinche lambegüevos de los de arriba se siente con derecho a todo, me cae que dan ganas de apretarle el pescuezo hasta dejarlo sin resuello al muy cabrón. Yo creo que se tiene bien ganado el que ande ciego como anda. Siempre fue un hijo de la chingada sin consideraciones pa' nadie. La calamidad empezó desde hace mucho, pues el ojeis ese nunca respetó ni mujeres casadas ni mujeres solteras y cuando estaba bien de los oclayos embarazaba a las mujeres con la pura mirada, a muchas señoritas se las trono con no más la pura caída de los ojos sin importarles si las empanzonaba o no. De veras que fue una verdadera plaguita el mentado ciego, no se le iba ninguna vieja viva, no más les echaba la mirada pa' delante y la vieja que juera empezaba a sentir que se le metía el ciego pa' dentro, hasta el fondo, sin que pudiera zafarse de aquella cosa que le entraba sin que ella quisiera. Todas las mujeres que se encontraban con el canijo ciego sufrían lo mismo aunque apretaran el fundillo todo lo que pudieran. Con las putas se daba el gran

agasajo porque nosotras, pa' que es más que la verdad, no teníamos ya nada que apretar y entonces si se daba gusto el cabrón y todo de a gorrión pues nunca pago ni un quinto. ¡Aguas que ahí viene el pinche ojete! Gritaba alguna y empezaba el corredero de putas, pues a nadie le gusta que la usen así no más de gratis, y el cínico no más se estaba al alba pa' ver a qué atarantada se cogía. Llegó a tanto la calamidad que algunas viejas se mandaron a hacer calzones de hule, pero de nada servía porque la mirada libidinosa atravesaba las faldas y les hacía chicos oyotes a los calzones. Las mujeres casadas mejor se aguantaban y no le decían nada a sus maridos por vergüenza que les daba, algunas, las más miedosas, no decían nada por el temor de meter a su camote en algún broncón, pero también había que decir que no faltaban las viejas que aunque estuvieran casadas se le ponían enfrente al ojete ese porque ya les había gustado que les dejara caer la mirada encima. El colmo llegó cuando se empezó a coger a las mujeres del cuarto patio ¡las del cuarto patio!, las viejas hipócritas que no se meten con nadie porque son muy decentitas. Pues ni a esas respetó el cabrón; por eso una vez el muy mula desapareció, no se sabe por obra de quién y al otro día apareció sin ojos, se los habían arrancado como a aquellos que por abusar con el pito los terminan capando. Después vino nuestra venganza porque pa' coger el condenado ciego lo tenía que hacer con nosotras y no más por desquite le cobrábamos el triple de lo que se le cobra a cualquier cliente. Pero como anda de lambegüevos de los de arriba luego vinieron las amenazas de que si seguíamos abusando con el ciego nos iban a clausurar el culo. Y de eso se ha valido pa' que siempre que le entran ganas se quiera acostar con nosotras de a oquis. Pero todo tiene su compensación, porque hay que ver al puto ciego cuando se acuesta conmigo, hay que verlo cuando le entra la desesperación y empieza a restregar las cuencas vacías en la panocha porque dice que así va a recuperar algún día la virilidad. El mayor gusto es cuando se pone a llorar; se pone a dar pujidos pero nada de agua le sale de los agujeros y

mejor se larga a restregar los ojos en otros coños sabiendo de antemano que todo va a acabar en lo mismo. Y si de calamidades se habla ahí está la competencia desleal quitándonos el taco de la boca, porque eso sí, nunca faltan las viejas que se dan el colchonzazo no más por el puro gusto y eso de dar las nalgas gratis nos quita la chamba a las que de verdad la necesitamos ¿A poco eso no es una falta de consideración?, si de que se sufre... ni hablar, porque con todo lo que hay que andar toreando todavía está el bolón de viejas que presumen de señoritas y orinan perganmanato. Ya me imagino al ciego ojete dándose el acostón con la hija de la loca santurrón, la que se pone a aullar todas las noches quejándose de que a su escuincla se la cogieron la noche que los del patio grueso raptaron a todos los fundillitos que se encontraron a su paso, y la mera neta es que a la chava ya le urgía dejar el quinto en algún lado, con quien juera, a poco ya no se acuerdan que en las noches de primavera a la muy... le salían lenguas de lumbre por las orejas y las narices... si todos sabían que la canija se estaba quemando por adentro. Pero eso sí, la ojeta loca no desaprovecha la oportunidad para andarle contando a todo el mundo que es una pobre desgraciada porque la dejaron sin hija el día del rapto. El problema ya no es que sean tan putas sino que no cobren, eso sí que es lo que jode, porque nos perjudican a las que vivimos de esto al abaratar la mano de obra, si de que las hay las hay. Pero eso sí, a la hora de joder gente es una la que sale bailando porque todas esas viejas santiguadas se la pasan echándonos a nosotras la culpa de cuanta salación nos cae por estos rumbos. No nos pueden ver, nos sacan la vuelta siempre que pueden, nos critican, nos señalan, pero cuando una niña bien da las nalgas por gusto y luego le echan la culpa a raptos y cosas de esas, todo mundo se conduele, aunque la verdad es que no dejan de hablar mal de ella en cuanto vuelve la espalda, así es la gente de jija. Hay que reconocer que de todas esas viejas que andan de argüenderas, las más hijas de la chingada son las del cuarto patio, son las que no se meten con nadie ni para bien, ni para mal, ese

tipo de viejas cabronas nunca dicen nada de los demás, pero se les adivina la burla que cargan por adentro. Todas esas viejas están de veras enfermas, me atrevería a decir que están más enfermas que nosotras, que están graves de hipocresía. No hay peor chingadera en el mundo que ponerse una careta de lo que no se es, no más con la maldita intensión de rebajar al prójimo, de hacerlo sentir chiquito. Si es cierto que las putas cargamos purgaciones donde ya sabemos, más cierto es que los hipócritas a donde quiera que vayan llevarán la gonorrea en el alma. Una no ha de saber mucho de esas cosas, pero no hay que ser muy leída pa' saber que los hipócritas son traidores de todo, hasta de ellos mismos, son los chingaquedito, los falsos, los mentirosos, los que son capaces de clavar un puñal con la sonrisa en la boca. Ellos son la verdadera gonorrea de los demás. Por eso cuando las viejas hipócritas nos señalan por ser lo que somos dan ganas de gritarles en su carota: "bueno sí y qué, viejas cabronas, si finalmente ustedes son tan putas como nosotras no más que cobran en otra forma, a la larga cobran chingando más de lo que pudiéramos chingar nosotras sacándoles a los güeyes la lana una vez, no de por vida, chingamos sin chantajear, sin las ventajas que ustedes aprovechan también, señoras pudorosas, señoras recabroncísimas que se venden a un precio muy alto usando la palabra amor, haciéndose pasar como las más decentes para ponerse un precio más elevado, mientras, nosotras, tenemos que aceptar la realidad de que debemos ser las putas pa' que puedan haber las viejas decentes, tenemos que ser las escupidas pa' que ustedes puedan santiguar sus calenturas y sus traiciones en la cama y en la vida, pa' que nos puedan ver de reojo y secretarse llenas de burla". Vaya que si tenemos un cuerpo lastimado a lo bestia porque nos cargan lastimaduras a lo bestia cada que la pinche portera doña Chon se asoma a nuestro cuchitril pa' decirnos con su chisguete de voz compadecida: "pero Mariquita, mi alma, ¿ya se va otra vez al frío? Muchacha de mis pecados, cuídese, cuídese mi María Cruz, sino qué cuentas vamos a dar de usted, ah qué mi capullito tan

inquieto”... Me cae que no sé por qué a veces se me llegan a confundir las voces de la pinche doña Chon y de la “Mamita”, ¿será que hay algo terrible que las une? Quién sabe, pero la vida es dura y la “Mamita” así de viejecita así como se le ve, debe venir de cosas muy cabronas de verdad, si no más hay que acordarse de lo que nos platica del Hospital de la Mujer, el Morelos. Todo eso lo vivió ella y la neta es que esas cosas no se quedan de gratis en el alma. Qué habrá visto la “Mamita” en aquellos pasillos fríos, llenos de muerte, entre alaridos de mujeres a las que les estaban quemando sus partes más blanditas para arrancarles los contagios, entre enfermas amarillas de pellejos verdosos pegados a los huesos, revueltas con tuberculosas y con mujeres ya sin remedio, llenas de pudriciones apestosas entre las piernas. Ahora que entre la portera doña Chon y la “Mamita” preferimos a la “Mamita” precisamente por todo lo que ha sufrido porque en el fondo estamos seguras que es menos mala que la otra, por eso le lavamos la ropa cuando podemos, por eso le damos algo de comida que nos sobra, para que viva bien en sus últimos días y cuando nos sobra cierta lanita, le metemos algún billetito en la ranura del sexo pa’ que valla juntando sus ahorritos que de algo le han de servir pa’ lo que le falta de vida. Mil veces preferimos a la “Mamita”, porque es de las nuestras, porque es nuestra madre, nuestra segunda madre, pues, por todo lo que sabe de estos rollos, por todo lo que nos platica, cosas chingoncísimas de verdad como cuando dice que una vez hubo un General Álvaro Obregón que tomó el zócalo y que como estaban en plenos cocolazos de la Revolución hizo muchas reformas en las que salían perjudicadas las putachas de entonces, y pa’ pronto dijo popochas, todas se organizaron y le hicieron al General ese una enorme manifestación con las putas que había en esos tiempos. Cuenta la “Mamita” que entre todas las mantas de protesta que llevaban había una grande que encabezaba la manifestación y que con enormes letras rojas decía: “Exigimos se respete nuestro derecho al trabajo”. La “Mamita” fue una de las que dirigió aquel

movimiento y cuando lo platica parece que volviera a rejuvenecer. Por todo eso preferimos a la “Mamita” de a juercín que sí, parece que estoy oyendo a la vieja doña Chon “María Cruz, mariquita de mis pecados, muchacha del alma, cuide su salucita ¿qué también hoy se va a desvelar?” Vieja jija de su... y las demás rucas gozando pa’ sus adentros, a lo mejor el rencor que nos tienen es que nos creen más felices que ellas porque cogemos con quienes queremos y si el camote nos pasa, nos venimos también cuando queremos, mientras que ellas, pa’ que les digan “decentes” están alquiladas de por vida les pase o no les pase el tipo con que se acuestan, qué bueno que se mueran de envidia porque nosotras sí conocemos de verdad la riata, de todos los colores y de todos los tamaños, qué bueno. Quizá sea ese regusto no más el que me hace dormir tranquila, el que me hace entrarle a los telones del sueño y olvidarme de la pútrida existencia, la de a devis. El asuntacho es soñar, soñar y olvidarse de todo, irse por el humo de lo que se sueña. No más por eso no quiero despertar ahora, enfrentarme otra vez, una vez más a las verdades de las verdades; no quiero escuchar a doña Chon, con su voz odiosa: “Qué tarde es ya Dios mío ¿y usted todavía durmiendo mi alma?” Y sin embargo ya la oigo, ahí viene, sé que ahí viene, a molestarme con sus bondades hipócritas, ahí viene a sacudirme, a arrancarme de mi sueño sin ningún derecho; la presiento que ya viene, ya oigo su voz que viene a despertarme. No, no, no, no, que no lo haga, que no se atreva la maldita vieja, no quiero despertar, por ahora no quiero regresar al día, volverme a poner en mi papel, en mi lastimoso papel para volver a ser la loca de la que todos se ríen, la que ha de seguir llorando por los siglos de los siglos el día en que su hija fue raptada por una horda de rufianes, sin que hasta la fecha haya una mano capaz de hacernos conocer la justicia. Aaaaayyyy mi hijaaaaa... No, no, no...

VII

—Sí, yo la vi a la desgraciada, hija de siete leches, con el perdón del de allá arriba; la vi a la maldita cuando lo hizo pero no quería creer que se hubiera atrevido a tanto, fue como un mal sueño del que de pronto desperté no más pa' comprobar que sí había sucedido esa cosa tan fea, miren nada más que haberse atrevido a llegar a eso.

Doña Chon totalmente fuera de sí gesticulaba frente a un numeroso grupo de personas originarias del primer patio. Su vociferomanoteo reunía a cada vez más curiosos, por lo cual la congregación crecía a cada minuto.

—La vi cuando lo hizo, yo no sé lo que vaya a suceder después de esto, Dios nuestro señor tenga piedad de nosotros, si dicho está que no estamos libres de cualquier desgracia y todo por gente como esa, cabra desgraciada, que no sé por qué se me hace que lo que le falta es un macho que la monte y que la quite de andar pendejeando.

Doña Chon era un manojo de palabras alteradas. El rebozo descolorido se le desprendía constantemente del hombro pero ella se lo volvía a acomodar con la insistencia de una mano temblorosa y arrugada. Detrás de cada una de sus palabras iba una fuerte carga de rencor; los ojos se le inyectaban por medio de múltiples venillas enrojecidas y parecía como si de un momento a otro se le fueran a saltar de la cara cacariza, picoteada por una viruela que había dejado sus marcas desde la infancia de la mujer.

—Palabra de honor que no le di su merecido porque no me dejaron los que iban con él; pero si no, hubiera visto la piruja esa lo que es abusar de alguien. Y ahora quién sabe lo que nos espera, Sagrado Corazón de Jesús —se persignó nerviosa—, quién sabe lo que nos espera después de este sacrilegio del que los demás no somos responsables, pero escrito está, habremos de pagar justos por pecadores y ni vuelta de hoja.

Doña Chon en lucha constante con la punta del reboso, estaba convertida en un incontrolable surtidor de palabras; su desesperación crecía y con ella el torrente de vocablos que terminaban por excitar al auditorio reunido en torno suyo. Los chamacos, desafiando las violentas reprimendas de la vieja permanecían atentos a lo que ésta decía, con las bocas abiertas, agarrados a las faldas de sus madres.

—Yo no sé si ese tendrá que ser siempre nuestro destino, el de andar de desdicha en desdicha sin pararle jamás y solamente porque hay gente desgraciada como la maldita ésta que con su acto malvado nos ha comprometido a todos. Ojalá que se retuerza eternamente en las llamas del infierno... bueno... si hay... pero es que no es justo, verdad buena que no es justo, pues qué carajos, por qué nos han de echar la sal encima así no más porque sí, no más porque a alguien se le vota la canica de repente, pero nosotros qué culpa tenemos, chingaos; por qué habrá gente tan inconsciente, no se Dios mío, no sé, no sé, no sé.

Doña Chon se acomodaba el reboso mientras sus propias palabras se le atropellaban en la garganta; su grado de excitación era captado por sus oyentes quienes empezaron a considerar, ya bajo el influjo de aquel torrente de vocablos que en realidad una gran tragedia se cernía sobre sus cabezas. El pavor empezaba a colarse en la conciencia de los escuchas, mientras observaban con morbososusto las gesticulaciones de Doña Chon.

—Les digo que yo la vi cuando se atrevió a tanto la muy maldita, si ni quería creer lo que mis ojos estaban viendo; me dije esto es un sueño, un sueño es y cuando abra los ojos esta mala visión se habrá desvanecido, pero no, qué se iba a desvanecer si la cosa había sido bien cierta, que ni qué, no había vuelta de hoja, la pinche vieja esa se había atrevido, yo todavía no lo podía creer pero la neta es que cuando abrí los ojos ahí estaba el gargajo verde resbalando por la cara de

Plotino. “Vieja desgraciada” le grite y me le fui encima, pero los que iban con él luego se interpusieron y no me dejaron que ahí mismo le hiciera ver su pinche suerte. A mí se me hace que a esa le hace falta un macho para que le quite lo tarada.

Después de la agresión Plotino había sido rodeado por sus acompañantes, quienes solícitos se aprestaron a limpiar el rostro del ciego, a borrar de su piel aquella injuria que resbalaba babosa por una de sus mejillas. Nadie podía creer lo que estaba sucediendo pero el hecho ahí estaba, sembrando el desconcierto entre todos y desatando una serie de actitudes torpes y nerviosas. Los acompañantes pretendieron sacar a Plotino del sitio, pero los propios habitantes del cuarto patio no lo permitieron; en la conciencia de cada uno de ellos estaba la certeza de que les correspondía parte de aquella falta, en alguna forma todos se sentían culpables de la ofensa que había recibido Plotino en el patio que ellos habitaban.

El hecho acaecido tan solo unos minutos antes se salía de toda consideración tradicional, ellos, los que nunca se metían con nadie, los que preferían bajar la cabeza que responder a cualquier agresión, y no eran capaces de entrometerse con sus semejantes, como los chismosos y argüenderos del primer patio, ni con Dios, como los beatos y rezaderos del último patio ahora eran testigos y quizá hasta actores de una mala acción en la que el agredido había sido ni más ni menos que Plotino, el que todo lo sabía, el regidor de los destinos, el que estaba en el cielo, en la Tierra y en todos los patios, menos en el quinto, porque de todos era sabido que ni siquiera Plotino podía entrar en el imperio de los criminales.

La frenética Doña Chon fue controlada por las demás mujeres del cuarto patio e introducida a una habitación en donde le aplicaron hojas machacadas sobre las sienes y le hicieron beber varios litros de agua con azúcar mientras la obligaban a aspirar un hervidero de aromas vegetales. Manos prestas le limpiaban el sudor de la frente y otras le abanicaban con parte de sus mandiles para

proporcionarle mayores volúmenes del aire viciado del cuarto patio.

En otra habitación había sido internado Plotino, preocupados los del cuarto patio en dejarle la cara limpia de la reciente afrenta. Algunos se les ocurrió dirigirse hacia el séptimo patio a conseguir agua bendita para lavarle la cara. Doña Chon, la portera, se había largado a su primer patio, en donde ahora estaba, ubicada en el centro del escándalo mientras que la gente del cuarto patio asistía a Plotino, le limpiaban y ofrecían comodidades en una actitud de pedir clemencia para sus desvalidos días futuros.

Al ciego Plotino le tenían recostado en un sofá de resortes que se escapaban de una tela raída, tintada con lamparones de aceite, silencioso mantenía las piernas juntas y estiradas, la cara estaba en dirección del techo, como si sus ojos estuvieran vivos y quisieran hurgar las alturas buscando respuestas.

Alguien dijo con una voz como pidiendo permiso:

—Señor, lo que ha pasado no tiene nombre.

Plotino no respondió. Bramó ligeramente.

—Señor —siguió diciendo el sujeto— perdónenos...

El aludido volvió a bramar, ahora más grueso.

—Pienso Señor —volvió al ataque el hombre, con una voz más humilde que nunca, —pienso, que esa mujer no se debió haber atrevido nunca; pero compréndala, Señor; yo sé muy bien que usted podrá comprender y perdonar a ese pobre ser desdichado. Esa mujer se encuentra así desde la tragedia aquella, usted sabe Señor, cuando el rapto de las mujeres, cuando ese mal día que nos volvió desdichados a todos.

Plotino respondió con un bramido más.

—Desde aquel entonces Señor, la gente quedó dolida, desesperada; las familias quedaron con un enorme vacío dentro de ellas por la pérdida de sus hijas; muchas de las chilpayatas, Señor, ni siquiera habían iniciado la era de la menstruación y fueron arrebatadas de sus hogares como usted ya sabe para

hacerlas mujeres a la puritita juerza.

Por toda respuesta recibió un aaaahhhh largo y cavernoso. El hombre volvió a la carga. —Esa es la zozobra en la que vive toda esta gente, Señor, y algunos como esta mujer han caído en estado de demencia; nosotros no somos culpables, Señor, y estoy seguro que su bondad y su grandeza ya se habrá dado cuenta de eso.

Uno de los acompañantes de Plotino tomó al hombre de un brazo y lo sacó hacia un pequeño tragaluz. Plotino quedó rodeado de sus acompañantes iniciales. Entre ellos se encontraba el mago Charifas, y con un gesto de mortificación se acercó a Plotino:

—Señor, esto que ha pasado el día de hoy la neta que nos avergüenza a todos, porque somos un mismo cuerpo y lo que haga una parte del cuerpo es responsabilidad del cuerpo entero.

Por primera vez Plotino rescató la cabeza de la posición en la que la había mantenido e hizo un intento de enderezarse sobre el sofá.

—Charifas, dijo con voz lenta— esta fue la obra de una mujer atormentada, nadie más tiene la culpa de lo que acaba de suceder.

—La tenemos todos —respondió Charifas de inmediato pasando una mano sobre su pelo lacio, pegado al cráneo, brillante de vaselina— por no haber sabido aliviar el dolor de esa mujer, por no haber encontrado los remedios adecuados para su resignación, por no haber sabido hasta este momento asimilarla como una hermana y curar su soledad, por no haberla podido detener, qué chingaos, pa' que no le escupiera, mi jefe.

Plotino suspiró hondamente e hizo un esfuerzo por levantarse del sofá rechinante, pero sus asistentes acudieron de inmediato para mantenerlo en su estado de reposo. El asistido no presentó resistencia y volvió a la posición en que se encontraba —Charifas —expresó parsimonioso— es necesario que comprendas que esa

mujer no habla por todos, que no es la representante de nadie más que de ella misma y que los errores que cometa en esos términos serán los errores suyos y nada más.

Todavía quiso insistir el interlocutor pero Plotino siguió hablando sin dar ninguna oportunidad a que interviniera.

—Comprende Charifas que si fuera de otra manera en ella estaríamos enfrentando la opinión de todos, pero no es así, ¿entiendes Charifas? ¿entendiste bien? ¿sí entendiste? No es así, ella no se representa más que a sí misma, a su desesperación, ni siquiera es racional en sus actos porque se encuentra ofuscada, nadie más tiene la culpa de lo que ella haga, porque aunque ella dijera que sus actos son realizados en nombre de todos, nosotros sabemos perfectamente que eso no es cierto ¿comprendes Charifas?, ¿comprendes bien?

—Ésele, clarines y tambores que le estoy agarrando la onda.

Plotino volvió a recargar la cabeza hacia atrás y se sumergió en un suspiro prolongado. El hombre que había empezado a hablar se encontraba aun en el centro del tragaluz, mientras los demás asistentes se afanaban silenciosos en torno del gigantesco cuerpo del ciego. Charifas mientras tanto se rascaba la nuca, como dando a entender que en ese momento comprendía profundamente las ideas de Plotino, las mismas que apenas unos cuantos segundos antes habían sido inasibles para su imaginación “qué viejo tan chinguetas, todo lo que hay que aprenderle todavía, me cae” pensó para sus adentros el mago, sorprendido por un lado, por los disernimientos de Plotino y molesto por otro, debido a la presencia del Quiro quien a su vez había dado unos puntos de vista para la asistencia a Plotino.

—Yo pienso jefe —dijo el Charifas.

—Piensa... —masculló entre dientes el Quiro en son de burla.

—Yo pienso —insistió el Charifas sin hacer caso a la ironía— que usted dice verdad y que nuestro deber es que la doña esa entre en razón pa' que vea las cosas con más claridad.

—Si me lo permite, Señor, —dijo otro de los anónimos

empeñados en el auxilio— yo creo que la ciudadanía siente un gran amor y una gran veneración por usted, pero al mismo tiempo se encuentra desorientada, temerosa de que así como sucedió el rapto de las muchachas se puedan dar otras calamidades, ya ve usted desde cuando andan por ahí con eso de los pájaros que cayeron del cielo y no hay quien no piense que puede ser el anuncio de otra desgracia.

—Qué signos, ni que presagios, ni qué pájaros —interrumpió violento el Charifas.

—Ya lo sé señor mago —dijo el hombre con voz extremadamente opaca— se bien que las cosas, como su magia, son muy de acá y que acá es donde se fabrican y dónde se cocinan, por eso es que nuestra gente anda toda asustada con lo que ha venido pasando, pues quisiera que se llevara a cabo una investigación para saber quiénes fueron los culpables de los hechos el día ese del rapto.

—Ha pasado tanto tiempo, qué caso tiene ya —respondió molesto el Charifas mientras que el Quiro le mandaba una mirada de reojo.

—Es que nosotros pensamos —respondió el hombre con la misma timidez, que es necesario que se conozca quiénes fueron las cabezas, que se sepa que no son cosas del más allá, como usted mismo dice de su magia, que son cosas de muy acá y que tienen un responsable.

—Así es que quieres encontrar responsables...

—Yo no, señor mago, la gente quisiera saber quiénes fueron los que provocaron todo eso, porque alguien debió de haber sido, de alguien debe de haber partido la idea de que nos hicieran ese asalto para dejarnos sin hijas...

—Es la gente la que quisiera, o es usted el que está pretendiendo hablar por esa gente —respondió el Charifas demostrando haber asimilado los sistemas de discernimiento de Plotino— no se me venga a columpiar en los tompiates mi balinazo.

—Señor Plotino —respondió el hombre más cohibido que nunca, dirigiendo ahora la mirada hacia donde se encontraba el ciego, pretendiendo con ese acto ignorar al Charifas, si hablaran con la gente se darían cuenta de que no estoy mintiendo. Por lo menos los que viven en este cuarto patio sí quisieran que se llevara a cabo una investigación para que se castigue a los culpables de estas nuestras grandes desdichas.

Plotino se sintió aludido y volvió a bramar profundo.

El asistente que había puesto al primer hombre en el tragaluz tomo del brazo al segundo y en la misma forma dócil lo fue sacando hasta colocarlo en el sitio en el que el primero guardaba silencio en cuclillas, recargado sobre uno de los muros. El segundo hombre, al igual que el primero, no dijo nada más, se dejó conducir hacia el centro de aquel espacio reducido por donde se colaba turbio un leve resplandor solar.

En el cuarto donde se encontraba Plotino se había formado un largo silencio embarazoso en medio del cual solo predominaba la recia, pausada respiración de Plotino hinchando por segundos, con ritmo exacto, el amplio pecho del hombre que seguía reposando sobre el sofá, adulado, atendido por sus cercanos. El silencio continuó por algunos minutos más hasta que finalmente fue roto por la voz del Charifas.

—Aquí todo mundo se siente con derecho a decir lo que se tiene que hacer... carajo...

—Y usted se siente con el derecho de callar a todo el mundo, por lo que se ve —intervino el Quiro por primera vez en forma directa, encarándose con el mago.

—Usted de nuevo, como siempre —dijo el Charifas, usted debería de estar leyendo las manos de los demás ¿ese es su oficio, no? Para eso está, ¿no es así?, pero no, usted siempre sacando boleto para la rifa del guajolote.

—Usted es un impertinente, Charifas —respondió el Quiro mientras Plotino bramaba desde el sofá— un cretino que cree

que todo lo sabe, que se burla de la lectura del destino, de la suerte futura, pero que finalmente termina diciendo cosas que dan risa, de plano.

El Charifas hizo una mueca de aburrimiento y se resignó a seguir escuchando lo que tanto había oído en muchas otras ocasiones.

—Usted Charifas es demasiado simple y no permite que los demás hablen precisamente porque en cualquier momento puede quedar desenmascarada su simpleza. Usted no puede escuchar a los demás porque al hacerlo muchas de sus teorías se verían afectadas por los puntos de vista contrarios y es que su pensamiento a cerca de las cosas no tiene validez, Charifas, no tiene bases sólidas en que sustentarse. Ese es su gran temor Charifas, por eso su impertinencia, por eso se adelanta a los demás, para no tener que considerar los planteamientos que le hagan. Sea sincero reconózcalo, Charifas, y así dará un paso más para comprender las cosas y arrancarse definitivamente de esa oscuridad en la que vive.

—Si esas necedades no se las hubiera oído ya tantas veces, su eterna canción, la de siempre, su mismito modo de apantallar pendejos... —respondió Charifas tratando de mostrar serenidad.

El ciego Plotino, aunque no estaba participando en la disputa de los otros dos, estaba ya derecho sobre el sofá y era claro que escuchaba con atención los decires de ambos. Con los ojos sin vista parecía como si estuviera hurgando los secretos del infinito.

—Pienso incluso Señor —el Quiro dijo esto dirigiéndose ya a Plotino el de las cuencas fijas— que esta gente que quiere una investigación de los hechos tiene razón y que se debería de castigar severamente a los responsables del rapto de las vírgenes.

Charifas miró primero hacia Plotino con el fin de captar la reacción más imperceptible en el rostro de éste y después giro vertiginoso la cabeza hasta clavar la vista en los ojos del Quiro, quien prosiguió imperturbable.

—Incluso si así fuera Señor, si se abriera una investigación a fondo, usted mismo tendría la oportunidad de vengarse de lo que en usted hicieron.

—¡Vengarme yo! ¡La venganza! ¡La venganza! ¡Pues con quién cree que está hablando Quiro ¡Qué jamás se le ocurra pronunciar esa palabra frente a mí! ¡Ni mucho menos pretendiendo que sea yo el que ejerza eso que usted mencionó tan a la ligera! —Respondió Plotino por primera vez después de mucho rato, su voz denotaba ciertas inflexiones propiciadas por la emoción.

El Charifas vio en esos momentos la oportunidad de intervenir con mayor éxito y se lanzó a la carga.

—Oiga Quiro, pero de veras que usted la riega, mi balazo, y luego anda diciendo que uno habla a la ligera, pero si ya ni la hace mi Quiro. Francamente nunca he sabido en donde tendrá usted la pelota, porque lo que trae sobre los hombros de a devis que no le funciona.

—Usted es un vil provocador Charifas —gritó el Quiro al mago.

—Lo que pasa es que estoy harto de escuchar sus sandeces —respondió ágil el Charifas pero lo peor es que las planta a las demás como verdades absolutas. Usted me ha venido repitiendo Quiro sus mismas patrañas desde hace años y estando tan equivocado como lo está cree y quiere hacer creer a los demás que usted siempre tiene la razón. Y ya ve, cuando se presenta la primera oportunidad se suelta diciendo tontería y media (“pendejadas viejo güey pero no más pa’ que veas que soy educado no lo digo por su nombre”) tontería y media creyendo que todo el mundo se tiene que tragar sus embustes (“sus chingaderas, pues, pero pa’ que vea que soy decente”).

El Charifas aprovechó el silencio de Plotino para continuar sobre el Quiro quién por su parte adopto la mirada de desprecio hacia él.

—Así es como usted Don Quiro ha deformado siempre las cosas y nos las quiere venir a meter (“se la vas a meter a tu chingada madre”) como si lo que usted dijera fuera lo cierto (“si chucha, tú siempre traes la neta ¿no?”) creyendo que va a embobar a sus tarugos. Pero hablando a lo derecho, el asunto es que usted se bota de la realidad de a feo, así como lo oye Don Quiro (“viejo cabrón”) así como se lo digo —le manoteaba y se expresaba acompañado con gestos que le salían de un rencor procesado desde muy adentro—, y cree que uno se va a tragar tantos embustes, así no más porque sí, por su linda cara, como si de veras la tuviera linda ¿no?

—Usted es el mismo insensible de siempre —respondió el Quiro— y verdaderamente con usted hay muy poco que hablar.

—La reata, pus qué —dijo el Charifas, lo que pasa es que a mí no me va a cuentear con eso de que todos no somos más que una partida de güeyes incapaces de conocer la realidad de las cosas; porque eso dice usted Don Quiro, eso es lo que siempre anda diciendo a los que quieren oír y algunos hasta se llegan a tragar los mentirales que usted anda diciendo con toda deshonestidad mi Quiro, ha sí, eso sí, claro que sí, como lo hoyó, con toda des-ho-nes-ti-dad.

—Usted nada más habla por hablar Charifas —respondió el Quiro un poco más sereno, actitud que por el contrario alteraba a su interlocutor— jamás me ha podido refutar en forma congruente las cosas que yo afirmo, finalmente solo se le va (“se te irá a ti y toditita completa”) pensó el Charifas —en pura altanería en puro grito desafinado y nada de nada.

—Mire, pa’ que le hacemos al cuento, Quiro, usted está en la olla mi primazo, en la meritita olla desde el momento en que anda quesque adivinando el futuro no más con asomarse a las manos mugrosas de los demás. Pues por dónde

trae el coco mi Quiro. Cómo quiere que uno lo pueda tomar en serio con esas jaladas.

—¿Qué usted no es mago?

—Sí mi valedor, pero eso es muy otra cosa; yo no me ando sacando de la manga ninguna invención mi magia es real y muy real, se hace con las cosas de acá muy de acá, con lo que se palpa. Lo único que se hace es transformar las cosas, pero no hay nada del más allá, eso hay que dejarlo en paz. Es la pura fuerza mental Don Quiro, pero funcionando, accionando en nuestras propias esencias. Aquí no hay nada de misterio ni de signos que vienen del más allá, no mi Quiro, aquí no más está la neta y la fuerza que la pone en movimiento, aquí, entre nosotros mi Quiro, entre lo que somos...

—Su ignorancia me conmueve Charifas —contesto el Quiro tratando de dar a su voz un tono de conmiseración—, usted me critica porque leo el futuro en las manos de los demás y en ese sentido su crítica no puede ser más insustancial. No sabe usted que es Dios, el altísimo —Charifas hizo un gesto de desagrado— el que decide las cosas del universo, que es él quien decidió los pasados y arregla los futuros ¿Qué usted no sabe Charifas que está en las manos de Dios, en sus manos, la decisión sobre todos nosotros y que esa decisión primero baja al pensamiento y luego a las manos del propio Plotino que es el encargado de ejecutarla entre todos nosotros?

—Ah, cómo quiere hacerle al hábil Quiro, el clásico pasarse de vivo (“viejo ojete”)

—Nada de quererme pasar de vivo si puedo leer el futuro en las manos de los hombres es porque Dios baja hasta ellas y ahí lo escribe Charifas, por favor, no sea usted tan cerrado. Seguramente usted no conoce el libro de Job, no lo conoce ¿Verdad Charifas! En el libro de Job usted podría leer que

“Dios escribió señales en las manos de todos los hijos de los hombres para que los hijos de los hombres puedan conocer sus destinos”. Pero no, Charifas, usted que va a conocer y a hacerle aprecio a estas cosas, yo sé que no, que es inútil, que inútil será la saliva que con usted se gaste.

—Mire no más que salsa me está saliendo mi don; si le digo que con usted tantito que se durmiera alguien y hasta los calzones le tumbaba, no si pa’ que le digo. Está bien lo de las manos, yo siempre he dicho que son más rápidas que la vista, con mi trabajo de todos los días lo demuestro, claro, las manos son mi principal instrumento de trabajo, las manos son la magia, son mi magia para los demás, pero eso sí que a mí no se me bota la canica con eso de que ahí vino alguien a escribirme el futuro... me carga...

—Por lo menos nos vamos acercando en algo Don Charifas (“lagarto” pensó Charifas de inmediato) ya ve cómo queriendo se van encontrando ciertos puntos de identidad. Usted debe de conocer la frase de aquél escritor que dijo: “todos los prodigios y todas las traiciones resultan de nuestra mano” y así es Charifas, se lo aseguro que así es.

—¡No es cierto! ¡No es cierto! —reaccionó el Charifas con enojo— entre usted y yo no hay absolutamente nada en común, sépalo de una buena vez, no puede haber ningún punto de coincidencia, ora sí que me la chifló mi Don. Sépase de una buena vez, usted es una cosa y yo soy requete muy otra.

—No niegue lo que no puede negar, Charifas, no sea inconsciente; al final no venimos siendo todos más que la misma cosa a la que tarde o temprano llegamos solamente que por diferentes caminos —dijo el Quiro.

—Usted sí que se la prolonga.

—Usted me ha interpretado mal Charifas y no de ahora, de siempre, pero no le culpo porque conozco sus limitaciones.

—¡Váyase al carajo!

—Porque conozco sus limitaciones —insistió el Quiro sin alterarse, y necio sería que en esas circunstancias me dejara llevar por la ira, así, mire, igualito que usted, así, así, como usted, que no sabe controlar sus reacciones.

—Usted es quien trata de descontrolarme —dijo Charifas pero conmigo no van esas marrullerías.

Plotino se había vuelto a recostar sobre el sofá y ahora escuchaba con las piernas estiradas ocupando gran parte del piso de la sala.

—No se altere y trate de comprenderme, por eso nunca nos entendemos Charifas, porque usted no sabe escuchar a los demás.

—¡Váyase al carajo!

—¿No le digo?

—¡Váyase al carajo!

—Mire, lo que le quiero decir es que usted ha entendido mal mis palabras. Yo jamás he dicho que no se pueda conocer la verdad de las cosas, no, yo nunca he dicho eso mi amigo.

—¿Amigo?

—Yo nunca he dicho eso; yo pienso que Dios es la verdad y que él nos da las diferentes formas de conocer sus designios. Pero es aquí Charifas, en el coco, gráveselo bien, en el coco es en dónde nosotros sacamos la verdad de las cosas, en el pensamiento, que es la mayor dádiva de Dios para nosotros. Él nos ha guiado a través de Plotino, él es el que ha dirigido nuestros pasos desde su sapiencia, él ha acomodado los mecanismos del universo para que nuestra mente creara con ellos los signos en los que podemos leer nuestros pasados y nuestros futuros.

—O sea, que nos vamos a echar una vez más sus rollotes —dijo Charifas con gesto de impaciencia.

—No se desespere Charifas, no actúe como los necios, aprenda a escuchar.

—Pero si se trata de lo mismo de siempre Don Quiro, usted ya ni la jode de plano.

—No hay peor sordo que el que no quiere oír, no hay peor ciego que el que no quiere ver, no hay...

—Ya, por favor...

—Mire, lo que quiero decir es que usted se ha equivocado conmigo, con lo que sostengo, que lo ha deformado y ni siquiera por mala fe, simplemente que usted no entiende y por eso me preocupo en explicarle.

—Pues guárdese sus explicaciones.

—No sea atravesado, Charifas, sea juicioso.

—Váyase al cara...

—Ni usted ni nadie podrán negar nunca que toda fuente del conocimiento nace aquí, en la meritita choya, que ahí es donde se funda y se desarrolla para luego ejercer su fuerza en la vida de cada uno de nosotros.

—Sí, claro y todo eso en línea directa con los designios divinos...

—Usted lo dijo, Charifas, y en esos términos soy incapaz de contradecirle.

—Si ya sé que es incapaz, pero lo de contradecirme lo hará siempre que pueda y que este güey se lo permita, como ahora.

—Déjese de ironías absurdas Charifas, lo que quiero decir es que siempre estará fuera de la razón en sus juicios mientras que aplique los procedimientos equivocados que le he visto utilizar desde siempre. Nada más grosero he visto mi amigo que ese su materialismo absurdo con el que usted trata de explicarse todo lo que le rodea, créame que a veces me llena de lástima observarlo discernir con tanta elementalidad de por medio.

—Señor Don sabiendo —intervino Charifas sin poder disimular la molestia que las palabras del Quiro le estaban provocando— de seguro que me va a mandar a leer las

manos de toda la güeyada para empezar a entender un poco de su ciencia.

—No sea tan agresivo amigo.

—¿Amigo?

—Nada saca con obcecar; escuche, aprenda a escuchar, en todo caso no le será inútil.

—Claro hombre, hágame la luz por favor (“en fin que aquí está tu pendejo, viejo güey”).

—Sí usted aprendiera a controlar sus acciones, Charifas, nunca ha sido bueno que la gente se deje llevar por sus emociones sin que aplique la jerarquía del raciocinio, porque entonces el proceder de las personas es equiparable al de un coche sin frenos ni dirección, sin un destino lógico.

Charifas quedó viendo a su interlocutor con una mirada de abierta desconfianza.

—No hay nada en el mundo, sépalo bien Charifas, que no tenga su origen en el centro del pensamiento humano.

—Y ahí en ese centro está Dios ¿no es cierto? Y desde ahí baja a las manos mugrosas y sudadas de la borregada para que usted se ponga a leerle el futuro.

—No existe ninguna contraposición entre la razón y la fe amigo mío, querer afirmar lo contrario no es más que un ingenuo acto de provocación que al final no lleva a ninguna parte, significaría tan solo bordar en el aire con el único fin de hacer prevalecer una toma de posición terca, sin fundamento.

—No, si yo nada más lo estoy oyendo —respondió el Charifas en una actitud de falsa condescendencia.

—Piense Charifas en que no hay inteligencia superior que aquella que ha podido ordenar el universo; lo que crea la inteligencia es lo verdadero, amigo, lo demás solamente es su reflejo, su eco y si aceptamos esto como cierto no nos queda más que acogernos a la inteligencia de la inteligencia, al triunfo

absoluto y universal de la razón, todo lo demás, como se lo he venido repitiendo quién sabe desde cuándo, queda sujeto a ésta verdad, negarlo es caer en la terquedad suya y para decirlo con sus propias palabras Charifas, para que vea usted lo bien que lo conozco, es estarse orinando afuera de la bacinica.

—Ah, ¿ya ve como si puede usted hablar como la gente? Pero eso de mearse afuera de la bacinica es lo que usted hace mi Quiro con el bute de mamadas con las que se la anda jaloneando.

—Usted no puede cerrarse al entendimiento con desplantes tontos y si lo hace, peor para usted, compréndalo Charifas, mientras usted anda perdido en sus materialismos vulgares yo le propongo que piense, es lo único que le propongo, que ponga a funcionar su imaginación, usted tiene la obligación de dirigir su pensamiento, de encausarlo adecuadamente para que conozca la forma real del mundo en el que vive. Y en estos decires mi Charifas usted no puede negar que toda su intención que lo lleve al conocimiento de las cosas también nace del centro de su pensamiento que es parte del triunfo de la razón en función de su propio fortalecimiento.

—La neta que no sé qué me sucede con usted porque al final de cuentas vuelvo a caer en estos rollos sabiendo que no vamos a llegar a ningún laredo y que solamente vamos a repetir el mismo cuento de siempre.

—No se crea Charifas, en algunas formas avanzamos algo cada vez; ahora es más fácil hablar con usted antes no podíamos cruzar palabra.

—Pues es que finalmente le tengo paciencia, qué otra cosa quiere que haga.

—¿Ya ve, ya ve? —repuso el Quiro con una sonrisa complacida.

—Ya veo qué (“viejo güey”)

—¿Ya ve cómo vamos avanzando poco a poco?

—Avanzando ni que ojo de...

—No caiga nuevamente en sus actitudes ciegas, Charifas.

Plotino se estremeció en su sitio sin que los demás se dieran cuenta.

—Aquí no hay más ciego que usted mismo —dijo Charifas— porque dígame si no es estar ciego el andar queriendo convencer a los demás de que las únicas verdades que existen están en el cerebro y no en las cosas mismas que nos rodean.

—Para que vea que yo sí soy gente, no me pesa, a mí no me pesa escuchar todos sus groseros materialismos, en su mecanicismo metal, en su tan elemental discernimiento.

—Pero ya me está descalificando, mi Don, ya estaba descalificado desde antes, pero ahora me aguanta el raund ¿no?

—¿Me va a negar que estoy en lo cierto?

—Mire mi maestrado (“viejo mamón”) yo no puedo estar de acuerdo con pasármela especulando que en el fondo es lo que usted viene proponiendo desde siempre; nones mi jefazo, nel pastel, no es por ahí el asuntacho; la gente no se la puede pasar no más jaloneándosela creyendo que todo lo que está fabricado en la canicota lo fabricó el cerebro, si a fin de cuentas sus pensamientos, las ideas que tiene de las cosas, vienen de las cosas mismas, de lo que de ellas ha sacado, de lo que de ellas conoce.

—Así como usted las vicentea parece que no existieran si el coco no las hubiera inventado antes y es al revés mi Quiro, se lo juro que es al revés.

—Hay de usted si lo que tomara de lo que lo rodea no fuera procesado antes por el coco, como usted le llama al pensamiento mi Charifas...

—Un momentito mi Quiro porque ese es otro cantar y usted lo debería saber ya que dice que usa tanto la azotea.

—Si en el concurso de la inteligencia...

—Es otro cantar mi Quiro (“viejo pinche, quererse pasar de

vivo aquí, con el “águila descalza”); nada es inventado desde adentro, todo está afuera y de ahí lo tomamos, pero tal no quiere decir que nos quedemos en eso, para que le hace al vivo mi Quiro, todos sabemos que no nada más se trata de vicentear y parar bien las de mula, que no es solo de andar tocando y figoneando sino que todo eso nos lleva a formar leyes e ideas de la realidad en la que estamos embutidos y así es como entra a funcionar la pelotota, mi estimado Quiro y no en otra forma.

—¿Entonces usted niega que la idea sea fuente de la actividad humana?

—Naturalmente que no mi Quiro, no sea jalado, solamente que la idea no nace de la nada, cuando usted tiene idea de la reata es porque la reata existe desde antes y usted conoce ya sus dimensiones, lo largo y lo grueso, y para lo que puede servir, ¿o no es cierto mi Quiro? Y entonces es lo de menos el nombre que le ponga al hecho, le puede usted llamar reata, o camote o fierro o boa, o verga, o te sientas, pero el objeto ahí está, tuvo que ser primero para que se tuviera la idea de él y ya después depende muy de usted hasta dónde traiga metida la ideota, mi vale.

—No será más allá de donde trae metida la ignorancia — respondió el aludido.

—Qué pasó mi Quiro, ¿ya empezamos con ofensas directas? ¿ya ve cómo no aguanta nada? Aplíquele la inteligencia al asunto, ¿no dice qué es lo único que existe? ¿qué es la que inventó todano?

—Mire Charifas, sí usted fuera menos obcecado podría entrarle con mayor facilidad a la realidad de las cosas, sí usted no es tonto Charifas, se bien que no lo es, por eso finalmente me quedo a platicar con usted de estas cosas. Pero considere mi Charifas, así como no hay hoja que no se mueva sin el designio de Plotino, así, igualmente, no hay verdad que exista

en el mundo si no parte de la inteligencia. La gente podrá ser afectada por sus emociones pero su facultad de pensar la pondrá por encima de reacciones elementales, los sentidos informan al ser de la realidad que le rodea, pero hay un valor superior que la explica y le da el verdadero significado a los hechos, es entonces cuando se actúa y se modifica esa realidad circundante. Dígame, Charifas, qué hubiera sido de nosotros durante aquella larga caminata si el pensamiento no hubiera sacado conclusiones de los muchos elementos a los que nos habíamos enfrentado, sino hubiéramos sido capaces de aplicar nuestra inteligencia y razonar las verdades que el camino nos las iba imponiendo y convertirlas en la verdad, para poder elaborar el círculo aproximado, la prevención del peligro, construir los calendarios y el lenguaje que nos mantenía unidos ante los contratiempos de la caminata. La inteligencia, mi querido Charifas, la inteligencia es la que dicta todos y cada uno de nuestros actos, la que nos sustenta, el principio de todo, pues, de las cosas y de los hombres. El asunto es tan claro, mi Charifas, como esto, si entiende lo que ahora le estoy diciendo, y como es usted un sujeto listo, aunque a veces se quiera pasar de lo mismo, sé que sí lo está entendiendo y si entiende lo que ahora le digo mi Charifas, usted está haciendo prevalecer la razón sobre las impresiones primarias y entonces, desde este momento usted se encuentra dentro del ámbito de la verdad, el elemento analizado y su propia conciencia se unen para ser la verdad.

—Y a partir de éste momento yo soy la verdad porque estoy aceptando su verdad ¿no mi Quiro?, ¿pues entonces quién es el que se quiere pasar de listones de colores mi Quirazo? Si la mera neta que no sé cómo es que no se ha cansado de andársela chaqueteando todo el tiempo mi ñorse, porque eso de andar asegurando que todo lo que rola aquí entre nos, no existiría, o de otro modano, no es verdad, si la chompeta

no le asegura que lo es, pues eso es andársela jaloneando mi Quiro, y la neta que sus años ya no están para esas prolongadas. Podría yo aceptarle que es bien chido andar sacando grandes ideas de las cosas, pero por jodona que fuera su idea se moriría si no estuviera constantemente alimentada por las particularidades de las cosas que nos rodean, si no me crea tan su güey, mi Quiro. Y mire si de plano —nuevo estremecimiento en el cuerpo de Plotino— no la riega usted, está tan necio que pone muy por encima la idea de las cosas cuando son las cosas las que nos dan los elementos para juzgarlas y clasificarlas, ¿o no mi ruco? Son las cosas las que nos dan las ideas de ellas y no al revés mi cuate, para que su pensamiento sea chinguetas a lo macho usted debe de estar bien al tiro de todo lo que le está rodeando, si no pa' que le cuento mi don, usted debe de conocer las cosas tal y como son y entonces sí decir esto es así y esto asado; pues cómo es que quiere voltear lo que no es volteado, mi valedor. Ya luego de esto que le digo a usted se la puede chaquetear como mejor quiera, pero sabiendo bien cómo está formado eso de lo que está hablando y que és lo primero antes de tanta jaloneada. Pero hay más mi maestrizo balinazo, para la jalada que usted se ande trayendo será necesarísimo que se agarre bien de la cosa de la que es idea, pero esa cosa o las cosas o como quiera usted decirle, siempre está cambiando ¿cómo la ve desde ahí? Entonces su jalada no estará creando nada, sino que tendrá que volver de nuevo a la pinche cosa para que pueda seguir viviendo. Todo lo demás serán jaladas más jaladas que las suyaa mi querido (“viejo güey”) Quiro.

—Mire mi desbocado Charifas, después de discutir sobre este mismo asunto me doy cuenta de que solamente le he dicho verdades y no más que verdades cuando le señalo a usted como un tipo plano, que carece de la más elemental imaginación. Su pensamiento es tan simple, tan cuadrado,

mi Charifas, que verdaderamente da lástima, y es porque se le quiere mi amigo, de verdad que se le aprecia bastante y no quisiera uno verlo perdido en esos sus pensamientos tan rudos. Nomás fíjese, en lo que le digo, para que vea que yo no me cierro como usted —y le aseguro que no hay nada más peligroso que eso mi amigo— saltemos eso de qué es primero, usted puede quedarse en eso sí así lo quiere, yo finalmente tendré que reconocer que lo que usted le llama la cosa tiene un valor y que a través de lo que usted aplica en ella y las reacciones que se obtengan va obteniendo la verdad esa cosa, su idea, ¿a poco no es eso lo que usted está queriéndome decir?, bueno, pues ya puesto en este plano hasta el que me ha traído no seré tan necio, como aquí mis corales, para negar tal hecho, pero eso, mi querido Charifas no es más que la primera etapa, el primer paso para tener en la mano los pelos pardos de la burra. Usted exagera al querer que el asunto se quede en ese primer término y yo bien sé que no lo hace por confundir, porque usted no es malo Charifas, lo hace porque está confundido y nada más. Usted no puede tener una idea real de las cosas nada más por los datos que le han proporcionado sus sentidos y aquí es mi Charifas en dónde entra el triunfo de la razón, lo que usted pretende negar, carajo, Charifas, aquí es donde entra la grandeza del pensamiento y se coloca por encima, bueno, es decir, hace la interpretación adecuada de la elemental información que recibió en un principio, entonces sí se lo creo Charifas entonces sí estará usted dentro del rollo. Y si esa es la verdad, sí por fin lo quiere usted aceptar así, no me negará que la idea, la razón, el pensamiento, son el valor principal en el conocimiento del hombre. Nomás échele coco Charifas y póngase a pensar si durante aquellas noches y días interminables, cuando la inmensidad de las planicies y la profundidad de los precipicios se nos hacían un nudo en la garganta, piense usted qué pudo haber sido de nosotros si

no hubiera estado presente una idea poderosa, o un conjunto de ideas, si usted quiere, impulsando nuestro paso hacia adelante, hasta cumplir con el destino que nosotros mismos nos habíamos impuesto. Y ¿sabe usted por que logramos sobrevivir a aquella caminata?, porque logramos procesar para nuestro beneficio el titipuchal de experiencias que el mismo peregrinar nos iba proporcionando. Y es que en toda esa aventura hubo inteligencias que encontraron —y nos enseñaron— cómo medir el tiempo, cómo ubicar los espacios para darnos la dirección adecuada, cómo escribir nuestra historia para aprender de ella misma, la idea, Charifas, la idea, la razón siempre presente en lo que construimos y en lo que transformamos. Aunque a usted le disguste mi amigo, solamente así, valiéndonos de la razón es que podemos conocer la verdad y movernos en ella. Claro, a usted, como es tan obcecado, le cuesta trabajo admitir que esa verdad de la que hablo solamente puede ser tomada como tal si es producto de un pensamiento claro y perfectamente particularizado, ya me lo imagino a usted haciendo una pulcra división, detallada al máximo, de cada una de las materias de estudio de la cosa, como le llama usted, para sacar sus conclusiones, ya lo veo dividiendo y dividiendo hasta lo más posible, hasta donde sea necesario, en tantas partes como su análisis lo requiera. Y eso no es todo mi Charifas porque luego viene la investigación por los objetos más simples y fáciles de conocer para irse metiendo poco a poco en lo que es conocer los asuntos más complicados. Finalmente ¿sí mi Charifas? Entrarle al recuento lo más completamente posible, con la seguridad de que nada quedó fuera. Ah la razón mi Charifas, los elementos de la razón la idea por encima de lo que usted quiera decirme. —Pues a que mi chómpiras tan chinguetas, qué apantallada me acaba de dar, si mire cómo hasta me dejó temblando de la recanija emoción. Pero si tantito la jeteo usted me come el

mandadote mí querido Quiro no más que nones, aquí conmigo sí se la rifufas, porque si usted agarra a su menso es capaz de demostrarle que cada idea es antes que nada, que las cosas no más vienen siendo un reflejo y sí chucha, no más que mañana, a la misma hora, porque hoy nelazo pastelazo Don Quiro, usted jamás aceptará que detrás de las sensaciones se encuentra la razón de las cosas, porque de hacerlo se le caería su teatrillo ¿o no mi cuáis?, pero esa realidad se está reflejando, en cada una de nuestras sensaciones ande usted o no ande en otros rollos. De dónde saca usted mi jefazo que es de las sensaciones de donde se derivan las cosas... eso de plano es estarle haciendo al... haga usted que su ideota, es con la que ya no acaba, se aleje, se divorcie de lo que se agencia de las cosas, a ver que explicación da después, a ver idea de qué se vuelve si no tiene los datos que la hacen chicha, no sería más que una confusión no sería la verdad de nada. No mi Quiro ni con sus cartitas ni con las líneas de las vaisas ni con ninguna otra jaldada, las cosas dejaran de ser lo que son, ningún canijo puede saber de bien a bien qué es lo que le rodea si no cuenta con la verdad de la experiencia que de verdad es la verdadera verdad. Así es como mi querido Quiro sus pinches embustes vienen valiendo madre, junto con todas las formas que tenemos de hacernos tarugos. Aquí no queda de otra que conocer las cosas así a lo pelón en forma directa, y en vez de andarle haciendo al güey, aceptar que si pisa una plasta de caca le estarán apesando los zapatos toda la semana.

—No se altere mi Charifas, que de todos modos le estoy tratando de entender.

—No, si hasta eso mi jefe así es mi modo de hablar ¿no le pasa?, pero aunque no le pase mi Quiro, usted seguirá repitiendo lo que quiera mientras yo no más le digo que todo lo que hemos estado discutiendo se reduce tan solo a la observación de la naturaleza que nos rodea y que las conclusiones

que de eso saquemos son la verdad. Imagínese usted querer sacar verdades de los puros inventos que nacen del coco, algo así como tratar de decir cómo es la vida, de qué tipo son las piedras con las que nos tropezamos mientras todo lo que estamos viendo lo hacemos desde las nubes, y eso es como ya dijo alguien “cerrar los ojos a lo que se tiene delante de los ojos” —otro sacudimiento de Plotino. —No hay más verdad que lo que nos proporcionan los sentidos, lo demás ya se lo dije, son jaladas puras simón joi mi jefazo. Verdad y muy verdad fue el gargajo que le acaban de aplicar aquí al maestro. —Bramido profundo de Plotino— y verdad también el dolor que tamaña imprudencia ha causado en el ánimo de todos nosotros. Después del entripado que acabamos de hacer usted no nos va a salir con mamadas de que el gargajo no salió de la boca de la mujer ésa sino que es una idea que de pronto cruzó el aire para ultrajar al maestro. Verdad de a devis es la del Rayo del Sureste con la cara metida en una máscara para ganarse la pura pachocha después de que nunca la hizo como bofe y nomas le habían súper madreado de ring en ring. ¿Cuál es más verdad, la del Kid Ibarra, al que cada vez que se sube a un cuadrilátero le rompen el hocico o la del Rayo del Sureste que cansado ya de ser el super madreado Kid Ibarra se pone una máscara y empieza a ganar la laniza haciendo acrobacias sobre la lona? Son hechos mi Quiro, son hechos concretos y las dos son verdades verdaderas, cada una en su propio momento, movimiento eterno, esas son las verdades y no jaladas.

Plotino emitió un largo ruido gutural y se enderezó pesadamente sobre el sofá donde había permanecido recostado.

El Quiro prudentemente depuso su actitud polémica mientras el Charifas intentó volver al ataque con su torrente verbal.

—El salvazo insultante de hoy...

—¡Basta! —rugió definitivo Plotino— nihil novum sub sole
—complementó con una voz pastosa mientras hacía intento

de levantarse y el Quiro y otros cercanos acudían en su ayuda —nada nuevo y tenerlos que escuchar en su aburrida discusión de siempre —agregó.

Plotino ya de pie con paso lento, se dirigió hacia el tragaluz en donde hacía un buen rato se encontraban acurrucados los hombres que habían tratado de hablarle en un principio; hizo una seña para que fueran desalojados del sitio y entonces, con la ayuda del Quiro se asentó en el lugar, juntó las rodillas, las rodeó con sus brazos y bajó la cabeza ovillado bajo la leve columna solar que sucia por el ambiente rasgaba la penumbra de aquellos interiores.

VIII

Hace tanto tiempo que las cosas fueron y sin embargo las tenemos aquí, presentes en cada uno de nuestros actos, en la frecuencia punzo-cortante de nuestros remordimientos, como fantasma que nos cerca y nos amarra a una realidad a la que hemos estado sujetos por más que quisimos huir de ella en un intento por escapar de nosotros mismos. Hace tanto tiempo que las cosas son, que nos acechan en las esquinas, que nos atisban en las sombras y en las luces que resplandecen las pudriciones de los medio días. Vox populi vox dei, y es la voz del pueblo la que me ha guiado, la que nos ha dado los caminos que robamos al tiempo, el polvo con que hemos crecido nuestro polvo. Hace tanto tiempo y las cosas serán, vendrán a nosotros con la misma fuerza con la que el miedo colectivo las ha previsto. Ahí estaremos nuevamente para cumplir los destinos, para establecer nuestro paso hacia adelante en el proceso que se nos desata ineludible, como un fatal advenimiento que tendremos que asumir sumisos, con la resignación que responde en silencio al mandato de fuerzas superiores, ante las que ni las manos que crean y dominan el fuego, ni las conciencias lúcidas, de giros más elevados, atreven oposición alguna. Es la voz del pueblo la que ha guiado al pueblo, pero es al fin, una voz heredada, arrancada de signos indescifrables que hablan en su misterio con el lenguaje del infinito; somos el pueblo porque somos hijos de esa voz y nuestra voz es descendiente natural de sus designios, los que bajan a nosotros para materializarse sobre las direcciones que tenemos que recorrer para cumplirnos. Finalmente somos la fuerza sobre la que la fuerza ejerció su poder todo poderoso. Somos la expresión de esa fuerza y en ella tendremos que reconocernos y hacernos la vida que nos corresponde. Los he visto cumplir con lo que tienen que cumplir, los he guiado para ello, les he dado la luz desde mis ojos apagados, que son ojos de mirada más profunda porque miran desde adentro, desde lo más espeso de las obscuridades que es en donde nace toda

luz. Así lo he visto y los he guiado por los caminos. He sido la memoria y el vaticinio de los hermanados por la soledad y son mis ojos cerrados los que han venido abriendo los horizontes vencidos. Ahora los veo como en el principio. En la noche empezó todo porque la noche es un cuerpo estremecido de sombras, porque las sombras son las que verdaderamente iluminan. Se fueron juntando las familias, siete, como siete amaneceres inciertos, y empezaron a descender a la tierra desde el ombligo de la luna. Los estoy viendo bajar, en hileras interminables, como un cordón que se desata desde el centro de esa luna, a ellos se debe que todos los que han nacido en medio de esta raza llevan una pequeña luna ceñida en el ombligo. Así bajaron a habitar las siete casas, la enorme casa compuesta por siete patios y, así fue como empezó esta enorme peregrinación que nos ha convertido en una espiral sin solución posible, en una espiral que quizá tenga que crecer hasta su retorno al ombligo del satélite. El camino ha impuesto a todas las situaciones difíciles, pero los peregrinos son inmortales porque en el transcurso han ido sembrando la tierra con cadáveres, con muertos de su propia carne. Han sido muertos que han enterrado a sus propios muertos. Así los hombres han podido trascender la asechanza de la fiera, el agazapado veneno del reptil, el imán ávido de los abismos, el frío que golpea la respiración en las montañas, las fiebres que se enarvan en las aguas estancadas de las depresiones tropicales, las epidemias, la cadena multiplicándose al contagio, la desesperanza que lleva a la autodestrucción, los crímenes de los fraternos débiles, las presiones malignas de los días del hambre y las congestiones del abuso durante los escasos tiempos óptimos. Así es como los hombres han podido encontrar otra verdad y otra permanencia de aquellos cadáveres que fueron regando desde el principio y que en un principio —recorridos por moscas y viscosidades de tlaconetes— no habían tenido mayor significado que ser el término de la vida en lo podrido y después polvo, sombra, nada... Ahora los veo llegar al llamado de cada uno de sus sitios, que los atrae con fuerza

para luego repelerlos con la misma energía que surge de los misterios, magnitudes similares que arraigan y desarraigan estructurando los destinos, convirtiendo al hombre en objeto inerte de su poder. Son largas columnas secas, reseca, resaca de los caminos, columnas formadas por cuerpos de polvo y ecos lejanos, cuerpos de silencio, aglutinados en un río de soledades colectivas que ahora llegan a hacer la casa con su presencia, a hacer el fuego sedentario, a ocupar los cuartos de donde serán arrojados al cumplirse un círculo más dentro del cuadrante de su historia, fragmento en el interior de la gran circunferencia. Así se inicia la organización del asentamiento. A partir de ahora los cadáveres no serán alimento de las distancias, en la realidad del diorama al que pertenece gozaran de adecuada sepultura aunque como primeras expresiones los vivos insistan en depositar a sus muertos en las diferentes alcantarillas de la enorme vecindad bajo signos de crecimiento. Pero las almas nobles no tienen por qué permanecer en las alcantarillas; esas ascienden por la escalera principal del último patio. Lo hacen durante las noches de luna y sin embargo nadie las puede ver, sólo los ojos cerrados de este ciego que les ayuda a apoyarse en los barandales de metal hasta alcanzar la región de los tinacos, más arriba aún, hasta donde los ojos de Plotino tampoco pueden ver, más allá, donde son aquellas formas que se desvanecen en el viento obscuro. Pero en la cara múltiple de la necesidad todo es prioritario y mientras se adecua lo que debe ser el cementerio se han empezado a habilitar los cuartos que funcionarán como hospitales, los que constituirán los espacios penitenciarios, los que habrán de darle forma al manicomio, los juzgados y los recintos legislativos y se ha empezado a poner nombre a establecimientos y callejones. No hay nada no previsto y de los antiguos dioses se ha extraído la piedra necesaria para la construcción de los grandes templos. Se han levantado así los enormes edificios para que tengan sitios de concentración y recogimiento los habitantes del cuarto patio, los callados, los que nunca se meten con nadie, los que no agreden, los rodeados del silencio, y los del séptimo patio, los

que oran, los piadosos, los que se cubren en cuerpo con escapularios, los que hacen penitencias acostándose a dormir con nopales como silicios, pagando con la carne lacerada con espinas las debilidades del alma. Nada debe de quedar fuera de consideración, nada, y junto a los grandes templos se han levantado los burdeles, los largos caserones para el funcionamiento de piqueras y centros nocturnos, necesarias capillas para la subsistencia de los habitantes de los demás patios, las putas y los asaltantes, el criminal y el delator, los chismosos y los cómplices, la gente normal que necesita divertirse para sobrellevar sus días. Y después, cuando empieza a arreglarse el devenir cuando las cosas y los seres empiezan a entrar en el ámbito del orden, cuando la inteligencia inicia la escritura de su nueva historia, lo funesto, el miedo, el obscuro temor toma su forma material, se empieza a hacer presente, empieza a ser ahora, lo esperado, el signo sombrío que latía en el fondo de las mentes de cada quien; las viejas leyendas en la bocas de las viejas chismosas, los antiguos augurios sombríos se vuelven tangibles, y así, obscura, sombríamente atendiendo a una disposición que viene del más misterioso de los misterios se retoma la antigua esencia del círculo y en actitud sucedánea se empieza ciega y sordamente a enfrentar los preparativos para el reinicio de la marcha hacia un punto que quizá tenga algo parecido al lugar del que el destino nos arroja. De pronto se inician los preparativos para la gran marcha con el golpe de la desolación que pega en el pensamiento, se entromete en el pecho y baja por los dedos que torpes, adoloridos, empiezan a atar bultos, a organizar el éxodo en múltiples cargas de recuerdos y pesos físicos. Hechos, cosas, se remueven poniendo a la intemperie un hervidero de cucarachas y ratones que se entrecruzan enloquecidos ante la sorpresa de la luz. Cenobitas y amas de casa sufren de palpitos mientras los hombres con la cabeza baja empiezan a poner los pensamientos en los recodos de los caminos. Se cargan los vehículos y las espaldas con roperos, televisiones, bicicletas, bacinicas desportilladas, con imágenes de todos los santos imaginables, las columnas

se empiezan a poner en movimiento entre los rezos de los beatos, las bendiciones y las palmas de San Juan mojadas en agua bendita y mientras algunas mujeres se deshacen en llanto silencioso, otras muchas desgarran alaridos entre esencias de sahumerios que penetran hasta los rincones de la angustia, mientras los lisiados se enlistan con resignación y temen con la desesperanza inundándoles los ojos. Atrás quedará lo vivido, quedará en abandono lo que se empezaba a alcanzar con la sangre buena y mala de todos, lo que se había sumado para las construcciones recogiendo experiencias y clarificando las enseñanzas que las derrotas proporcionan cuando se frustran direcciones previstas, metas por cubrirse. Solo materia de recuerdo serán las bonanzas que los asentamientos proporcionan, las eras doradas como el tiempo de los perros gordos, cuando habían noblezas gastronómicas en los hogares y los basureros crecieron de desperdicios propiciando la buena holganza de los canes naturales de los cuatro rumbos. Fue la época de los perros gordos un tiempo de signos propicios, el triunfo del hecho sedentario, los días de las putas rebosantes y la solidez de la moneda, los días que después se van a convertir en nostalgia que duele. No es cierto aquello de que a los perros se les amarraba con longaniza, pero sí muy cierto es que de los tales salía materia para hacer longaniza y otros muy variados gustos que cercaban de dificultades al hambre. Signos de holganza la de aquellos canes panzones que vagaban por las calles sin ninguna preocupación por su subsistencia. Los basureros de donde se alimentaban eran variada gama de posibilidades; los desperdicios se amontaban anárquicos y el hervidero de moscas revoloteando sobre los mismos, daba la mejor idea de la bonanza, de los días del desarrollo propiciados por el asentamiento. Era la era del beneplácito, tiempo en que las mujeres desde muy temprana hora hacían cola frente a los expendios de leche, enrebozadas, cargadas con pequeñas ollas de peltre con las que la satisfacción del desmañado tintineaba en las madrugadas oscuras. Días eran en que los locos y los pordioseros siempre tenían alguna cascara fresca

que llevarse a la boca o encontraban en cualquier esquina un par de zapatos para preservar de piedras y microbios las plantas de los pies. No había en ese entonces casa sin alegría y los lavaderos se encontraban llenos de overoles que después se ponían a secar en los tendedores como banderas del trabajo. En ese entonces no faltaba un buen parche para la ropa rota y se podía conseguir hilo en cualquier parte para costuras y remiendos. Fue la era en que crecieron los servicios religiosos porque las familias disponían de recursos suficientes para mandar officiar misas en memoria de sus muertos. Las ceremonias eclesíásticas aumentaron en gran número y muchas de ellas fueron para dar gracias por las óptimas condiciones de subsistencia que se gozaban. Los sacerdotes también empezaron a engordar junto a sus fieles, éstos por obra y gracias de las hostias de la eucaristía. La época de los perros gordos tenía esa cara de luz que llena de colores la existencia sujetando la memoria a las cosas buenas. Fue un tiempo en que no hubo puesto sin barbacoa ni perro sin buen ladrido. El tiempo de los perros gordos marcó la realidad del gozo. Pero no hay gozo en este mundo sin su cara adversa, por eso fue que después de la cara dorada, la era de los perros gordos, empezamos a vivir, casi sin darnos cuenta del cambio, la terrible época de los perros flacos, en la que tuvimos que enfrentarnos a la cara oscura de la luz. Fue cuando los basureros dejaron de ser fuente nutricia y los perros, famélicos empezaron a morir a mitad de las calles, con las panzas rebosantes de gusanos; fueron los tiempos de la rabia y del aullido lastimero, premonición en avanzada, centrípeta fuerza que nos concentraba en torno a la miseria. Ahora las colas no se hacían en las madrugadas frente a los expendios de leche, sino que se hacían durante las horas hábiles, frente a las ventanillas del Monte de Piedad para comprar con pertenencias personales el derecho a un magro puñado de días difíciles. En el centro de tanta derrota se nos vino la devaluación de la moneda y con ella el abuso del comerciante y del taxista, de banqueros y de todos los que tenían en el alma una porción de desclasados y abusivos. El crimen se convirtió en el pan nuestro de cada día, las enfermedades se incrementaron, incontenibles, y las

madres parían a sus hijos en los rincones en ausencias de mínimas atenciones médicas; el tiempo de los perros flacos se hizo memoria triste en el pensamiento de todos. Fue el tiempo en que las viejas beatas del séptimo patio decidieron salir de sus escondrijos para organizar manifestaciones religiosas que hicieran cambiar el rumbo de los destinos. Familias enteras participaban en aquellas peregrinaciones a La Villa recorriendo de hinojos la lóngita Calzada de Guadalupe, dibujando a la vista de las demás escenas verdaderamente dramáticas. Algunas mujeres, con las rodillas deshechas caían desmalladas al no poder soportar más aquel suplicio que se habían impuesto y que se pretendía ser mínimamente aminorado con la asistencia de piadosos que cubrían con sábanas y cobertores el piso por donde pasaban aquellas angustias sangrantes. Y tanto la era de los perros gordos como la de los perros flacos estaban trazadas desde antes. Pero desde el antes del antes en el que Domingo Francisco de San Antón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin relatará: nuevamente por la noche, ordenó Huitzilopochtli; habló y dijo: “¡Oye, Cuauhtlequetzqui! —quizá Cuauhcoatl! Asentaos, repartíos, fundad señoríos por los cuatro ámbitos de la tierra”, y de inmediato le obedecieron los convocados y se establecieron en los cuatro ámbitos de la tierra. Y en cuanto se hubieron asentado en estos cuatro lados (Dijo Cuauhcoatl): “Hízose ¡oh sacerdote!, según me lo ordenaras se repartieron tus padres”; y entonces Huitzilopochtli: “Está bien. Repartid vuestros dioses de los calpulli a todos y cada uno de quienes trajimos: a los Tlacochealca, los de Chihuahuatecan, los Tlamatzinco, los de Mollocoitlillan, a los Chalmeca, Tzomolco, Cuatlan, Chillico, Izquitla, los de Milnahuc y los de Xoxouhcan; es manifiesto que tan solo por cuatro sitios les estableceréis: en Moyotlan —que ahora se llama San Juan—, en Teopan —que ahora se llama San Pablo, en Tzacualco —que ahora se llama San Sebastián— y en Cuepopan, que ahora se llama Santa María la Redonda. Inmediatamente dijeron los convocados: “está bien, ¡oh sacerdote!. Así sea” y al punto dieron a los convocados sus dioses de

los calpulli. Y cuando ya tenían trece años de estar los convocados ancianos dentro del tular, del carrizal, llamado Xaltlollo (montículo arenoso); y luego, en el año I – Casa en 1337, fue cuando fueron allá los ancianos, y ahora lo denominamos Tlatelolco Santiago. Después la gente se acomodó pacientemente a donde la iban a acribillar, a donde iba a gozar, en donde iba a saber, a desentrañar los secretos del valle que le tocó por lejanos designios. Las aves y los hombres, los cuadrúpedos, los reptiles hicieron su casa, se repartieron, lentamente, hacia los cuatro puntos que tenían señalados. Así se creó el universo, el de acá y mientras se sucedían las épocas de los perros gordos y de los perros flacos, doña Chon, la portera, quedó al cuidado de este universo. Desde entonces ella cargó con la responsabilidad de decidir qué patio le correspondía habitar a cada nuevo inquilino, siempre de acuerdo con las características que le representaban. Así doña Chon hizo su propio imperio, un imperio aceptado dócilmente por muchos, pero también por muchos rechazado muy desde adentro, y sin embargo, asumido finalmente con la misma actitud adoptada por los demás débiles de espíritu. Así se repartió en el espacio el mundo de los vivos, ante la angustia y la zozobra que les hizo necesario el rezo, el congraciarse por medio de la plegaria con las fuerzas secretas. Así fue como aprendieron a rezar bajo la guía de doña Damiana, una vieja rezandera procedente de otras tierras que se llaman Jalisco. doña Damiana conocía los rezos más prolijos y los alabados más desgarradores y los fue repartiendo entre las conciencias necesitadas de fortalezas. Así fue como doña Damiana creció su prestigio entre las almas del séptimo patio. Así fue como los piadosos aprendieron a rezar para su fortalecimiento. La piedad fue entonces la actitud colectiva para enfrentar los hados; fue por un tiempo el modo de ser y hacer la vida. Por ello tuvo sentido el sacrificio que aquella joven de nombre Caridad realizó en algún tiempo al llevar sus senos frescos a los labios de su padre para que éste no muriera de hambre y fatiga. Pero los tiempos cambian y después se empezó a hablar de una maldición que nos obligaba a

todos a caminar cerrando círculos interminables. Y por encima de lo relatado la maldición de la madre, la misma que arrojó a la hija con sus senos vírgenes a los labios del anciano padre. La madre maldiciendo con dedo firme, seguro, obligando a la marcha eterna con su deseo feroz con su actitud de venganza, mientras en torno a maletas y atados se prestaban para el camino. Y así fue el transcurso hasta llegar nuevamente a la tierra del asentamiento, en la región menos transparente, donde predominan las brumas y el viento levanta espesas capas de polvo que hostigan los ojos y la garganta con el ardor que produce la costra liviana del planeta, que penetran por las bocas con el sabor amargo de la materia de la que estamos hechos, que se pega a la piel para cargarnos de adioses y de olvidos. Entre tanto los hombres poseyendo a sus mujeres, las mujeres montándose en sus hombres daban a la tierra nuevos materiales para caminos posteriores; la vida que no se detiene, que es como un río de corrientes incontenibles marcando a su paso la verdad de las cosas, las curvas que rodean a veces pronunciadamente, y que terminan resolviéndose siempre hacia adelante. Y de nuevo las pancartas y los estandartes meciéndose en el aire, los cantos litúrgicos entre el humo del incienso espesando la atmosfera del arribo. Ahora veo a todos tomando su sitio, acomodándose en donde les corresponde, silenciosa, mecánicamente, como si reconocieran los sitios de donde habían partido muchos tiempos antes, como si real fuera esa realidad. Veo desde mis adentros a esas columnas de sombras dar sentido a sus moradas, convertirlas en tales para iniciar su historia, munificentia regia cón dita, florescit in conspectu Dei. Desde mis ojos cerrados, más abiertos que nunca observo la figura de Izéhuatl dictando sus disposiciones decidiendo por su pueblo, inscribiéndolo lentamente en las tablas de la memoria después de haber cargado sobre sí en siete veces anteriores su responsabilidad de guía. Lo veo en la inauguración del primer gran templo, cuando los dioses aún eran moles de piedra embadurnados por la sangre de cientos de corazones esclavos. Para la inauguración del templo Izéhuatl mandó capturar más esclavos

que nunca y los colocó en cuatro hileras. Todos estaban llenos de plumas y untados por pintura blanca. La columna que iba hacia el norte atravesaba por Tlatelolco para terminar en el dique que se desplazaba hasta Tepeyac; la hilera con dirección al sur llegaba hasta Candelaria Malcuitlapilco; la hilera hacia el poniente se extendía por toda la Calzada de Tlacopan y la del oriente partía en busca de la salida del sol hasta las orillas del enorme lago del que fuimos también hechos. Fueron ochocientos mil la víctimas. El lago creció para beneficios múltiples. Así, con la fuerza de los corazones tributados acrecentó su poder Huitzilopochtli, y fue esa fuerza la misma con la que después las mujeres se laceraban los cuerpos para ofrecer su sangre al Sagrado Corazón de Jesús, rodeado de escapularios y veladoras, de oraciones que había traído desde Jalisco doña Damiana Cisneros y de llagas y miserias que le ofrendaban en los altares improvisados los creyentes más desprotegidos, los abandonados por la suerte y por las autoridades que habíamos creado para los beneficios colectivos. Ahora contemplo a Izéhuatl disponiendo lugares y reglamentos, estableciendo un orden en el que ya caminaban de por sí las columnas de peregrinos atendiendo a un innombrado mandato palpitando en las células más recónditas de los recuerdos, en los pliegues de la vasta memoria colectiva. Ahora veo a Izéhuatl convocando a sus señores cercanos para tratar asuntos del asentamiento: el embellecimiento de la ciudad, los canales comunicantes, el riego de las hortalizas, el abastecimiento del agua en general. Izéhuatl dando sus puntos de vista, Izéhuatl recibiendo los puntos de vista de los ingenieros y los poetas interiorizados en los asuntos hidráulicos. Los veo discutir días y noches enteros buscando las soluciones más adecuadas para los beneficios masivos. Todo tipo de consideraciones, toda especie de planos son revisados con acuciosidad por las mentes preocupadas, mientras la población vive sus días ajena a los trabajos que tan intensamente por ella se realizan en cubículos en donde se han concentrado los lenguajes de la ciencia y las consideraciones sumadas y restadas de la técnica. Las mentes

responsabilizadas establecen su álgebra, su trigonometría y la gama de consideraciones se va desflorando sobre la mesa de planes y programas. Después de largos exámenes de confrontar hechos y posibilidades, Izéhuatl decidió, en resumen de disquisiciones, poner en marcha los elementos necesarios para explotar nuevas fuentes de abastecimiento de agua. En esa forma se iniciaron los trabajos para utilizar las aguas del manantial Acuecuexcatl uniendo las corrientes que brotan de este sitio con las de Xochcaatl y Tlilatl. Tzutzuma fue el designado para llevar a cabo las obras. Ahora lo veo trabajar sin horas de descanso. Infatigable el señor de Coyohuacan realiza proyectos, trazos, posibilidades, cálculos y en esa forma va avanzando firme, el proyecto de Izéhuatl, solo que en un momento de su trabajo Tzutzuma se ha detenido y ha avisado a Izéhuatl de sus temores de que el poderoso caudal, una vez unida las varias corrientes, se convierta en una fuerza incontrolable que termine inundando la estructura urbana. Es el momento de las discusiones después de las cuales surge la orden irrevocable de dar muerte al señor de Coyohuacan y surge la maldición de éste en el sentido de que todo habrá de ser arrasado por las aguas. Pero las labores siguen adelante, ya nada podrá detener la decisión de Izéhuatl, siempre atento a las necesidades de su gente, cientos de hombres se suman diariamente a las necesidades que plantea la edificación. Muchos albañiles quedan detenidos en el empeño, son los que ya no volverán a ver la ceremonia del fuego nuevo, los héroes civiles, los que con su sangre ayudan mientras, las obras avanzan, se van haciendo realidad tramo a tramo, centímetro a centímetro, se van haciendo la suma real de la sangre. Cada día que pasa una nueva remesa suple a los hombres caídos en la campaña laboral, el asunto es no detener el esfuerzo así como no se detiene el tiempo. Izéhuatl observa e instiga a los suyos. Tal fue la magnificencia de la prevención, que los hombres trabajan no solo sobre un conducto acuífero son dos las líneas que se tienden hacia las tomas definitivas. Se trata de que el líquido se desplace por dos canales al mismo tiempo para que en caso de que se tenga que realizar alguna reparación no sufra mengua alguna el suministro. Se trata, en otras palabras, de la gran

obra de Izéhuatl la que habrá de inmortalizarlo, la que hará que su nombre se repita en voz alta a través de los siglos. Izéhuatl lo sabe. Izéhuatl está contento y los demás lo saben y todos se saben dueños y hacedores de los futuros. Siguen avanzando los dos canales paralelos; con el agua se confunde la sangre de los que se van quedando a medio camino; el sudor también se mezcla en el transcurso del descomunal esfuerzo; el ansia de los que ponen en el tiempo el fin de la fatiga con la gloria del trabajo, el deseo de concluir la premura en los deseos, los deseosos desde el Sol Dios hasta la estrella de la tarde. Por fin, la mano del hombre termina triunfando sobre las vicisitudes y el acueducto con doble canal de acceso se vuelve realidad; la imaginación de Izéhuatl se materializa con los tumbos del agua que se acerca violentamente a las necesidades conglomeradas. Chalchiuhtlicue, la diosa de las aguas, luce una sonrisa fresca que va resbalando, líquida sobre los dos conductos, desafiando con su culebreo continuo al Sol astro, y en honor a ella el pueblo acude a pitos y chirimías, a percusiones de las más variadas formas sonoras, a la danza, dadora y consagrada de todo bien. Uno de los sacerdotes ya disfrazado de Chalchiuhtlicue y debidamente flanqueado por otras oficiantes, todos envueltos en el rebumbio de la música van siguiendo a paso de danza la doble corriente. Por la ruta en la que practican el rito del acueducto, el pueblo se aglomera para arrojarles flores, muchas de las cuales son arrebatadas por la fuerza hidráulica. No faltan los poetas, quienes apostados a determinadas distancias, recitan loas mientras en actitud de humildad el pueblo acude a lermar del cauce. Los sacrificios en honor de tan grande acontecimiento van de lo más trivial a lo más trascendente. Por ejemplo, en el ábrara de la ceremonia fueron sacrificados cuatro niños de seis años de edad, un chamaco por cada uno de los puntos cardinales, después se sacrificaron codornices y se arrojaron ofrendas de copal. A los viejos correspondió sacralizar la corriente arrojando a ella peces y culebras tomados de la laguna salada. Pero no hay cara de luz sin su cara de sombra y ahora en el año ocho Tecpatl, el elemento que se desliza por el acueducto ha ido

creciendo sin gobierno alguno. El agua ha empezado a rebalsarse y ni rezos ni ofrendas han evitado que los volúmenes vayan en crecimiento continuo en una verdadera amenaza. Siembras y hortalizas comienzan a sufrir trances de ahogo; las partes bajas son las primeras afectadas mientras que los niveles prosiguen en ascenso y el pavor se apodera de la gente que ya se encuentra construyendo pequeñas balsas para salvarse en los litorales de Chalco, Culhuacan, y Coyohacan. Son decenas. Cientos. Ya son muchas las canoas que transportan a la población hacia sitios de mayor altura. La inundación ha llegado a tales verdades catastróficas que Izéhuatl se ha visto en obligatoriedad de refugiarse junto con sus colaboradores cercanos en el edificio más alto de su gobierno. Hasta ahí lo buscan y lo alcanzan las aguas, hasta ahí las faldas líquidas de Chalchiuhtlicue se extienden para envolverlo. Izéhuatl trata de huir de la amenaza en oleaje y al abandonar precipitadamente el cuarto que le sirve de habitación resbala y se golpea fuertemente en la cabeza con una puerta baja y pierde el sentido rodeado por el agua. Pero Izéhuatl se salva finalmente y con él sus guiados cuando el pueblo reacciona y construye con rapidez un dique que se tiende hasta Iztapalapan sin que por ello se pueda evitar la posterior escases de maíz y conjuntamente años de aguda hambruna. Tantos acontecimientos adversos ayudaron al advenimiento de los años de los perros flacos y con ellos a una gran cantidad de sus supersticiones encaminadas a justificar las adversidades o bien a predecir los días futuros sin abandonar en ningún momento la carga de pesimismo aflorando por todas partes. Hasta en los más apartados rincones (especialmente en los más apartados rincones) surgieron actos de brujería. Las brujas ayudaban eficazmente a acomodar los designios y las anunciaciones. Eran el centro de consultas para asuntos del cuerpo y para los del alma. Para los miedos y las abstinencias conjuntas, las brujas eran paliativo (e incremento) porque ellas todo lo veían todo lo sabían desde el cintileo de sus ojos cansados, de esos ojos que por las noches se sacaban de las cuencas con dedos nerviosos para ponerlos

a refrescar en pequeños recipientes de barro colocados cerca de sus lechos. Por las mañanas se reintegraban los ojos ya revitalizados para hurgar de nueva cuenta en los pensamientos y en los hechos. Lo que las brujas habían visto por la noche con los ojos de adentro las ayudaba a ver con más claridad los asuntos del día con los ojos que se pueden ver, los que se mueven en la cara. Junto con las brujas proliferaron los pordioseros, hombres que para vivir de la caridad pública atentaban contra alguna parte de su cuerpo con el fin de provocar lástima en los demás. Algunos, los de auténtica vocación, desde temprana edad se amarraban determinado miembro hasta inutilizarlo o deformarlo con la ayuda del tiempo, así terminaban arrastrándose por las calles o caminando con los miembros retorcidos, unidos ellos por un mismo verso: “una limosnita por el amor de Dios”. Hubo quienes como las brujas, se arrancaron los ojos para hacer más patética su presencia deformada, pero gente sencilla al fin, sin la astucia de las brujas, quedó impedida para siempre. Estos eran ciegos que no podían ver con los ojos de adentro; estos eran ciegos ciegos, no daban luz hacia afuera, lo único que daban era una horrorosa visión, con los párpados aplastados, con las pupilas destrozadas chorreadas desde sus cuencas, con la carne herida, surcada con erupciones rojizas, carne de adentro que se abre con su color blando hacia los exteriores. Uno había, que eran dos rayas rosadas, verticales, las que les surcaban la cara, cicatrices que en ciertas partes se granulaban y cambiaban a tonos oscuros, como de carne quemada. Pero limosneros, baldados, brujas y demás no escaparon nunca a la autoridad de Izéhuatl, que todo lo tenía contemplado y si en los planes podían existir ciertos márgenes de falla como en el asunto del acueducto, el rumbo “sabía Izéhuatl” se podía rectificar siempre, con la colaboración de todos y la mano dura de él, fortalecida en las diferentes perspectivas de la experiencia. Pero esa mano dura fue perdiendo eficacia en la medida en que aumentaron en intensidad y frecuencia las jaquecas que Izéhuatl empezó a sufrir después del tremendo golpe que sufrió en la cabeza

durante las amenazas de la inundación. Las jaquecas de Izéhuatl eran cada vez más agudas, por ello sus funciones de guía se vieron seriamente alteradas. Nunca dejó de poseer la claridad de pensamiento que le había caracterizado como guía de los siete pueblos, pero la enfermedad le hizo perder cierta fuerza para exigir el cumplimiento de sus proyectos. La crisis se presentó cuando los habitantes del quinto patio decidieron pasar por alto las reglamentaciones preventivas de Izéhuatl para abatir los índices de criminalidad. Los del quinto patio incrementaban su violencia contra los habitantes de los demás patios mientras Izéhuatl se debatía en sus constantes jaquecas. La firmeza de sus decisiones ya no era tanta en la medida en que su mal se acrecentaba. Cada vez le era más difícil someter a los violentos quienes por su parte se sentían mayormente seguros al cometer sus fechorías. *Jam mihi visa lacus fluitantia rura per undas*, sobre este lago flotan las desgracias junto al ombligo de la laguna reproducido mil y mil veces sobre las hondas. Aquí se tejen por igual la desgracia y la bonanza, en una misma historia que son muchas a la vez. Hace tanto tiempo que las cosas fueron y sin embargo las tenemos aquí, siguen siendo con la misma fuerza de siempre, en cada uno de nuestros actos, en la presencia punzo-cortante de nuestros remordimientos, como un fantasma que nos cerca y que nos amarra a una realidad a la que hemos estado sujetos por más que quisimos huir de ella en un intento de escapar de nosotros mismos. *Bulbi, auris anterior*, siempre tan de ahora, tan renovándose con nuestros temores. El padre que mordió los senos de su hija. La madre rabiosa que levanta el dedo de la maldición sobre su hijo-pueblo. El hermano que ama a la hermana. La mujer que acusa a su hombre de haber amado a la hija de ambos. Luego el presagio funesto. Los pájaros que cruzan como un manchón de sangre por el cielo. Lo veo todo tan ahora; las familias organizándose bajo el impulso de esa fuerza ciega que las induce a la caminata, a algo que nadie desea pero que todos saben que cumplirán mecánicamente cuando llegue el momento. La gente sabe que habrá de caminar por muchos años para llegar, quizá, a vivir

los mismos lugares de siempre. Ahora cada quien atiende su oficio: hay quienes inventan nuevos rezos y alabados, hay quienes tejen los lazos que servirán para atar las pertenencias a las espaldas, los hay dedicados a los cálculos geográficos y quienes preparan ya los poemas épicos, los relatos de los hechos aplicando una memoria que trata de prever el futuro, hay quien prepara el puñal para matar al hermano. Nadie quiere la desgracia pero cada día todo se encuentra listo para cuando tengamos que emprender de nueva cuenta el camino sobre la ruta de la esperanza desesperanzada.

IX

—Sí, fue Damiana la que nos enseñó a rezar, pero era tan del alma lo que ella traía, lo que nos daba en sus oraciones, que desde el primer instante lo que rezaba lo sentimos como algo nuestro, como algo muy entrañable que había estado habitando en nosotros quién sabe desde cuándo.

—Pero si eso era, Fuensanta López, por qué no entonces el rezo que aprendieron de ella, la que venía de otras tierras de las que solo en sueños hemos oído hablar, surgió desde antes, de cualquiera de ustedes mismos.

—Es que en alguna forma surgió de nosotros; cuando ella le dio orden lo único que hizo fue reafirmar lo que en cada uno de nosotros ya existía, por eso fue que en forma tan dócil los alabados fueron saliendo no de sus enseñanzas, sino de nuestros corazones, los teníamos adentro, rebotando, siendo parte fundamental de nosotros mismos, solo faltaba abrirles la puerta, la que abrió Damiana, para manifestarnos tal como éramos en nuestra eterna gratitud al Creador.

—Pero fue necesario que ella viniera.

—Si Damiana no hubiera llegado hasta nosotros, nuestros rezos hubieran surgido en cualquier forma, como una necesidad de todos, habrían salido de mí o de la loca que anda chillando porque raptaron a su hija o quizá de la “mamita”, encontrando en ellos la manera de alcanzar el perdón por toda una vida de prostitucionerías.

—Hora que si he de hablar con franqueza yo no creo en esos de los pecados y que tenga que andar creando desgracias en el cuerpo no más porque está enojado alguien que vive en los purititos cielos y que ni siquiera conocemos; la neta es que yo no le entro a esa frecuencia. Y no es que yo quiera andar de presumido diciendo que a mí me gira la piedrota más que a los otros chómpiras, pero no más es de ponerle un poco de

cacumen al asunto, o que ¿no más por más güey yo nací pa' cargar el cuerpo sobre esta tablita con ruedas? Porque si vamos a sumar los pecados a lo mejor resulta que yo tengo menos que los demás y tan solo por mis purititos impedimentos. Pero a mí no me dieron a escoger, ni el Creador ni nadie; a mí no más me dijeron te subes a esta tablita si quieres moverte de un lado pa' otro, y si no, pues chíngate, y yo, que ya nací jodido, pues me dejé encaramar en el carrito porque de lo contrario hubiera sido más triste mi pinche calavera. ¿y qué pecado estaba pagando yo? si ya vine así de nacimiento. A lo mejor yo estaba pagando el titipuchal de pecados que habían cometido mis jefes, pero si es así, yo qué culpa tenía de todo eso, yo que recabrona culpa tenía, la vida de mis padres era muy su vida, ¿Por qué yo finalmente, tenía que nacer arrastrándome en un carrito y no ellos? Pero por durazno que sea todo esto estoy bien seguro de que aunque me hubiera portado lo más sano del mundo, no me hubieran empezado a salir las patas así no más, como por arte de magia, ni de la buena ni de la chafa con la que se para el cuello el Charifas ese.

—Pero el rezo no fue refugio de todos.

—No, porque en este mundo nunca faltaran los renegados, ese asunto de los males con que Dios carga; siempre ha sido así... y será...

—Pero si es uno de los males y Dios es bondad, ¿no era para que hubiera acabado con eso?

—La sabiduría del Todo poderoso es infinita, nadie puede discutir sus designios nos coloca junto con el mal para probarnos, para que después de cada confrontación salgamos más fortalecidos.

—¿Tú consideras, Fuensanta López, que tu alma ha sido del todo incorruptible?

—Mis debilidades me fueron impuestas por el Señor mismo.

—Entonces no constituyen pecado alguno; entonces el pecado no existe porque en todo lo que pudiera haberlo se encuentra la esencia del Señor, de él parte y en todo caso lo que pudiera ser pecaminoso representa un acto sagrado.

—Sí, así es de principio, pero el acto sagrado baja a nuestra carne, se incrusta en ella y es nuestra carne la que le da el significado terrenal. Ahí es en donde empezamos a ser nosotros mismos, a medir la fuerza de nuestra carne y de nuestra voluntad.

—Y cómo la has medido tú, Fuensanta.

—Con mi defensa a la virtud; con mi desprecio a las interminables jaurías movidas por la lujuria, la concupiscencia y la lascivia.

—La nalga, la nalga es la que mueve al mundo, les guste o no la fuerza de la nalga es más poderosa que cualquier tipo de energía que conozca el hombre; si no es de oquis cuando dicen por ahí que jala más un pelo del culo que la rienda de un mulo. Donde hay carne no hay tristeza, pa' que es que nos andemos haciendo de la boca chiquita si hasta ahora no he conocido a nadie que no le guste coger, pero si ni las viejas mochas del séptimo patio podrían salir con semejante jalada, porque una cosa es que se la pasen rezando pa' la salvación de su alma y otra es que por abajo se les anden haciendo agua las nalgas. Y ya en este rollo pues pa' que me he de hacer el hipócrita, si yo también le he entrado re macizo a la cogedera, desde mucho antes de que las envidias de que los demás me convirtieran en esta piltrafa humana al que todos llaman con burla "poca luz". Carajo, si no había vieja que se me escapara. No más habría que imaginarse cómo me la rifaba, cuando tenía mis ojitos sanos, entonces sí yo era el mero mero, y no es echada, la puritita verdad les juro que donde ponía el ojo ponía el pito, eso era lo que no soportaban los envidiosos y no descansaron hasta que no me sacaron los ojos

porque decían que eran más peligrosos que mis merititos güevos. Y es que quién sabe a qué mono platanero se le ocurrió soltar por ahí la habladuría de que yo me fornicaba a las viejas con la pura mirada y todo fue que alguien lo dijera por primera vez pa' que luego luego se fuera extendiendo el rumor por todas partes. Tanto se habló de eso que el viejo Plotino me mandó a llamar en cierta ocasión: "Poca luz" (así adivinó o me impuso él mi futuro apodo) me tiene muy preocupado lo que andan diciendo por ahí y sin darme más chance el puto del Charifas hizo unos cuantos pases mágicos y me clavó en la cara unos gruesos lentes oscuros pa' que me sirvieran de preservativos. Pero ni cargando semejante insulto en la agraciada feis lograron cambiar el destino de tanta jovencita deseosa que anda por ahí moviendo el silabario. Puedo jurar que con todo y lentes oscuros las viejas no más sentían que las penetraba mi vista y todititas se derretían aunque fuera en plena calle. Luego empezó a haber un montón de chavas panzonas y es que muchas de ellas, pa' que lo he de negar, quedaban embarazadas no más con yo verlas; hora que también es cierto que muchas veces me cargaron milagritos de los que no tenía la culpa. Pero lo más grueso de este asunto fue cuando empezaron a salir en varas dulces las mujeres casadas. Eso fue un verdadero merequetengue. Por entonces nadie sabía si estaban panzonas por efectividad de sus maridos o porque yo me las había cogido con los ojos. Entonces había que ver las miradas que me echaban los cabrones que se sospechaban cornudos, no más porque se sabían responsables de ciertas deficiencias. Esa fue época de confusiones, nadie sabía quién era quién ni qué era de quién pero lo peor de todo es que a veces se cuerneaban entre ellos mismos y luego con la mano en la cintura le echaban la culpa a este humilde servidor; ya pa' todo no más eran mis embarazos los que les llenaban. Ya pa' todo lo que pasaba en las

barrigas de sus viejas era no más yo, por eso un buen día se juntaron los maridos celosos y me hicieron lo que soy ahora, el pinche “Poca Luz”, me hicieron lo mismo que en otro tiempo al viejo Plotino, a quien igual le arrancaron los faros por venganza, solamente que Plotino está lleno de maldades, en cambio yo, antes y ahora solamente he repartido placer.

—Las lujurias del maldito ciego, esas son mi mayor pesar y serán las que me tendrán postrada eternamente ante el Señor hasta lograr la salvación de mi alma.

—Las lujurias cometidas en quién Fuensanta.

—En nuestra verdad, en nuestra triste verdad de pecadores, la que tendremos que enfrentar a la hora del juicio final.

—¿No será mucho el odio que tienes Fuensanta, y que ese odio sea un pecado tan grave como el de la carne que tanto te aflige?

—Es que no soy yo, quiero que se me comprenda bien, no es por mí esta aflicción que me oprime el alma, esta rabia que la impotencia me provoca. Es el destino de todos el que está en juego; somos esta horda de pecadores atravesando la planicie desierta hacia un destino oscuro, rumbo a un destino sin destino.

—¿Eso es lo que verdaderamente te mueve a pronunciarte contra el pecado de la carne?

—Ello me mueve, por la maldición que venimos cargando sobre la espalda, por ese destino feroz al que estamos sujetos incluyendo a la gente del cuarto y del séptimo patio quienes no tienen por qué pagar culpas ajenas.

—Las culpas...

—Sí, las culpas carnales de ese ciego maldito, las culpas mortales de su lengua, de su sexo, de sus manos como brazas del infierno. Pero las manos no lo son todo cuando se tiene el coco que nos hace valer mi vale; a muchos las pinches vaisas no más les sirven pa' hacerse la puñeta; aquí el coco es el que

manda y hace las cosas, aunque ojetes como el Charifas anden diciendo que gracias a las manos se ha desarrollado la humanidad, que porque el pulgar se opone a los otros cuatro dedos, y un montón de mamadas más, como eso de que el trabajo crea las ideas, modifica el pensar del hombre, lo transforma, y que las manoplas son el vehículo primordial del trabajo o quién sabe qué. A mí que me la vengán a persig-nar con esa jaladas, porque la neta que así sin manos, a este pobre cabrón al que le dicen el Pulpo le deben tantas cosas los demás; y no me van a decir que no es el coco el chingón porque aquí las vienen a dar hasta las que se las echan de más sacalepunta. Y si no, que lo digan los que sean honestos consigo mismos, que reconozcan los favores que le deben a este pinche Pulpo, que con sus manitas así de chiquititas y pegadas al cuerpo, que con todo y sus ojetas manitas se la ha sabido rifar en la vida mejor que muchos que andan presumiendo con la jalada de que las manos lo son todo. Por eso mi mayor desquite es dedicarme a lo que me dedico, a la pintura, nomás pa' romperle la madre a esos que tienen las manos normales y que no saben hacerse ni el nudo de los zapatos; ¿o no es ese mi mejor desquite? Claro que sí es mi manera de decirles a los demás: "miren ojetes, ustedes con sus manos sanas vienen y me la pelan". Más coraje les ha de dar cuando saben que ni siquiera lo hago por gusto sino que de eso, de la habilidad que otros desarrollan con las manos, yo, el Pulpo, me sostengo; que de eso saca de vivir este pinche desmanado. Me cae que con eso me desquito de los que se sienten muy chinguetas nomás porque tienen las dos manoplas en su lugar. Y si supieran los demás —pienso yo—, que no es cosa del otro mundo, que nada más se trata de tener un poquito de eso que le llaman talento y muchas ganas de hacer las cosas. Claro que se requiere algo de esfuer-zo, ni hablar, pero las ventajas son muchas; y sí que tiene uno

mucho chance pa' el desquite, como aquella vez en que el mago Charifas me mandó a hacer su retrato pa' que lo admirara la posteridad —o algo fue lo que dijo—; entonces lo pinté con unas manos largas largas —él siempre anda con la jalada esa de que las manos lo son todo— y eran así las manos... largas largas pero con una bonita cara de pendejo el muy él. Yo ya ni me acuerdo cuando empecé con la habilidad, debo de haber estado muy escuinle cuando empecé a dibujar, lo que sí me acuerdo muy bien fue cuando empecé a ganar por esto y tuve que aprender a meterle color a los dibujos; fue una soberana chinga acostumbrarse a manejar los pinceles con el hocico, porque no digo si no eran unas chicas mareadotas con las que terminaba, pero el asunto era darle y darle con todo y los dolores del cuello, que también eran machos, pero pues a todo se acostumbra uno y sobre todo si hay verdadera necesidad de hacerlo y finalmente, por bronco que fue el asuntito en un principio, terminó pelándomela. Y qué bueno que soy pintor, porque las gentes son muy cabronas, no más lo ven a uno impedido y se ponen a inventar cosas. La cuestión es que lo vean a uno chueco o mocho y —ipso facto— como dice el ciego Plotino— empiezan a decir que es uno ratero o malviviente, si pa' soltar el hocico eso sí que a todos les arrea. Pero conmigo se joden porque ninguna otra cosa pueden decir del Pulpo más que soy pintor, y eso sí bastante chingón, les cuadre o no les cuadre, aunque el ojete del mago Charifas, ande diciendo que no es cierto, que soy puro hablador y no más pa' desprestigiarme con sus malas artes borra todas las telas con sus manos largotas y su cara de pendejo. Pero yo lo he de seguir pintando como mi tema principal aunque el muy cabrón se pase toda la vida borrando mi obra y diciendo que el Pulpo no es más que un vulgar ratero, que por eso ando descalzo, pa' ayudarme con los dedos de los pies. Ratero... ratera su chingada madre.

—Pero también existe el robo y otras muchas debilidades humanas, entonces ¿por qué centrar los recelos solamente en las flaquezas de la carne

— porque en ellas se encuentra la esencia del pecado original que es del que derivan las demás faltas que comete el hombre.

—Esa insistencia Fuensanta...

—Por el pecado original, nacido en las urgencias de la carne, existen las malas obras: la incredulidad, la fe errónea, la idolatría, la falta de temor a Dios; y del desprecio a él surgen la mentira, el jurar su nombre en vano, el menosprecio a su palabra, la desobediencia a los padres, el crimen, el engaño y la impudicia.

—Si así es Fuensanta, no hay salida, el hombre es producto del pecado original y en todo lo que emprende está el sello de lo que emprende.

—En todo.

—Entonces el hombre está perdido, porque todo fruto de su acción esta embadurnado de pecado.

—Está.

—Y así, hacia el infinito, seguirá creciendo su cadena de pecados.

—“No hay justo, ni aún uno —dijo el apóstol Pablo—, no hay quién entienda, no hay quien busque a Dios; no hay quien haga lo bueno, no hay ni aún uno”.

—Nadie puede dejar al hombre sin salida, sería del todo injusto.

—La salida está en el arrepentimiento.

—¿Y qué posibilidades existen del arrepentimiento?

—Primero se tiene que aceptar que vivimos dentro de la corrupción, dentro de un mar de maldad acrecentado en el pecado del hombre; que somos monstruosa e infinitamente malos, que nos hemos convertido en la escoria de lo creado.

—¿Sólo así se está apto para el arrepentimiento?

—Sólo; porque sólo así el arrepentimiento será sincero.

—Es terrible Fuensanta López.

—Terrible y verdadera era la palabra del propio Bautista: “todos tenéis que hacer arrepentimiento, porque todos os arrepentís en falso y necesitáis que se os perdonen vuestros pecados, ya que a unos y a otros os falta el verdadero conocimiento del pecado, de modo que ni podéis arrepentiros de él ni tampoco evitarlo. ¿Quién de vosotros es bueno? Todos sois incrédulos, sin entendimiento ni conocimiento de Dios y de voluntad. Mirar aquel de cuya plenitud tomamos gracia por gracia y sin el cual nadie podrá justificarse delante de Dios. Si queréis hacer arrepentimiento hacedlo debidamente, y no cómo hasta ahora. Y vosotros, los que no necesitáis arrepentimiento, hipócritas, generación de víboras, ¿Quién os ha asegurado que podréis huir de la ira que vendrá?”

—Pues cómo se va a escapar alguien así. Yo vi cómo se nos venía la furia encima ese maldito día. Era como si de pronto se hubiera desatado una maldición y uno en el centro de todo viendo el descuarrascuachingue alrededor y sin poderse quitar de en medio. Eran como verdaderos demonios que se habían desatado en un chico rato y todo lo iban arrasando, porque a lo macho que no solo se conformaban con llevarse a las viejas a las lobregueces de su quinto patio, sino que trataban de chingarse todo lo que les pareciera bonito, con o sin vida. Todo lo pisoteaban, lo desgarraban, lo destruían; donde pasaban quedaban las huellas del desastre total. Y yo en medio, viendo lo que estaba pasando, sin poder hacer nada, porque con el susto me entró más dura la maldita temblorina. Cómo se va a escapar alguien así carajo; lo vi todo lo tuve que ver todo; sacudido por el susto. Fue uno de ellos el que me puso como apodo “El Mambo que rico é”, y lo que son las cosas, la gente en esos momentos estaba muerta de susto,

muerta de angustia, con la desesperación debajo del pellejo y por todas partes, y sin embargo no faltó quién oyera el apodito y que ya, cuando habían pasado los hechos lo fuera contando de puerta en puerta. Desde entonces soy “El Mambo que rico é” pa’ servirles a ustedes. Pero no le voy a echar la culpa de mis temblorinas al maldito día aquel; las temblorinas ya las traía desde mucho tiempo antes. Yo no sé si este cabrón mal de San Vito tenga cura pero algunas viejas mochas me han dicho que a lo mejor salgo de él si le voy a bailar a un santo que está en un lugar que se llama Chalma, y yo pienso que pa’ qué carajos tengo que irle a bailar al santo ese, si ya aquí me la paso todos los días en la puritita bailadera. Aquí no más hay que aguantarse como los machos, porque nosotros los jodidos, los que tenemos alguna cosa mala en el cuerpo, sabemos muy bien lo solos que estamos; yo pienso que los jodidos con los jodidos, porque se ve muy claro cómo cualquier otro que no pertenece a nuestra condición nos saca la vuelta, entonces pa’ que esperar desprecios de los demás; de esos lo único que hay que sacarles es la centaviza cuando se ponen de compadecidos. El caso es ponerse con cara de muerto de hambre en una esquina y moverles la lástima a los cabrones pa’ que terminen aflojando los fierros. De verás que es triste de a madres esta vida; cómo me friega que por la pinche tembladera esta, ni siquiera pa’ trabajar en los camiones salí bueno, cualquiera se daría cuenta cuando la mano de El Mambo que rico é se empezara a zangolotear adentro de la bolsa del saco o del pantalón del cliente. Me cae que mi perra suerte no me hizo pa’ la chamba, así es que me tengo que conformar estirando la garra temblorosa en las esquinas: “Jefecita, por el amor de Dios...”

—Por el amor de Dios, por el amor de Dios, por el amor de Dios tendríamos que ser menos inflexibles.

—No se puede ser inflexible ante el pecado, ante ese veneno que corroe el alma y mina a los cuerpos con la suma del vicio.

—El hombre es hijo de Dios pero es dueño de su voluntad, de su libre albedrío, en ello radica su glorificación a Dios por que con su propia capacidad puede cumplir con los mandamientos que le impone el creador; con la razón que posee puede juzgar el bien y el mal por él mismo y amar a Dios sobre todas las cosas. El hombre puede volver a su capacidad natural, su alma puede volver a ser la misma que tenía antes de incurrir en el pecado; el hombre es bueno, como la naturaleza.

—El alma del hombre se ha derrumbado, la naturaleza de éste se debate en la corrupción, de lo contrario el hombre no estaría perdido y la muerte de Cristo hubiera sido en vano, hubiera muerto por alguien que no necesitara de su sacrificio.

—¿Entonces... la salida...

—Es mucha la maldad engendrada por el pecado en el hombre... solamente el verdadero arrepentimiento...

—Como el tuyo Fuensanta López?

—Como ese remordimiento que traigo prendido en mi costado, convertido en una maldición que busca desesperadamente la indulgencia del Altísimo.

—Es mucho tu remordimiento Fuensanta?

—Mucho es.

—¿Tanto es?

—Tanto que en cada pecador mi carne se estremece culpable.

—¿Te sientes rea de la lujuria?

—Del todo; mi cuerpo está manchado, maldito, mi cuerpo fue débil y ardió en las manos de los más perversos de los seres, sus llamas no purificaron nada, tan solo sirvieron para tiznar los reductos de la conciencia.

—¿Fuiste acaso la amante de tu propio hermano?

—Él fue el amante de su propia hija, y desde entonces estamos condenados todos a vivir eternamente en los círculos de nuestra propia tragedia.

—¿Te refieres a Izéhuatl, el guía?

—No, me refero a Plotino, el ciego.

Una vez me encontré al viejo Plotino y le pregunté de mi estado y él me respondió que así estaba bien, que alguien tenía que cumplir con ese destino y que a mí me había tocado éste, que cada quien tenía un papel que cumplir en la vida y que gracia plena era asumirlo plenamente. Y así fue como Plotino me volvió a dejar con la canija tembladera. Cabrón que es el ciego porque nada le costaba haberle dicho al lambiscón que siempre anda a su lado, al Charifas ese, el que se las da de mago, que hiciera en mí una de sus artes pa' quitarme de tanta sacudida. Bueno, pero qué se le va a hacer, si en esta vida ya debíamos de estar acostumbrado de que al jodido se le jode más, si así es esto, si así ha sido siempre, si así fue como aprendimos a vivir los fregados. Es más yo creo que el ciego Plotino hasta se ha de haber carcajeado en sus adentros no más de oírme la sonadera, si hasta de burla le sirve uno a los demás. Aquí no hay cariño ni consideración al prójimo aquí se levanta uno cada día a chingar porque vienen chingando. Aquel méndigo día, cuando las cosas se salieron de su cauce, a uno de los torvos se le ocurrió ponerme el apodo de “Mambo que rico é” y enseguidita otro de los suyos dijo: “y porque no le ponemos municiones en los güevos pa' aprovecharle el movimiento y siquiera sirva para alegrar a la gente con sus maracas portátiles”. Así fue como antes de que se largaran otra vez a su quinto patio cargando con el titipuchal de viejas me dejaron tirado a la intemperie desangrándome, con los güevos abiertos a la mitad, llenos de municiones. El asunto es que no supe ni siquiera quién fue el alma caritativa que me llevó al hospital. Cuando volví a la vida ya tenía los güevos remendados y la sonadera esa con la que todos los escuincles del barrio me cantan “Mambo, que rico Mambo, que rico é é”, cuando me oyen pasar. Cuando me soltaron en el hospital ya no me quedó más que hacer, solo merodear por los tiraderos cercanos pa' buscar la manutención entre los basureos con sus concentraciones de tumores, de pudriciones y desechos

humanos, revoloteados por moscas y otros muchos seres en movimiento. Después, con esta tembladera que no parará nunca decidí vivir de la caridad pública, ayudándome de vez en cuando con el par de maraquititas que traigo aquí, colgando entre las piernas.

—Sus entrepiernas malditas deben de estar llenas de pecado...

—Pero cómo puedes asegurar eso Fuensanta.

—Porque es un hombre lleno de lujuria. Es una bestia trastornada por los apetitos del placer.

—¿Hasta dónde el rencor habla por tu boca?

—Pero no por mí; lo que me agobia es la desesperanza de todos, la forma en que todos terminaron siendo víctimas sin salida, culpables del desacato.

—Entonces la tuya podría ser la furia que redime.

—No, tan sólo es la ira manifiesta frente al tremendo hecho de la injusticia.

—¿Y quién eres tú para encarnar la ira de los demás?

—Cada uno somos todos; cada uno es parte del cuerpo y por lo tanto el cuerpo de los demás; su pecado es universal, la partícula de tierra de la que está hecho es la tierra y lo que le afecta y modifica, lo que genera, es la verdad compartida del resto.

—¿Cuál es el material de tu acusación?

—Ese hombre gozó los pechos de su propia hija.

—¿Segura estás de ello, Fuensanta López?

—Gozó los pechos de su propia hija, mis senos tiernos y hasta ese momento inocentes, y desde entonces quedamos atrapados en este círculo maldito, desde entonces quedamos sentenciados a esta historia cerrada en la que nos habremos de repetir hasta el infinito en nuestra propia tragedia.

—¿Hasta dónde fue culpable Plotino de lo que le responsabilizas?

—Él era, es, el que todo lo sabía, lo sabe, el que hace y deshace los nudos de nuestras vidas.

—Él solo recibió los beneficios que tú misma le ofreciste.

—Sólo lo quise alimentar en su prisión... Pero la lujuria lo perdió, estoy segura; no supo comprender el espíritu de aquel acto de bondad; estoy segura que mancilló los senos de su hija, con sus malos pensamientos, con la sangre hirviendo con la que me poseyó tantas veces.

—Si sabías que eso iba a pasar ¿por qué propiciaste el pecado con tu sugerencia?

—Fue un acto de bondad al principio, tan solo un rasgo humanitario.

—Que se convirtió en lo sucio de la falta.

—Que se convirtió en lo inevitable como termina sucediendo en seres con la condición del ciego Plotino.

—Entonces Plotino creó el pecado.

—Creo a su hija y en ella fincó el pecado.

—También a tu madre, Fuensanta, la amaron.

—Fue otro tipo de amor.

—También la amó tu padre, tu creador, Fuensanta López.

—Fue tan sólo un acto de poesía entonces, que sin embargo a él le iba a causar un gran remordimiento con el paso del tiempo.

—Y qué es el amor en sus manifestaciones si no un acto poético.

—Pero yo hablo de la lujuria que lo afea todo, hablo de ella y la maldigo.

—La poesía también es lujuria.

—Yo sé que la gente anda de fijo metida en la calentura; hasta las viejas más hipócritas sienten cosquillitas en el ése, no más que siempre andan queriendo disimularlo y hasta hay quienes se tragan el anzuelo creyendo que esas siempre lo traen seco. No me digan que no es cierto que todo el mundo anda pensando en la acostada. Si yo no fuera poeta, un verdadero poeta del pincel ya me hubiera hecho rico desde

cuando, mi valedor, no más con pintar puros monos encuerados, ya fuera otra mi vida, la neta; hay muchos que se han hecho millonetas entrándole a eso que le llaman pintura erótica, enseñando a las viejas con pelos y señales; pero yo no soy de esos, claro, claro que no, a mí me vale la lana, yo he preferido ser honesto conmigo mismo y con los demás, pa' que no digan que el Pulpo es un vivales que se hizo rico nomas de explotar el morbo de la gente. Por eso prefiero vivir como dicen por ahí, jodido pero contento, con la conciencia limpia porque siempre actué en forma honesta con mi público. Por eso en vez de pintar viejas encueradas mejor dediqué mi vida a pintar al ojete del Charifas, con sus manos largas y su cara de pendejo. Y en esa bronca estoy desde hace mucho aunque dialtiro no le cuadre al ojete del Charifas, porque ha de creer que lo hago pa' burlarme de él y la verdad es que los poetas aunque quiéramos o no, terminamos diciendo las purititas verdades en nuestras obras. Si es cosa de ponerle un poquito de coco al asunto, a mí qué me importa que el Charifas ande diciendo por todas partes que es muy chingón, porque puede ser lo que sea con la habilidad de sus manos; qué me importa que ande repitiendo por todas partes que son las manos las que lo pueden todo, allá él y sus taradeces. Pero que no piense que nomás porque el Pulpo está desmanado le tiene envidia al pobre cabrón y que por eso lo pinta con las manos más largas, de un mono platanero, y su carota de pendejo. Lo que sí me chinga es que a todo el mundo le ande diciendo que yo no soy pintor ni nada, que no soy más que un vulgar raterillo de cuarta; hijo de su pinche madre, de veras que es de mala entraña el cabrón. Una cosa es que no le guste cómo lo pinto y muy otra que me ande descalificando como artista cada vez que puede. A lo mejor piensa que en esa forma voy a rajarme de seguirlo pintando, pero está equivocado de a medio, porque aunque con su pinche magia me

borre todos los cuadros que le hago no lo voy a dejar en paz nunca, son sus manos contra mi coco a ver quién las puede más, mientras, que siga diciendo —que me importa— que solamente me la ando jalando, que nunca en la vida he pintado ni el más pinche cuadro. De que son ojetes lo son, porque hacen lo posible pa’ quitarle a uno el más chirris orgullo personal como si no quisieran que uno pudiera dejar de pertenecer alguna vez a esta raza de jodidos. Hasta se llega a pensar que se ha nacido pa’ darle movimiento al mundo que ya se traía marcado quién sabe desde donde, y que no hay otra cosa más que vivir la vida como ya estaba escrita. Es que a veces sí como que se ablanda el coco y se piensa que se nació pa’ acompañar al “Mambo que rico é” en sus sacudidas interminables, pidiendo limosna con una mano que nunca logra agarrar de primera intención las monedas que le arrojan o pa’ estarse aquí desterrado en un rincón cualquiera, oyendo las fantasías del Poca Luz mientras enfrente pasa la gente a la que le tocó el papel de ser otra cosa y que por eso ni se digna a voltear a dónde se revuelven los de la raza derrotada, aquí, donde se enroscan el Chevrolito sobre su tablita con ruedas; donde la teporocho de la Ancelma se pone a cantar noche y día la tonada de “Amor Perdido” la que solo se interrumpe para platicar historias de su vida, puros cuentos porque siempre son diferentes aunque se refiera, moquiando, a los mismos pasajes, que si no fuera por eso ya nos los sabríamos de puritita memoria; aquí donde nos enroscamos las gentes oscuras, con las que ni callejeras como la María Cruz esa, se quisieran revolver. Y luego hasta pa’ rateros les gustamos a los demás, porque claro, esta raza de los jodidos tiene que ser la culpable de todo. En mi propio caso son tan hijos que hasta dicen por eso ando descalzo, pa’ andarle haciendo de carterista en el “metro”, y que no es cierto que yo le haga a la pintura, que eso lo he sacado no más del coco pa’

disimular. Me acusan de carterista como si fuera muy fácil hacer ese tipo de trabajito sin contar con las manoplas. Ya quisiera verlos afinar los dedos de los pies pa' volverlos sabios, pa' que aprendan a moverse en la oscuridad de las bolsas sin que el cliente sienta la hurgación en la intimidad de su ropa. Lo más seguro es que los inventores de estas falsedades ni siquiera se imaginan lo que es estar al alba del cliente que se deja caer en el asiento de adelante y le queda colgando la punta del saco con la bolsa puestísima pa' hacerle el trabajito, y ni siquiera saben que hay que correr con la suerte de ocupar exactamente el asiento de atrás pa' poder alcanzar con la pierna estirada la boca de la bolsa, y todo esto, claro, a la hora que hay más amontonadero de gente pa' que no falle la operación. Estas cosas las ignoran pero claro, luego viene el vengativo del Charifas y dice que no es cierto que uno sea pintor, que uno nunca ha pintado ni un pinche cuadro, que uno es carterista en el "metro", y luego viene un montón de gente a repetir lo mismo; lo que no entienden es que esas jaladas no son otra cosa más que difamación de honor y que deben de andar con cuidado porque yo tengo un tío que es cuaderno del mero mero de la Suprema Corte de Justicia.

—Tú naciste como producto de un acto poético; tu visión acerca de quienes te rodean debiera de ser más humana, y sin embargo, tus juicios son duros, apegados a una ley divina que resulta ser terrible, como lo es toda ley o toda justicia aplicada en forma ciega.

—La ley fue creada por Dios y de él tomada por los humanos para regirse y propiciar el buen vivir, el existir en la verdad de la gracia. El origen de la ley fue evitar el pecado pero la maldad que este ha engrandecido en el hombre ha llegado a tales extremos que la ley de Dios no puede ser inflexible si se pretende la salvación humana.

—¿Cuánta injusticia puede engendrar una justicia de tal naturaleza?

—La ley es igual para todos y su mayor fuerza es el espanto que infunde ante el castigo, solamente así se podrá salvar el mundo porque solo así serán sometidos los descuidados, los que no han atendido los preceptos divinos, los que desacatan y sobre todo los subversivos, los que lanzándose más allá se han declarado enemigos totales de la ley.

—¿Qué suerte correrán entonces los débiles?

—No peor que la que corremos todos actualmente, con la angustia aprendida en cada una de nuestros actos, con la amenaza constante de que tendremos que caminar sobre estos círculos cerrados de nuestra existencia en forma interminable.

—Te refieres a la posible partida.

—Sí, a la partida que tendrá que ocurrir tarde o temprano, cuando ya los hombres han empezado a organizar sus formas de existencia; me refiero al castigo representado en tener que abandonar lo que ya habían empezado a construir las manos y los ingenios, para volver a repetir hasta el infinito la tragedia del traslado, el miedo sobre los caminos, las plagas, las epidemias y regresar una y otra vez al desconcierto, cerrando círculos inacabables, cumpliendo con una maldición de la que el principal culpable fue el bajo hombre que a tanto se atrevió por las encrucijadas del pecado, que conoció los senos de su propia hija construyéndonos esta cadena que nos sujeta a una marcha inacabable, a una maldición sin fin una cadena que quizá se llegue a romper con la muerte del responsable.

—Son duras tus palabras.

—Dura es está maldición de la que fuimos hechos reos.

—Lo único que digo es que pa' que nos hacemos tarugas, la carne es la carne y a lo mejor así estamos más cerca de la salvación que como quisieran el volón de mochos santurrones que nomás les dice uno "pito" y se bajan los pellejos de la frente a

tanto persignarse. Yo sé desde hace un titipuchal de tiempo que la mejor forma de alcanzar la gloria es a través de la carne, por eso mismo no me mido pa' repartir placer, si no más porque me dejaron sin la virilidad de la vista, pero antes no se me escapaban ni las viejas encopetadas que se las dan de muy muy delante de sus maridos; claro que con éstas gafas negras que ahora cargo pa' todos laredos no más me queda repartirles la dicha a las viejas teporochas de éstos callejones, pero a lo mejor son éstas las que más la necesitan. Y como no estoy en el plan de hacerme el santito, pues también es cierto que muchas veces me valgo de las influencias que tengo con los de arriba pa' llegarle a otro tipo de fundillitos como la putita esa de la María Cruz que le anda diciendo a toda la gente que le caigo rete gordo, pero no les cuenta cómo goza a su Poca Luz a la mera hora de la verdad, y es que la experiencia es la experiencia en estas cosas y así puede uno lograr que pujen de placer hasta las merititas piedras. Yo no sé cómo a estas alturas todavía pueda haber gente que esté en contra de la gratificación de la carne, yo no sé si son muy pendejos o muy malos, porque viendo las cosas como son, qué otro beneficio si no el sexo es lo que le queda a esta gente de por acá. Yo los he visto en su derrota, los conozco bien porque he vivido con ellos, aún con mis ojos cerrados por las envidias he podido observar los interiores de cada una de estas vidas. No encuentro la razón de que se les exija pureza en sus cuerpos, en esos cuerpos que torció la naturaleza desde un principio. Se debe ser muy malo, pienso, para negarle al "Chevrolito", por ejemplo, el único gozo que le puede proporcionar la vida, para exigirles pensamientos de castidad al "Pulpo", al "Mambo que rico é", o la briagota de la Anselma que lo ha perdido todo en el chupe y siempre que puede repite la frase del poeta Villaseca que afirma que "pa' beber hay que tener fuerza de voluntad".

—La carne, siempre la carne, presente en todo, llevándonos a cometer los peores crímenes.

—Quizá también la virtud entendida ciegamente sea generadora del crimen.

—La virtud es lo único que nos puede salvar del pecado.

—Tus juicios son cerrados, inamovibles Fuensanta López.

—Plotino cargaba desde antes de serlo un remordimiento sobre sus espaldas, por eso no tuvo la fuerza necesaria para impedir el rapto de la vírgenes, el horrendo crimen cometido por los torvos habitantes del quinto patio; probablemente al intentarlo se le hubiera revertido su propio remordimiento y lo hubiera destruido definitivamente, antes de llegar a ciego.

—¿No sería ese hecho un acto inconsciente para perpetuar la especie?

—Ese acto fue una manifestación más del pecado original.

—Entonces, Fuensanta...

—Entonces fueron sacrificadas muchas mujeres inocentes, inmoladas por la fuerza bruta de la lujuria. El orden fue destruido con violencia y muchos seres nobles sufrieron injustamente las peores consecuencias, como en el caso de la pobre mujer esa que quedó llorando para siempre la violación de su única hija.

—Es la vida que muchas veces se manifiesta con violencia.

—Es el pecado.

—Al que piensa conjurar con la virtud...

—Es el pecado al que habremos de derrotar con la alianza de los nobles de pensamiento que todavía existen en el mundo.

—¿Cómo quienes Fuensanta?

—Como la mujer esa, dolida por tanta infamia que torció de pronto su destino para ser nombrada por los demás, como la loca, La Llorona, la que aúlla por las noches inquiriendo por el paradero de su única hija.

—Entonces qué, a poco por más cabrón nació sin patrullas, uno ya viene así por muchas otras razones y ni modo, hay

que jalarle como mejor se pueda y demostrarles a los demás que van a tener “Chevolito” pa’ mucho rato. Que no me vengan con cuentos de que está uno pagando quién sabe qué pecados, pues no creo que los míos o los de antes de mí hayan sido más cabrones que los cometidos por muchos otros. Ahora que a todo hay que sacarle la ventaja, claro que eso se piensa nomas cuando le gira a uno la piedra adentro, porque si no, simplemente se estará más jodido de lo que ya se está. Lo de andar sobre el carrito trae su buena ganancia, qué importa que el ojete periodista ese, el tal Roberto López haya puesto en uno de sus libros que la vez que estuve en la de cuadritos los demás presos se burlaban de mis impedimentos y decían que me habían dado tanque porque yo había matado a mi madre a patadas. Pero así son los periodistas, hijos de su putísima madre. Y decía que hay que sacarle la ganancia a las cosas porque eso de andar sobre el carrito me da la movilidad necesaria para correr a visitar a las madres cuando algún carro les ha despanzurrado un escuinle en la calle y puedan cobrar la indemnización oportunamente y yo... claro... mi comisioncita. ¿Se imagina si alguna vez llega a haber la peregrinación esa de la que todos hablan? Eso de andar sobre ruedas me va a dar un chingo de ventajas sobre los demás, chido papuco ¿no? Por ahora mi estado me da el chance de muchas cosas, de conocer a mucha gente, de estar en muchos lados a un mismo tiempo, de saber las cosas más rápidamente que los demás que se tienen que esperar a que Jacobito les diga mentiras por la tele o a leerlas en El Informador, cuando las escribe el ojete del Roberto López todas ya deformadas. Así, recorriendo sobre mis tablas con rueditas, los más silenciosos rincones de las calles y de las almas fue como oí a través de una ventana a una mujer que hablaba y se contestaba y decía cosas del pecado, y del castigo y del perdón eterno. Con las facilidades del carrito fui a

avisarle al “Poca Luz” qué quien sabe por qué anda entre nosotros si él tiene muy buenas palancas con los de arriba, y al “Pulpo” y al “Mambo que rico é” y a la pedota de la Anselma y todos nos acercamos no más por la puritita curiosidad de saber qué estaba pasando del otro lado de la ventana. Ninguno de nosotros se atrevió visentear pa’ adentro; fue al seguetas del “Poco Luz” al que hicimos que se asomara y el ciego luego nos contó que había visto a la loca del cuarto patio, esa a la que le dicen “La Llorona”, gritándole a su propia imagen reflejada en un espejo de medio cuerpo que ella era Fuensanta López y que con la ayuda del Creador iba a acabar con todos los concupiscentes del mundo.

Rota la cadena del aire que venía atando los pasos, como amarre invisible que ceñía a los pasados y los futuros, que sujetaba fatalmente a la determinación de completar el siguiente tiempo con la voluntad puesta hacia un adelante incierto y promisorio he aquí que se cumple fielmente con el férreo mandato de las asignaciones. El hermano Pedro, por todos conocido como el “Quiro”; Charifas “El Mago”; Damiana, capitana de los rezos; el inevitable “Poca Luz” ciego servicial y sevicial; Izéhuatl en punta y pugna. El Consejo de Guías en el centro de su presuntura ha guiado los siete universos hasta las dimensiones de esta realidad que ahora se tiende frente al paso peregrino, tatuado con el polvo de insospechadas rutas. Las sombras solitarias que han atravesado en orfandad las distancias, cargadas con sus cargas de soledades, con sus magras pertenencias, con sus solos Dioses sobre las solísimas espaldas, desde las soledumbres de las que vienen, polvosas, silenciosas, ensoledadas, entra, por fin, asolada caravana en deshilado triunfo, al oscuro universo de los siete patios, los siete patios de los que habían partido quién sabe desde cuántos vacíos antes. Las columnas de gente van llegando poco a poco, son sombras que provienen de la lóngita peregrinación, sobre su sombrío discurrir flotan las partículas de muchos años de camino, pero ellos, mecánicamente, silenciosamente, como si ya conocieran a la perfección su próximo destino, van arribando en displicencia y fatalmente se acomodan en el lugar que les corresponde. Izéhuatl y Fuensanta López, de la mano, supervisando ambos el advenimiento de la carne de su carne, su ayuntamiento con el medio ambiente, con el miedo ambivalente con el miedo hacia atrás y hacia adelante del cordón del tiempo, reconocen el sitio, se reencuentran con él, como si ya antes lo hubieran habitado durante un largo sueño. Allá a la derecha —descubren, más bien revalidan las imágenes— están

los lavaderos. Lo comprueban mientras persiste inexorable el acomodo de las columnas. Allá, detrás de aquellas láminas oxidadas están los excusados. A un lado del gran portón de la entrada estaba —debe estar— está la enorme imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

Aquí a la derecha, casi en la cercanía del tacto las paredes ahumadas, matizadas con el vaho cenizo que levanta y activa recursos de la memoria, las paredes ahumadas, testimonio maculado de “la noche de los dragones”; ah, “la noche de los dragones”. La huella permanecida de esa noche ahí en las paredes, en esas llamaradas con vida, llamaradas oscuras untadas a la cal trasijada, a las antiguas y menesterosas superficies llagadas por esas sombras testimoniales; llamaradas no, sombrosos esqueletos de llamaradas. La mirada arriba, pasillos con largas tiradas de metales oxidados, rejas endebles en donde el microbio carcome lentamente la helada comunidad de los siglos estableciendo la persistente cadena del óxido. Los mismos pasillos que el sueño conserva en su circunvalaciones, cargados de pasos aéreos, corredores por donde palpita quehacer inmarcesible la altura de los pensamientos, tropezando con macetas cenicientas, recipientes de yerbajos pordioseros en urgencias de agua. Todo está en su lugar, nada fuera de la armonía; las cosas y los seres buscan y encuentran su ubicación, su sitio en el concierto, su quehacer universal, su ajuste, su embonación, sus correspondientes. Cada hueco en el aire encuentra su propia maceta —hechas en su mayoría con botes de lámina que alguna vez fueron recipientes de productos comestibles— cada hueco del viento se amolda a su jaula de pájaros, colgada de la pared tiritante que se amolda a su tinaco de agua, poblado en sus interiores por gérmenes y tiempo; el agua, adquiriendo variadas tonalidades verdosas; le asignan el perímetro turgente de los cuerpos que le corresponde abrazar. Unos pasos más hacia el interior la mirada tropieza con las largas garrochas que parten de latas de sardina pegadas a la pared para alzarse sostén de tendederos sobrepoblados, gavias en desafío de los más fieros ventarrones generados

entre patio y patio acumulando vidas que se desatan en las espirales del viento. Los pasos caminan, los ojos. Al frente un enorme anuncio luminoso, pupila ficticia de la noche, guiña colores intermitentes; el ambiente huele a basura en putrefacción a calles abandonadas a olores penetrantes que pican en el olfato y en la imaginaria; lodos podridos en las orillas de las aceras, lodos perdidos tras la densa cortina de humores salpicados con la obstinación de la mosca. Aquí y allá domina el penetrante olor a vómito de pulquería; calles salpicadas con orines, caca, gargajos de viandantes, calles que huelen a piojos, a pulgas, a ratas haciendo su fiesta en los albañales; cerrados olores a abandono y policía, a filo de navaja que con frecuencia va más allá de la amenaza, a perros hurgando los desechos de las taquerías, manteniendo en su pulular el prestigio del barrio populoso. Es un coludirse de sombras, de oscuridades a la vista, al tacto, al olfato; es la presencia de Dios puesta al revés levantando el dedo, marcando en el cielo una curva de pájaros negros. Que no, que pájaros rojos. Que amarillos, el primer color de la muerte. El anuncio luminoso enciende y apaga las letras que informan: “Club Olímpico”. Adentro del largo galerón el fragmento de noche ahí capturado empieza a hacerse hoguera con la fricción de hielo. Los sonidos salen del galerón para crecer por las calles aledañas, en los puestos de tacos, entre los comerciantes de la vía pública, en la salida de los cines, entre los vientres de las vírgenes: “Amor perdido, si como dicen que es cierto que vives dichoso sin mí”. Más allá las otras y las otras y las otras calles del enorme asiento poblacional ahora limitado por el Bordo de Xochiaca en donde los designados para formar parte de los servicios de seguridad desmantelan los autos que se apropiaron de la ciudadanía, allá, a un lado la lóngita barda del Aeropuerto Internacional, al lado de lo que fue la clara y extensa laguna de Texcoco, ahora convertida en reducido charco de aguas negras a dónde sin embargo, aún descienden nubes de patos silvestres y de otras aves migratorias impulsadas hasta ahí por una memoria colectiva que todavía revolotea nostálgica sobre las hediondeces contenidas por el Bordo, donde la policía desmantela

diariamente los coches robados. Rompida la cadena del aire, rota de toda rompedura, más, hacia el fondo de toda rotedad, la edad del acomodo era, del reacomodo, la era de las reubicaciones; el instinto encontraba las identidades, hallazgaba sus para cuales y en ellos se hacía la reordenación de las correspondencias. La memoria se dividía en direcciones duales; hacia adelante restituyendo las estancias abandonadas en medio de presagios funestos, miedos, derrotas y escandalizaciones; hacia atrás, recorriendo los itinerarios recorridos víctimas de la misteriosa fuerza que había creado el movimiento. Rota la cadena ahora era, de nuevo, el momento de la reubicación con todo el peso de la memoria auestas, sobre las espaldas curvadas por la caminata. Y en los espejos de aquella memoria dos hombres recordaban las zarzas en llamas de la que partió Izéhuatl hacia la caminata de los siete hermanos, las vicisitudes vocingleras para espirar prestigiosos y erigir erizaciones de asignaciones mágicas hasta el punto del descenso abrupto del segmento de orden para ganar las ondulaciones, reptiles, sigmas que colman los apetitos del asombro. Sobre la arena el cosmos se hace un río de amenazas que reafirma poderes inasibles para el cuerpo multitudinado. Las desproporciones que desequilibran las patrias del concepto confluyen en el punto alargado y ondulante que en repetidas eses confirma la fuerza de la mano dueña del tan flexible báculo. La zarza en llamas triunfa para dictar camino, mientras la mano ase la cola del revelador reptante para tornarlo a su primera condición vértica, salud de la inicial vara. Los signos están en disposición para abrirse a la horizontalidad de los destinos, y así las partículas internas que mueven el área de las decisiones se conglomeran para actuar en función de distancias. Las fatalidades actúan, un signo de desplazamiento acentúa la dirección prevista, premisa mayor en inquisitoria del resto de su organismo, pigmentos y aullares de índole varia vuelven carne las aristas de crecimientos cotidianos. Los escasos centímetros sensitivos de la sangre sobre el ras multiplicado por miles tantean las novedades que aportan las diferentes relaciones con su motín de

opciones geográficas. Asamblea de sabias sonoridades, desde los tubos humanos se desprenden tras los fonemas guía para marcar las horadaciones —sitio y dimensiones— para aplicarse a la densidad circundante. Planos y proyectos se acumulan antes del salto a los cualitativos. Las energías caminan pero no en ausencias de asesorías ópticas, el desplazamiento habilita la asesoración de la columna de nube para los prismas diurnos y de la columna de fuego para los nocturnos. La sangre crece sus congresos trashumantes y se ata a las referencias galácticas para desatarse de dos simetrías inmediatas. Sobre sus hombros se derrama el agua aérea de los reflectores; sobre sus hombros con sus hembras, signos, sobre sus hambres. Cimbra el tambor, siembra cimbras sobre el aire cartero; sobre, el airecartero, de sombras en embrión de rutas —sobras de zozobras— abre el diafragma de la abultada distancia. Vicisitudes, adversidades trasmontadas son, tanto el peligro al que se llega, fragoroso en pie de punzo, trazando el argumento de la persecución, del que asume los nervios de la caza; las voluntades hacia la dirección del horizonte regurgitan el acoso, se adelantan hacia las rampas del fallecimiento y en eso, las masa acuáticas se dividen para permitirles la velocidad de la fuga, luego las mismas masas se cierran convirtiéndose en vertiginosa tumba de perseguidores. La sal se hace tropos líquidos sobre los cuerpos, el sol desde antes al frío que se pega cruento a las titiraciones. La flor de los vacíos compite con la de las promesas. Una trama de ansiedades sostiene e impulsa los impulsos. La más lóngita separación de puntos es conjurada por la voluntad en sumas, en multiplicaciones con el calzado calzado hacia adelante. De pronto, en cumplimiento de legales intermitencias, el rayo se estanca, rebulle en sus propias entrañas de energía enlagnada, laguna de arena desde la nube que pare hasta el idioma del cero en el triunfo de la ley gravitacional. El rayo ya convertido en arena, se fragmenta en emociones, éstas en fuerzas encontradas, desconcierto, duda. El hambre crece pero Izéhuatl triunfa una vez más sobre dudas y desconciertos y hace descender de los cielos el conjuro a la inanición: y

eran como granos de cilantro, blancos y su sabor era como de hojuelas con miel. Los íntimos vacíos se colman entonces sembrando de bendiciones las superficies por medio de las vías recicladas. El tambor central bajo los ecos de la tela robustece su insistencia a rojo idioma con el que ata grillos estelares, palpitantemente albos. Los signos y las materializaciones ponen en pie las voluntades para reiniciar balances de vicisitudes. Así se llega a las patrias de la humedad, diezmadora con el arma de naufragios, con el pedernal de los ahogos, para pasar a las patrias de la sed, anillo dorado que se cierra paulatinamente en torno de la laringe del paisaje. Todo clama, la piedra y la serpiente, el suelo y el subsuelo, la piel y la entraña araña de urgencias interiores. Izéhuatl multiplica entonces su voluntad, exige frente a su multitud. Las arterias de la roca son heridas por la vara líder frente a los estambres del asombro y derraman abundancias de cristal contenido que se van a fusionar con el brote irrefrenable de las fuentes internas. Las confluencias impertérritas asumen renovadas turbinas de elásticas articulaciones; el péndulo anímico sede a la fuerza del imán de curvada insistencia, trayectoria de sodio y lloro unidos por la líquida verdad de su eje. Se ordenan encerados y cartografías, los halos mágicos de las ecuaciones prediales, simetrías argüídas por el discernimiento de venidas a proyecto de paso impulsado por poleas sanguíneas. Una balanza de luz y sombra que va lanza sobre la valla del adelanto, retícula de angulares admoniciones vencidas por el empeño. El recuerdo retoma las dimensiones de la carne y se introduce en la camisa del hoy. Las partículas vibrátiles empeñadas en la constante construcción de la masa se concentran una vez más en el largo depósito del destino de nuevo cumplido. Los diferentes sindicatos descienden al colmillo del coyote, al ojo de la lechuza, al rastro de la culebra; son forma de medir, de sentir la vida de los huesos, la lumbre de su cal para encender las hogueras que festinan el arribo, para alumbrar los ritos de la circunferencia, para inventar de nuevo un tramo de lo que se mueve. Así las angustias forjadas de camino se acercan cansadas de trayecto y dócilmente, sabiamente

quizá, van reconociendo los sitios que les pertenecen. Atrás quedaron la sequía de las planicies y las células, las divisiones por ponzoñas e imponderables geográficos, la acechanza de la fiera y la del propio hermano, acechantes los ríos y lagunas que ya no en auxilios lérmicos sino en concreciones de inundancias y el nado angustioso sobre las inunderías arteras que ni con artes de desesperación pudo detener la voluntad del mago Charifas. Este es el momento de los himnos y las gracias. La lastimada columna avanza a su descanso en un revolotear de estandartes y símbolos que fortalecen los nudos filiales. Rezos y sollozos acompañan la llegada, las oraciones se despliegan zumbidos en el aire; ayea las mujeres y sus aullidos se enredan en los huesos de mortales marchantes, oran los lisiados mientras sus rostros se inundan en sus propias aguas, los perros famélicos, también perfectamente enfermos de camino, polvorientos, trasijados, flanquean con maltrecha fidelidad a los arribantes, una nube de pájaros negros entinta el cielo. Izéhuatl endurecido de caminos dicta las disposiciones del acomodo, la masa dócil acepta, mecánicamente, cada orden, acatando su esencia y su inevitable cumplimiento, se asumen las horas del reacomodo y las fatales asignaciones. Cosas y seres vuelven a su sitio original, imágenes que se conservan en la memoria, siempre en un recóndito pliegue del sueño colectivo... allá quedan los lavaderos, en donde se ensancha el imperio de doña Chon, ésa, la de la robusta lengua; aquí enfrente están las paredes ahumadas, las que quedaron así después de la inolvidable “noche de los dragones”; en donde siempre, destella el enorme cuadro del Sagrado Corazón de Jesús; el cuchitril de doña Chon, la portera ahí, enfrente de la imagen sagrada; allá a lo lejos, parpadea el letrero del “Atzimba” y más allá las marquesinas pecaminosas hileradas en Santa María la Redonda. Izéhuatl, monolítico, reparte ubicaciones. Son siete patios. Izéhuatl, duro y sabio, distribuye a las siete familias en los patios que desde muy antes les estaban asignados en esta vecindad de nieblas. El primer patio le corresponde a la familia de los chismosos, el segundo a la familia de los rateros, después viene el patio de las prostitutas,

luego el de los buenos, los callados, los que no se meten con nadie ni para bien ni para mal. En la acomodación Izéhuatl dispone el quinto patio para la familia de los asesinos, el sexto para los traidores y el séptimo para los fanáticos. Después Izéhuatl decide no poner jamás un pie en los tres últimos patios, ni en el de los torvos capaces de disponer de una vida humana ni en el de los traidores, detestable escoria ni en el de los fanáticos, los que rezan, los que el día entero la pasan elevando preces y alabados. Con relación a la negativa de poner un pie en el último patio Izéhuatl explicó en repetidas ocasiones que no era nada saludable estar muy cerca de los que tan cerca de Dios se encontraban. Izéhuatl recio, sañudo, vigilante, reparte espacios y destinos, mientras las instituciones se delinean en medio de la cerrada atmósfera: el prostíbulo, la iglesia, el manicomio, la casa de gobierno.

2

Con ostentación, como corresponde a todo mago prestigiado, en día amanecido en mayor avance que en la normal tempranía, relación temporal hecha de sorprendida futuridad se dio a las ojos y a las conciencias el asomamiento del Charifas despreciado sólo al principio por los incredulistas y venerado para siempre por los ejércitos de la cursilesa. Los más viejos recordarán que desde antes de la primera salida Charifas ya existía entre los hombres, su magia desde entonces era, asombrando a propios y a extraños, corrigiendo chuequerías, alimentando entusiasmos tan sólo con la misteriosa ceremonia de sus pases, tan sólo con la esbelta presencia de su cuerpo huesudo, enfundado en su camiseta roja con rayas blancas, horizontales y en unos pantalones de muy amplias pierneras adornados con grandes cuadros blancos, como su magia y negros como su prodigada cabellera que casi se atrevía hasta sus angulosos hombros; su bigote era igualmente negro, igualmente lacio e igualmente largo, de una

larguitud que llegaba más allá de la comisura de los labios casi nunca en reposo. Ese cuerpo aflautado, ese cuerpo cacarizo, en donde la viruela había triunfado dejando en la piel su rastro accidentado, había sabido ganarse el respeto de los demás; no era buen negocio dejarse hacer en el cuerpo y en el destino algún estropicio proveniente de las sabias manos del mago. Cada quien se preservaba, hacía gala de discreción y se limitaba a respetar y admirar las facultades de aquel hombre tan lleno de recursos para hacer el bien, que muchas veces se convertía, quién sabe por qué, en mal. Con precisión nadie se acordaba de dónde había salido aquel personaje que tantos servicios proporcionaba ahora al sabio Plotino y al resto de la comunidad. Nadie podía afirmar a estas alturas cómo había llegado el Charifas al interior de la vista de cada uno, con las bolsas traseras de su pantalón remendadas en forma grotesca, con sus zapatos largos, de dos colores, que rechinaban a cada paso del mago, como si se fuera a desprender de ellos una hilera de clavos oxidados o como si algún hilván de cáñamo estuviera a punto de romperse escandalosamente, un Charifas que a veces se ayudaba en el cumplimiento de sus artes de una cornetita de hojalata, de un paquete de barajas ya demasiado manipuladas o de una cadena de mascadas de diferentes colores unidas por toscos nudos, todo esto depositado en las amplias bolsas de sus pantalones aguados. Los más viejos discutían de dónde había surgido el Charifas hasta sus vidas, sin alcanzar nunca a ponerse de acuerdo. Algunos aseguraban que le habían visto caer del cielo, del centro del cielo, hasta donde había llegado encogido dentro del vientre de una nube de pájaros negros. Otros aseguraban que no era verdad que simplemente lo había traído el sueño del viejo Plotino antes de que las siete familias emprendieran la primera marcha. La mayoría aseguraba que la fuerza de su magia era tal que un día, entre resplandores que cegaban los ojos de los inocentes le vieron surgir de entre la materia movediza que hacía fondo a la primera fosa séptica construida por la ciudadanía. La boca de aquel foso profundo —según la versión aceptada por las mayorías— se iluminó con una

luz intensa amarillo-café en medio de un estallido de pestilencias, y del centro, magnífico, imponente, irradiado por su magia misma, fláutico como las propiedades de lo espiritual, surgió el Charifas, amo y señor de las audacias y las aptitudes, temido pero mayormente admirado por muchos, despreciado por algunos cuantos inconscientes, por algunos irresponsables de su destino. Y es que el Charifas desde un principio pasó a formar parte del grupo gobernante en el que exigió un sitio de preponderancia respaldado en sus capacidades mágicas. Desde el principio fue hombre de privilegios en los cuadros rectores y personaje especialmente considerado por Plotino, por Izéhuatl y después... por el ciego Plotino y por lo tanto era uno de los más enterados en los asuntos estatales, posición que le acarrea recores de celos por parte de otros miembros del aparato de gobierno, como en el caso de El Quiro, quién no obstante vivir situaciones privilegiadas, consideraba que el poder que el Charifas reunía cada vez más en sus manos, en sus manos hacedoras de magia, era peligroso para la estabilidad del conglomerado. El Charifas por su parte, continuaba en el pleno gozo del reconocimiento de líder máximo y su situación estaba muy lejos de cuadros de inestabilidad y mucho menos de alarma. Los demás lo sabían así y así lo aceptaban salvo las aisladas críticas de algunos inconformes diseminados en reducidas áreas de influencia. Beneficiario de connivencias Plotínicas el apoyador y receptor de la gracia gerontocrática mantenía perfectamente bien delimitados sus campos teóricos y prácticos. En la primera área de acción sostenía que su magia partía de él mismo, de la habilidad de sus miembros capaces de inventar la ilusión para los demás, eso lo llevaba a sostener que no existían las cosas sobrenaturales, que los hechos eran producto de otros hechos en una interminable cadena de causas y efectos, “todo posee un valor de acuerdo a su utilidad, mi buen”, repetía con pasión, sobre todo cuando se enfrentaba, hecho muy frecuente, con las disquisiciones del Quiro, quien sostenía que por encima de todo estaba la idea, creadora de lo que existía en cada uno de los siete patios, y que la discusión sobre la utilidad o no de los

objetos estaba ceñida a la realidad de su existencia determinada por la absolutez de la razón, la inventora de lo todo. “Todo posee un valor de acuerdo a su utilidad, mi buen”, repetía el Charifas y crecía en el elogio a la habilidad de sus manos, a sus facultades para crear la ilusión, la ensoñación colectiva. Muchos opinaban que este tipo de discusiones entre el Charifas y el Quiro tan solo estaban encaminadas a ganar terreno (preferencia) en el ánimo del viejo Plotino, del ciego que todo lo veía con la luz intensa y cegadora que lo mismo penetraba el cielo como la tierra y como todo lugar. “Las cosas y los hechos que nos rodean nos proporcionan un conocimiento y éste es la verdadera fuente de la verdad, mis chompiras”, repetía el Charifas metido de cabeza en sus teorías. Su otra área de acción se localizaba en los mercados y en las plazas públicas en donde con frecuencia aparecía para demostrar a los mortales la eficiencia de su oficio. A la voz de “señoras, señoritas, jóvenes estudiantes, respétenme el circulito por favor que vamos a trabajar” extendía sobre el piso una larga boa, morbosos imán para el círculo expectante e iniciaba ante los curiosos concentrados un deslumbrante muestreo de cartas, en las que las figuras de los diferentes naipes aparecían y desaparecían a capricho del prestidigitador. La magia frente a los asombrados ojos de los observantes. ¿Cuál era el inasible principio de aquel barajador maravillante que hacía que el rey de copas apareciera de pronto en dónde la vista y la conciencia esperaban que apareciera el rey de espadas? ¿Cuáles eran los hilos en acción que provocaban el misterio en el que se hundía sin más ni más ante los ojos de los infelices mortales congregados, la sota de oros? “Aquí no hay nada sobre natural, aquí lo que hay es la puritita chingonería de este humildísimo servidor”. A veces se le veía cargando una mesita de patas plegadizas, convocando a su auditorio: “señores y jóvenes de todas las armas; usted señorita, la del sueter rojo, no más póngase un ratito a pensar en dónde quedaron las bolitas” entonces ponía en juego sobre la superficie de la pequeña mesa portátil una canica y tres tapas de botella de ron Potrero. Con vertiginosa habilidad la canica pasaba

de una tapa a otra hasta que finalmente, ante la vista de todos, quedaba bajo una de las tapas. Los espectadores le señalaban la tapa bajo la cual la canica había quedado oculta, pero cuando el mago Charifas levantaba esa tapa los mirones solo se encontraban con el vacío... la canica se encontraba bajo la segunda o tercera tapas en las que absolutamente nadie había pensado. Los mirones, picados en su curiosidad unos, en su amor propio otros, se ufanaban sobre la mesa y corrían apuestas en aquella interminable continuación del juego; pero siempre, siempre, la canica quedaba bajo la tapa que nadie había señalado. En otras ocasiones el Charifas solicitaba de los presentes un billete o una moneda de alto rango; recorría la rueda humana recolectando de su público billetes y monedas que depositaba cuidadosamente en las amplias bolsas de su pantalón cuadriculado. En cuatro o cinco vueltas acumulaba un mayor número de billetes para su gran acto de magia que consistía en su propia desaparición, en efecto, el hombre se concentraba y ante los ojos de los incrédulos se iba desvaneciendo poco a poco hasta que nadie le volvía a ver ni el polvo. Después, no había quien se atreviera a quejarse de uno de los asesores del sabio Plotino, sobre todo cuando se tenía el conocimiento de los muchos beneficios que el mago le había proporcionado a la comunidad valiéndose de sus asombrosas dotes. La memoria ciudadana tenía muy presente, asunto que se había escrito y escrito primero en periódicos y revistas, después en libros de histerias, el hecho aquel en el que el Charifas salvó a los habitantes del cuarto patio en donde viven los buenos, los callados, los que nunca se meten con nadie ni para bien ni para mal, de la amenaza de los estudiantes desaforados. Fue la vez aquella en la que miles de estudiantes alborotadores quisieron pasar por encima de los reglamentos pisoteando la dignidad de las instituciones y la tranquilidad de las familias, atropellando el orden, la propiedad privada. La amenaza fue enfrentada por un batallón de generales que de inmediato desplegó un acertado dispositivo guerrero. Los estudiantes fueron cercados en las inmediaciones del primer patio. Ahí empezó la represión. Los estudiantes se encontraron de pronto en el centro de

una granizada de plomo. El fuego era cruzado, según se escribió después en muchos testimonios, o sea, que se les disparó desde diferentes ángulos. En la acción militar se utilizaron desde metralletas hasta tanques de guerra. Los generales aprovecharon muy bien la confusión de sus oponentes y lograron de esa manera que los estragos provocados fueran de consideración para gloria de la institución armada. Toda la tarde estuvieron sonando los disparos revueltos con el agudo ulular de las sirenas. Los estudiantes estaban muriendo dentro de un extraño pacto de sangre en el que se mezclaban las más diversas tonalidades, había sangres oscuras, sangres carmines; sobre los prados, encima de las losetas se juntaban sangres del norte y sangres del sur, había sangres del centro y de las costas de los dos océanos, todas como queriendo hacer río. De pronto el impuesto pacto de muerte se rompió y los estudiantes buscaron desesperados los propiciatorios puntos de escapatoria. Heridos, asustados, violentamente sorprendidos, diezmados hasta el alma alcanzaron las rutas de la fuga con los generales atrás de ellos. Así atravesaron todo el primer patio entre los rumores y el chismerío de los mirones. Los generales parecían perros de presa tras ellos. En el segundo patio enfrentaron la hostilidad de las familias de los rateros, que vieron a los estudiantes en estampida como bichos raros a ser exterminados por los generales. Cuando atravesaron el tercer patio las familias de las prostitutas cerraron sus puertas a siete aldabas, pues al mismo tiempo de que los estudiantes representaban para ellas un mundo completamente ajeno al suyo, por la propia condición social de ellas no querían tener el mínimo conflicto con los generales. Así fue como los estudiantes llegaron a la cercanía del cuarto patio en donde viven las familias de los que no se meten con nadie ni para bien ni para mal, en donde habitan los buenos, los callados. Y aquí es donde entra el Charifas en acción. Sabedor de los nulos medios de defensa por parte de los habitantes del cuarto patio, ya que es gente que al no meterse nunca con nadie, no ha desarrollado formas propias de preservación, decidió intervenir en favor de la paz social de los ciudadanos amenazados. Los estudiantes, fieramente perseguidos por los generales

decidieron pedir ayuda, asilo, protección a las familias del cuarto patio, apelaron a la buena fe de los que nunca se meten con nadie ni para bien ni para mal. Fue entonces cuando la figura del Charifas se irguió ante ellos con el poder de su magia. En el momento en que las familias de buena conciencia se encontraban mayormente amenazadas, el mago hizo unos raros pases mágicos y entonces el cuarto patio se fue haciendo invisible, hasta que desapareció totalmente mientras los generales, sable en mano, daban buena cuenta de los revoltosos. En esa forma el mago salvo una difícil situación y ganó un reconocimiento más de la comunidad; los bondadosos del cuarto patio le quedaron eternamente agradecidos desde entonces. Pero no siempre tuvo el sol de frente el mago Charifas y eso lo sabe la comunidad para su tristeza y eso lo supo el viejo Plotino para su desgracia. En el momento mismo en el que Izéhuatl distribuyó a las siete familias en los siete patios decidió que jamás pisaría el quinto patio, el de los criminales, “porque no es bueno estar tan cerca de los que tan cerca del diablo están”, ni el séptimo “porque no es bueno estar tan cerca de los que tan cerca de Dios están”. En alguna forma cumplió con lo que se había prometido a él mismo, lo que hizo de los criminales sujetos más torvos y de los beatos almas más rezanderas. Así se vivió mucho tiempo (siglos, dicen algunos) en espera de que un arcoíris de pájaros volviera a marcar desde el cielo la señal para que las siete familias tomaran nuevamente camino. Pero de pronto, cuando los días transcurrían en relativa calma se dio el funesto suceso del rapto de las vírgenes hecho que conmovió a los pobladores de los siete patios; las siete ciudades se estremecieron como tocadas por los terremotos sexenales que cuarteaban por igual almas y paredes. La sociedad entera exigió justicia ante el abuso cometido por los protervos habitantes del quinto patio. Comisiones de ciudadanos de cinco de los patios (los del patio cuarto no le hacían ni el bien ni el mal a nadie por lo tanto no participaron en las comisiones que entrevistaron a Izéhuatl, no obstante que ellos fueron los únicos afectados, quizá por su cercanía con el quinto patio, porque los criminales buscaron para el

connubio vergonzante a las mujeres más virtuosas) presionaron al guía para que hiciera justicia frente al escandaloso atentado. Izéhuatl oyó una y mil veces las quejas de cinco de sus siete pueblos y finalmente decidió actuar para que en ninguna de las siete comunidades se volvieran a dar hechos tan lamentables. Acompañado por el mago Charifas y de otros miembros distinguidos de su gobierno, un martes 13 de agosto Izéhuatl se presentó en el centro mismo del quinto patio. Los asesinos quintopatieros negaron entonces sumisión al líder que los había guiado por las montañas y los desiertos. Le reclamaron el sitio de desprecio en el que los había colocado dentro de la escala social; le reclamaron el que junto con los “mochos” y los traidores ocuparan los tres últimos patios de aquella organización; le reclamaron a la propia persona de Izéhuatl el abandono al que habían sido sometidos; la dureza de las leyes para ellos creadas; el menosprecio con el que eran visto por los demás; el que no tuvieran ninguna posibilidad de cambiar su destino por otro de mayores promesas y finalmente el que hubieran tenido que allegarse mujer en la forma en que lo hicieron y que era precisamente el reclamo que Izéhuatl se presentaba a hacer. La turba, armada hasta los dientes se abalanzó sobre Izéhuatl para hacerlo su prisionero. Este acto de desconocimiento obligó al Charifas a erguirse una vez más entre el guía y sus desconocedores. Hizo los primeros pases mágicos pero la ira de los atacantes era mucha y los conjuros no dieron resultado. Realizó un nuevo intento de concentración para lanzar después expresiones ininteligibles y malas señas a los cercadores pero tampoco esta vez se dieron los resultados que esperaba. Entonces jalando sus amplios pantalones cuadriculados hasta la cabeza después de una mentada de madre pronunciada en tono de conjuro desapareció del sitio dejando al guía Izéhuatl en mano de sus captores esa fue la terrible vez en la que fallaron las artes del Charifas, mago de todas las magias habidas y por haber en este mundo muy de por acá.

“A la sombra de viejos tejabanos, bajo arcos falsos de arquitecturas remotas, supervivencia maya en chozas a cotidianidades montaraces; a flancos de rastros, montículos inertes, sobre troncos de tendida verticalidad al uso comunitario del descanso; bajo el revolotear de aves pardas, urgencias vespertinas; entre los ecos desvaneciéndose del día. a veces de los años, a veces de los siglos, Caralampio Gómez Caballo contaba sus recuerdos, andanzas, fantasías que se remolaban haciéndose el centro de atracción de oídos prestos y mentes tramontadoras...”

Leía mucho Izéhuatl en sus horas cercadas, en sus cercanas ansias a desesperaciones que crece el cautiverio. Más de sombras el alma que de luz la mirada penetraba en el tiempo de la celda, el fluir estancado que no en los exteriores, donde el motor del día y de la noche ejerce su poder de movimiento.

Leía mucho Izéhuatl, beneficios que brinda el estar de la pupila que muchas cosas vistas concentra a la lectura. Capitulero reo en manos criminales, en la tempranitud de nuevos días sólo era soledad, desesperanza, en un rincón oscuro del espacio al que lo soterraba su captura.

Pero era el vespertino fluir de los horarios el que se concentraba en la tarea de construir su mapa de emociones, nostalgias que prendían el haz de los suspiros a un pecho magullado por las inexplicables deserciones de los suyos, el abandono de quienes él había guiado tan amorosamente.

No había esquivamiento posible en estos trances. ¿En dónde estaban ellos? ¿Los demás? ¿Los que con él cruzaron montañas y desiertos? No estaban ellos, los demás, estaba seco el cepo, seco el centro de la flor de solidaridades.

El guía velaba solo en su estación de sombras. Solo o sololisco en la penumbra, mascullando el dolor de los olvidos, la injusticia caudal que memoria impone al mundo creando el que los ríos no retornen.

¿En qué cruce telar de los horarios se encontraban las hues-
tes desasidas? ¿Por qué aquella desmemoria hacia el guía padre? Ahí
estaba postrado, en su individuo extremo, el de las decisiones, el
de la orden sabia, quien preservó a los suyos de la fiera, del hambre
diezmadora, de fríos y torrideces, de bestias y pantanos, de las faltas
de fe, de las desilusiones.

Hoguera a pan y agua, lermando en sucio vaso de beso bac-
teriado, remordiendo el olvido a filo diente, asumía las horas, las iras
de los seres de gesto perdulario que en él se hincaban hierros para
su cautiverio. Atroces los relojes que así se acumulaban. Izéhuatl,
el hombre de las plantas para las libertades hacia los horizontes se
ataba a los silencios y leía con los aún sus ojos para desatarse con la
imagen veloz de lo leído:

“Más años que los niños-hombres pulidos de barbecho, ma-
yor resta sobre hombres de barba encanecida, callosidades de alma y
recuerdos diluyéndose como agua; edad media con años por delante
para alcanzar prestigios de madurez; verbo fácil en indio y en castilla
realentando memorias desde siglos, Caralampio Gómez Caballo era
seguido por escuchas de todas las edades, entusiasmos sobre caites,
mantas ateridas, voluntades moviéndose sobre la tierra...”

Sin embargo, Izéhuatl se hacía viejo vertiginosamente.
Izéhuatl soñaba en sus sombreses. Después en cada sueño envejecía
a lapsos urgidores; muchos años le crecían en el cuerpo después de
sólo un sueño; despertaba cansado y desprovisto.

A tempranez de un día soñó que atado estaba a una inmensa
roca con la frente al sol, sobre su rostro. Del sol, en el sol, con sol
había prendido una antorcha para bajar a tierra y paso a paso lum-
brececer los senderos, las veredas de las siete familias dominantes, las
siete solas frente al misterio inabarcable de la curva cósmica.

Prevenidos en solar antorcha, los siete caminantes, Izéhuatl
en vanguardia, prevensor de luces, prevenidor audaz de ruteríos se
hicieron al alcance de ignoteces. El gas enardecido abría caminos y
los hombres hacían que sus pies triunfaran sobre de las distancias.

Pero una fuerza superior cobró la audacia de los hombres y a su líder ató a la enorme roca, cargado de cadenas, de longas soledades frente a la voracidad de un buitre empeñado en roerle las entrañas como forma cumplida del suplicio.

El acerado pico de la furia en una y otra y otra y otra vez se hundía en el vientre del inerme titán imán de acosos. Ocasos de la sangre se encendieron en el pico del ave incontenible como orlas de victoria a su vesania, como llamas del cuerpo destejido, parte en carmines de la luz robada.

El hígado desecho de la víctima a cada amanecer se renovaba y recompuesto blanco le ofrecía al monstruo alado. En su futuridad comprometida Izéhuatl era sangre de la roca; por eso es que el peñasco se quejaba; se retorció a cada nuevo picotazo hasta romper el vientre del mal sueño.

Otra pesadilla que a Izéhuatl ancianaba, gabela cedida a famosuras tan de él propias y prontas prodigadas por las cuatro aves cardenales, era aquella en la que veía su sombra desprenderse del ser conglomerado para explorar caminos por andarse y prevenir peligros y acechanzas.

Nuevamente la fuerza poderosa, la enemiga atenta, inenfrentable, tomaba su destino entre las manos y le imponía bestial penuria, prueba sobre humana, venganza de los dioses sobre las almas recias.

El martirio consistía en hacerlo padecer hambres y sedes hasta las puertas del desvanecimiento. Arrancado de su ser de liderazgo, apartado de báculo y zampona, de atributos que la vanguardia sede, sometido a forzadas abstinencias, Izéhuatl el cabeza de grupos, quedaba relegado a solo empeño de individuo para la sobrevivencia.

Las déicas venganzas refinaban el arma para la convocación de la zozobra. A las hambres y sedes más allá de resistencia humana se sumaban el agravio de la gula visual artero proceder contra equilibrios que la razón preserva.

Apetitosos manjares, agua fresca, serena, cristalinamente lermable pasaban por la vista y el olfato de Izéhuatl, enfrente de sus ansias nacidas del vacío más criminal de los vacíos.

El agravio cerraba su círculo maligno. Cuando Izéhuatl hacía por los aromas y texturas gastronómicas, las promesas se desvanecían en las mandíbulas mismas del martirizado, frustración convertida de repente en náuseas y dolor desde el centro del cuerpo hasta los muy aéreos pensamientos. Las mandíbulas del ansia aprietan pero en verdad los manjares desde antes muy huido habían de las trémulas ganas del tan supliciado. Izéhuatl sabe que su pueblo sufre, pero en intrínquilis mismo de su liderazgo, nunca hubo hambre tan penosa ni sed tan absoluta, pues siempre había charco salvador o el amargo sustento de raíces del camino, amargor que con su garra rompía el perversismo de cualquier pesadilla devastadora.

Un sueño más que ancianizó a Izéhuatl en el fondo ambarino de su recurrencia fue aquel en el que el poder más allá de los hombres le impuso esfuerzo sin final posible, sudor sellado por lo inacabable, el horror nacido de aplicación bestial y continuamente renovada.

La obligación a la que quedó sujeto fue someter la energía musculatoria, humana magnitud sobre una roca, que al hacer recepción de la constante tenía que desplazarse cuesta arriba, resistencia impuesta por vocación ascensual de la montaña.

Desmesurado quehacer del sentenciado al empujar la mole hacia la altura, impotencia creando la potencia, a fuerza muscular, ansia hacia arriba. Sudor que crece dimensión de agobios en el plexus de la tarde, dibujo colosal de la fatiga.

Cuando tanto esfuerzo alcanzaba la cima, la roca regresaba hacia la sima. Lograr la altura para derrumbarse; descender con la roca a los abismos y empezar nuevamente, titánica labor que nunca acaba, esfuerzo inútil dentro del planteamiento de las eternidades.

Al rodar la carga hacia el vacío Izéhuatl despertaba del mal sueño con la sangre en sudores convertida y más años sumados a la espalda y más formas formadas de la angustia.

En la agravación de tal estado era un puño de memorias; su mente era el temblor que sobre el cuerpo triunfaba entre sudores e ictericias acentuando la ofrenda de su encierro, lastimando su alma solitaria.

Coordenadas de ayeres acudían a su mente enfebrecida. Todo en sí era el cuerpo de la angustia integrado por las vías del recuerdo. La rememoración era un silicio horadador del pecho o de la mente del reo de la infamia.

Bonanzas (precarias desde siempre) y desgracias acudían a la conspiración de los sentidos. El hombre era un nudo que en el centro de las evocaciones debatía su estrechada existencia entre los cuatro muros del oprobio.

Recordaba su gozo cuando el asentamiento; el primer regocijo de la prole cuando su mano dio para la vida las primeras cantinas, los billares, las casas del amor en donde el hombre le daba sentido a la existencia.

Las páginas adversas en función de memorias se debían a la lucha frontal contra prácticas viciadas del alma colectiva. Costumbres, tradiciones de tradiciones bárbaras, para ser combatidas por voluntad de acero, por decisión tajante.

Un ejemplo: en la comunidad de los baldados, en el mar proceloso de torcidos, quebrados, pordioseros, brillaba el sol de sombras del sacrificio humano.

Para hacerse acreedores de la gloria divina se contaban los años, 52 el ciclo, al término del cual se ceñían al pecho de uno de ellos en fecha 2 de octubre, le arrancaban con saña el corazón y lo llevaban en actitud de ofrenda, de la cima del Cerro de la Estrella a los pies de la imagen religiosa del Sagrado Corazón de Jesús en el lado más sombrío de la puerta metal de doña Chon, la acuciosa portera.

A recuerdos y sueños cercadores de Izéhuatl, la decrepita imagen se fincaba, las canas platecían y la arruga en la piel surcos trazaba con insistencia hostil sobre el rostro, el músculo encorvaba su arrogancia y la fuerza cedía y el desplante.

Qué viejo estaba Izéhuatl en tal hora y no solo en los sueños, las memorias le acumulaban decrepitudes nuevas, también en el maltrato que le daban sus captores de hechura de humanitarismo ausente. El hombre enflaquecía y se enjataba.

Alzado a pan y agua sobre el piso, agobiado por hoscospensamientos, el prisionero antes vertical y altivo, era ya una estructura de huesos y pellejos desolados. La abstinencia forzada por los criminales lo estaba aniquilando.

Fue entonces que Fuensanta López se puso al habla con los criminales para que la gracia concedieran de pasar unas horas junto a Izéhuatl. La gracia consiguió después de ser carnada de lujurias, después de abrirse surco a decenarios.

Pero el plan de Fuensanta funcionaba. Con sus senos cargados de ternura en coartada filial llegó hasta el viejo el alimento par de albada savia.

Plotino entonces (ya era Plotino, padre de Fuensanta) entonces retorno a la vida; en esa soledad lo rescataban los senos de su hija, dos turgencias en caridad vertidas. Fuensanta entonces en Caridad se vierte y Caridad López es nombrada por el vulgo que sabe de la astucia.

Fuensanta, Caridad, desde su cuerpo mantiene los precarios minutos de su padre, la leche que este sorbe determina un círculo severo. La biología se curva y establece el dibujo reptil de boca y cola; línea cerrada cuyos puntos vivos se encuentran a la misma distancia de un punto interior llamado centro.

Verbo de amor la leche palpitante retorna a la energía de su principio. Plotino mama los senos de su hija. Plotino se ha salvado. Plotino se ha perdido para muchos.

Esta es la mansión del terror. Esto es el domicilio de lo tremebundo conocido por todos como “el palacio negro del quinto patio”. Aquí

hombres y dignidades se derrumban con estrépito. En el espacio sin salida, la antesala de la muerte, la que destroza sin conmiseración imágenes y títulos. Este es el imperio del pavor, la expresión extrema de la degradación humana. El sitio es sombrío, cargado de turbas memorias untadas vivas a los tenebrosos y amenazantes muros. El que entra a este reino se despoja de toda fe. El que ingresa a esta casa de la deshonra cruza la línea donde la vida termina para penetrar en el depósito de los despojos humanos. La vieja construcción es oscura, hecha con grandes bloques de piedra. Su forma es la de una antigua fortaleza militar. La visión es osca por afuera y no menos terrible por adentro, laberinto de rejas y calabozos. Los pasillos, cuyas paredes permanecen pintadas de un color amarillo deslavado, congregan a centenares de seres en derrota; hay un estremecimiento colectivo que los recorre de continuo, que se eleva desde el piso hasta las almenas que sirven de observatorio desde los cuatro puntos cardinales del pentágono. Esta construcción fue hecha en otros tiempos por órdenes del propio Izéhuatl y se alzó precisamente en el corazón del quinto patio para que fuera amenaza y acción eficaz en contra del delito. El penal fue arrancado del gobierno de Izéhuatl mediante un motín que propició el control pleno de los malos pensamientos y las malas acciones. Desde entonces el recinto penitenciario sirvió para que la torvería estuviera afuera, y adentro todo aquel incauto que proveniente de cualquiera de los demás patios se atrevía a cruzar la traza que delimitaba el espacio del quinto patio y lo separaba del resto de la comunidad. “La mansión del crimen”, como también se denomina al lugar alberga historias de espanto y por mucho tiempo que los actores que las escenificaron, como en el caso de Luis Romero Carrasco, quien mató a tubazos y remató a cuchilladas a su tío y a la esposa de éste y que además dio cuenta en la misma forma de una anciana cocinera y una niña de diez años de edad que tuvieron la desgracia de haber presenciado los hechos. En su demencia homicida Romero Carrasco acabó también con el perico de la casa estrangulándolo con una toalla para evitar que se convirtiera en un

testigo de cargo. También existían los casos como los del albañil Castro Araiza, el campesino Reyes Carbajal, Esquerra Farfán alias “manos de palo” y Macario Mondragón quienes asaltaron y dieron muerte a los avaros multimillonarios hermanos del Villar Lledías. Ángel del Villar Lledías murió en su tétrica casona del Salvador 66 con la cara destrozada al igual que el cráneo, con las manos y los pies flexionados hacia atrás y amarrados brutalmente; su muerte estaba extendida sobre un enorme charco de sangre. Su hermano Miguel fue estrangulado con un alambre. La hermana de las víctimas Señorita María del Villar de 58 años de edad había dicho en parte de su declaración: “... vi que varios hombres cuatro o cinco, cargaban en brazos a mi hermano Ángel, aparentemente desmayado. Uno de ellos, en lugar de manos tenía garfios, lo que me espantó. Ese mismo hombre se acercó y me dijo que mi hermano había sido atropellado y que el automovilista se había dado a la fuga. Les hice señas de que lo subieran a una recámara cuando mi hermano Miguel, quien casi no veía, caminó unos pasos hacia la puerta de su cuarto y presintiendo que aquellos sujetos eran ladrones y que el atropellamiento no existía, gritó con voz fuerte ‘sálganse de aquí ladrones’. Al escucharlo los desconocidos arrojaron al suelo a Ángel y se lanzaron sobre mí y sobre Miguel. Entre tres lo atacaron a él con cuchillos y un tubo, lo golpearon despiadadamente, en el suelo le propinaron de punta pies y luego lo estrangularon...” un caso más era del luchador Pancho Valentino, quien acompañado por varios cómplices asesinó en la iglesia de nuestra Señora de Fátima al Sacerdote Juan Fullana Taberner al confundirlo con el sacerdote José Moll a quién le querían robar dos millones de pesos. Valentino atacó a su víctima con un fuerte golpe en la nuca, después se arrojó a sus pies para derribarlo. Como el hombre no caía, el luchador le propició varios cachazos de pistola en la cabeza. Ya en el suelo, el sacerdote fue golpeado brutalmente con un bat y un tubo. Finalmente Pancho Valentino le remató con dos disparos. Lleno de sangre el cuerpo, el rostro tumefacto, el sacerdote Fullana Taberner quedó totalmente irreconocible.

Muchos más nombres eran recordados en su cesión escalofriante: Fidel Corvera Ríos, Robert Corenevsky, “el King Kong”, “el Pelón” Sobera de la Flor, etcétera. Ahora Izéhuatl se encuentra en un calabozo de éste “Palacio Negro”. Lentamente está adquiriendo la sabiduría de Plotino. Por la breve ventanilla puede ver al resto de la población del penal. Un hombre camina por el tenebroso pasillo con el pecho tatuado, una de las tetillas le sirve de nariz a un payaso de marcada concepción infantil. Por la espalda luce otro enorme tatuaje que representa un dragón alado en colores azul, rojo y verde. A Izéhuatl se le ha permitido tener escasa relación con el resto de los internos, uno de los más famosos, “La Colorina” con padecimiento de ginecomastia, con corte de pelo y atuendo de mujer. “La Colorina” se entretiene durante todo el día zurciendo o lavando la ropa de los internos, por eso siempre se encuentra rodeado de necesitados. También está “La Pancha”, éste casi no habla y su rostro denota gran temor. Constantemente es asediado por el hombre de los tatuajes y por “El Abuelo” el recluso de mayor edad, quienes le exigen que les confiese con quién se acostó la noche anterior. El lenguaje empleado demuestra celos y es sumamente lúbrico. El jefe de vigilantes en turno es famoso por dar trato especial a los de nuevo ingreso, les ofrece café, libertad para permanecer fuera de la celda, hace conversación con ellos. A la hora de dormir los conduce a la galera e inicia escarceos típicos “¿Cuánto mides?” “¿así lo tendrás?” “vamos a ver cómo lo tienes”. A algunos reclusos se les proporcionan valones de basquetbol y futbol. Se forman equipos y esta es la ocupación fundamental de los domingos, interrumpida sólo por la hora de la comida. Algunos improvisan con gis un tablero sobre el cemento de una banca para jugar damas, usando como fichas botones y corcholata. Varios de los reclusos manifiestan signos de evidente desequilibrio mental. Uno de ellos, “La Esfinge”, se encuentra en estado catatónico y permanece durante todas las horas diurnas en un rincón con las piernas semiflexionadas, la vista perdida en el piso, sin hablar y con las manos extendidas y metidas en el bolsillo del percutido pantalón color marrón. Hay otro personaje al que le llaman “La Langosta”, por

su manía de cantar a toda hora y a voz en cuello —incluso de madrugada— una tonada cuyas primeras líneas dicen “canta, canta, canta pequeña langosta...” si se acerca alguien le dice “te canto la langosta” si le dicen que sí canta y brinca un rato para luego ir con otro recluso y hacer lo mismo. Si se le dice que no se dedica a hablar y exige atención de modo incansable. Siempre anda golpeado porque los demás para callarlo en las noches le propinan feroces fustigaciones. Después de la fajina matinal que se realiza a las seis de la mañana se pasa lista y luego se desayuna. Muchos de los nuevos ven la comida con asco, se niegan a desayunar o a comer y sienten del todo nauseabundo el tenerse que sentar junto al resto de la clientela. Como no tocan la comida les es solicitada por los otros quienes así se acaban de hartar en forma grotesca. A los inapetentes el tiempo y el hambre los termina domando. Hay un grupo de mariachis detenido por trabajar cerca de la traza. El cantante del grupo es muy joven, 17 años, y su terror es tenerse que desnudar frente a los demás detenidos para bañarse con cubetas de agua helada. Durante el día no se puede dormir y los reclusos están obligados a permanecer de pie porque las dos bancas de cemento en el lugar se encuentran repletas. El contacto con el mundo exterior se reduce a un pedazo de cielo, en donde se aprecia una lejana y alta torre de agua que abastece a un mercado cercano. En ese mismo pedazo de cielo se puede observar también una pequeña parte del puente del Circuito Interior, vía urbana que corre paralela a la traza, donde de vez en cuando algún camión de servicios foráneos para y un cobrador arroja algunas monedas a los de adentro, estas son ferozmente disputadas por la población cautiva. Los lunes, según el horario fijado en una de las paredes de la cocina, incluyen ejercicios después de la fajina y antes del desayuno baño y visita médica y psiquiátrica, práctica establecida desde los tiempos en que fungió el primer gobierno del penal. El psiquiatra, en el caso actual, es un petimetre de barbita y pipa, que reduce su labor a mirar como animales a los detenidos, sin pronunciar palabra. Es frecuente ver a “La Langosta” penetrar en un sitio al que llaman la biblioteca,

pero en donde curiosamente sólo existen estantes vacíos, sin libro alguno que hojear. Ya en el interior grita a todo pulmón, pidiendo a la Virgen de Guadalupe que lo saque de ahí para reunirse con su hija, una mujer bellísima —según el desesperado— que vive muy lejos de éste infierno, quizá en la entrada misma del primer patio, piensan algunos. Los reos duermen sobre literas empotradas en las paredes, lechos duros suavizados por apenas alguna frazada que mal cubre de los mordisqueos del frío. En los muros sombríos están marcados dibujos con grotescas alusiones sexuales: “estas son las nalgas de la licenciada de la Lata”, “el pájaro quema mais”, o la obligada postura legal: “chingue a su madre el juez” o bien “el primer secretario es puto”. Otro ángulo feroz de estas noches son los misteriosos ayes que se apoderan de las sombras. Son gritos de dolor que rasgan las sombras como un fino cuchillo y llegan hasta los oídos y sacuden los cuerpos. Al otro día sólo los nuevos hablan de haber oído tales ayes, nadie más, ni se conoce nunca el origen de aquel dolor y espanto. Esta es la mansión del terror. Plotino vive aquí horas de absoluta desolación, envejecido cada vez más por los sueños que le agobian. Por la pequeña ventana de su celda entra ese denso tufo a tragedia que pasea impune su cuerpo gris por los pasillos formados por galerías y bartolinas. Ese es el sitio en donde el hombre deja de serlo paulatinamente para convertirse en objeto de la desgracia, un objeto en desventaja con los demás, porque este objeto siente el pinchazo en la carne, el frío en el hueso, la tremenda angustia más allá de la carne y del hueso. Izéhuatl, el antes guía de siete pueblos que eran el pueblo, ha ido languideciendo paulatinamente en Plotino, sólo, sin que nadie llegue a visitarlo; él no piensa en la ingratitud humana, él sabe la negativa absoluta de sus captores a permitirle visitas de cualquier índole. Así deja correr el tiempo meditando en su desgracia. Pero no todo está perdido. Desde hace algunos días, por no se sabe qué gracia especial que iluminó en algún momento la mente de los criminales se le ha permitido a su hija, Caridad López que pase a visitarlo. Caridad ha venido alimentando a su padre con sus propios

pechos. Izéhuatl el ahora anciano Plotino, ha levantado la cabeza, el mentón, el optimismo; el alimento que establece un círculo cerrado en el viciado aire de su celda, propicia al cautivo nueva energía. En el centro de las sombras, Plotino mama los senos de su hija. En torno, las horas aúllan como si lamentaran alaridamente la derrota del hombre. El hombre esta multidivido en sombras que deambulan por los diferentes corredores. Esta es la mansión del terror y cada uno de los seres que en ella se corrompen es una más de sus habitaciones.

5

(Paréntesis)

—¡Padre!

—Caridad... tus senos... gracias también por el resto de tu ser.

—¡Padre!

—Sí, lo sé, sólo querías alimentarme, pero otras urgencias fueron más fuertes. Y aquí estamos los dos, en el centro de la vorágine. Tú y yo. Yo y tú.

—¡Padre!

—Tú y yo. Yo y tú. Y tendrás una hija a la que llamarás Astartea, la que incinere el protémolo a todo el que la penetre, también, si quieres, podrás llamarle Fuensanta, como la novia del poeta.

—¡Padre!

—Caridad, tú, Caridad en este sagrado averno de gemidos y sudores.

—¡Padre!

—¡Ya está, la lanza clavada en las entrañas de Atartea. Ya Atartea hurta para ella el rostro de Fuensanta.

—¡Padre!

—¡Padre!

Caridad había pronunciado siete veces la palabra “padre”. Izéhuatl contó nueve. Plotino.

6

Los heraldos adversos tramontaron distancias,
conexiones obscenas (morbosa red que teje la lengua en el oído),
diseñaron el cuerpo con el que llega aérea
la novedad,
el pan que se deshace en cada boca,
un bien de oscuros fillos
repartido a la curiosidad comunitaria.
Teje el oído su red ante la lengua,
la invita al florilegio,
al mal sano gustar del velo descornado.
La lengua crece en lenguas,
en la saliva múltiple hacia las direcciones,
en el eco que forma la conseja, el mito,
las desfiguraciones,
la blanda aceración de la leyenda,
los decires,
la afirmación de asuntos vistos y no vistos,
el puñado de pájaros de niebla,
motín de indiscreciones,
placer para las almas de mínima presencia.
Tejen la lengua y el oído juntos,
cátodo y ánado electrizando el aire en convención futurida,
fuerzas afines,
reconstrucción del mundo a capricho del habla.
El oído y la lengua en su labor, tejiendo,

elaborando la eclosión de los rumores,
sonido en el que el tiempo también crece.
Salta la lengua hacia los laberintos,
hacia el imán sexual de la receptoría.
Y en muy breve reloj lo saben todos,
lo discuten
en sala familiar y en plaza pública,
en la taberna azul,
en la multiplicada tinta de los diarios.
“Izéhuatl ya no existe,
a caído en el NO del quinto patio”.
Y vuelan por menores e invenciones,
crece la inundación de las palabras,
las calles se anegan, las conciencias,
la historia misma que las ha inventado.
El guía, el patriarca,
el director preclaro de la enorme orquesta trashumante
ha sido capturado en mala hora.
La rabia que prendió para los torvos
le ha sido revertida en un instante.
Tragedia se alza el acto para aquellos
que requieren de su índice,
de su férrea voluntad para la marcha,
que requieren de Izéhuatl para ser guiados
a través de las vicisitudes de los más largos caminos.
Las voces iniciales crecen sumas
ya no son sumas, ya se multiplican
y hasta el último rincón llega el oleaje
de rumores y de veracidades.
El que ha puesto vista y pie en el horizonte
se encuentra encarcelado.
Hay complejos de culpa entre los murmurantes,
los pequeños congresos de improvisados halos

pobladores de parques y de esquinas,
el verbo desatado a cuatro vientos,
el pasmo, el asombro, el susto, la incredulidad sonoros,
el “Sagrado Corazón de Jesús”, “ y ahora qué nos espera”,
el “Ave María Purísima”, el “qué será de nosotros”,
junto al nunca faltante “vale madres”,
reconstruyen los hechos.
Examen de conciencia en cada fuerza
congregada en la semejantía.
Golpes de pecho tamboran los creyentes.
Golpes de cartas baraja el viejo Quiro.
Las interrogantes
surgidas de la angustia se apoderan del espacio.
Hay un ligero temblor de expectativas
que recorre invisible en cinco patios.
Las bocas del rumor crecen su oficio,
lo enarbolan a vastas dimensiones
lo tremolan como los estandartes de aquellos ciudadanos
que en el séptimo patio
pregonan sus alianzas con el poder divino.
Cada casa es un susto, un sobresalto,
en cada corazón crece imbatible
la hiedra morbosa del desasosiego.
Ciego clamor en la atmósfera acomoda
verdades y sospechas.
Se detallan los hechos, paso a paso,
la varia trama se unifica a todos,
las versiones difieren pero crecen
en torno al mismo tronco,
la desgracia es tentada en lengua múltiple,
tiene sabor a multitud malsana,
manzana de amargor bien repartido,
Izéhuatl luz y voz y paso firme

en la ancestra leyenda unificante
ya es sólo un prisionero.
Y siguen las versiones sumando caprichosa arquitectura
apenas lo verídico
y lo más, empeñosa recreación de los sentidos.
Pero hay un centro firme:
Izéhuatl
ya es sólo la nostalgia de la andanza ,
fue hecho preso cuando incursionaba
junto al mago Charifas
por el mundo infernal de los proscritos.
El guía presionado por los suyos
cruzó la traza y en el quinto patio
alzó su acre reclamo ante los torvos
actores en el rapto de las vírgenes.
Alzó su ira al cielo como un látigo
y sobre la osadía de la canalla
dejó caer la lumbre de su verbo.
El Charifas, el mago acompañante, lo miraba
entre medroso y admirado, y parco
dejaba transcurrir tales sucesos.
La palabra zahiriente se enconaba
entre los seres que engendrara el odio.
Crecía el rencor entre los por siempre señalados
mientras el guía hablaba.
Izéhuatl hacía cargos, reclamaba,
amenazaba intolerante a los sin nombre.
Los del puñal en punto reaccionaron
con rabia a la filípica.
Era mucho el rencor que los movía;
en sus rostros el odio era una mueca
de amenazante impunidad en marcha.
Odiaban,

y con ese odio cercaron
la soledad de Izéhuatl y de su acompañante.
Los cuchillos brillaron, las miradas de muerte
algunos contaron al rehacer los hechos
que el Charifas esgrimió su “abracadabra”,
hacia pases misteriosos, gestos,
con palabras oscuras enfrentó a la turba
pero ésta no detuvo su malevolencia.
Seguían los pases mágicos,
pero los asesinos
no detuvieron un solo paso hacia sus víctimas.
El mago se sintió perdido
y según las versiones de los relatores
se escondió entre sus propias vestimentas
y dejó sólo en el sitio
a Izéhuatl y un fuerte olor a azufre.
Otra versión afirma el haber visto
aprovechar la inquina hacia el patriarca
para cruzar veloz entre los malos
que iniciaron de inmediato persecución en vano.
El Charifas corrió despavorido
hasta la zona de los excusados
en donde pudo burlarse del acoso
al lanzarse presuro de cabeza
en uno de los recipientes,
en el fondo tomó características
de la materia blanda, protectora,
y luego en una flor de emanaciones se hizo etéreo,
se hizo vapor de olores para lograr la fuga
y repartir la nueva a las otras poblaciones,
seis asombros y angustias en los seis patios restantes.
Mientras tanto, el guía fue capturado.
De inmediato le ataron, puños, piernas,

le ataron el andar y el pensamiento,
lo escupieron,
con el fin de matarle el interior,
la llama de otras voces,
ahora una flamita apenas viva.
A empellones, a insultos, punzos de arma,
le llevaron al “Palacio Negro”,
ahí siguieron vejando su alma solitaria
hasta que lo arrojaron al reducido vientre de su celda.
Al correr la noticia de la afrenta
se pensó en que tal agravamiento
terminaría en precipitar
la marcha de las siete familias hacia lo desconocido
y ahora ya sin guía, sin la voz que dirige, sin su fuerza.
Eran los signos adversos en el aire,
sobre la luz cerrada sobre los siete patios,
sobre los corazones.
Era urgente lograr la libertad de Izéhuatl,
por eso, no obstante el miedo, profundo, desvelado,
que las familias sentían por los del quinto patio,
se creó una manifestación
para alzar la protesta ciudadana.
Las pancartas, los coros lapidarios,
recorrieron el aire patio a patio.
Frente a la traza se alzó la frase justa, exigiendo justicia.
“El pueblo unido jamás será vencido”, gritaban en los mítines.
Marchaban contingentes de sólo cinco patios
pues los del cuarto pueblo se abstuvieron
siguiendo su costumbre, su marca, su designio,
eran los seres que nunca se metían con nadie, ni para bien ni
[para mal,
eran los buenos.
Mientras tanto siguieron los rumores.

Se dijo que en la celda a Izéhuatl lo habían dejado ciego,
que le habían sacado los ojos con un cautín ardiendo.
Otros decían que le habían puesto una venda
que los ojos inocentes no veían,
en cambio sí los malvados que lo hicieron preso.
No faltó quien afirmara que al amado visionario
le habían atado con prontitud los párpados
con hebras de maguey
con el fin de que jamás pudiera reconocer a sus captores.
La versión más difundida
hablaba de que a Izéhuatl sus verdugos
le habían volteado los ojos al revés
por eso no veía las cosas de afuera,
pero le eran más tangibles los asuntos del alma.
Algunos periódicos dijeron: “Dios ha muerto”

7

No mi cuais, el asuntacho no es así, agarre la onda mi buen, más vale uno bien despiertito que diez soñando; no hay peor cosa que criticar desde afuera sin saber realmente como está el rollo, eso no se vale, palabra de Diosito lindo. Cuando la gente despertó aquel día y se encontró con que las azoteas y las calles estaban tapizadas de pájaros amarillos, empezaron los rumores de que algo funesto nos esperaba; muchos dijeron que había llegado la hora de emprender la marcha, esa tan esperada como una maldición de la que jamás nos podremos escapar. Pa' usted como lector es muy fácil atragantarse de letras, de palabras y formarse juicios desde afuera, todos los lectores son iguales, me cae. Los rumores crecían y la intranquilidad dominaba a todos; principalmente a quienes por sus actividades tenían que cruzar las calles del primer patio, en donde se generaban mayormente los decires, pero nones, mi jefazo, así no es este hongo, hay que

teníamos ni un momento de reposo, la angustia nos sacudía, nos agitaba inclemente, nos dejaba exhaustas. Qué se me hace que usted es parte de la gente chismosa del primer patio, que se me hace mi buen y que nomás anda pajareando por aquí, por el patio de las putas.

Sobre todo las mujeres del séptimo patio se dedicaron a orar día y noche y a encender cirios a las castas imágenes de San Tiburcio de Huixtla y de San Roberto de las Espinas y muy especialmente a la del Sagrado Corazón de Jesús, patrono de la comunidad. Todos ustedes, los que forman parte del equipo de lectores, al final de cuentas son iguales, participan por medio de la lectura pero no se comprometen, igualito a los del cuarto patio, los mustios. Nadie se imaginaba que el asunto de los pájaros amarillos no era por una próxima marcha, sino por lo que íbamos a vivir dentro de muy poco tiempo, el rapto de las vírgenes. De ahí saco yo, que no solamente se tiene que criticar, sino entrarle a los guamazos, de a devis, pa' saber lo que es bueno. La confusión creció cuando Izéhuatl mandó llamar al biólogo ese, Salvador Ávila, para que les descifrara el misterio de los pájaros amarillos, para que les dijera qué quería decir aquel reguero de aves sobre las calles y las azoteas. Seguro las que sí, mi buen, usted nunca sabrá exactamente lo que pasó, porque como lector no irá más allá de las mentiras que le cuenta el periódico ese que está leyendo y que usted lo toma como La Biblia cada jornada. En claro nada se sacó, porque el doctor en Ciencias Biológicas no precisó su decir; comentó a Izéhuatl que aquel reguero de aves amarillas era un presagio de muerte, expresión que muchos interpretaron como el anuncio del fin del mundo y ese fin del mundo no sería otra cosa que el inicio de la marcha tan angustiosamente esperada por todos. De plano así no, así no se puede, una cosa es la verdad y muy otra lo que dice en El Informador el ojete ese de Roberto López, tan hijo de su chingada madre como todos los periodistas iguales a él. Y entonces creció el número de cirios y veladoras, de rezos e invocaciones a San Tiburcio de Huixtla y a San Roberto de las Espinas y sobre todo

al Sagrado Corazón de Jesús, y de tanto y tanto ya andaban quemando al santo. No se deje llevar por esos cabrones, yo sé lo que le digo, hágale caso a la experiencia si a lo macho quiere seguir viviendo en salud, ora que si no, pos ahí usted sabritas; además, qué tiene que estarse ateniendo a lo escrito en esas mugrosas hojas sí aquí merito, en frente de usted tiene la fuente real de la información, ¿no le digo? ¿ya ve cómo así no se puede? ¡abusado mi valedor! Era mucha la gente que se acercaba a mí, para que yo, la hija de Izéhuatl, como una de las personas más cercanas a su existencia, indagara la verdad de lo sucedido, para que yo les dijera si iba a haber marcha y para cuando. Y acuérdense bien cómo todo mundo nos hacía cargos por el asunto ese del rapto de la vírgenes, más llevado y traído que nada. ¡Cómo le hicieron al cuento, la neta! La verdad era que ni siquiera Izéhuatl lo sabía, porque el diagnóstico del pajarero no había dejado en realidad nada en claro. Al patriarca Izéhuatl y al viejo ojete, ese sí, del Quiro y hasta a mí, el gran mago Charifas, ya nos traían hasta la madre con eso de que ni las vaisas habíamos metido cuando la famosa captura. Después de la tragedia en la que las más perjudicadas fueron las familias ciudadanas del cuarto patio, los agraviados todavía tuvieron que soportar las malas bromas del Charifas, ese, el mago ramplón que en mala hora entró como ayudante de Izéhuatl para regir nuestros destinos. Por cierto que entre los más alborotados estaban los cristianistas del séptimo patio, me cae que no sé de qué la giran esos güeyes, creen que no más a puro rezar y protestar por las calamidades se van a componer las cosas; no mi amigo, hay que entrarle de frente a los chingadazos, si no pus qué chiste. El muy maldito empezó a burlarse diciendo que si el problema había empezado con el montón de pájaros muertos los del quinto patio lo habían tratado de solucionar mediante una acción para revivir al pájaro. Pero además de los cristianeros, qué me dice de la pinche loca esa del cuarto patio a la que nombran La Llorona; después de que sucedió lo que ya sabe, se la pasa noche y día aullando por su hija y asustando a los escuincles con sus lamentos nocturnos que

atraviesan las paredes. Ahora que yo creo que el verdadero presagio, más allá, lo verdaderamente funesto de los hechos, fue, como resultado final, la captura de mi padre Izéhuatl, fue como un colofón a tanta desgracia encadenada. Ya chale con esa ñora mí nunca bien estimado, no sé si sepa usted que cuando esa loca no anda desgarrándose por las calles se encierra a llorar en su inmundo cuartucho, al grado de que ya nadie la visita, porque el que la va a ver sale de la pocilga con los zapatos empapados y usted sabe lo que cuestan las suelas por estas fechas. Presionado por la ciudadanía, mi hermano, el guía Izéhuatl, tuvo que ir a echar en cara a los del quinto patio su grave acción y a consecuencia de ello hoy pasa sus días, adolorido del cuerpo y del alma, avejentado en forma prematura, en el interior de un calabozo pestilente a humedad. Y es que nadie quiere sufrir nada, ni lo más mínimo, mi buen, ¿no ve que todos se sienten el ombligo de la luna? En el momento en el que supe que las intenciones de los criminales eran las de matar a mi padre por inanición, ideé una forma para evitarlo. Pero déjeme acabarle de decir para que no se ande creyendo lo que escribe ese Roberto López, tan... tan... como todos los periodistas igualitos a él, pa' que no se ande creyendo que El Informador ese que tiene en sus manos es la gran cosa, si nomás pa' que vea por qué se siente uno erizo con esas cosas. Mi padre moría lentamente, en el centro de su palidez, en las sombras de su abandono, sin frugalidad qué comer, sin un vaso de agua para lermar; mi padre, el padre de Fuensanta López, mi padre Izéhuatl, el guía, el patriarca, el benefactor, se encontraba solo arrojado a su suerte, a su terrible suerte, muriendo inexorablemente, muriendo de hambre, una de las muertes más canallas para el ser humano. Acababa de pasar el día ese en que las azoteas y las calles amanecieron tapizadas de pájaros azules, si usted también vicenteó, aquellos acontecimientos, mi vale. A la única a la que informé de mi plan fue a mi madre, Damiana, capitana de rezos e imprecaciones. El cotorreo de la naquiza fue tanto que Izéhuatl tuvo que llamar al pajarólogo Salvador Ávila pa' que diagnosticara sobre el hecho.

Damiana, la que solicita el cielo para los bienes y para los males, la adolorida Damiana, mi madre, negó su aprobación, la negó con todas sus fuerzas; adujo no sé cuántas cosas, hasta el grado de parecer que lo que hablaba en ella era precisamente la sinrazón. Pa' lo único que sirvió el ornito... ornitoloco... eso, cuando la raza andaba de que eran signos de que pronto habríamos de iniciar la gran marcha fue pa' decir que en realidad se había caído un cacho del cielo sobre nosotros y que el peso iba a ser nefasto pa' cuando la época de los temblores, que ya ve usted que por acá son cada seis años. Habló entre otras cosas de la diáspora; los siete pueblos siempre caminaron unidos, en sus avenencias y en sus discrepancias; en sus disparidades de credos y actitudes siempre se movieron dentro de un destino común. Y luego qué gran marcha ni que ojo de hacha, que se va viniendo el rapto de las vírgenes. Mi madre sostuvo que de llevar a cabo mi plan, lo único que provocaría sería cerrar un círculo y que a partir de ese momento en círculo caminaríamos, y que a partir de ese momento nuestra historia sería una curva interminable, y que a partir de ese momento quedaríamos condenados, ahora sí, a una marcha interminable, a una caminata sin fin, a un ciclo que se curvaría hacia el infinito. Derecha la flecha que la presión llegó a tanto que ya no quedó de otra que hacerle caso a la güeyada, por eso fue que Izéhuatl me pidió que lo acompañara, pa' ponerles un hasta aquí a los cábulas del quinto patio. Damiana, mi madre, de pronto se transformó en ser terrible, los ojos le saltaban de la cara, abultados por venillas enrojecidas, echaba espuma por la boca, toda ella temblaba y repetía que por mi culpa iba a caer la maldición definitiva a los siete patios. Al viejo güey del Quiro, Izéhuatl ni le dijo nada, pues ese pinche vetarro sólo sirve para hacerse tarugo leyéndole las cartas a la bola de crédulos y en cambio no les lee las vaisas, que es su verdadero oficio, porque le da asco agarrarle las manos a su clientela. El asunto era que yo no podía permitir que mi padre muriera en medio del hambre y del abandono; y aunque no hubiera sido mi padre, Izéhuatl había velado por todos, la misma situación que

estaba afrontando, que afronta en estos momentos, ha sido por la defensa de su grey, dígame usted si puede considerar como un acto de solidaridad dejarlo morir de hambre en un rincón de su calabozo. Así es que a Izéhuatl no le quedó otra cosa que apoyarse en la eficiencia de este su magazo, el Charifas, yo merengues pa' servirle. Contra las amenazas de mi propia madre puse en marcha mi plan; a mis espaldas dejé sus iras y sus emponzoñados trances y me puse al habla con los del quinto patio para que me concedieran la gracia de visitar a mi padre con cierta periodicidad; esto era pedirle misericordia a las almas más tenebrosas, y sin embargo funcionó. Lo que realmente sucedió el infausto día fue que los del quinto patio no creían en nada, ni en las palabras de Izéhuatl ni en los infinitos poderes de mi magia, es más, si hubieran ido las viejas rezanderas del séptimo patio ahí mismo se las hubieran cogido. Me permitieron pasar a ver a Izéhuatl, mi padre, y así fue, así es como he podido rescatarlo de lo que ya era su muerte segura. El guía Izéhuatl empezó a ponérselos como camote; empezó diciéndoles que eran unos mandados, que eran la vergüenza de la sociedad, que constituían la parte cancerosa de nuestro cuerpo social, en fin, en muy otras palabras, que eran unos hijos de su pinche madre. Mi madre, Damiana, seguía llorando de coraje, yo, Fuensanta López, Caridad si usted quiere, iba al rescate de mi padre. Pero le digo que aquellos que les conté no creían en nadie y de volón ping pong nos empezaron a rodear con la poca beatífica intención de madrearnos; yo de inmediato liqué cuál era la situación en aquella situación en la que estábamos situados y me preparé para enfrentar lo peor, no era cosa de dejar a Izéhuatl de a solapas en el centro de los chingadazos. No es cierto que los del quinto patio, con todo lo malvados que son hayan abusado de mí; mis pechos tuvieron otro destino. Pero le digo mi chompas que aquellos no creían en nada, y cuando se le fueron a Izéhuatl de a jalón de greña y piquete de ojo, no hubo magia ni divina ni terrenal que los detuviera, y no es que la magia del gran Charifas no pueda ser más poderosa que todo eso, lo que pasa es que era mejor así, para guardar lo más concentrado de mi

fuerza e idear la mejor forma de que Izéhuatl desaparezca del calabozo en donde lo tienen apañado. Desde el primer día en que lo tuve ante mí lo pude alimentar con mis propios senos; así empezó el restablecimiento de mi padre, el guía nuestro, solamente que en alguna forma ha corrido la noticia, no me puedo imaginar cómo, pero ya ve usted que en este mundo las paredes oyen y ya muchos conocen el caso y por eso oye usted que algunos me han cambiado el nombre de Fuensanta López por el de Caridad. Por eso fue que cuando se nos vinieron a puro patín y trompón decidí desvanecerme del sitio pa' que los conciudadanos supieran de los hechos y pa' idear la mejor forma de zafar a Izéhuatl y eso lo sabe muy bien. Quizá algún día se llegue a publicar la historia completa de mi sacrificio y de la deslealtad del mago Charifas en el periódico ese que usted está leyendo, quizá algún día, pero yo preferiría que no, así lo preferiría yo, Fuensanta López o Caridad, como usted prefiera, y preferiría que no para no estar en las manos de periodistas como el Roberto López ése, tan ruin él. Por eso me esfumé del sito aquel y no por puto ni correlón como dice el ojete del Roberto López en esas mugrosas hojas que usted está leyendo mi señor, si se quiere masturbar mi buen, mejor échese las crónicas cinematográficas de la Isabel Gracida y no le ande creyendo al cabrón ese tan hijo de... Pero dejemos eso de los periodistas como el López, que son la mezquindad de la vida, el caso es que mi padre se ha alimentado de mis pechos, de los pechos de su propia hija, el caso es que Plotino se ha salvado.

8

HERMANA.- (recostando el rostro moreno sobre el pecho de su acompañante) Tengo miedo.

HERMANO.- (con voz firme, aceptando la cabeza de ella sobre sus latidos) No hay porque tenerlo.

HERMANA.- Es que siento que todo nos cerca.

HERMANO.- Pero nosotros somos más poderosos.

HERMANA.- No lo sé.

HERMANO.- Lo sabes, sabes que todo esto se derrumba lentamente, lo sabemos aunque no sepamos desde qué sueño viene pasando, pero sé que lo sabes, que sabes que nosotros no tenemos derecho a derrumbarnos junto con los demás.

HERMANA.- Es que si todo se derrumbara, nosotros...

HERMANO.- (Interrumpiendo el discurso de ella) Nosotros estaremos en pie.

HERMANA.- (Sollozando) No sé...

HERMANO.- (Con voz tenue pero firme) Nada te tocará, hermana ni la deslealtad ni la mentira; no te alcanzará ni la apatía que todo lo pierde ni la lujuria con su mano sucia, jamás te manchará la lujuria de los hombres; jamás permitiré que la lujuria de los hombres ensucie tu cuerpo.

HERMANA.- (Insistiendo en sus sollozos) Tengo miedo.

HERMANO.- Tu cuerpo no será manchado, tampoco tu alma será mordisqueada por el morbo de los demás, aunque estemos rodeados por estas sombras que llegan a hora y por las que nos rodearán en nuestro próximo acomodo.

HERMANA.- (Insistente) Tengo miedo.

HERMANO.- Tu cuerpo será tu fuerza.

HERMANA.- Pura seré.

HERMANO.- Sí, pura serás y con la pureza de tu cuerpo se habrá de cambiar la trayectoria de los destinos.

HERMANA.- (Con tono angustiado) Hasta el momento hemos estado repitiendo los mismos hechos, las mismas palabras.

HERMANO.- Pero podemos llegar a un momento en el que torzamos la dirección de la fatalidad.

HERMANA.- (Con el mismo tono angustiado) Sí, hermano, puede llegar ese momento, pero por ahora estamos repitiendo las mismas expresiones dentro de las mismas circunstancias, y eso es lo que me aterra, que todo vuelva a ser igual como en los

pasados sueños, que repetimos uno a uno aquellos momentos hacia los que nos lanza de nuevo una lejana memoria.

HERMANO.- (Dubitativo) Es cierto, hasta el momento hemos repetido acciones y palabras.

HERMANA.- (Sobresaltada) ¿Entonces, todo se repetirá en nuestros cuerpos y en nuestras almas? ¿Entonces no tendremos salida?

HERMANO.- (Desconcertado) No creo que debiéramos...

HERMANA.- Es que está pasando y se repetirá en su totalidad. Volveremos a vivir eso a lo que llamamos sueños círculos anteriores, y que en realidad no son sueños, son auténticas pesadillas, a las que estamos condenados a volver.

HERMANO.- Quizá si volvemos a recorrer paso a paso lo sucedido en los círculos anteriores...

HERMANA.- Lo vamos a recorrer.

HERMANO.- (Convenciéndose a sí mismo) Lo vamos a recorrer.

HERMANA.- Lo estamos recorriendo.

HERMANO.- (Reconociendo el sitio) Todo igual hermana, como en los círculos anteriores.

HERMANA.- (Con espanto, apretándose a un brazo del hermano) Sí hermano, todo igual.

HERMANO.- (Empiezan a caminar como alucinados) Allí está, con la misma puerta oxidada de otros sueños, la casa del ciego.

HERMANA.- (Reconociendo junto con el hermano) Sí, es la casa del Poca Luz como lo apodó el mago Charifas.

HERMANO.- (Con cierta expresión de asombro) El mismo letrero clavado en la puerta.

HERMANA.- (Se acerca al letrero y lee) Se alquilan niños deformes para pedir limosna.

HERMANO.- El negocio del Poca Luz, que tanto fue criticado por algunos sectores de la sociedad.

HERMANA.- Lo mismo de nuevo (estremeciéndose) tengo tanto miedo.

HERMANO.- (Continúa la caminata obligando a su hermana a caminar con él) Otra vez esos letreros sobre las puertas.

HERMANA.- (Lee en otro de ellos) Se visten niños Dios.

HERMANO.- (Leyendo en otro) Se alquila sonido para posadas y XV años.

HERMANA.- (En otro) Se aplican inyecciones.

HERMANO.- (En uno más) Método eficaz para los cánceres en la sangre y alivio para los del alma.

HERMANA.- (Volteando hacia él. Entre sollozos) Otra vez el mismo recorrido, hermano.

HERMANO.- Habrá una posibilidad de rompimiento, debe haberla, estoy seguro.

HERMANA.- (Inundada en lágrimas) Es nuestro destino hermano y estamos aquí para cumplir con él.

HERMANO.- El destino lo hacemos nosotros...

HERMANA.- (Llorosa) Ya vez que no.

HERMANO.- (Con desesperación) Ya vez que sí, yo he hecho el destino, el mío y el de los demás.

HERMANA.- Eso no es cierto; de haber sido así te hubieras evitado tanto sufrimiento. Tú solo fuiste puesto en tu destino para vigilar que se cumpliera fielmente el destino de los demás y el tuyo mismo dentro del de ellos.

HERMANO.- (Con expresión de inquietud) ¿Fui puesto por quién?

HERMANA.- (Aún sollozando) Por esa fuerza poderosa que ahora nos hace reiterar nuestros pasos centímetro por centímetro que nos hace repetir nuestros latidos uno a uno, hermano, uno a uno.

HERMANO.- Es que no puedo creer en la no salida.

HERMANA.- (Secándose los ojos con el dorso de la mano) Reconoce lo que nos rodea hermano, ¿no te parece lo mismo que los círculos anteriores?

HERMANO.- Sí, lo mismo que los círculos anteriores, pero...

HERMANA.- Estamos aquí para volver a vivir los hechos vividos en sueños pasados, en pesadillas, más bien. Para volver a sufrir la zozobra ante la amenaza de una nueva marcha llena de fatigas; para sufrir de nueva cuenta el rapto de las vírgenes y la prisión de Izéhuatl, la terrible prisión de Izéhuatl.

HERMANO.- (Estremeciéndose) Calla, por favor.

HERMANA.- Y tendremos una hija, y en ese momento el círculo se cerrará y volveremos a empezar lo interminable.

HERMANO.- (Desesperado) Calla, por favor.

HERMANA.- Por eso este miedo, hermano, por eso esta desesperanza que me sacude el cuerpo.

HERMANO.- ¡Hermana! (Se abraza sollozando al cuerpo de su hermana).

HERMANA.- Veo a las hordas del quinto patio salirse de su ámbito y posesionarse de las vírgenes del cuarto patio; veo ahora la congoja que esto causa al resto de los habitantes, la maldad que en esta forma se entroniza sobre nuestras vidas.

HERMANO.- Yo también veo, hermana, veo la desgarradora “noche de los dragones”

(Al fondo se ven pasar luces de automóviles).

HERMANA.- ¿Te platicaron detalladamente de aquellos fogonazos?

HERMANO.- Yo viví, esa noche, la viví también en el centro de aquel ardor monstruoso a mitad de la cara.

HERMANA.- Esta (señala al fondo de la calle) Es la calle de los aullidos; al fondo está el área que colinda con la traza, en donde se hicieron, en donde se harán las manifestaciones para exigir la libertad de Izéhuatl.

HERMANO.- Manifestaciones en las que no participarán los ciudadanos del cuarto patio.

HERMANA.- (Con dejo de desilusión) Porque así está dispuesto; porque son los únicos que no se meten con nadie ni

para bien ni para mal.

HERMANO.- Ni para bien ni para mal...

HERMANA.- El mago Charifas dejará que los criminales capturen a Izéhuatl y después encabezará las manifestaciones de protesta.

HERMANO.- Esa será su función, él no deberá de ser capturado para que pueda luchar por la liberación del reo. Para que pueda luchar por la liberación de los reos de este universo.

HERMANA.- (Con la vista perdida) Y no por las manifestaciones organizadas por el Charifas y el Quiro sino por los dictados de su alma criminal.

HERMANO.- (Con desolación) Qué tremenda visión, hermana.

HERMANA.- Sí, tremenda, y la tenemos que cumplir.

HERMANO.- (Desolado)... la tenemos que cumplir... la tortura de Izéhuatl... de Plotino...

HERMANA.- (Con aire de desasosiego) El Charifas entonces organizará funciones con actos de magia y bailes en los diferentes patios para recabar fondos que permitan continuar con los mítines y las manifestaciones.

HERMANO.- Pero Izéhuatl ya no volverá a ser... Izéhuatl...

HERMANA.- Izéhuatl...¿así, sin ojos?

HERMANO.- Tú sabes bien que a lo largo de esta historia no quedaré en Plotino, que volveré a ser Izéhuatl para conducir la marcha. Así está escrito.

HERMANA.- ¿Así está escrito? Así lo está escribiendo el Roberto López ese, para que terminemos haciendo su voluntad.

HERMANO.- (En tono de súplica) No sé si el tuyo es un acto de memoria o premonición...

HERMANA.- Es un acto de dolor, de dolor brutal, sobrehumano.

HERMANO.- (Insiste con desesperación) Pero quizá podamos romper el círculo...

HERMANA.- En una de las fiestas prosélicas organizadas por el Charifas, a las doce de la noche, habrá un apagón, justo en el momento en el que una comisión formada por habitantes del primer patio llegue a informar que a Izéhuatl le acaban de sacar los ojos en el quinto patio.

HERMANO.- (Lanza un alarido desgarrador) Hermanaaa...

HERMANA.- Entonces, para que la fiesta no se interrumpa, el Charifas mandará a traer a “los dragones”, nombre que tú mismo les pondrás a esos que por unas cuantas monedas echan lumbre por la boca en las esquinas. (Regresan sus pasos en actitud de reconocimiento hacia el sitio en donde se encuentran unas paredes ahumadas).

HERMANO.- Y los dragones alumbrarán el resto de la fiesta. La recordada noche de los dragones. La noche en que Izéhuatl se convierte en Plotino y Plotino en tu padre a quien tú misma alimentarás con tus senos.

HERMANA.- Nos alumbrarán los dragones hasta que cansados ya de soplar sus estopas con gasolina, cerca del amanecer, se retiren. Pero ya habrán dejado las paredes ahumadas como han de estar seguramente las del infierno.

HERMANO.- (Ya están de nuevo frente a las paredes ahumadas. Las observan con detenimiento) Cuando aclare, todo estará ahumado, las plantas quemadas, los pájaros achicharrados en sus jaulas, las imágenes de San Tiburcio de Huixtla y San Roberto de las Espinas estarán convertidas en carbón, como si muertas por la lumbre fueran la misma imagen de lo que han de ser los asuntos avernales.

HERMANA.- “La noche de los dragones”.

HERMANO.- “La noche de los dragones”, hermana.

HERMANA.- La terrible “noche de los dragones”, hermano, que se habrá de repetir inexorablemente.

HERMANO.- A Izéhuatl lo tomarán preso y le sacarán los ojos.

HERMANA.- (Llorando desesperadamente) Te tomarán preso, hermano...y te sacarán los ojos.

9

Sí, hice el amor con mi hermana, pero fue para de esa manera salvarla de la lujuria de los hombres.

XI

Kemaj tlakatki Xochitijtouani itata kiiytojki “Mi konetsij kipia ueyi ikamak, tlauei chokas”. Inana kosetsij kiiytojki “Amo neli, nopilkone”.

Nejua kuekuetsij eliyaya kemaj pejki nejnemi ejeliuis, kitlajsojtlak nochi tlamani tlen kiitak ipanni tlaltipaktli. Axkema san tloochpaj nemiyaya. Itsonteki, iyolo uan iikxi, kintlalijki ipan ni tlalpipaktli. Kinejki kimatis ualaj chikaualistli. Keman uetsiyaya atl, keman kiauiyaya, kalmapaj moketsayaya ua kiitayaya kenijkatsaj ejekatli kintepeuyaya kuatinij tlen ama kipiaj chikuauk inneluyo. Tlayoua tlachiyaya eluikak uan kiitayaya meetstli kitlauilia tonana tlalpipaktli pampa totata tonatij amo nesi eluikak tlayoua. Mojmostla yautsinko, keman meuyaya Xochitaltouani kitlajpalouayaya tonatij ika iyolo: “Notata —kiijiyaya— noyolo mitstlajpaloua ipan ni yankuik tonatij. Tlaskkamati pampa tijtlalochtijkia tsintlayouilistli, kuali tijnati ipan tsintlayouilistli, motlaatia tlen amo kuali iniyolo uan amo kuali inemilis. Kauantiuualoua moixayak, uelia nikita ejtli kampa nijtlalis neikxi uan amo nimotepotlamis. Tlaskematli notata,

xochitsitsij tlen yaluaya nojua mimill eliyaya axaj, namaj ika motlakej, ika mototonilis, uelkejya kitlapouaj inixayak pampa sekuistli sejkanok mochantlalitoya. Notata ayok nijneki nimitstsakuiltos ipan moojui, nijmati sejkanok nojkia mitschiaj mokoneauj, san nijneki nimitsijlis: tatej amo xinechicaua, san kampa tinemis xijmokuitloui notonal, amo xijtlauej jaua, xinechtitlanili nochikaualis uan notlachialis ijkinoy nojua xichiyuas nonemilis uan notekil” ...

Leo con atención las palabras de Delfino Hernández. Cierro los ojos.

Los cierro. Las repito.

“Cuando el poeta nació, su padre dijo: Tiene la boca grande, será muy llorón”. La madre contestó: “No es cierto, mi hijo tendrá días felices, su misión será placentera”.

Era todavía muy pequeño, cuando empezó a viajar. Amó todas las cosas que hay en la tierra. Nunca llevaba prisa. Su mente, su corazón y sus pies estaban puestos en la tierra. Se preguntaba con frecuencia de donde proceden el poder y la fuerza. Cuando la lluvia y la tormenta llegaban, él permanecía en el corredor de su casa para ver cómo los arbolitos eran arrastrados por el viento, porque no tenían raíces firmes. En las noches le gustaba observar el cielo, desde donde la luna envía su luz a la madre tierra, porque en la noche el padre sol está ausente.

Todos los días, cuando se levantaba el poeta, saludaba al sol con palabras que le nacían del corazón. Le hablaba de esta manera: “Padre —le decía— mi corazón te saluda en este nuevo amanecer. Gracias porque haz ahuyentado la oscuridad, bien sabes que la oscuridad es el refugio de los que tienen el corazón torcido y su acción perversa. Ahora puedo ver el camino por donde transitaré el día de hoy sin tropezarme. Gracias padre, porque ayer las florecitas estaban en botón y ahora, con tu calor y abrigo podrán descubrir su rostro, porque el frío ha llevado su morada a otros lugares. Padre mío, yo no quiero distraerme en tu camino, sé que también en otros rumbos

te esperan otros hijos, sólo quisiera agregar que no me abandones; en donde quiera que estés acuérdate de mí, cuida mi espíritu y mi energía. Envíame fortaleza y así podrán florecer mi existencia y mis trabajos”.

El tiempo pasa rápido. La cabeza del poeta quedó cubierta de canas.

Un día llegaron hasta su casa dos hermanos colibríes y le hablaron así:

“Señor nuestro, nos ha enviado el padre sol, venimos a poner tu corazón en armonía, porque el escudo de tu tiempo ha terminado de girar, tu luz se ha apagado, hasta aquí llegaron todos tus caminos, tu vida se acerca a su fin. Es necesario que te prepares para el desenlace. No te entristezcas, así son las cosas de la tierra: son pasajeras; es como dormir y despertar, sólo un rato aquí y nada más.

Dicho esto, los colibríes dialogaron con su corazón, con respeto dieron aletazos al poeta y querían llorar pero el poeta les consoló diciéndoles:

“No lloren hermanos colibríes, es cierto, somos pasajeros. Pero nuestras palabras florecerán siempre en el corazón de los hombres que vienen detrás de nosotros”.

Poco tiempo después tres colibríes volaron y se perdieron en el espejeante azul del cielo.

Espina que vuela, daga enhiesta para sacrificar la noche, huitzillin, el colibrí, es la fuerza que crea. El huitzillin, mínima cifra aérea, es síntesis y centro de las rutas del cielo; por su escueto cuerpo recorre una palpitación continua que es prolongación o punto de partida de las palpitaciones con las que se estremece la piel celeste.

Desde su brevedad, él es la fuerza de lo que existe en este mundo, puño de plumas que la mar del viento convierte en braza desde sus oficios. Él es el que nace la magia frente a nuestros ojos,

su quehacer lo hace volando; emperador de las flores; zigzag del perfume, se sostiene mediante lo divino sobre las ramas invisibles del aire, su quehacer lo hace volando. Crece volando. Aquí, en este punto, San Roberto de las Espinas nos asista, Huixtla quiere decir, lugar en donde abundan los colibríes, por eso Huixtla vuela como enorme piedra que se encarama sobre la meritita punta de los cerros.

Huitzillin, espina que vuela; Colibrí, pájaro que chupa la flor, chupa flor, pica flor, chupamirto, es el poeta de los vientos, metáfora con alas de esta parte de la realidad que nos tocó vivir. Ztintzuntzin, Sinsuni, Kuín Tsintsúnitú, Tsiríki, Huichichi, Falo del día, poeta que vibra breve en el centro de nuestro universo.

Eterno misterio la primera casa del colibrí, el poeta, ¿cuál, en dónde su morada, de dónde vino a diseñarnos la nuestra? ¿de dónde llegó para fundar la nuestra casa? ¿de qué punto del misterio es arrojado todos los días hasta nosotros? ¿desde dónde aparece frente a nuestros ojos para realizar su milagro y luego desaparecer cuando ya las sombras? Del otro lado de los nevados volcanes, quizá; del otro lado del sueño, de este sueño que nos mantiene de pie en enfrentación y vencimiento de las contrariedades. De Huixtla es que viene, de lejos, muy lejos...

El colibrí, Huitzillin, la Espina que vuela, es el fundador de nuestra casa, y nuestra vida al asumir la forma de Huitzilopochtli, “El colibrí zurdo”. Máximo ordenador de la creación, la fuerza de la voluntad, con la que movió nuestro músculo y nuestra sangre, con la que inventamos un lago que era real y sobre él, en el centro, como si en el ombligo de la luna, un águila en poderoso nudo con una serpiente y eran reales, en su recia fusión de tierra-cielo.

La espina que vuela, Colibrí zurdo, es decir, Corazón emplumado, vate sus alas a noventa golpes por segundo, es decir es la gran energía que nos da el vuelo, es la fuerza de voluntad que hace que amanezca, es la guerra a la muerte con la sombra, es decir, es el día.

La espina que vuela es una firme daga sobre la piedra de los sacrificios.

La daga punza buscando el centro de los corazones, hiere el pecho de la noche para encontrar la luz que palpita acurrucada en su nudo de oscuridades. La daga entra al cuerpo de sombras para liberarlas, hiere en guerra, abre, rompe y pica en el centro del corazón. Es el momento en el que el Colibrí se sostiene sobre sus alas y penetra con su filo a la mitad de la corola. La daga se clava en el vértice de la flor, la corola sangra.

La noche se alumbrá con cuatrocientas estrellas, la suma de los cuatro puntos cardinales, expresión del infinito. Son las corolas que va a herir el Colibrí, la Espina que vuela. Huitzillin, Daga emplumada, Fuerza de la voluntad, se levanta sobre las sombras y ataca una por una las corolas fucilantes, las apaga lentamente con su pedernal en vilo. Y a cada corazón que hiere, a cada una de las cuatrocientas estrellas que apaga corresponde un paso más hacia el estallido del día.

Nosotros somos los hijos de la Iguana y el Colibrí. Sumamos la fortaleza del vuelo y la del ras de la tierra. Somos la sapiencia de la tierra representada en la Iguana, longitud que se desplaza sobre la corteza y va desentrañando cada signo del universo reflejado sobre los ecos del planeta. La minuciosa lectura de la Tierra es hecha desde la piel dura de los siglos con los que la Iguana se mueve, explora, inquiere, camina sobre las verdades ocultas.

El poder de Coatlicue es transmitido a través de los átomos que arden en el terrón, en el moho, en el breñal, en las márgenes, en las minúsculas ebulliciones de los cilancos, en los empolvados andurriales. La Iguana mide con su cuerpo las múltiples expresiones de ese poder. Lo va detallando a milímetro y partículas, lo va descifrando, trascibiendo a sabiduría, lo va arrancando de su eternidad para darle movimiento.

La Iguana sabe mucho, conoce los secretos, los posee de tanto arrastrarse sobre el barro y la roca. La Tierra no tiene enigmas

para ella porque ella es la Tierra misma haciendo el conocimiento sobre cuatro patas. Camina la Iguana y la Tierra camina rebulléndose en su propia dura piel, lomo henchido para florecer la vida. De ella parten las rutas al ras y las del viento. De ella, magnitud extendida, parten sus frutos aéreos.

El Colibrí viene a ser la línea vertical que compone con la anterior el ángulo recto en el que nos acogemos dóciles. Su acto sostenido en las invisibles ramas del aire, describe las columnas del vuelo, la línea enhiesta. Complementa a la Iguana porque parte de ella para hacerla volar, para llevarla a conocer los secretos de la altura. De lo horizontal surge para establecer lo vertical, para hacer el ángulo donde crecemos la historia del pensamiento. La Iguana la voluntad de la Tierra, funge hacia adelante. El Colibrí, la voluntad de la Tierra en el cielo, hacia arriba. El ángulo está ahí. Estamos en él. Está en nosotros.

Entonces la Iguana es la materia y el Colibrí el poeta que la transforma; la Tierra y el hombre (su sentimiento, su pensamiento, la fuerza de voluntad). La Iguana es la Tierra y el Colibrí su alegría, su risa que vuela. El pequeño saurio ha perdido sus patas delanteras y en su lugar ha crecido dos voluntades que reman insistentes contra el aire hasta producir el milagro. Así es como la Iguana se eleva sobre su propio cuerpo, se contempla desde la altura y aprende la medida cabal de su existencia. El espacio alto se prolonga campo de su estremecimiento; se hace una sola verdad el ras y la altura, el zumo de dos sustancias es nuestra suma.

Y fue guerra la que sostuvimos contra el tiempo y las distancias hasta encontrar el sitio en donde fundaríamos nuestro mundo, nuestro universo, éste, con sus siete patios dibujados a filoso pico de Colibrí sobre la piedra antigua, en el corazón de lo que fue una enorme planicie lacustre (ombbligo de la luna), teniendo como punta de partida un islote, y sobre él una planta cactácea a la que nosotros llamamos nopalli y sobre ella, enlazados el cielo y la tierra por medio de los símbolos de un águila y una culebra.

1521, 1531, 1815, 1915, 1919, 1968, 1985, hemos sido destruidos siete veces y siete veces nuestra propia fuerza nos ha reconstruido. Nuestra alma se acoró en las contrariedades, se hizo fuerte y guerrera y triunfará en la multiplicación que bien sabemos nos depara el futuro. Siete veces siete nos levantaremos del polvo de las siete castas, las siete casas, las siete ansias.

El universo todo se encuentra diariamente en un difícil equilibrio. La amenaza de la destrucción está aquí, viva en cada segundo vivido. La amenaza es constante y el hombre mediante su sacrificio habrá de salvar la luz y su latido sobre el planeta. Tenemos que crear a diario el prodigio de la supervivencia. Se abre el pecho, y en ese momento la herida se constituye en el centro del milagro. El mundo se salva una vez más de la destrucción. El fuego surge del pecho abierto, crece la llama, las llamas crecen en cada tea que se nutre de la pira primordial.

Hemos sido destruidos siete veces.

Pero somos inmortales: estamos hechos del agua salada del lago de Texcoco y del agua dulce de Xochimilco y Chalco; estamos hechos de las dos aguas, tenemos el llanto y la risa como herencia; somos la tragedia, y la alegría de la reconstrucción; la derrota y en ella el triunfo del polvo que se pone en pie y camina. Así hemos hecho la vida; así hemos erguido la grandeza de nuestras construcciones.

La memoria está con nosotros haciendo el futuro; la memoria, en cuyo centro se levanta la pirámide madre, el templo del Colibrí Zurdo, con sus tres escaleras de ciento veinte gradas cada una, para sumar trecientos sesenta, los días que tiene el año menos los cinco del caos por la posible aniquilación, solo detenida con el poder del sacrificio. Ahí está la altura de la piedra, inaugurada por Moctezuma en 1445, puesta en lumbré frente al universo con el sacrificio de los guerreros huastecos derrotados ese año por las armas de la voluntad.

El aniquilamiento se ceba en los débiles, ellos son los

destruibles. La fuerza está aquí, de este lado, en la decisión de el que colocará sobre los cimientos de nuestra ciudad y de nuestras conciencias la enorme piedra de los sacrificios, para cuyo traslado desde Coyoacán, se tuvo que valer de la fuerza de cincuenta mil hombres y de un tesonero dispositivo de cuerdas y rodillos. En los derramamientos hechos sobre Cuauhtemalacatl se concentra la energía que nos preservará pueblo de inmortales.

¿Cómo está apuntalado el universo? Parte de él se encuentra sostenido con las almas de los veintiún mil prisioneros que Ahuitzol hizo sacrificar en el año ocho caña para inaugurar el doble Teocalli. Eran guerreros originarios de Xiuhcoac, Cuetlaxtlan y Tzapotlan. Así está apuntalada una gran parte del universo. Así tenemos sostenido el cielo sobre nuestras cabezas.

El sacrificio de nuestra carne sostiene el movimiento de la tierra, de esa tierra que da forma a nuestro músculo y arriba, en el vuelo, a nuestro pensamiento. Con esa tierra hacemos nuestras casas, en cada adobe enlazado un dolor de nuestra piel está presente. La voluntad y el sacrificio hicieron crecer nuestra ciudad en medio del agua; hicieron el triunfo de la urbanización y la arquitectura; hicieron posible la vida entre una red de canales y un enjambre de canoas. Nuestro subsuelo era agua y así crecimos. A nuestros muertos los enterrábamos en el agua. En el centro del agua levantamos nuestras casas. Agua éramos y en agua nos convertíamos.

Sobre el agua hicimos el hormigueo diario de seres y embarcaciones, sobre el agua hicimos triunfar la tierra de nuestra tierra que se convirtió en una ciudad de casas blancas rematadas por terrazas rectangulares trazadas entre acequias interminables. La tierra creció por medio de chinampas, áreas impuestas a la laguna para la siembra y la construcción. Creció también en cada pecho constructor del nuevo universo.

Nuestras primeras casas no tenían ventana; eso obligaba a una existencia orientada hacia los patios interiores. Así fue como nos encontramos a nosotros mismos; así fue como nos reconocen

tramos en nuestra propia fuerza; así fue cómo fuimos, para ser el motor más poderoso que transformó el Anáhuac.

Junto al de la grandeza cargamos el otro rostro de la vida para que las jornadas sean completas, redondas en su destino, totales en sus lados. Hay mujeres con flores pintadas en la cara y en las piernas, “las alegradoras”, les llama el vulgo. Son el pozo para que descienda el Colibrí a las profundidades de la tierra. Las alegradoras se adornan con las galas de Xochiquetzal y su cuerpo todo sabe a las delicias del amargo, a semilla profunda, a sal de los antros risueños.

El hombre sabe y decide o no sus pasos a la mujer de los dientes rojos, la de la piel pintada de amarillo con axin, el ungüento de las cortesánías “la auianime” le dice el vulgo y la desprecia, mientras la desea furiosamente en la trama de los telares internos. Es la única mujer que puede ver al hombre de frente, como expresión de su desvergüenza; es la que atiende la fatiga de los guerreros jóvenes, la que da otro sentido al aroma de la flor. La mal querida (la bien querida).

El rostro oscuro se mueve también en los dedos del día y en los ojos de la noche. Los que roban, los que matan, son juzgados por sabios que no pueden ocupar más de ochenta días para rendir su fallo. Después vendrán otros tiempos y en proceso de justicia las cruces se clavarán en la nuca de este pueblo. Tiempo será en el que la muerte de la justicia será administrada por medio de la hoguera y el garrote vil, en medio de persignaciones, rezos y conjuros, en medio de un intenso olor a incienso.

Son los tiempos del terror al nuevo Dios, el que desciende a sus fieles en forma de venganza terrible y de tan extremo en su sustancia, que se confunde con las sombras terribles del Demonio, el que se pasea a sus anchas sobre acequias y empedrados.

Pero en medio de tanta rezandería, de ritos sombríos montados en alas angélicas y aureolas satánicas, los Tlaloques insisten en no morir y en su despecho de divinidades desplazadas trabajan

la desbridación del agua, la desatan sobre las calles y adentro de las casas, hasta que se les obligue a que se marchen a nado por el tajo de Nochistongo, para iniciar una vez más la reconstrucción de las casas y de los empedrados, para hacernos dignos una vez más de la inmortalidad de la que fue hecha nuestra carne.

Los relojes no se detienen. Ahora, ante la ausencia de los Tlaloques se sufren agudas sequías que amenazan con un colapso, y sin embargo las enormes construcciones continúan prodigándose: El Colegio de Minas, La Real Fábrica de Tabaco, La Fábrica de Pólvora de Santa Fe, la Alhóndiga, las Ampliaciones del Real Palacio y las de la Casa de Moneda y casi cien años después se tiene que expedir el Primer Reglamento de Transporte Urbano: "...los pasajeros no podrán tomar lugar en la plataforma en la que está colocado el cochero; los pasajeros que no presenten boleto pagaran una mitad más de la cuota que se expende; se prohíbe la entrada de animales en los coches y será sancionado quien no cumpla con esta disposición; los coches tirados por solo dos bestias podrán conducir hasta 20 personas paradas y otras tantas sentadas; los tirados por cuatro bestias, podrán conducir el doble".

El espíritu acumula hacia arriba hasta rematar en un dorado ángel, el que desde las alturas observa cómo se empieza a manchar de humo el cielo de la ciudad de los siete patios. Pero resulta que un buen día (una mala noche) la Victoria Alada se viene estrepitosamente al suelo. Se trata de los terribles terremotos que cada seis años sacuden la amarga casa de estas siete familias en lucha permanente con los hados. Ya el humo y los gases que flotan en el ambiente se han constituido en nuestra turbia corona. Empezamos en la nueva cuenta del siete para sobrevivir una vez más en esta difícil inmortalidad que nos asignó el destino.

La Victoria Alada se encuentra nuevamente en lo alto de su columna. Desde su asiento ha visto rodar el tiempo sobre la ancha avenida, la que se fue poblando con estatuas y estridencias. En torno todo es ruido y movimiento. El abuelo Huitzilopochtli

retorna de vez en vez y puntual cobra el tributo a los nuevos descendientes. De la armonía hemos creado la desarmonía y de ésta la armonía en la que vivimos la eternidad de cada segundo.

Vástagos de la guerra somos y nuestro fuego o nuestra ceniza a sus ciclos están sujetos. En el eje del alma portamos un corazón duro como la piedra, duro como nos lo fue endureciendo el camino, las horas de la angustia, de la desolación, cuando los horizontes son más grandes que todos los años acumulados en la andanza. Portamos un corazón duro, de no haber sido así, hubiéramos perecido desde cuando la primera caminata, con la distancia clavada en nuestras solitarias pupilas, sabiéndonos ínfimo polvo abandonado a la inmensidad.

Yo he visto en cada ciclo los rostros de quienes forman los siete ríos humanos lanzados a la jornada empavorecedora. Me detuve en esas caras desde cuando nos hicimos al camino por primera vez, allá en el principio de los tiempos, en la lejana bruma de la memoria: Nemautiloc, neizahuiloc, tlatenmachoc, nenotzalo, ne-necentlanillo, noehlolo, nechochoquililo, techoquilililo. Había miedo, había terror, había angustia, había recelo. Se hablaron entre sí, se juntaron, se congregaron, lloraron los unos con los otros, había llanto por la gente.

Pero el alma cuando es fuerte es superior al espanto. Y así nos fuimos imponiendo al camino, a la maldición de la que todos hablaban dirigiéndome una mirada de sospecha o de recriminación. Y así fuimos tocando parajes en los que ya habíamos sufrido anteriormente, por donde ya habíamos arrastrado la sangre, la sed, la angustia, el insomnio, la fatiga, la vida y la muerte, una y siete veces siete sobre la tierra, sobre el mismo polvo que vuelve a sentir el trasijado paso de esta nuestra misma zozobra. Una y siete veces siete. El padre mamó los senos de su hija y así se estableció el círculo maldito; así quedó esgrafiado el ciclo eterno al que fuimos atados.

El hombre y sus trabajos se convierten en el cuerpo de la crónica, en el cauce retorcido de la leyenda; por medio de esos procedimientos reconocemos nuestras vidas interpretadas bajo otra óptica. Oímos la historia y de pronto nos encontramos con que somos los protagonistas, sí, pero sabemos que nosotros la vivimos desde otro signo. Así he oído hablar —tomado de nuestro acervo colectivo— de aquella mujer que se transformó en fuego, atendiendo a la disposición de su temperamento ardiente. Y en efecto, muchos pueden dar fe de la mujer resuelta en una retorcida llamarada, la hemos visto arder siete veces en siete noches distintas. Es una mujer cercana a cada uno de nosotros, tan cercana, que muchas veces la hemos sentido arder dentro de nuestra piel misma. Pero las versiones caminan y van encontrando nuevos rumbos, como ese en el que se asegura que después del fuego, la mujer se convirtió en un enorme bloque de hielo y que así permaneció durante buen tiempo hasta que el hielo se fue derritiendo y al final sólo quedó un montoncito de polvo cenizo que los vientos de febrero se encargaron de esparcir por los siete patios.

Ahora tenemos un buen puñado de historias paralelas a la historia real. Cada quien puede escoger la propia explicación de nuestro devenir. Los prácticos hacen gala de una memoria incorruptible y recurren a las imágenes más directamente ligadas al recuerdo. El problema es hasta dónde los recuerdos son fieles a la realidad de los hechos; hay los religiosos que quieren explicar pasados y futuros por medio de la ficción del milagro; los científicos se la pasan haciendo ecuaciones hacia adelante y hacia atrás, sumas, restas, multiplicaciones, evaluaciones y mediciones sin fin y son los que finalmente vienen cayendo más cerca en las garras de lo divino; están también los poetas, esos son los más peligrosos, pues por su culpa hay noches que se acortan y días que se alargan; en muchas ocasiones el norte lo colocan en el sur y el poniente en el oriente, enloquecen los relojes y descuacharrangan las lógicas y después de demencias tales, llegan a colindar con el milagro, palabra usada en este caso solo para manifestar el asombro que producen tales

desproporciones acercándose a la verdadera verdad de nuestro origen.

Ce, ome, yei, nahui, macuilli, chicoace, chicome... la cuenta se inició desde hace mucho, siete veces siete repetimos idénticos trayectos y en los siete patios de una misma casa siete veces la estrella de Venus es un ojo celeste que tiñe nuestros pasos. Este es el sitio en donde el hombre adquiere la dureza de la piedra para poder resistir acechanzas y terremotos sexenales sin más defensa que el músculo inflexible y el rito religioso.

Nuevas deidades nos asisten desde hace mucho, hasta que se vuelve a iniciar el nuevo periodo y todo empieza por el principio. La casa de las siete familias tiene un nombre: "Sagrado Corazón de Jesús" y esa es la imagen divina a la que están encomendados los actos cotidianos. Pero hay otros santos que comparten los espacios beatíficos: San Tiburcio de Huixtla y San Roberto de las Espinas. Con tanto santerío se podría pensar en que estamos salvados, pero no es cierto, la maldición vuelve a nuestras vidas y torna a canjear los santos de yeso, por los antiguos dioses de piedra, para hacer otra vez la ruta interminable.

Lentamente la vida se hace muerte y luego vida, lentamente como se acumulan las horas de los siglos. Y la niebla se desprende de la noche para darnos la línea de las cosas de los hechos. La araña teje su hilo desde antes. Los cuerpos desde ahora, compartiendo sus instantes, su sitio. Antes y después, adentro y afuera del cuadrante los círculos en labor concéntrica, en acción expansiva, distribuyen los espacios sobre la luz vibrando. La niebla se desprende de las noches que son la noche hacia el momento del amanecer. Las banderas de la miseria flamean en los mecates, serenadas de madrugada, y los orines secos de niños y perros, con la resiente claridad establecen caprichosos mapas en el piso de cemento cuarteado. El recorrido de las horas se puebla de historias tremebundas, caravanas de hechos y hechuras que sólo las almas de pedernal pueden transitar sin desgajarse. Sobre estas cadenas nace el poema de la desventura y de la grandeza.

De qué sólida piedra estamos hechos. De qué roca fortalecida por los siglos, para vivir dentro de historias cómo éstas. Este es el mundo que hay que sobrellevar con entereza. Para ello algunos acuden a la magia y es entonces cuando encuentran empleo sujetos como el Charifas, creador de ilusiones con base en la pura habilidad de sus manos, manos que no han dejado que se las lea El Quiro, porque está seguro de que a partir de ese momento, perderían los dones con los que crea la ficción a sus auxiliados. El Quiro y él siempre en pugna, constituyen uno de los tantos factores de equilibrio que nos mantienen en pie. El uno, valiéndose de la habilidad de sus manos para su sobrevivencia; el otro, lector de las manos, tan siniestro, según El Charifas, que con solo pasar los ojos por las suyas borraría las fuentes de bondades que en ellas habitan.

El Quiro y El Charifas se pelean por la supremacía de sus posiciones filosóficas y por las ventajas que da el poder, el mundo continúa así deslizándose dificultosa pero inexorablemente y los días se siguen acumulando hasta el momento en que se tenga que cumplir con el destino de la fatigosa caminata que amenaza en algún punto el imperioso futuro.

Mientras, las mujeres nocturnas siguen alumbrando las esquinas, riendo y bailando en los salones cada vez que se les deposita una nueva moneda en la ranura del sexo. Cuando en aquellas hendiduras entran grandes rollos de billetes, ellas enredan sus dedos en las cabelleras de sus clientes, y les muerden el ombligo y los dedos gordos de los pies.

Mientras, la virtud crece entre las mujeres del último patio, las que hablan con Dios, las que llenan los días y los años con los murmullos de sus rezos, ganando la santidad he implorando porque algún día se apiaden las fuerzas del cielo y rompan la fatal cadena que ha obligado a toda esta gente a caminar sobre la curva interminable de los siglos. Dos caras de la misma moneda: la mujer que habla con Dios y la que baila con el Diablo. Mujeres ambas, preservadoras de la especie.

Lo cierto es que esta es la guerra y de ella y en ella hay que vencer. Esta es la parte oscura que ha esculpido la inmortalidad de la que somos hijos. El Colibrí levanta su puñal y lo incrusta en la corola helada, la apaga para encender el día. Estamos en la guerra: la sombra contra la luz, el filo contra el centro vulnerado, el fuego contra la gélida oposición. Esta es la guerra, y en su horno nuestro barro fue formado.

El bien y el mal, lo dulce y lo amargo, lo tierno y lo rudo, el gozo y el dolor, El Quiro y El Charifas, la devoción de Damiana y las puterías de María Cruz. Estamos en la guerra y somos sus vencedores y sus derrotados para poder seguir viviendo. Damiana-María Cruz, Cihuatl Conehuacatzintli, por ti aún estamos.

El eco de pesados pasos arrancó a Plotino de sus cavilaciones. Entre las brumas inmediatas habían quedado las evocaciones de aquellos alegatos entre El Charifas y El Quiro de los que había sido testigo tantas veces; también quedaban atrás los recuerdos de los ritos sangrientos que realizan cada seis años los miembros de la sociedad de limosneros, quienes para conjurar los terremotos que amenazan con destruir la historia de las siete familias, le sacan el corazón a alguno de sus miembros para ofrecerlo, chorreante, a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús; atrás quedaban los recuerdos de la ceremonia del Fuego Nuevo, quedaba lumbre desnutrida para los pilotos de las estufas de gas y las mechas de petróleo.

Los pasos se acercaban amenazantes hasta la celda de Plotino quien yacía abandonado en una litera en desorden. De pronto dos rostros torvos irrumpieron en la atmósfera apenumbada. Plotino vio aquellas sonrisas sucias, dibujadas por funestos presagios y supo que lo peor se aproximaba, sin salida posible. Había envejecido en muy corto tiempo y lo que aquellos torvos levantaron

por los aires fue a un anciano resuelto en un montoncito de harapos y pellejos.

Los hombres caminaron con su liviana carga entre la bulla de los demás reos que silbaban y gritaban enloquecidos mientras sacaban los brazos por entre las rejas o trataban de introducir la cara entre barrotes y barrotes. La víctima se dejó llevar hasta el fondo del galerón poblado de calabozos, en donde se iba a llevar a cabo el sacrificio. Plotino iba a ser inmolado en medio de las diferencias entre los criminales carceleros y los criminales encarcelados por pugnas internas. Nuevos hombres de catadura similar a los que le llevaban en vilo esperaban con una sonrisa igual de siniestra en sus rostros. Luego las sonrisas se convirtieron en carcajadas. La atmósfera se hizo más densa aún, cargada de morbo.

Hubo un leve intento de defensa por su parte pero pronto volvió al abandono del cuerpo hasta que el filo de la piedra del martirio se le incrustó en la nuca. El ambiente olía a atmósfera cerrada, y en los oídos ya no cabían más aquellas carcajadas lúgubres. Dos de los hombres se encargaron de abrirle toscamente los párpados hasta donde más no daban.

La rabia viscosa, caliente, penetrando con un ardor demencial, le hizo lanzar un alarido que se fue haciendo cada vez más delgado hasta confundirse con el fino hilo con el que aquella rata erizada dejaba escapar de sus comisuras brutalmente presionadas el líquido cegador, el enemigo hilo de baba enfurecida. La rabia penetró por las retinas de Plotino, resbaladiza, rencorosa de la luz porque sí, buscando las raíces de ésta en los ramales ópticos, dentro de las órbitas de un cráneo vencido.

XII

El hermano pensaba en esos momentos:

¿Qué es lo que muere cuando dos carnes se tocan? ¿Cuando dos organismos se comunican mediante el tacto? ¿Qué es lo que se destruye en esos momentos? La inocencia, la pureza es la que cae sobre el polvo, estrepitosamente, como una construcción que fue levantada centímetro a centímetro con inmedibles dificultades por las acechanzas de las que había que preservarla y que de golpe es herida en la médula con la fuerza del rayo.

El manantial brota cristalino, festivamente cristalino, del seno de la tierra su aparición a borbotones crece el tiempo de la transparencia. Y así, límpido, claro, cristalino salta al mundo, a la arcilla reunida a los lados del cauce. El mundo se encargará de mancharlo en la medida de que avance, que se haga adulto, que gane lodos y distancias. ¿No hay algún manantial en el mundo que esté libre de esta fatalidad? ¿Siempre ha de ser así, que el mundo tenga que mancillar lo límpido, lo que nació radiante e inocente? Alguna forma habrá, tiene que haberla, de conjurar ese torcido destino, de preservar la pureza del agua, la que trae desde la noblitud de los fondos abismales. Y si la hay, si realmente la hay, entonces habremos corregido el rumbo del planeta, le habremos hecho dar el giro inverso sobre su eje, empezaremos la historia nuevamente, con otra dirección, con otros propósitos, con otros resultados.

Pero viéndolo bien, no existe lo imposible, la llama se mantiene pulcra en su vértice, nada se atreve a llegar al hondo sin que la llama lo convierta en llama. No hay acto que valga, ni el del sacerdote ni el de la salamandra, la llama mantiene su vientre immaculado. Entonces, al fuego con el fuego para detener la mancha, para incendiar con su lengua profiláctica el mundo de la sombra.

Con el fuego mismo ella habrá de ser protegida, ella la pura, la limpia, la sin mácula como borbotón de agua clara que brota hacia la luz del día. Si el pecado hace sufrir el alma, ella no sufrirá, no será alcanzada por las sombras en las que todos nos sumergimos, será preservada por mí, por su hermano que la ama y que no permitirá que la desgracia la alcance. Con el fuego mismo construiré la muralla que la proteja, que la aíse de los males del alma y de la carne.

Ella no será materia para el morbo, no será motivo de la lascivia de otros, de la baba impúdica que se pega a los cuerpos para nacerles yagas que nadie ve, pero que lentamente van avanzando hacia el alma. Mi decisión será su escudo, ningún hombre la convertirá en el blanco de sus enervaciones, de sus secreciones obscenas, nacidas en la fragua de la lujuria. Nadie debe mancillar este cuerpo que nació claro y luminoso como la flor del día.

Con la llama la amurallaré para que nunca se convierta en el placer morboso de nadie, para que nadie la ultraje con la caricia sórdida y los deseos pervertidos para que no sea botín ni triunfo de nadie sobre una cama ajena; su cuerpo no será tocado por nadie; no será envilecido nunca por la concupiscencia, maldita por ser madre de las debilidades, por retornarnos con alevosía y violencia a nuestro elemental origen de barro.

Yo seré el sexo de su complemento para que no tenga que ser tocada por el morbo de nadie, para que nadie la envilezca, para que los hombres no ultrajen su cuerpo con los dedos viscosos de sus calenturas. Seré el sexo que ella necesite, sin maldad, sin dolo, sin la urgencia que nace de los malos deseos. Sólo así cumplirá con su función de mujer sin ser deshonrada, solo así será virgen y hembra; dejará de ser virgen sin dejar de serlo. Seguirá siendo limpia, intocada por los hombres, protegida por mí, preservada por el propio fuego.

Pero nunca dejaron de asaltarme los terribles fantasmas de la duda. ¿Y qué tal si lo tomado como preserva medida de la pureza

se convirtiera por obra de esa milimétrica distancia que existe entre los extremos, en un pecado todavía mayor del que se trataba de evitar? Siempre que se realiza una acción encaminada a romper los esquemas habituales queda girando la terrible duda de si en realidad se está en la vía de la excelsitud o por el contrario, si lo que se ha tocado son los más bajos fondos.

¿La preservaba yo a ella con mi pensado acto o tan solo la estaba lanzando por la vía de una maldición eterna de la que yo sería el único culpable? Oh la terrible duda que se apodera de los seres en el momento de realizar los actos de mayor trascendencia.

Fueron largas noches de desvelo las que se encadenaron por meses enteros considerando desde todos los ángulos posibles esta situación que iba a ser fundamental para el resto de nuestros días. No hacer el amor con mi propia hermana, no, sólo cumplir con el acto estrictamente físico, era la única manera de aislarla de la inmundicia con la que normalmente los hombres llevan a la cama a las mujeres, para macularlas, para mancharles el cuerpo y el pensamiento. Esto no sucedería con ella, esto no pasaría jamás; con mi propio cuerpo evitaría el deterioro; el fuego mismo la protegería desde su limpia semilla, ella no sería el botín de la codicia y los malsanos pensamientos de ningún hombre. Después vino lo que vino: un cuarto perfectamente aislado por la complicidad; en medio una cama cubierta por una colcha amarilla con dibujos negros; sobre la cama dos desnudeces entrelazadas: una, indefensa; la otra, defensora en un nudo en donde el deseo de la carne no contaba... al principio...

Los dos cuerpos perfectamente unidos por el lazo de la humedad. Era un palpitar dúo de sudores entrelazados, fusionando la carne convertida en vehículo de urgencias; era la liga indisoluble de la saliva par tendiendo la comunicación entre las dos orillas, entre las dos verdades convertidas así en una sola llama; eran los océanos de los sexos vueltos un solo mar de sales derramado entre las piernas, sobre la sábana.

Rota la cohibición inicial, las dos desbridadas energías evolucionaban eruptivas oscilaciones almáticas y en esa forma la tigrada sangre se convertía en la longitud de su latido. La desenmascaración de los deseos primero y la suma de posibilidades después, el tigrado instinto bien despierto, llenaba el tiempo inventado en su otro rostro, inventado por el proceso en desempeño de la entrega.

Afuera, en el patio, los pájaros negros y amarillos sobre el piso. El escándalo de la gente ante el hecho inesperado, esperado por todos desde siempre. Las expectativas morbosas y el vocinglerío extendiéndose en torno del fenómeno. Las ganas de querer sufrir con el espanto que se lleva adentro y sacarlo del interior y compartirlo con el resto del espanto de la ciudadanía. Sentirse partícula de todo desprotegiendo, frente a los signos terribles, ante aquel deshojamiento de plumas negras y amarillas. Adentro, la isla, formada por dos cuerpos que se encuentran en este día de aves demolidas.

El ofuscamiento de los sentidos se inicia desde el momento mismo en el que caen las partes externas del atavío y la piel en desnudez y ansia empieza a iluminar el cuarto destinado para la ceremonia. La ropa interior crea un idioma libidinoso que crece en sus sedas suaves, blancas, que envuelven las curvaturas turgentes.

De pronto se han trocado los valores. Ya no el amor para preservar la castidad. De pronto, el furor para preservar la vida, para escapar de la muerte, y en ese escape se lleva la castidad y muchas otras cosas a cuevas. El perfume va más allá de la rosa y ésta de la espina del tallo, así como el tallo fue más allá de su germinada base. Ahora la castidad adquiere el nombre de hoguera y se levanta sobre la punta de sus pies ardiendo.

Los labios buscan trémulos los carnosos anillos del otro cuello. Se hunden en ese campo ya entregado al ataque de la otra piel. El otro y la otra de los dos cuerpos en juego, en actuar letificante, dan sonido y color a la fecha en lo que esto sucede, como de los deseos, cóndor, coito. Suben las mareas del placer por cada una

de las células, y el aire mismo que se respira se transforma en arrebato que hace estremecer enloquecido el pedazo del día capturado entre los cuatro muros por donde se extienden los penetrantes aromas del sexo.

Ella esperaba —con los ojos entrecerrados, los labios entre abiertos— el peso inevitable del otro cuerpo. Ya la caricia de aquella boca sobre el cuello había trabajado con éxito sobre la tensión muscular de sus aprehensiones y ahora ofrecía una extensión laxa, abandonada a lo que solamente cuatro muros tendrían el privilegio de presenciar.

Pero la boca seguía besando, suavemente, recorriendo con su caricia el cuerpo de ella, yendo y viniendo lentamente del hombro a la cercanía del seno; deteniéndose morbosamente en cada centímetro besado, en cada golpe de sangre que se diluía bajo la piel. A veces el beso se alargaba sobre la superficie amada y descendía hasta la oreja, provocando nuevos sacudimientos en aquel cuerpo cada vez mayormente entregado.

Las manos sabias rodean el tórax femenino, lo aprietan, primero con suavidad, después con urgencias estrujantes; ella gime, como producto de una combinación de placer y dolor, gime desde adentro, no es el cuerpo el que se manifiesta en ese gemido, es el alma misma en posición horizontal con el cuerpo, recibiendo aquel abrazo cada vez más pecaminoso, cada vez ocupando mayormente la nueva realidad del fogoso salto cualitativo.

Indetenibles, las dos manos se encuentran a la altura de la media espalda, juguetean ahí, morosas, morbosas, enredándose en la ancha tibieza conquistada, explorando cada milímetro del reino rendido. Nadie antes había transitado sobre esa extensión desnuda que un cuerpo de mujer cede ahora, en este momento real, cierto del todo, a las manos del fuego.

La espalda se asume, se sume, se resume, se ahonda, dibuja un arco de entrega, las manos se afanan sobre su presa, territorio ganado, dan con los tirantes, con el broche que asegura el brasier,

ese abrazo de tela profundamente humanizado, habitado de aéreas sensualidades que en secreto le han sido transmitidas. Nerviosos los dedos actúan sobre el broche, pierden el dominio sobre él, pero insisten, mientras la espalda permanece arqueada para favorecer la acción. Por fin dan con el sencillo mecanismo y los deseos, constreñidos por la breve contención de encaje, se expanden como un descanso. Los senos afloran libres, como el placer del agitado instante que los libera.

Una antigua electricidad que proviene de quién sabe cuántas generaciones, de quién sabe cuántos siglos y siglos de amor, recorre los dos cuerpos; el de ella se va abriendo al contacto de la caricia, es una longitud carnal que se dilata entre sobre saltos mientras entrega a la luz impúdica el lunar incompartido, los botones rojizos con que rematan sus dos senos apuntando hacia adelante, ocupando erguidos el espacio que les corresponde, provocando a su vez, exigiendo para sí, el ataque de dos labios sedientos, de diez dedos ansiosos.

Las miradas se miran y braman, se retan mientras se piden clemencia en medio del fragor, una clemencia que en un segundo se transforma en exigencia de más, más... y la pugna se encarniza sobre el cuerpo dado, ya no hay riendas para la espontánea toma de la vida; no existen consideraciones que estorben esta sensación de que se está más vivo que nunca; que se es dueño pleno de la vida para arrojar a ésta al centro de los abismos insondables, al vértigo de los remolinos de fondos insondables.

Ella (¿quién? ¿la hermana?, ¿la futura hija?) siente la mordida en el nacimiento de una de las pequeñas lomas morenas. El seno izquierdo, el cuerpo todo, es habitado de inmediato por la voluptuosidad que crece en ella cuando después de la mordida, la punta húmeda de la lengua acaricia el lugar atacado. Entonces la lengua ya no se detiene; entra toda en acción, lamiendo en el lugar de la mordida; más, desciende a la catenaria que se forma entre los dos senos; más, se reparte ansiosa sobre las cimas de las dos lomas carnales; más, llega a uno y otro botón en cada caso, vuelve a ceder su sitio a la suave mordida de los dientes para empezar una y

y muchas veces en cumplimiento de la mecánica lasciva. Más....

Más.

En un principio hubo si no una resistencia a esta entrega que ahora se estaba volviendo una rotunda realidad, sí una especie de temor que le impedía a ella ser dueña plena de su cuerpo, provocar, incitar, ponerle leña a la sangre; ahora las caricias habían empezado a desatar las amarras y el barco se hacía dócil, al furibundo oleaje.

Un rumor de hojas arrastradas sobre el piso llegaba desde el exterior en donde el viento hacía de las suyas golpeando, seco, las paredes. Por unos segundos esto distrajo su atención y comentó casi susurrando: “A estas alturas el viento ya debe haber barrido con todos los pájaros muertos...” no recibió respuesta alguna, una boca voraz abarcó su boca; no pudo seguir hablando; ni quería hacerlo, ni tenía nada que decir; todo intento de acción distractora, para cubrirse con su último raído velo de pudor era inútil además de ridículo.

El ventarrón adentro del cuarto tenía otras características; subía y bajaba en forma de lengua de los ojos a los senos, de las clavículas a las orejas. El cuerpo de ella pedía con ansia el otro peso sobre la lanosa colcha amarilla adornada con motivos negros. Las manos masculinas, indetenibles, en algunos momentos se enredaban en la abundante cabellera, en otros, resbalaban por las nalgas, por los muslos, gozando plenamente el grosor de las piernas femeninas a apenas unos cuantos centímetros de las ingles que empezaban a convertirse en un naufragio de humedades.

Le lengua continuaba sin detenerse, lamiendo morbosamente los párpados, las cejas, la frente; ensalivando las mejillas, la nariz, los párpados nuevamente. De nuevo las cejas y por fin asaltaban el cuello; ella solamente gemía y atraía hacia sí el otro cuerpo. El brasier había sido vencido minutos atrás, quedaba la otra prenda, de jersey calzada sobre los misterios húmedos, prenda pequeña, elástica y de color blanco como la pureza.

La mano derecha llegó hasta el elástico ceñido en donde empiezan la tersura del muslo y la sombra ensortijada del pubis; en la parte más angosta de las pantaletas, la que se pierde entre los troncos carnales, la blancura inicial se veía ya alterada por algunas manchas de humedad. No obstante el peso del otro cuerpo, las formas de la mujer se retorcían entre las urgencias masculinas y la colcha negra y amarilla convertida en esos momentos en la piedra de los sacrificios.

Un gemido de mayor intensidad fue el aviso de que dos de los dedos de la mano hurgadora —el índice y el medio— habían franqueado el dique del elástico y se empezaban a deslizar sobre la carnosidad de vellosidades sudorosas. Mientras los dedos actuaban abajo, la lengua seguía lamiendo aquel rostro ensalivado, de ojos entrecerrados y piel encendida. En el cuello de ella las venas se hinchaban azulosas, gruesas, como si fueran a estallar en cualquier instante.

Los dedos eran dos ciegos sabios explorando la selva oscura y sedosa, dos insaciables exploradores que cada vez se acercaban más a los bordes en donde se concentra la energía del universo todo. Los dedos acercándose poco a poco; distrayéndose en algún banco de rizos; avanzando otra vez, entre la tela y la pelambre; sobando en su estrecho espacio las inmediaciones del cráter; avanzando hacia el abismo ardiendo; tactando, deslizando las yemas en los bordes mojados. El dedo medio tiene seguro su blanco, entre dos paredes secretantes avanza. Se hunde. La punta de la lengua se clava como un puñal en una oreja de ella, quien ahora se manifiesta con un grito que sale desde muy adentro mientras cierra con fuerza las piernas pero el dedo medio ya está adentro; es inútil la clausura que instintivamente pretenden lograr las dos extremidades femeniles y lo único que consiguen es aprisionar con fuerza la mano fundiéndola con la otra carne, con la secreta; el dedo medio se mueve en medio de la estreches inundada mientras las piernas, las apretadas pinzas de apenas segundos antes comienzan a abrirse,

primero, lo necesario para dejar en libertad los movimientos de la mano, después se abren totalmente sobre la colcha con dibujos negros y amarillos. A mitad del cuarto, escenario encubridor (telón inexpugnable para los ociosos veedores) se abren de muro a muro, como si tuvieran conciencia por ellos mismos y supieran que toda resistencia es inútil y entonces se decidieran por una entrega morbosa, total, al enemigo.

Era la demencia absoluta. Se habían perdido las orillas. Ya no había retorno posible. El huracán de adentro ya no dejaba oír el apenas vientecillo que había barrido con pájaros negros y amarillos allá afuera. Los dedos exploradores habían salido una y otra vez de su enternecida cueva para hacer el excitante viaje hacia cuatro fosas nasales, hacia dos bocas ávidas engolosinadas de zumos y aromas.

La calzada prenda de jersey, empapada, sin su blancura inicial, era ya un estorbo. La mano masculina dio un tirón hacia abajo ganando apenas unos cuantos centímetros de la nueva carne, entonces las manos femeninas acudieron a la ayuda para zafar al cuerpo de la mínima prenda. Ella misma apoyó las plantas de los pies sobre el lecho y se arqueo hacia arriba para deslizar hacia afuera los calzoncitos, como siguiendo los movimientos de una lección aprendida desde hacía una infinidad de siglos.

Hubo un momento en el que ya no se besaban ni se lamían; las dos bocas se encontraban ocupadas en morder cada cual un pedazo de pantaleta mientras un muslo masculino penetraba entre las dos piernas de ella y rendía un lento masaje al cojincito velludo que se abría dócil al toque de la rodilla convertida en mitad agua, mitad carne, mitad fuego, mitad sueño.

El instinto masculino se fue apoderando de manera absoluta, con las sensibilidades en punto, de aquella carne de hembra que a cada segundo se flexaba más, y más abría todas sus bocas para ser inundada por medio de ellas, para que el hombre cupiera íntegro en su cuerpo, para que cumpliera fehacientemente con su

condición, para que se introdujera en sus venas, para que ardiera junto con ella desde las uñas hasta los pensamientos. Un gemido mayor que los anteriores y después el abandono, la laxitud, las ganas de no cerrarse nunca más. La colcha de lana era ahora una laguna de llamas en donde nadaban dos cuerpos que habían entrado, salido y vuelto a entrar el uno en el otro.

La hermana pensaba en esos momentos:

Mentira, no había ventanas en aquel cuarto. Los muros eran una especie de placas de acero sin puertas, sin rendijas posibles, no había ventanas, se puede estar perfectamente seguro de ello, no las había y afuera el viento no había barrido con pájaros negros y amarillos; los pájaros eran verdes y ahí permanecieron sobre el suelo del exterior esperando madurar esa misma tarde hasta llenarla de estallidos de flores rojas. Los altos muros como de acero no permitían ver hacia afuera, pero se puede asegurar que los pájaros verdes maduraron esa vez y tapizaron el piso con flores que quemaban.

Los ojos mansos, apacibles, aquellos por los que un becerro miraba el mundo, aquellos ojos de bondad y de agua mansa habían perdido su calidad de espejos benignos, se habían prendido de repente con la chispa del diablo. Aquellos ojos calmos del varón amoroso y casto eran ahora dos hornos incandescentes que laceraban con lenguas de lujuria cualquier parte del cuerpo en el que se posaran; todos los fuegos del infierno se habían volcado en esas dos ventanas terribles.

Y el ímpetu avanzaba, avanzaba sobre el cuerpo indefenso que era mi cuerpo; los únicos movimientos posibles para facilitar la entrega, una entrega que estaba exigiendo a gritos desde el último rincón de las células, hasta el último latido de la no hermana, de la mujer, de la mujer ahora y siempre, prendida con el leño del deseo que quién sabe cómo había despertado repentino bajo su piel, tan indefensa —se estaba viendo— para este tipo de combates; tan indefensa de la mujer en este punto convertida en tea, para

quemar la colcha de lana con dibujos verdes, para quemar la tarde, cómplice del brutal incendio, para quemar al hombre entre las dos piernas, abiertas y después hechas nudo sobre su cintura.

Los oficios del amor estaban desatados en aquel encierro, repitiendo una vez más la añeja página, en mismo acto, los mismos movimientos, las mismas posiciones que venían quién sabe de qué lejos en el tiempo; que se estaban dando igual en esta hora, en otro cuarto, en otra cama, en cualquier otro punto del planeta. Y bien, se trataba de esto, de abrir las piernas, de abrir la carne, de abrir el alma para recibir adentro al mundo, la historia del hombre, de su sangre, la historia de la tierra girando en torno del astro que nos prende lumbre. Se trataba de abrir las piernas, de abrir el cuerpo, de abrir el alma y gemir y sudar, y sentir que se está tocando el cielo porque se ha llegado hasta el fondo del infierno, al revés, de tan infierno se ha llegado a la parte más luminosa del cielo. Entonces se trata de abrirse así, toda, total, absolutamente, ni un centímetro más porque entonces se desprenderían las piernas de sus ligamentos. Estando en esa posición, arrasada totalmente por el huracán podía sin embargo, por un misterioso sentido de la ubicuidad, verme desde afuera, en la novedad de esa posición: los muslos separados, las piernas hacia arriba, dibujando dos escuadras tersas, como dos diques protectores de las caderas del varón. Entonces vi ahí, abiertas, a las que han procreado para los siete patios; abiertas en la misma forma iban a estar las vírgenes que dentro de un no lejano futuro iban a volver a raptar los torvos del quinto patio; vi a María Cruz en su oficio de amor público y a todas las de su rango en dibujo de la misma posición; la púdica y la impúdica estaban ahí, confundándose en un mar de gemidos, en una sinfonía de sudores, en una feria de contorciones, siempre con la misma marca. Entonces, pensé, no solo en la muerte como la filosofía con el viejo Quiro igualando a los seres, hay muy otras formas de igualamiento en la tierra que nos cubrirá, en el aire que respiramos, “en la tumba y en la cama”, discernía yo en esos momentos.

Aprisionada del sitio donde solo su mano se había atrevido, engarrada, atrapada el ave obscura, tocada por mí solo cuando las urgencias naturales, qué más me queda sino el sistema de resuellos con los que poblé esa tarde. Mi pecho se hinchaba y se deshinchaba con el hombre encima, con su pelo rudo restregándose las mejillas. Con su pelo suave restregándose las piernas, con el sol de afuera quemando poro adentro y más allá, en las más profundas profundidades, en las sin límite como el cielo.

Cogida de ahí —la prisión de nailon había cedido a los embates de la sexualizada mano— no me quedaba otra alternativa que no fuera dejar que el ardor acabara de abarcarme y por ese medio volver lo aborrecible en éxtasis, integrar el pecado a mi cuerpo gustoso y asustado, débil, como dicen que es la carne, abriéndose inexorablemente cada segundo más hasta que penetrara libre y rerozante la lanza con la que el sol clava a sus hijas para hacerlas sufrir, para inundarles los ojos en lágrimas que algunos llaman gozo.

Después el nailon fue zafado de su sitio; yo misma ayudé a botarlo “—cuando la violación es inminente lo más sensato es gozarla —le había oído decir tantas veces al cínico del Charifas—. Además, esta vez no se trataba de una violación, ¿o sí? El caso es que la pantaleta inocente de la mañana ahora era testigo humedecido de los avernos desatados. Después la blanca tela iba a volver a su sitio, a cubrir las partes mojadas por los dos bandos, blanca tela aunque esa tarde también perdiera la inocencia.

Libre ya de toda traba, él me lamía la frente, las cejas, los espacios cercanos a la boca mientras me mantenía montada sobre una de sus rodillas; era una rodilla enorme que me aplastaba el sexo pero sin dolor; que lo abría y cerraba en sus bordes externos con su acción giratoria. Y yo montada ahí, montada sobre su rodilla briosa, montada por él, por su briosa desnudez convertida en agua, agua limpia según la promesa, agua enturbiada finalmente; agua limpia o turbia —qué importaba— montada sobre mí, montada yo sobre su rodilla de agua.

Lentamente fue ascendiendo por mi altura horizontal. Sentí entonces que un objeto incandescente tocaba mis senos, se deslizaba entre ellos para después subir por cada uno y rodear los dos botones erguidos desde el principio. El objeto caliente jugaba con mis senos; subió un poco más y... besé, besé con furia enloquecida aquel tronco venoso, lleno de lumbre, rematado en la punta con un casco carnosos, de una piel más clara que el resto de la materia cilíndrica que frente a mí se erguía.

Besé y abrí los labios... por mi boca entró un río huracanado que después golpeó mis párpados, mis mejillas, picoteó mis oídos y poco a poco fue bajando de nuevo, a mi cuello, a mis senos palpitando, a la anchura de mi vientre a la angostura que le sigue abajo. Bajó a jugar con mis ingles, a las regiones oscuras y sudorosas que con mayor urgencia le reclamaban, bajó a enredarse en el bosque en el que dicen que oficia Venus... bajó para entrar...

Su objeto iba de la parte interior de mis muslos (tierna, blancuzca, hasta hacía unos minutos intocada por nadie) a la forma hirsuta, sombrosa, ya libre de cárceles, mientras arriba los dedos que se habían dedicado a la detección —el índice y el medio— resbalaban sobre mi lengua, entraban y salían por el redondo boquete formado por mis labios. Yo chupaba aquellos dedos con frenesí, como si en cualquier momento fuera a brotar de ellos algún zumo que mi ser requiriera con urgencia. Abajo, la lanza estaba ya a las puertas de su víctima.

De pronto sentí el hondón hacia mi hondura, el punzazo esperado con ansia temerosa, sentí el cautín aquel deslizándose hacia adentro, por vía lubricada sin retenes ni estorbo alguno, sumiéndose en el fondo hasta juntarse en una sola las alborotadas cabelleras del deseo. Mis ojos hasta entonces entreabiertos por causa de la enervación se cerraron con fuerza para poder precisar adentro, con toda claridad, los perfiles de la bestia y el ángel sorbiendo de la misma copa.

Luego dormimos profundamente. Dormí profundamente sobre su pecho desahogado y nuevamente me observé desde afuera

de mí, adentro de un cuadro en el que no sé desde cuántas eras antes nos habían observado igual, los ojos del poeta Villaseca: duérmete así / como si te murieras / conmigo sobre el pecho. / Déjame tu cabello, / los ojos con que mira tu sonrisa, / el río de tus muslos / que me desembocaron a tus labios. / Duérmete así. / Casi como si te murieras. / Después que nazca el trigo. / Que nos despierte el sol / y que este beso se haga como un pozo...

Desde un ventanal crístico: Confesiones que María Cruz hiciera a Fuensanta López respecto a las sensaciones carnales que experimentó en sus ocultas relaciones íntimas que sostuviera con Izéhuatl. Plotino tuvo una hija. Esos perversos círculos cerrados que se repiten hasta el infinito; esta tarea que no termina; esta secuencia que no concluye, que tan a ella estamos atados, reproduciendo la moda y el modo ciegamente, ciegos, como los ojos de Plotino, el guía de las ideas proclamadas antes por Izéhuatl, el guía de las caminatas. Los siete universos en una marcha inacabable. Aaaaayyyyy cuándo terminaremos de recorrer estas desgracias. Plotino tuvo una hija. Símbolos de los retornos permanentes, no nos den junto con pegado, no se aferren a esta docilidad que nos aferra a los designios, que nos aterra pero que no hemos sido capaces de trascender. Ahí estamos, en la curva constante para cerrar un nuevo ciclo, para repartir una triste historia llena de pérdidas, de derrotas, de traiciones y luego las mentiras justificadoras y luego la perversión absoluta de los que mandan. Siete largos lamentos nos anuncian en los solitarios parajes. La rana, el grillo, el cerro, ya saben que vamos a pasar con nuestra carga de pesares. El paisaje no nos adivina, nos sabe enteramente. Plotino tuvo una hija, muchacha así de bonita, resultado de los hechos que se sufrieron después del rapto de las mujeres, rapto que llenó de pavor a los habitantes de los siete patios quienes desde entonces tuvieron que sufrir los agudos lamentos de la madre esa. “Ayyyyyyyy mi hija”, no hay quien pueda callar a la maldita vieja, a la que le dicen La Llorona, comentó doña Chon.

XIII

El Chevrolito, sobre su tablita con ruedas, apareció hecho un relámpago por la esquina que forman la avenida de los Insurgentes y Ave María Purísima. Era una vertigalidad la suya, que no se comparaba con nada antes visto. Furtiva la voz de los silencios de pronto se abría ante la desmesurada carrera. En medio del demencial vertiginio se escuchaba una voz quebrada por el espanto que repetía “allá viene”. “Allá viene”, empezaron a vociferomanotear los demás, actuando en la mecánica del susto desbridado. “Allá viene”, empezaron a repetir en todas partes. Los más cercanos a la esquina por donde dio vuelta el Chevrolito, avenida de los Insurgentes y Ave María Purísima —en su parte más descarapelada por el paso de la gente—, se sentían perdidos, y en realidad lo estaban. Aquel siete de abril, cerca de las siete de la mañana empezó la debacle. Sí, era ella, y avanzaba inexorable, sin contemplaciones de ninguna clase. La amenaza era democrática de ahí que el miedo sacudiera a la gente de los siete patios. Con Plotino prisionero de los torvos, no había quien organizara a los siete patios para su defensa. “Allá viene” y a todos les recorrió por el cuerpo un frío que calaba hasta los huesos. Los perros también estaban sacudidos por el miedo, pero ellos no corrían, ellos manifestaban su trance defecando en plena vía pública. Y los pájaros se desplomaban cayendo al piso ya manchado por los perros. Esos pájaros no volverían a levantar el vuelo. Faltaban los gatos. Éstos no huían sino que al contrario, soliviantados por la curiosidad, maullaban y caminaban hacia la esquina por donde apareció el Chevrolito, para volver a hacer verdad, una vez más, aquella observación de que “la curiosidad mató al gato”, ahora sí que a cien kilómetros por hora. “Allá viene”, qué manera de volver a amenazar al viento apenas reposado de sus travesías. Las mujeres habitantes del patio de los que no se meten con nadie ni para bien ni para mal, nada más se aconsejaban y se iban, pero el pasito apretadito daba a entender que les estaba rezumbando

el trasero. Una desgracia más que se venía a unir a las cotidianas. Las nubes de moscas también se desplazaban a toda velocidad aunque algunas se detenían un momento para merodear en torno de lo que los perros habían dejado sobre el asfalto, luego volvían a emprender el vuelo presuroso. “Ahí viene” y no había un instante para detenerse y voltear a ver si en realidad estaba ya tan cerca. “Allá viene” y todo se estremecía de misterio; los cojos utilizaban sus muletas para dar pequeños pero eficaces saltos de garrocha. Los ciegos corrían con mayor eficacia que los que veían. Los cardíacos dejaban que el corazón los impulsara con un plan plan plan desbordado. Bordado en la tarde toda, alguien había estampado el miedo. Los diabéticos se endulzaban los labios cada que la lengua llena de fatiga salía de la boca para reconocer el viento. Todo mundo se había puesto en movimiento ante los gritos de alarma. Los siete patios parecían uno, con todo mundo revuelto, en donde clases sociales y cualquier otro tipo de distingo se nulificaban como si nunca hubieran existido. El metro era un bloque de gente en las entradas, gente que ni entraba ni salía, solamente gritaba y se tironeaban la ropa; los vehículos del metrobús, uno de los más bestiales sistemas de transporte conocido por el ser humano, iban saturados con las ventanillas agitando como banderas cuerpos que estaban a punto de ser expulsados por los amotinados del interior. En un cruce formado por la avenida de los Insurgentes y Caballo Alazán Lucero, un motociclista salió volando, al incrustarse su llanta delantera en una coladera destapada (los réprobos del quinto patio, se robaban esas tapaderas con harta frecuencia y así los vehículos quedaban a expensas de esas trampas mortales). La llanta de la motocicleta se hundió en la boca que se abrió sobre el pavimento y al reparar el Caballo metálico, su conductor salió volando para incrustarse de cabeza en el horizonte gris que se lo tragó de un bocado. Hasta entonces se dio cuenta la gente que eran decenas de motociclistas los que cruzaban el espacio por la misma causa. Ninguno en el aire respetaba el semáforo. Pero la necesidad de

escapar era mucha así que cuando el motociclista de la Insurgentes y Caballo Alazán Lucero se perdió en el vientre de la masa gris, la motocicleta que momentáneamente había quedado hecha un cuerno sobre el asfalto, fue rápidamente habilitada por nuevo ejecutante... Los pájaros volvieron a levantar el vuelo, era tanta el ansia... los azules, los negros, los amarillos, repartieron el excremento por todos lados al batir sus alas. A los malvados del quinto patio se les hizo el alma diminuta. Se les olvidó que eran malos. Se les olvidó que eran malos y empezaron a huir despavoridos. Las celdas que habían construido para encarcelar libremente a los del patio de los que no se metían con nadie ni para bien ni para mal, fueron deshabitadas con prisa pues no había nadie que las vigilara, solamente la celda destinada a Plotino permaneció cerrada a siete llaves, sola, pues nadie hubo que atendiera el estado de esa mazmorra; a nadie le importó y así, mientras todos se escabullían con prisa (“Ahí viene”), Plotino y su encierro quedaron en el olvido. En su soledad Plotino hizo ejercicios de concentración. Estaba rodeado de vacío, el silencio era una larga manta gris que cubría los espacios. Se encogió en un rincón de la ergástula. Empezó a invocar al lejano Platón, oró en obcecada búsqueda aristotélica; después de un intenso período de concentración, con los dientes mismos se hirió uno de los puños; con los dedos de la otra mano se adjudicó un manchón de sangre y con él escribió en las paredes de su celda: “El alma es inmortal, y si lo es en realidad, no puede temer; sólo se teme a lo que se padece y lo inmortal no padece nada”. Continuaba saliendo sangre del pulso: “Si el cuerpo es un instrumento del alma, nada que lo afecte puede afectar el alma. El alma no puede ser afectada por el cuerpo sino que siempre es al revés”. Eran pensamientos para seis libros que pensaba escribir con el nombre de las Enéidas, palabra que provenía del número “nueve” ya que cada libro estaría formado por nueve partes. Para todo esto tendría que escapar de su prisión, era necesario, lo sabía y también sabía que había llegado el momento de proceder. Se decidió a concentrarse al máximo hasta que el cuerpo se fue desvaneciendo en medio de la

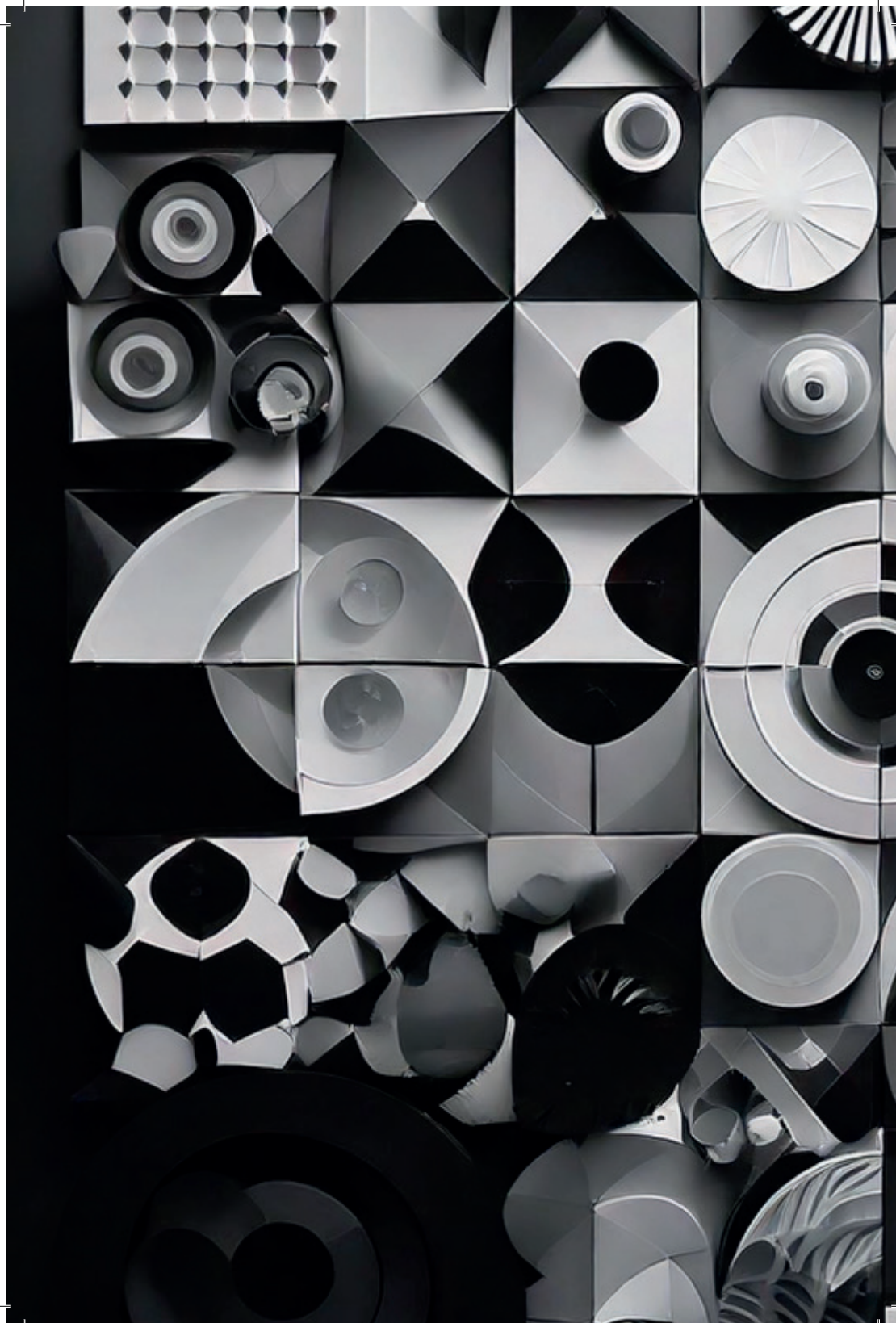
atmósfera cerrada. “Allá viene”. Cada vez Plotino era más polvo, más sombra... más nada... pero sí, era Plotino quien ahora fluía como un suspiro, Plotino escapando de su apando flotando, andando, volando, entre las rendijas del prisionario, entre los hoyos de las cerraduras, filtrándose por cada hendidura. “Allá viene”. Así Plotino se elevó a las alturas, a la región de los tinacos. Tenía un hijo arriba y tenía un padre abajo. Etéreos como él en esos momentos, volaban también los elementos filosóficos con los que escribiría Las Enéidas, asuntos del Todo y sus complejidades...

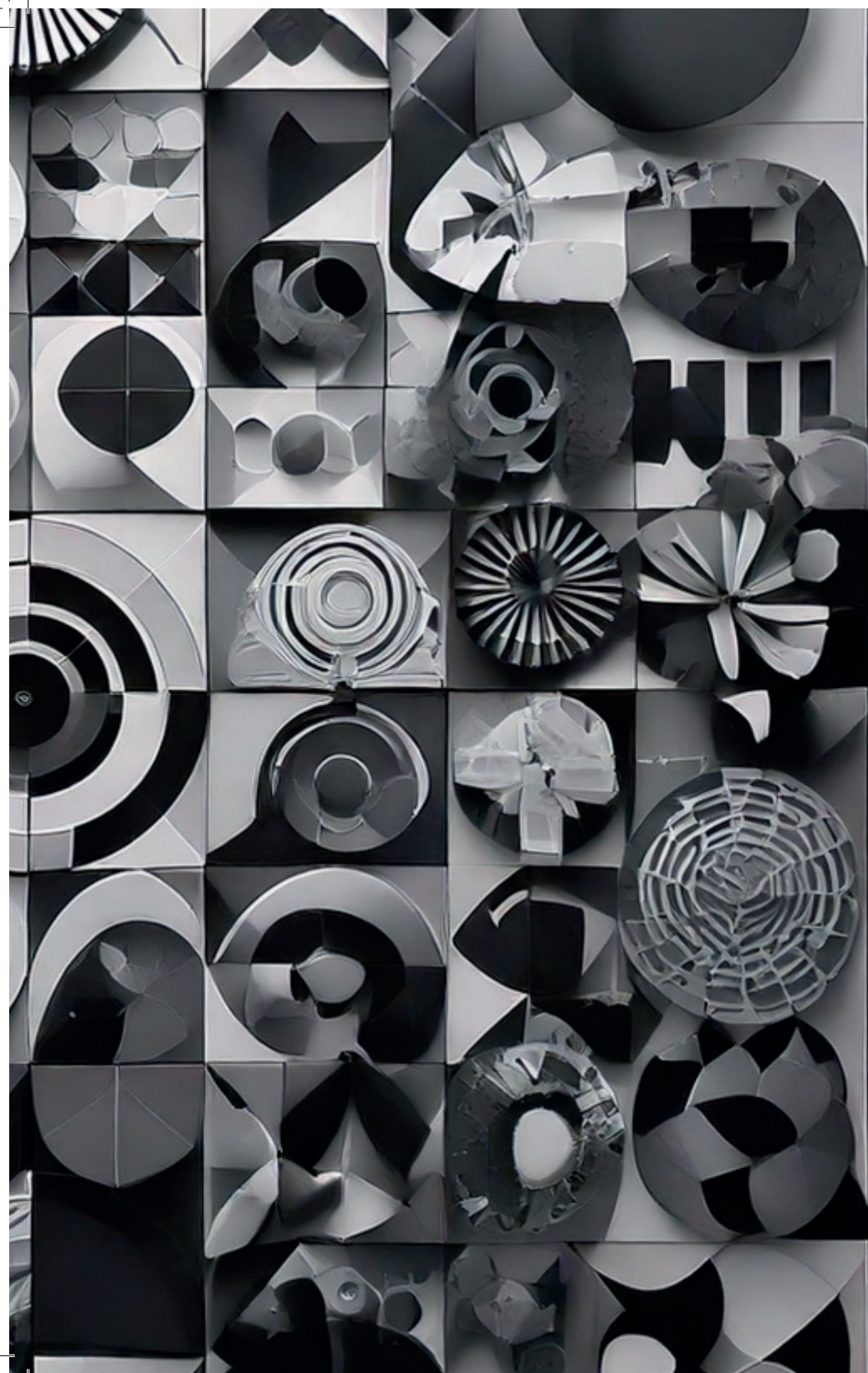
XIV

“Allá viene”, gritaba la gente con desesperación, en medio de una carrera desbocada. “Ahí viene”. De las esquinas brotaban ríos de angustiados, se tropezaban entre sí, se empujaban, se aniquilaban. “Allá viene” “No, viene de allá; no, de allá” y señalaban otra parte y otra y otra y otra... La verdad que era cierto, de todas partes era que venía, delineada por signos aterradores. Ya gran parte de los que huían se provocaban la asfixia a sí mismos con la imposición de ceñidos cubrebocas. Los que aún no portaban cubrebocas aún podían advertir con espanto... “Allá viene”... Era la pandemia la que venía, la aterradora pandemia que se empezó a acomodar en los siete patios... sin miramientos...Y de nuevo hubo muertos y muertos en los siete patios.

XV

De repente la mujer se abraza a las piernas de Izéhuatl y le pide angustiada que acabe, que cese ya la caminata interminable a la que están condenados; levanta la vista hacia él y le dice angustiada: “por tu hermana, por tu hija, te lo pido Plotino”. Con enojo Izéhuatl se arranca de ella y le grita: “yo no soy Plotino” y ella le responde desde su angustia angustiante: “pero serás...”





En esta primera edición de *Los círculos del cuadrante*, de Roberto López Moreno, se imprimieron 500 ejemplares. El tiro fue impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 195, Valle del sur, 09819, Iztapalapa, Ciudad de México, en el mes de septiembre de 2024. La edición estuvo al cuidado de Iván Cruz Osorio y el autor.